ANTOLOGÍA PALATINA

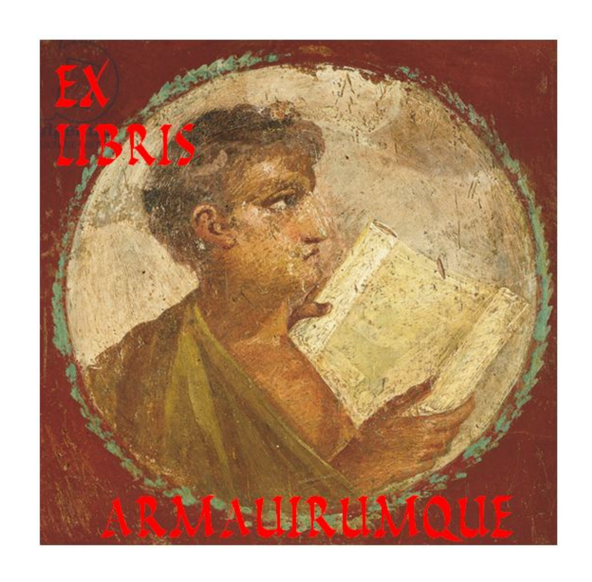
(EPIGRAMAS HELENÍSTICOS)

TRADUCCIÓN E INTRODUCCIONES
DE
MANUEL FERNÁNDEZ - GALIANO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS



Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por Luis Alberto de Cuenca.

Depósito Legal: M. 1343-1978.

ISBN 84-249-3500-4.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1978. - 4776.

Un largo camino dichoso y común recorrieron
   a través de la vida tus pasos y los míos.
Me diste una esposa, una casa, tres hijos honrados
   y así eres tú también quien mis libros escribe.

Tú, padre mío, eres faro lejano que alumbra
   mi torpe trajinar con tu luz serena:
¡quién pudiera buscar la verdad con tu esfuerzo callado,
   tu rigor eficaz, tu limpia vida y obra!

En usted, mi maestro, encontré al humanista y al hombre,
   la bondad y el saber y el amor de lo bello.
Usted me enseñó a venerar a los viejos poetas
   y a verter en nuestra lengua sus nobles ritmos.

M. F. G.

INTRODUCCIÓN

Esta serie de traducciones comprende los epigramas helenísticos, es decir, correspondientes al período de la historia y cultura griegas que comienza con la muerte de Alejandro Magno (323) y termina, con la hegemonía romana, en fecha que suele situarse de modo variable, por ejemplo, a la desaparición del reino macedonio de los Antigónidas en el 168 ó del egipcio de los Lágidas en el 30. Por lo que toca a nuestros epigramas, el límite final, en función de lo que luego se dirá, habría que fijarlo hacia el 100: de una vez para siempre diremos que todas las fechas mencionadas en este libro, salvo mención expresa en contrario, son anteriores a Jesucristo.

En cuanto a estos textos, como la etimología de su nombre indica, son breves poemas (de dos a ocho versos en general, rara vez más extensos, pues los que exceden de esta longitud, aunque el criterio suele ser fluctuante, se acogen por lo regular a la rúbrica de la elegía) escritos para ser grabados en inscripciones normalmente de tipo sepulcral o votivo, aunque el epigrama erótico terminó por constituir un género muy importante. Su utilización comenzó en edad muy arcaica, a partir de la cual conservamos millares de inscripcio-

nes de este tipo, muchas veces escritas en verso y, dentro de él, generalmente compuestas en dísticos elegíacos, combinación de un hexámetro dactílico y un pentámetro dactílico, claramente identificable este último por la tipografía sangrada que suele emplearse para él.

Naturalmente, no todas las creaciones poéticas de este carácter tienen mérito literario, y acerca de muchas se plantea el problema de si constituyen o no verdadera Literatura: quien aspire a recopilar los epigramas griegos antiguos se verá siempre en la precisión de establecer fronteras en este aspecto, aunque evidentemente no deberá dudar en recoger las grandes creaciones, en general inspiradas, al menos en parte, por un afán estético, de infinidad de escritores clásicos, entre los que sobresalieron, por ejemplo, Arquíloco, Anacreonte y, sobre todo, Simónides, y de algunos de los cuales, como veremos, recogían ya muestras las primeras antologías.

Pero aquí repetimos que lo que interesa es el material helenístico, sumamente heterogéneo desde muchos puntos de vista, y ante todo el de su propio enjuiciamiento literario. Los manuales suelen ser bastante parcos y superficiales al clasificarlo. Suele acudirse a una repetidísima división esencialmente geográfica de los poetas. Una supuesta escuela dórico-peloponésica-occidental comprendería a los escritores procedentes del Peloponeso (Ánite, Mnasalces, Páncrates, quizá Damageto), la Magna Grecia puesta más o menos en contacto ya con culturas itálicas (Nóside, Leónidas, Teodóridas, Fanias, Mosco), las islas dóricas del sur del Egeo (Cos, con Filitas, Nicias y Teócrito, procedente de Siracusa; Rodas, con Antágoras, Simias y Aristódico; Creta, con Riano), la Hélade central y septentrional (Faleco, probablemente Perses, Alejandro; luego los escritores relacionados con la corte macedonia, como Alceo y Samio):

características de ella serían, en términos muy generales, la traslación social del epigrama desde las alturas heroicas y aristocráticas de la época clásica hacia las medianías proletarias y artesanas, la minimización del tema en busca de los mundos íntimos de la mujer, el niño o el animal, el gusto por la paz de la naturaleza idílica, el sentimentalismo un poco pudoroso y torpe, todo ello, si puede decirse así, envuelto en la pobre sencillez de las nuevas doctrinas estoicas y, paradójicamente, expresado en una lengua artificial, barroca, teatral y afiligranada. Frente a estos autores, y con calidad estilística ciertamente superior, los de la supuesta escuela jónico-egipcia, en que figurarían gentes procedentes de Asia Menor (Hegemón, Duris, el marginal Arato; la abundante floración samia del gran Asclepíades, Hédilo, Nicéneto y Menécrates; Fédimo, Diotimo, Nicandro de Colofón; Heraclito y Timnes, influidos por exóticos aires de Caria) con toda la cohorte poética que, nacida o no en África, acudió, como tal vez Teeteto y desde luego Posidipo, Calímaco, Glauco, Dioscórides y Zenódoto, a la luz deslumbradora de la Alejandría de los Ptolemeos: aquí, por el contrario, hallaríamos, nueva paradoja, una extremada contención verbal y estilística, una vuelta a lo lapidario y rotundo, para tratar temas mucho más refinados y sutiles, como impregnados por corrientes epicúreas o hedonísticas, llenos de amor, convite, pasión equívoca o agónica, elitismo social y el cosmopolitismo de la gran ciudad entrándose por las ventanas del poema. Y, finalmente, con Antípatro el sidonio y Meleagro (y Filodemo de Gádara y Arquias de Antioquía, de los que el primero es raro que no estuviera en *La guirnalda* y el segundo pudo haberse hallado en ella) aparece la tardía escuela sirofenicia, con las exóticas características que en las introducciones a los dos primeros autores pueden encontrarse y que terminaron, en rara combinación de una lengua

transparente con una mentalidad complicada y patética, por ofrecer esa delicada flor, un poco pasada ya, un poco desvaída de color, pero deliciosa y embriagadora que es la poesía meleagrea. Volvamos, sin embargo, a los temas concretos para advertir lo siguiente:

a) en cuanto a si los poemas aquí recogidos responden a inscripciones reales, la duda se plantea en un sinfín de casos, sobre todo por lo que toca a los más antiguos: hay sin duda en todo ello mucha creación puramente libresca y no siempre nuestras introducciones se esfuerzan por discriminar lo auténtico de lo ficticio, tarea frecuentemente difícil y a veces imposible;

b) tampoco, en estos textos tan sometidos a reglas y tópicos y, por tanto, fácilmente imitables, es posible muchas veces distinguir lo helenístico de lo clásico por una parte y de lo más tardío por otra;

c) era difícil ser muy original cuando hace tan poco tiempo, como luego se verá, que ha sido publicada la colección de los grandes filólogos ingleses A. S. F. Gow y D. L. Page: aunque igualmente hemos consultado mucho las demás ediciones de los epigramatistas, también después citadas, nuestra deuda hacia Gow y Page es inmensa y se transparenta en casi todas nuestras páginas;

d) se ha hecho, pues, necesario, en esta traducción al castellano, seguir el criterio muy racional de estos editores;

e) ellos recogen el material de la *Antología Palatina* y *Antología Planúdea,* a que luego me referiré, del que se tenga mayor o menor certeza de que figuró o pudo haber figurado en *La guirnalda* de Meleagro, de que en seguida trataremos, y renuncian, por lo demás, a coleccionar todo lo segura o probablemente helenístico;

f) en cambio, sí creen necesario incorporar a los epigramas de las citadas *Antologías:*

1) poemas no acogidos en ellas, sino, generalmente de modo fragmentario, en papiros egipcios, como el 135 de Leónidas, 239 de Asclepíades, 254-255 y 267 de Posidipo y 645 de Antípatro;

2) otro (639 de Antípatro) procedente de una inscripción, campo éste en que el material habría podido ampliarse infinitamente, pero Gow y Page han preferido respetar de modo rígido los límites de lo cronológico y lo literario o no literario;

3) bastantes textos provenientes de tradición indirecta, esto es, de citas preservadas en la prosa de otros autores griegos: así los transmitidos por Ateneo (6 de Faleco, 256-257 y 259-260 de Posidipo, 288 y 339 de Calímaco, 407 de Mnasalces, 451-458 de Hédilo, 470 de Nicéneto, 483 de Riano), Diógenes Laercio (55 y 59 de Teeteto, 338 de Calímaco, 632 de Antípatro), Estéfano de Bizancio (340 de Calímaco), Estobeo (3-4 de Filitas y 163 de Leónidas), Estrabón (329 de Calímaco), Hefestión (344 del mismo), Pólux (37 de Anite), Sexto Empírico (338 de Calímaco), Tzetzes (263 de Posidipo) y la *Vida de Dionisio el Periegeta* (341 de Calímaco);

g) por nuestra parte, en el deseo de aportar alguna novedad al ingente trabajo realizado, no sólo hemos utilizado material no conocido por Gow-Page en las introducciones al 501 y 510 de Dioscórides, sino que, con todas las reservas que se quiera, siguiendo el mismo criterio que ellos en cuanto a autores incluibles o no, hemos añadido:

1) seis epigramas (268-273) atribuibles a Posidipo y procedentes de inscripciones y un papiro; no son, en cambio, epigramas, sino elegías fragmentarias los dos textos papiráceos mencionados en la introducción a dicho autor;

2) uno atribuible a Teodóridas, también epigráfico (443);

3) dos (684-685) que pudieran pertenecer a Dionisio, personalidad, por lo demás, heterogénea y oscura según decimos en su introducción;

4) un posible fragmento de Alceo (556);

h) hemos suprimido, sin embargo, la traducción de un epigrama de Posidipo (266) y otro de Dioscórides (488) por tratarse de versiones idénticas o poco menos de textos recogidos en otro lugar;

i) se observará fácilmente, por tanto, la leve inconsecuencia que supone el título editorial de esta obra, que no solamente contiene material de la *Antología Palatina,* sino también de la *Planúdea* y de otras procedencias.

Por lo que toca al origen de estos textos, como antes dijimos, Gow y Page se proponían recoger el material que Meleagro, tomándolo sin duda a otras colecciones anteriores de que hay restos, incluyó en la suya, dedicada a Diocles, llamada *La guirnalda* y cuyo prólogo (776) y colofón (904) pueden leerse aquí. En la introducción a este poeta y en la de algunos de sus epigramas tiene el lector datos que permiten situarle, sobre todo en relación con una nota marginal y con la presencia en la colección de Antípatro el sidonio y la ausencia de Filodemo de Gádara (expresamente citado como omitido por Meleagro en IV 2, prólogo de Filipo a otra *Guirnalda* concebida como suplemento de la meleagrea), hacia el año 100, límite terminal que así se fija aquí un poco arbitrariamente para la serie de epigramas helenísticos. Se supone también que la colección fue recopilada durante la vejez de Meleagro, pasada por lo visto en Cos.

Aparte de los grandes problemas relativos a los anónimos, que solamente, salvo casos excepcionales, por razones de estilo o similares o de cercanía respecto a otros pueden ser considerados a veces como helenísticos o aun meleagreos; aparte también del hecho, apun-

tado en 776, de que aparecen en *La guirnalda* obras de poetas clásicos (los anónimos falsamente atribuidos a Simónides constituyen caso aparte), la nómina de Meleagro (47 nombres, algunos en perífrasis, más su propia mención) plantea otras cuestiones: de cuatro autores incluidos en ella (Eufemo, Melanípides, Pártenis y Policlito) no hay poemas en la *Antología* (sobre los probablemente tardíos Teófanes, Perites, Hecateo el tasio y Atenodoro, cf. respectivamente el 25 de Perses y 594 de Fanias; 167 de Leónidas; 524 de Dioscórides y 742), mientras que faltan en su catálogo, además de los recientemente recogidos por Page o por nosotros que luego se indicarán, varios epigramatistas de ella (Filitas, Hegemón, Escrión, Teeteto, el probablemente inexistente Damóstrato, Heraclito, Carfílides o como de verdad se llamase, Aristódico, el o los llamados Teodoro, Nicandro, Filóxeno, Glauco, Nicarco, Aristón, Timocles, Hermocreonte, Agis, Artemón, Nicómaco, el o los llamados Dionisio) que parecen haber estado en *La guirnalda* (cuyo prólogo dice al final que hay en ella poetas no nombrados) por razones de contigüidad o afinidad de contenido entre epigramas vecinos y otros tampoco incluidos en la lista (Faleco, Duris, Teócrito, Crates, Mosco, Zenódoto) aunque indudablemente corresponden a la época helenística; ello sin contar las cuestiones de doble adscripción, generalmente por parte de los lematistas, que respecto a cada poema anotamos y las dudas que se ofrecen (cf. las respectivas introducciones) ante la existencia de dos Antípatros, el sidonio y el tesaloniceo, y dos Leónidas, el tarantino y el alejandreo.

Las dos *Guirnaldas* de Meleagro y Filipo y la colección de Agatías fueron, con otros textos y en forma directa o indirecta, recopiladas, en manuscritos hoy perdidos, por Constantino Céfalas, del que sabemos que era protopapa o alto funcionario eclesiástico en Constantinopla en el año 917. De él dependería en mayor o menor

grado la división en capítulos según el contenido de cada serie de epigramas, base del reparto en libros de la *Antología* hecho por editores modernos. Es dudoso que en Céfalas se hallara el actual y breve libro IV, que comprende los prólogos de Meleagro, Filipo y Agatías: pero sí es seguro que abarcaba el V (epigramas eróticos), VI (anatemáticos o de ofrenda), VII (epitimbios o funerarios) y IX (epidícticos o de lucimiento, no procedentes en muchos casos de verdaderas inscripciones) y probable que allí se encontraran ya los libros X (cuyos epigramas se intitulan en los códices como protrépticos o de exhortación, pero la mayor parte de los cuales son sentencias o refranes), XI (con poemas clasificados como simpóticos o de banquete y escópticos o de burla, aunque haya entre ellos material amoroso de carácter heterosexual u homosexual) y XII (colección de tipo pederástico con concesiones al amor normal).

El resultado de los esfuerzos de Céfalas y otros compiladores se conoce hoy principalmente gracias a la *Antología Palatina*, surgida hacia el 980 por obra de un compilador bizantino desconocido que añadió al material citado los actuales libros I (inscripciones cristianas de los siglos IV-X), II (écfrasis o descripción de las estatuas de unas termas de Constantinopla en largo poema escrito hacia el 500 por Cristodoro de Coptos), III (epigramas de un templo de Cícico), VIII (poemas de S. Gregorio de Nacianzo), XIII (poesías escritas en metros no elegíacos), XIV (adivinanzas y juegos aritméticos) y XV (varios, entre ellos las tecnopegnias o poemas figurados de diversos autores).

Todo ello se ha transmitido gracias al famoso códice, del siglo X, que contiene también las *Anacreónticas* y otros textos, llamado Palatino por haber pertenecido a la biblioteca de los electores del Palatinado sita en Heidelberg. Este manuscrito estaba allí en 1606; en 1622 cayó en manos de Maximiliano de Baviera, que se lo

regaló al papa Gregorio XV; en Roma fue encuadernado en dos tomos desiguales, el primero de los cuales llegaba hasta el libro XIII; en 1797, Napoleón se llevó ambos a Francia; después de su caída los dos volúmenes deberían haber retornado a Heidelberg, pero, por error, el más pequeño permaneció en París (hoy *Cod. gr. suppl. 384)*, mientras que el mayor, del que se hicieron varias copias, se sigue conservando en la citada ciudad alemana como *Cod. gr. 23*. Es curioso el hecho de que desde IX 564 está escrito por las manos más antiguas de dos escribas contemporáneos entre sí y hasta IX 563 por las más recientes de otros dos de distintas épocas, sin que se haya explicado de modo satisfactorio tan extraño reparto de la labor.

Mucho podríamos decir de este códice, que frecuentemente presenta el mismo epigrama, con variantes o no, más de una vez: nos limitaremos a hacer notar la intervención en él de un lematista o redactor de títulos para cada poesía, de otro lematista que además corregía el texto y de un corrector que no intervenía en los lemas. Éstos resultan importantes para las cuestiones de atribución, pero suelen desbarrar en cuanto al contenido de los poemas, leídos de prisa o en malas condiciones, y rara vez se aventuran a anotar de su cosecha algún juicio estético, crítico o moral.

Este material se suplementa con otro famoso códice de Venecia, el *Cod. Marc. gr. 481*, del que asimismo se hicieron varias copias y que contiene otra colección recopilada a partir de Céfalas y con adiciones en 1301 por el filólogo bizantino Máximo Planudes, lo que hace que se la llame *Antología Planúdea*. Los editores de la *Palatina* añaden como apéndice los epigramas que solamente se hallan en este códice y, como nosotros aquí, hablan, abusiva pero cómodamente, de un supuesto libro XVI.

La edición de Gow y Page, a la que en general seguimos, nos presenta a los autores por orden alfabético, dejando para el final los anónimos y, lógicamente, a Meleagro; y, al ofrecer el texto griego, los editores se ven obligados a decidirse no sólo en cuestiones de interpretación, donde frecuentemente la decisión es difícil por las malas condiciones de la transmisión textual y las particularidades de sintaxis y léxico impuestas por el estilo preciosista y lapidario de los poemas, sino también por lo que toca al texto mismo, en que se muestran bastante conservadores, prefiriendo a veces, frente a la conjetura aventurada, la cruz que señala en los lugares dudosos indecisión del crítico. En cambio, a diferencia de su edición de *La guirnalda* de Filipo, su colección de epigramas helenísticos no es bilingüe, lo cual les ha evitado problemas de traducción que vinieran a sumarse a los ya enormes que el establecimiento de un texto así (no hablemos ya de las difíciles cuestiones de dialecto, tremendamente complicadas en estos autores mal transmitidos y probablemente eclécticos en el aspecto lingüístico) lleva consigo.

Por lo que a nosotros toca, hemos establecido, para más comodidad en las referencias, una numeración nuestra con, entre paréntesis, el libro y número del epigrama y su fuente si no procede de la *Antología,* pero sin añadir a ello, para no complicar más la ordenación, las dos de los editores ingleses, la que asigna números romanos a cada poema y la de verso por verso; y, en lo que atañe al texto mismo, nos hemos podido inhibir ante las variantes de carácter dialectal, pero no nos era posible respetar las cruces si de traducir se trataba, lo que nos ha forzado, en cada caso, a acoger la más plausible conjetura brindada por otras ediciones o por el comentario de los propios Gow y Page.

En cuanto a ordenación, nos pareció útil el situar a los autores en sucesión cronológica y, dentro de ella, respetando el orden de Gow y Page, más o menos basado en los tipos de epigramas tradicionales: lo primero era cosa muy difícil y en que no estamos nada seguros de haber acertado siempre, pues las fechas son dudosas en muchos casos y los límites temporales de la colección resultan demasiado estrechos para tanto escritor. Tanto menos cuanto que, estando el libro ya a punto de ser entregado a la imprenta, ha aparecido la colección abajo citada del propio Page, lo que nos obliga a revisar en parte aquí, pues en el propio texto era ya imposible hacerlo, nuestra cronología.

Prescindiendo de la inclusión, por parte de Page, en el nuevo libro de los epigramas de Filodemo y Crinágoras, posteriores a Meleagro y, por lo tanto, reservados por nosotros para una segunda fase en que quizá tengamos arrestos para embarcarnos; prescindiendo también del problema de Erina, suficientemente apuntado ya en la introducción a ella y otros lugares, hallamos que Page ahora establece, además de considerar a muchos poetas como no fechables, siete grupos correspondientes poco más o menos a los años 310-290 (Filitas, con separación del coo respecto del samio; Faleco, Perses, Escrión, Ánite, Antágoras, Mero, Nóside, Duris, Simias), 275 aproximadamente (Teeteto, Alejandro, Nicias, Arato, Arcesilao, Asclepíades, Posidipo, Heraclito, Calímaco, Apolonio, Teócrito, Hédilo), 250 aproximadamente (Leónidas, Mnasalces, Hegesipo, Euforión, Filóxeno), 250-220 (Fédimo, Teodóridas, Nicéneto, Riano, Dioscórides, Damageto, Crates), 220-180 (Heródico, Alceo, Filipo, Samio), siglo II (Fanias, Mosco, Antípatro, Polístrato, Zenódoto, Dionisio) y siglos II-I (Meleagro).

Las divergencias respecto a nuestro orden no son ni podrían ser revolucionarias, pero sí capaces de afectar a los casos en que calificamos un determinado epigra-

ma como imitación de otro. Señalaré nuestras más notables desviaciones: Teeteto y Alejandro los tenemos antes que Mero, Nóside y Duris; Simias, mucho después del grupo en que aquí se le incluye; en cambio, está mucho antes Leónidas, sobre cuya fecha ya apuntamos un grave problema en la introducción; también se encuentra mucho antes Fédimo; algo antes, Teodóridas; y algo después Hédilo, Damageto y Crates.

Además, como se ve, Page ha introducido cinco nuevos autores helenísticos que hemos situado cronológicamente un poco a la buena de Dios (Arcesilao, Apolonio, Heródico, Filipo y Amintas); y en su nuevo libro aparecen también siete epigramas de autores a los que no parece descaminado ubicar en los albores de lo helenístico, como aquí hacemos con Espeusipo, Demóstenes, Aristóteles, Teócrito de Quíos, Afareo, Mamerco y Menandro. Por otra parte, ha recogido en la colección nuestros actuales números 666-668, que pasaban por ser de Antípatro el tesaloniceo y ahora se adscriben al sidonio, y catorce anónimos (752-765) que pueden ser helenísticos; ha añadido uno más del problemático Dionisio, nuestro actual 686; y ha realizado una serie de cambios de adscripción con respecto a los que nosotros no hemos podido ya modificar el orden, aunque en las introducciones son debidamente indicados. Esta eficaz e intensa actividad nos ha estimulado también a incluir varios pequeños poemas no procedentes de la *Antología*, los aquí numerados como 678 (de Antístenes de Pafo) y 751 y 766-775, anónimos en cuya versión hemos seguido con fruto a las ediciones de Page que más adelante se mencionarán.

Además, creíamos que la traducción, si quería conservar aunque fuera una mínima parte del encanto inimitable de los originales, debía ser de carácter rítmico sin mengua de la mayor literalidad posible. Hemos empleado, pues, para los hexámetros, un sistema de imita-

ción rítmica semejante al de nuestro maestro queridísimo D. José Manuel Pabón, cuyas primicias, en cuanto a epigramas y por lo que toca a parte de Meleagro, dimos ya en el artículo que mencionaremos. El verso contiene cuatro dáctilos y un espondeo, consideradas como largas las sílabas acentuadas; cinco pies en total, no seis para evitar el monótono corte en dos hemistiquios; ofrece la posibilidad de anacrusis de una o dos sílabas al principio; admite el hiato entre versos, pero no en el interior de ellos.

Para el pentámetro hemos discurrido un sistema más o menos adecuado, como en el citado artículo puede verse: nuestros versos están divididos, por una diéresis coincidente con fin de palabra y que no admite hiato, en dos miembros de seis más seis o seis más siete o siete más seis o siete más siete sílabas, admitidos los agudos o esdrújulos al final del primer miembro y los esdrújulos solamente al del segundo y siempre que lo exija un nombre propio (digamos entre paréntesis que hemos sido sumamente rigurosos con las reglas de transcripción de éstos a través de la prosodia latina).

Por lo que respecta a los epigramas escritos en metros o combinaciones métricas distintas del dístico, procedentes generalmente, como se dijo, del libro XIII de la *Antología*, hemos procurado, ignoramos con qué acierto, elegir períodos rítmicos castellanos que respeten, desde luego a costa de gran dificultad y algún sacrificio en la exactitud, el número de sílabas del original. Así hemos procedido con el hendecasílabo falecio (por ejemplo, en el 8 de Faleco), que reproducimos con once sílabas; el arquiloqueo (9 del mismo), con verso compuesto de cuatro dáctilos a nuestro modo más seis sílabas; trímetro yámbico acataléctico *(ibíd.)*, con doce sílabas; tetrámetro yámbico cataléctico (225 de Asclepíades), con ocho sílabas más siete terminadas en palabra aguda; trímetro yámbico cataléctico *(ibíd.)*, con

seis más cinco terminadas en agua (pero, en el caso del 7 de Faleco, nos hemos atenido a las sílabas dadas en el original a cada interlocutor); decasílabo alcaico (242 de Fédimo), con dos dáctilos más cuatro sílabas; tetrámetro dactílico más itifálico (773), con cuatro dáctilos más seis sílabas; dímetro yámbico cataléctico (291 de Calímaco), con un heptasílabo; pentámetro trocaico cataléctico o calimaqueo (342 del mismo), con diez sílabas más nueve terminadas en aguda; verso sáfico de dieciséis sílabas (343 del mismo), con ocho más ocho sílabas; ferecrateo (344 del mismo), con heptasílabo; trímetro yámbico acataléctico escazonte (377 de Teócrito), con doce sílabas; tetrámetro trocaico cataléctico (381 del mismo), con ocho sílabas más siete terminadas en aguda; reiziano *(ibid.)*, con un hexasílabo; e itifálico (438 de Teodóridas), de igual modo.

Se evita también de modo estricto la asonancia entre finales de versos, salvo que haya al menos otros dos de por medio, y entre los dos miembros del pentámetro. Todas estas restricciones, y el empeño, siempre logrado, de que el número de versos iguale al de los originales, han hecho bastante penosa la labor, que en algunos poemas ha exigido cinco o seis revisiones a lo largo de años: el empleo de cinco pies y no seis tiene el inconveniente de que aumenta todavía el desequilibrio entre el castellano, más analítico, y el griego, más sintético, lo cual nos ha obligado a veces a admitir de mala gana alguna abreviación u omisión, aunque creemos que ni una sola idea importante ha quedado sin reproducir. El lector dirá si, a cambio de ello, hemos acertado a infundir a estas versiones algo de la sobriedad y rotundidad de sus bellísimos originales.

Un aspecto en que nos ha preocupado mucho los límites materiales de la colección que alberga ahora estos poemas (y de la paciencia de cuyos promotores tememos sin embargo haber abusado) es el del comenta-

rio. Hemos añadido índices de los nombres propios de toda índole (dioses y héroes, personas, ciudades) que figuran en los textos, pero habría sido necesario agregar otros de fenómenos (por ejemplo, astronómicos), conceptos abstractos elevados o no a la categoría de tópico, prendas de vestir, alimentos, objetos, animales, plantas; mas, como esto no era posible, ha sido labor colosal y, nos tememos, no del todo lograda el concentrar parte de este material hermenéutico, de que el lector medio hoy necesita, en las introducciones, forzosamente escuetas, a cada autor o epigrama con ayuda de una abundante red de referencias que comprende también los nombres propios no directamente citados por los escritores.

Y es lástima que los referidos índices no puedan ahora ser dados, porque la *Antología* constituye y ha constituido siempre un inagotable repertorio de temas y modos literarios para los propios autores griegos primero, para los romanos después y, tras su redescubrimiento, para toda la Literatura moderna, especialmente la de carácter amoroso y pastoril. En este sentido, la importancia de los poemas que hoy presentamos es inmensa; y el placer estético que proporcionarán, a pesar de la imperfección de nuestras traducciones, será sin duda grande.

No parece bien, a este respecto, que suplantemos el juicio crítico del lector por apreciaciones nuestras que serían tan categóricas como subjetivas, excepto breves pinceladas que acá y allá hemos dejado caer en las introducciones a cada autor: quien lea juzgará y quedará profundamente subyugado por el acento multiforme (austero, recio, solemne, chispeante, procaz, melancólico, apasionado, voluptuoso, barroco, amanerado, decadente y, en definitiva, profundamente humano) de estos novecientos poemas griegos de amor, ofrenda y muerte.

En cuanto a bibliografía, por desgracia la parte española de ella tiene que ser mínima, ya que no existe traducción alguna entera de estos epigramas ni apenas se han producido sino contribuciones muy parciales acerca de algunos de ellos.

Las principales ediciones totales de la *Antología* son las de F.C.W. Jacobs, *Anthologia graeca,* Leipzig, 1794-1814 y *Anthologia graeca ad fidem codicis olim Palatini nunc Parisini,* Leipzig, 1813-1817; Fr. Duebner, *Anthologia Palatina,* París, 1864-1872; H. Stadtmueller, *Anthologia graeca epigrammatum Palatina cum Planudea,* Leipzig, 1894-1906 (incompleta); K. Preisendanz, *Anthologia Palatina,* Leiden, 1911 (en facsímil); y, más modernamente, W.R. Paton, *The Greek Anthology,* publicada y reeditada en la colección Loeb de Londres desde 1916; P. Waltz y otros, *Anthologie grecque,* publicada y reeditada en la colección Budé de París desde 1928 y de la que todavía faltan los libros X, XII y la *Planudea;* y H. Beckby, *Anthologia graeca,* publicada en Munich, 1957 ss. por la colección Tusculum y cuya segunda edición es de 1965-1967; las tres son bilingües con textos inglés, francés y alemán respectivamente. En cambio, los más modernos editores británicos han preferido seguir un orden histórico, y en tal sentido han comenzado su recolección A.S.F. Gow y D.L. Page, *The Greek Anthology. Hellenistic Epigrams,* Cambridge, 1965 (sin traducción) y *The Greek Anthology. The Garland of Philip,* Cambridge, 1968 (bilingüe). Ultimamente, D. L. Page ha completado su labor con una edición científica monolingüe de los *Epigrammata graeca,* Oxford, 1975, de cuyo contenido se habla arriba.

Deliberadamente selectivas son las ediciones de F.C. W. Jacobs, *Delectus epigrammatum Graecorum,* Gotha, 1826, y A. Meineke, *Delectus poetarum Anthologiae graecae cum adnotatione critica,* Berlín, 1842. La de A. Olivieri, *Epigrammatisti greci della Magna Grecia e della*

Sicilia, Nápoles, 1949, tiene evidentemente limitado su contenido por su propio título. La de TH. PREGER, *Inscriptiones graecae metricae ex scriptoribus praeter Anthologiam collectae*, Leipzig, 1891, también se define por sí misma. A inscripciones solas atienden G. KAIBEL, *Epigrammata graeca ex lapidibus collecta*, Berlín, 1878, y E. HOFFMANN, *Sylloge epigrammatum graecorum quae ante medium saeculum a. C. n. III. incisa ad nos pervenerunt*, Halle, 1893; y preferentemente a inscripciones, J. GEFFCKEN, *Griechische Epigramme*, Heidelberg, 1916; P. FRIEDLAENDER, *Epigrammata*, Berkeley, 1948; W. PEEK, *Griechische Versinschriften. I. Grabepigramme*, Berlín, 1955 y *Griechische Grabgedichte*, Berlín, 1960, bilingüe; y E. PFOHL, *Griechische Inschriften als Zeugnisse des privaten und öffentlichen Lebens*, Munich, 1966 (id. de la col. Tusculum).

La bibliografía sobre los epigramas (cf. G. PFOHL, *Bibliographie der griechischen Vers-inschriften*, Hildesheim, 1964) es inmensa. No podemos detenernos en los tratados generales de la historia de la Literatura, de los que el de A. LESKY, *Historia de la Literatura griega*, tr. esp. Madrid, 1968, es el más accesible entre nosotros; ni apenas en estudios generales sobre la poesía helenística como los de F. SUSEMIHL, *Geschichte der griechischen Literatur in der Alexandrinerzeit*, Leipzig, 1891-1892; A. ROSTAGNI, *Poeti alessandrini*, Milán, 1916; PH. LEGRAND, *La poésie alexandrine*, París, 1924; U. von WILAMOWITZ, *Hellenistische Dichtung in der Zeit des Kallimachos*, Berlín, 1924, reimpreso varias veces; J.U. POWELL, *Collectanea Alexandrina*, Oxford, 1925 (colección de textos poéticos); A. KOERTE, *Die hellenistische Dichtung*, Leipzig, 1926, reeditado por P. HAENDEL en Stuttgart, 1960 con el mismo título, traducido al castellano como *La poesía helenística*, Barcelona, 1973; A. ARDIZZONI, *Studi di poesia ellenistica*, Nápoles, 1940; G. GIAN-

GRANDE, entre otros muchos y valiosos trabajos, *L'humour des Alexandrins*, Amsterdam, 1975.

De entre la numerosa bibliografía consagrada al epigrama elegiríamos, con la ya antigua obra de R. REITZENSTEIN, *Epigramm und Skolion. Ein Beitrag zur Geschichte der alexandrinischen Dichtung*, Giessen, 1893, las modernas aportaciones modernas como los libros colectivos *L'épigramme grecque*, Ginebra, 1968 (con ponencias de A. E. RAUBITSCHEK, B. GENTILI, G. GIANGRANDE, L. ROBERT, W. LUDWIG, J. LABARBE, G. LUCK, A. DIHLE y G. PFOHL), y *Das Epigramm*, Darmstadt, 1969, preparado por el propio G. PFOHL, así como el capítulo escrito por G. GIANGRANDE, *Epigramma ellenistico*, para la *Introduzione allo studio della cultura classica*, Milán, 1972, 123-138.

No menos abundante es la relativa a la *Antología* misma: merecen especial mención K. DILTHEY, *De epigrammatum graecorum syllogis quibusdam minoribus*, Gotinga, 1887; A. WIFSTRAND, *Studien zur griechischen Anthologie*, Lund, 1926; E. ROMAGNOLI, *I poeti dell'Antologia Palatina*, Bolonia, 1948; y A.S.F. GOW, *The Greek Anthology. Sources and Ascriptions*, Londres, 1958.

Estudios interesantes por grupos temáticos son los de O. BENNDORF, *De Anthologiae graecae epigrammatis quae ad artes spectant*, Bonn, 1862; A. MENK, *De Anthologiae Palatinae epigrammatis sepulcralibus*, Marburgo, 1884; W. RASCHE, *De Anthologiae graecae epigrammatis, quae colloquii formam habent*, Münster, 1910; G. HERRLINGER, *Totenklage um Tiere in der antiken Dichtung*, Stuttgart, 1930 (epitafios de animales); y M. GABATHULER, *Hellenistische Epigramme auf Dichter*, Basilea, 1937 (epigramas sobre poetas).

Veamos, finalmente, algo de lo más importante sobre los distintos epigramatistas:

Filitas: A. NOWACKI, *Philitae Coi fragmenta poetica,* Münster, 1927; W. KUCHENMUELLER, *Philetae Coi fragmenta poetica,* Berlín, 1928.

Anite: M. J. BAALE, *Studia in Anytes poetriae vitam et carminum reliquias,* Haarlem, 1903.

Leónidas: J. GEFFCKEN, *Leonidas von Tarent,* Leipzig, 1896; B. HANSEN, *De Leonida Tarentino,* Leipzig, 1914; E. BEVAN, *The Poems of Leonidas of Tarentum,* Oxford, 1931; M. GIGANTE, *L'edera di Leonida,* Nápoles, 1971.

Asclepíades: O. KNAUER, *Die Epigramme des Asclepiades von Samos,* Tubinga, 1935; traducción catalana de C. MIRALLES, *Asclepíades. Epigrames,* Madrid, 1970 (supl. de *Est. Cl.*, segunda serie de traducciones, n.º 11).

Posidipo: P. SCHOTT, *Posidippi epigrammata collecta et illustrata,* Berlín, 1905. Para el epigrama 273 nos ha servido de base D. L. PAGE, *Select Papyri. III. Literary Papyri. Poetry,* Londres, 1950 (col. Loeb; n.º 105, páginas 448-453); y para el 272, W. PEEK, «Delphische Gedichte», *Ath. Mitt.* 67 (1942), 249-269. En general sobre las adiciones a esta colección verosímilmente atribuibles a Posidipo nos ha sido útil el propio W. PEEK con su artículo «Poseidippos», *Real-Enc.* 22 (1954), 426-446, y los datos de su amable carta de 7-IV-1974.

Calímaco: Naturalmente, los editores de sus restantes obras recogen también sus epigramas, sobre los que la bibliografía es inmensa: cf. R. PFEIFFER, *Callimachus,* II, Oxford, 1953; edición bilingüe castellana de L.A. DE CUENCA, *Epigramas,* Madrid, 1974-1976 (supl. de *Est. Cl.*, segunda serie de textos, n.º 6; I-LXIII).

Simias: Es útil la obra de H. FRAENKEL, *De Simia Rhodio,* Gotinga, 1915.

Teócrito: Todos sus editores imprimen sus epigramas; últimamente, por ejemplo, A.S.F. GOW, *Theocritus,* Cambridge, 1950 (con traducción inglesa), y *Bucolici graeci,* Oxford, 1952; H. BECKBY, *Die griechischen Bukoliker,* Meisenheim, 1975 (con traducción alemana).

Erina: Se sigue escribiendo muchísimo sobre sus problemas desde K. LATTE, *Erinna*, Gotinga, 1953. Últimamente les ha dedicado mucha atención el español J. VARA, «Notas sobre Erinna», *Est. Cl.* 16 (1972), 67-86; «Mélos y elegía», *Emerita* 40 (1972), 433-451; «Obra de Erinna y algunas reconstrucciones textuales», *Habis* 4 (1973), 41-79; «Cronología de Erinna», *Emerita* 41 (1973), 349-376.

Mnasalces: W. SEELBACH, *Die Epigramme des Mnasalkes von Sikyon und des Theodoridas von Syrakus*, Bonn, 1964.

Teodóridas: El mismo. El epigrama 443 procede de W. PEEK, «Ein Weihgedicht des Theodoridas», *Philologus* 117 (1973), 66-69 a partir de una publicación de Th. G. Spyropoulos.

Euforión: Sus dos fragmentos figuran en la edición de L.A. DE CUENCA, Madrid, 1976.

Antípatro: Normalmente, y dados los problemas de atribución antes citados, los dos Antípatros han de ser tratados más o menos juntamente: así G. SETTI, *Studi sulla Antologia greca. Gli epigrammi degli Antipatri*, Turín, 1890; P. WALTZ, *De Antipatro Sidonio*, Burdeos, 1906. Para el epigrama 639 nos hemos basado en W. PEEK, «Antipater von Sidon und Antisthenes von Paphos», *Philologus* 101 (1957), 101-112. Cf. las traducciones de M.F. GALIANO, «Tres epigramas de Antípatro de Tesalónica», *El caracol marino* 68 (1973), 92.

Dionisio: Los epigramas 684-685 deben sus textos a M. Gronewald, «Ein Epigramm-Papyrus», *Zeitschr. Pap. Ep.* 12 (1973), 92-98.

Antístenes: Sobre 678, cf. lo dicho acerca del 639 de Antípatro.

«Simónides»: Entre tanto como podría citarse, cf. A. HAUVETTE, *De l'authenticité des épigrammes de Simonide*, París, 1896, y M. BOAS, *De epigrammatis Simonideis commentatio critica*, Groninga, 1905.

Anónimos: Para los epigramas 766-770 nos hemos basado fundamentalmente en la obra de D.L. PAGE citada en relación con Posidipo (n.º 103, 105-106, 109, págs. 444-445, 448-455, 460-463); y para 771-775, en el artículo del mismo «Five Hellenistic Epitaphs in Mixed Meters», *Wien. Stud.* 10 (1976), 165-176.

Meleagro: También aquí son muchos los libros y artículos. Anótense H. OUVRÉ, *Méléagre de Gadara*, París, 1894; K. RADINGER, *Meleagros von Gadara*. Innsbruck, 1895; y E. ERMATINGER, *Meleagros von Gadara*, Marburgo, 1898, con la bibliografía citada en el artículo de M.F. GALIANO, «Doce mujeres y un cantor», *Prohemio* 2 (1971), 195-232.

Anotaremos finalmente el estudio de varios epigramatistas helenísticos por L.M. STELLA, *Cinque poeti dell' Antologia Palatina*, Bolonia, 1949.

FILITAS

Aunque 1 y 2 son atribuidos en el lema a un nativo de Samos, la gran isla vecina a Asia Menor, es posible que estos cuatro epigramas procedan del cálamo del bien conocido Filitas o Filetas de Cos, isla del S. del mar Egeo, gran poeta a juzgar por lo que de él se cuenta, pues no es mucho lo conservado; inspirador de toda la escuela poética alejandrina, autor de elegías y epigramas; filólogo también y maestro de Zenódoto de Éfeso, la gran ciudad de Asia Menor; primero de los bibliotecarios de la Alejandría egipcia y, en fin, preceptor de Ptolemeo II Filadelfo, es de suponer que en su madurez, pues el rey nació en 308 y reinó entre 285 y 246 y las fuentes nos presentan a Filitas escribiendo ya en las épocas de Filipo II de Macedonia (359-336) y Alejandro III el Magno (336-323). Los epigramas aquí recogidos no son sensacionales, pero merecen elogio por su limpia sencillez.

1 (VI 210)

Llegada la edad del retiro, una cortesana ofrenda a Afrodita, llamada como tantas otras veces Cipris con alusión a su culto en Chipre, los utensilios de su oficio, entre ellos un espejo y tal vez un falo artificial.

Al cumplir por lo menos cincuenta la dulce Niciade,
en el templo de Cipris colgó como ofrenda
sus sandalias, sus bucles postizos, un límpido bronce
que no ha perdido nada de sus fieles reflejos,
su faja preciosa y aquello que un hombre no debe
nombrar y que aquí ves con las artes de Cipris.

2 (VII 481)

Primera de las muchas alusiones al Hades, morada del dios infernal.

La estela afligida nos cuenta: —Llevóse a la niña
Teódota, de tan cortos años, el Hades.
Mas ella le dice a su padre: —Contén tu tristeza,
Teódoto: es de humanos el sufrir desdichas.

3 (Estob. IV 56, 11)

No te lloro, mi amigo querido, que muchos momentos
felices gozaste con tu porción de penas.

4 (Estob. IV 17, 5)

El poema, breve y posiblemente incompleto, admite dos interpretaciones: la que hemos aceptado, en la que un marinero, desolado ante la inmensidad del mar desierto, desea ardientemente ver tierra, u otra posible en que alguien profetizaría que de las aguas va a brotar una isla.

Algún día veremos la tierra por obra divina;
ahora el mar es un circo para el saltar del viento.

HEGEMÓN

El epigrama que sigue, uno más de entre los muchos que se dedicaron al tema, es atribuido en el lema a Hegemón, y sabemos que un autor de ese nombre, natural de Alejandría, ciudad de la región asiática de la Tróade, escribió, no sabemos cuántos años después del 371, un poema épico sobre la batalla de Leuctra, dada en dicha fecha.

5 (VII 436)

Epigrama dedicado al heroísmo de los Espartiatas muertos en la batalla de las Termópilas frente a Jerjes (480). Las cifras están exageradas en ambos sentidos: el ejército persa, evaluado por Heródoto (VII 186) en más de cinco millones de hombres, difícilmente pudo superar los 200.000 o aun menos; los Griegos se oponían a la invasión con unos 7.000 hombres, de ellos trescientos Espartiatas, de raza Dórica, que murieron con su rey Leónidas.

Que, pasando junto a este sepulcro, con llanto el vian-
[dante
diga: —Aquí contuvieron mil hombres de Esparta
a ochenta miriadas del Persa arrogante muriendo
sin volver la espalda, con disciplina doria.

FALECO

Este poeta, procedente quizá de la Fócide, región de Grecia central, donde tal onomástico suele encontrarse, debió de actuar en la época de Alejandro Magno (cf. intr. a Filitas) a juzgar por la fecha de 8. La tradición ha dado su nombre, falecio, a un tipo de verso más utilizado en latín que en griego y que él empleó con preferencia.

6 (Aten. 440 *d*)

Una hetera, satisfecha ante el éxito obtenido, ofrenda a Dioniso un bello quitón o túnica interior. Evidentemente, el epigrama puede ser satírico y no responder a ningún hecho real; pero Eliano (*Var. hist.* II 41) habla de concursos de bebida y de una tal Cleo famosa en ellos.

De Dioniso a la imagen en torno un quitón ha ceñido
de color de azafrán con bordados en oro
Cleo, que mucho brilló en el banquete; y no pudo
competir hombre alguno con ella en la bebida.

7 (XIII 5)

Quizá sería la inscripción real o supuesta de una estatua o relieve en que están representados cuatro atletas hijos de Clino. Un caminante se detiene ante ellos. Hablan por orden los cuatro (Timodemo el corredor, Crete el luchador, Creteo el especialista en pentatlo y Diocles el púgil) y cada cual le va describiendo sus triunfos. El viandante pregunta el nombre al primero; le contestan sucesivamente todos. Vuelve a interrogar a Timodemo sobre su padre; le responde él y luego todos a coro. La nueva interrogación se dirige también al mismo Timodemo, que explica dónde venció; ante otra pregunta a Crete, éste contesta también. Deben de faltar las cuestiones y respuestas relacionadas con las victorias de los otros dos

hermanos. La prueba en que ganó Timodemo es el doble recorrido del estadio, un total de aproximadamente 360 metros; al final se mencionan los juegos del istmo de Corinto y de Némea, santuario famoso de la Argólide, y algún certamen menor consagrado a Hera.

—Gané en la doble.—Pues yo en la palestra.
—Pero yo en el pentatlo.—Yo cual púgil.
—¿Quién eres?—Timodemo.—Yo soy Crete.
—Y yo Creteo.—Diocles es mi nombre.
—¿Y el de tu padre?—Clino.—Que lo es nuestro.
—¿Y tú venciste en...?—El Istmo.—¿Tu triunfo?
—Fue en el prado nemeo, al lado de Hera.

8 (XIII 6)

Epitafio del comediante Licón, muy célebre y sociable, que tomó parte en las ceremonias de las bodas poligámicas que en Susa celebró Alejandro Magno el 324. No se sabe quién es el que habla, autor de la erección de una estatua del actor en su tumba. Nótense la alusión a la yedra, planta consagrada a Dioniso y símbolo del triunfo escénico, y a los ditirambos, piezas teatrales de algún modo relacionadas con el dios.

Yo he erigido esta estatua extraordinaria
por que fuera un recuerdo de Licón,
comediante y autor de ditirambos
con guirnaldas de yedra aquí ataviado.
Memorial será, pues, para que sepan
los venideros cómo fue en la vida
un hombre que brilló por su gracioso
trato en tantas tertulias y banquetes.

9 (XIII 27)

Para el cenotafio de un náufrago que fue víctima del Noto o viento Sur.

Foco en tierra extranjera murió, pues las lúgubres olas
[su navío
combatir no pudo ni salvarse de ellas,
mas hundióse en los grandes abismos del piélago egeo
cuando el fondo del mar revolvía el Noto.

Vacío quedó su paterno sepulcro, a los pies del cual su [madre
Prométide, como triste ave, lamenta
día tras día, ¡ay, ay, ay!, el destino de su hijo
llorando su muerte como prematura.

10 (VII 650)

Rehuye la brega marina y empuña la esteva
si ver quieres el fin de una longeva vida;
en tierra los años son largos y, en cambio, no es fácil
hallar canas cabezas entre los marineros.

ESPEUSIPO

Sobrino de Platón y su seguidor en la dirección de su escuela filosófica, la Academia, que murió en el 340 ó 339 y dedicó a su tío, al parecer, el epigrama que recogemos.

11 (XVI 31)

De Platón los despojos la tierra en su seno recubre,
pero su alma divina se halla ya entre los dioses.

DEMÓSTENES

El famoso orador y defensor de la libertad griega frente a Filipo y Alejandro Magno (cf. el 8 de Faleco), que vivió entre el 384 y el 322.

12 (Plut. *Vita dec. or.* 847 *a*)

Al parecer, el orador dejó redactado su epitafio.

Si hubieras tenido, Demóstenes, fuerza pareja
a tu alma, en Grecia el Ares macedón no imperara.

ARISTÓTELES

El célebre filósofo, nacido y muerto en los mismos años que Demóstenes.

13 (Diόg. Laerc. V 5)

Aristóteles erigió en Delfos un cenotafio a su amigo Hermias, muerto a traición por Artajerjes III, que en vida fue tirano de la ciudad de Atarneo, en la Tróade (cf. intr. a Hegemón); filósofo y protector de filósofos, y además tío de la esposa del gran pensador.

A quien jamás ofendiera a la pura justicia
divina mató el rey de los Persas arqueros,
no abiertamente con lanza en sangriento combate,
mas mediante un traidor que engañarle supiera.

TEÓCRITO DE QUIOS

Se trata de un sofista y político del siglo IV, natural de la isla de Quíos, del mar Egeo, y alumno de su paisano Metrodoro, que a su vez lo era del retor Isócrates.

14 (Dióg. Laerc. V 11)

La posición política de Teócrito era hostil a los Macedonios y, por tanto, a Aristóteles, preceptor de Alejandro y amigo de muchos de ellos. En el único epigrama que de él tenemos, cuya conservación se debe no sólo a la fuente indicada, sino a otras como Eusebio (*Praep. ev.* XV 2, 12), vemos una crítica del gran filósofo, a quien tilda de glotonería y avaricia que, cuando podía haber seguido formando parte, en Atenas, de la Academia platónica (cf. intr. a Espeusipo), le llevaron a la capital de Macedonia, Pela, donde había un riachuelo cuyo nombre (Bórboro) puede significar algo así como *cloaca;* y también le censura el hecho a que dio lugar el epigrama 13. La maledicencia de Teócrito explota el hecho, al parecer real, de que Hermias, natural de Bitinia, región de Asia Menor, y a quien él considera eunuco, fuera en un principio el esclavo de otro tirano de Atarneo llamado Eubulo.

Este sepulcro vacío para Hermias, eunuco
y esclavo de Eubulo, levantó Aristóteles,
el necio, al que el vientre voraz preferir ordenaba
el Bórboro y su cauce mejor que la Academia.

AFAREO

Es un retor y poeta trágico, hijo adoptivo del orador Isócrates (cf. intr. a Teócrito de Quíos) de quien conservamos un epigrama dedicado a su maestro con ocasión de su muerte en 338.

15 (Plut. *Vita dec. or.* 839 *b*)

Afareo esta imagen a Zeus consagró y a los dioses
de su padre Isócrates la virtud honrando.

MAMERCO

Tirano que ejerció poder en la ciudad de Cátane, en Sicilia, a mediados del siglo IV.

16 (Plut. *Vita Timol.* 31)

El tirano, hombre de aficiones literarias, se jacta de una victoria obtenida contra el general corintio Timoleonte al ofrendar los lujosos escudos conquistados en ella.

Estas armas de púrpura y oro y marfiles con ámbar
las cogimos con unos simples escudillos.

PERSES

El epigrama 21 es atribuido en el lema a Perses el tebano; el 22, a Perses el macedonio. Quizá se trate, pues, de dos poetas distintos. En todo caso, el autor de 17 tenía relación con Tebas, capital de Beocia, y pudo haber redactado dicho epigrama antes del 316. Sus obras, si de un solo escritor puede hablarse, son intrascendentes, pero no carecen de un cierto encanto simple (cf. 22, 23, incluso el modesto 24; es francamente bello el 20). Meleagro (776, 26) le atribuye como flor el junco, quizá por el origen oriental de esta planta puesto en relación con el nombre que evoca a Persia.

17 (VI 112)

Con alguna imaginación, los hechos históricos pueden resumirse así: la familia, en que, según costumbre, se repetían los mismos nombres, era muy conocida en Tebas; un tal Leontíadas mandó las fuerzas de aquella ciudad en las Termópilas (cf. el 5 de Hegemón); otro fue polemarco en 383; otro, padre de Prómenes; éste, como consecuencia de la destrucción de Tebas por Alejandro Magno (335) y del pánico que ello causó entre los Griegos, fue privado por los ciudadanos de Delfos, sede en la Fócide del famoso oráculo, de la proxenia (especie de consulado honorífico); sus hijos, Leontíadas e Hipolao, se desterraron a Arcadia, región del Peloponeso a cuyo SE. está el monte Ménalo; el joven Leontíadas, antes o después, casó y tuvo dos hijos, Daíloco y Prómenes; en 328, los Delfios se sintieron suficientemente seguros ante los Macedonios como para restituir la proxenia, en inscripción que conservamos, a Prómenes y su descendencia; Leontíadas y sus hijos, ante un éxito obtenido en la caza, consagraron a Apolo, probablemente en Delfos, los trofeos; y es de suponer que volvieran a Tebas después de su restauración (316) por Casandro, hijo de Antípatro (cf. intr. a Arato), que vivió entre el 355 y el 297 y no llegó a imponer su dinastía en Macedonia.

Tres cabezas de ciervos menalios con cuernas enormes
te son consagradas en tu pórtico, Apolo;
a caballo cazólos la mano veloz de los hijos
del valiente Leontiadas, Daíloco y Prómenes.

18 (VI 272)

Timaesa, después de padecer un difícil embarazo y parto, consagra en acción de gracias a *Ártemis*, hija de la *diosa Leto y* patrona de las mujeres encintas, las vestiduras que a lo largo de nueve meses ha llevado: faja, cipasis (prenda oriental fina y suelta de manga larga) bordado con flores y una cinta que sujetaba los pechos inflamados.

La faja, el florido cipasis, la cinta que oprime
el pecho estrechamente te ofrenda, Letoide,
Timaesa, que al décimo mes escapó con tu ayuda
a la carga terrible de un penoso embarazo.

19 (VI 274)

La parturienta, en acción de gracias, consagra a Ilitía, diosa de estos trances, una especie de capa que se abrochaba con un alfiler y una diadema, quizá metálica, con la que se sujetaba el pelo empapado en lucientes ungüentos.

Esta túnica toma, señora que al niño proteges,
y también la diadema de los brillantes rizos,
bendita Ilitía, conserva y de Tíside acepta,
porque la sacaste con bien de su parto.

20 (VII 501)

Patético epigrama dedicado a Filis, quizás un conocido músico de Delos, la célebre isla del mar Egeo en que se *tributaba culto* a *Apolo* y Ártemis, que pereció en un naufragio al zozobrar su nave ante un huracán del Euro o viento E. cerca de Lesbos, otra isla del mismo mar no menos conocida.

Los helados embates del Euro tu cuerpo desnudo
arrastraron, Filis, a una triste playa
de las costas de Lesbos, la rica en viñedos, y yaces
bajo el espolón húmedo de un roquedo escarpado.

21 (VII 445)

Dos leñadores, naturales de Dime, en la Acaya, región del NO. del Peloponeso, perecieron tal vez juntos en un accidente.

En un bosque fragoso yacemos, viajero, los hijos
de Equelo, Mantíadas y Éustrato, de Dime;
leñadores y agrícolas fuimos de siempre, y por eso
son las cortantes hachas emblema en nuestra tumba.

22 (VII 487)

La madre, en lugar de realizar las ceremonias que le incumbían en la *boda*, hubo de desgarrar su cuerpo en señal de luto.

Moriste, Filenion, soltera y Pitiade, tu madre,
en vez de conducirte, la sazón llegada,
al tálamo, te ha sepultado a la edad de catorce
años tras lacerarse cruelmente las mejillas.

23 (VII 730)

Descripción del relieve de una tumba. Neotima había muerto al dar a luz. Sus padres, acongojados, vieron próximo el fin de sus propias vidas y quisieron que en su tumba figurara la madre, contemplando un retrato de la muchacha, y frente a ella, en actitud de dolor, su esposo Aristóteles.

¿Por qué, desdichada Mnasila, hasta el mismo sepulcro
acompaña a tus lágrimas el grabado retrato
de Neotima? Aquí está tras perder en un parto la vida;
tú, madre amada, besas sus párpados hundidos
en la niebla, ¡ay de ti!, y Aristóteles, padre apenado,
se lleva a tu lado la mano a la cabeza.
¡Desgraciados entrambos, que ni aun con la muerte pu-
[disteis
hallar en el olvido consuelo de los males!

24 (IX 334)

Habla un diosecillo, Ticón, a quien algunos identifican con Priapo (el lematista, desorientado, habla de él o de un sátiro o de Pan); es una

divinidad modesta, patrocinadora de pequeñas fortunas o alegrías para las gentes pobres.

Si oportuno aun a mí, dios pequeño entre todos, me in-
[vocas,
obtendrás tus deseos, mas no busques grandezas;
lo que un dios popular conceder puede a un hombre in-
[digente,
eso soy yo, Ticón, dueño de otorgarlo.

25 (VII 539)

Inscripción para un cenotafio. El mar comienza a ponerse peligroso a fines de octubre, cuando por primera vez es visible de noche la puesta de la estrella Arturo, de la constelación del Boyero. El lema duda entre Perses y el tardío Teófanes.

No previste, Teotimo, la puesta fatal del lluvioso
Arturo y a terrible viaje te arrojaste
que, cuando el Egeo surcabas en nave potente,
con tus compañeros al Hades te condujo.
Aristódice y Éupolis, padres que vida te dieron,
llorando abrazan, ¡ay!, tu sepulcro vacío.

ESCRIÓN

Cf. la introducción al 510 de Dioscórides, y perdónesenos si ponemos demasiado al principio de nuestra lista cronológica a autor de quien tanto se ignora.

26 (VII 345)

No sabemos dónde estaba sepultada la escritora ni cuál era ese promontorio. Tampoco existe la menor idea sobre quiénes eran esos mozos subterráneos.

Filénide aquí yace, la famosa
entre los humanos, que la edad abatió.
Ni a mofa te entregues, ¡oh, tú, recio nauta!,
ni a befa o sarcasmo al doblar esta punta,
¡no por Zeus y los mozos de allá abajo!,
pues pública no fui ni licenciosa.
Polícrates, por su linaje Ateniense,
charlatán y pillo de pícara lengua,
lo que escribe escribe; mas yo no sé nada.

MENANDRO

Es el famoso comediógrafo, cuya vida se sitúa entre los años 342 y 292 y que tuvo ocasión de tratar y posiblemente ser influido por el filósofo Epicuro, lo cual no asegura que este epigrama sea dè él.

27 (VII 72)

Se refiere a Temístocles, el héroe de la segunda guerra Médica, y Epicuro, cuyos *respectivos* padres se llamaban Neocles, poniéndoles en paralelo: uno salvó a los Atenienses de la amenaza persa y el otro, con sus doctrinas, les infundió sabiduría.

Yo os saludo, ¡oh, gemelos Neoclidas!, que el uno a la [patria
libró de esclavitud y de necedad el otro.

ANITE

Hay indicios para situar a Ánite (a la que Meleagro en 776, 5-6 enlaza con las poetisas Safo y Mero y atribuye el *Lilium candidum,* mientras que las otras dos reciben como emblemas, respectivamente, la rosa y una flor cuyo nombre ha dado lugar a nuestro *lirio* y puede ser sinónimo o semisinónimo del de la planta de Ánite o referirse a otra del tipo del narciso) hacia el 300. Apenas sabemos nada de su vida: era (así Pólux en el contexto de 37; aunque en el lema de 50 se habla de Ánite la mitilenea, con referencia a la ciudad más importante de Lesbos, cf. el 20 de Perses, evidentemente, cf. intr. a Nóside y Erina, se trata de una confusión con Safo, natural de aquella isla) de Tégea, en Arcadia, ciudad con la que se relacionan 28 y 29, mientras que el cariño especial con que dibuja la figura del dios Pan (30 y 46) cuadra bien a una persona del país en que se le rendía especial culto. En Pausanias (X 38, 13) se cuenta una rara historia acerca de un viaje de la poetisa a Naupacto, por indicación de Asclepio que se le había aparecido en sueños, y de su intervención allí en la cura milagrosa de un tal Falisio, que se había quedado casi ciego.

La mayor parte de sus epigramas (entre los que son auténticos los diecinueve primeros y dudosos los cinco últimos, de los cuales 47-48 ofrecen atribuciones a otros autores en el lema y 49 no debe de ser de Ánite; en cambio, se le atribuye alternativamente el 423 de Aristódico) tienen cuatro versos, estructura muy apta para lo que pretende: trazar, sin pretensiones pero con gran amor, amables y sencillos cuadros casi pictóricos en su expresividad. Tal vez falle algo precisamente cuando quiere remontarse a temas de más envergadura (pacifismo muy femenino en 28; elogio de la virtud en 50; patetismo en 34; tremendismo en 36); en cambio, su especialidad son las pequeñas y deli-

cadas escenas en que aparecen niños o muchachos, animales, apacibles paisajes campestres o marinos.

28 (VI 123)

Equecrátidas, natural de Creta, ha ofrendado a Atenea Alea, en su espléndido templo de Tégea (cf. intr.), una lanza cuyo nombre, a diferencia del que será empleado más tarde, en el 97 de Leónidas y otros, con carácter genérico, indica precisamente un arma con mango de madera de cornejo.

Queda aquí, lanza homicida, y no viertas más triste
sangre de enemigos con tu garra de bronce;
de Atenea descansa en el alto santuario marmóreo
y el valor pregona del crete Equecrátidas.

29 (VI 153)

Un paisano de Anite ha ofrecido, probablemente a Atenea Alea, un caldero muy grande y artístico, obra de Aristóteles, de Clitor, ciudad del N. de Arcadia.

Un enorme caldero consagra Cleóboto, el hijo
de Eriáspidas; Tégea la espaciosa es su patria;
a Atenea lo ofrece; su autor Aristóteles era,
clitorio, cuyo nombre llevó también su padre.

30 (XVI 291)

Inscripción para una fuente, situada probablemente cerca de un santuario de Pan, en que tal vez el agua fluyera de ánforas sostenidas por ninfas de piedra.

A Pan el hirsuto y las ninfas rupestres dedica
Teódoto el pastor esta ofrenda en el monte,
porque, estando rendido del seco calor del estío,
le refrescaron dándole dulce agua con sus manos.

31 (VII 724)

Tu ardor te perdió en el combate, Proarco, y muriendo
enlutaste la casa de Fidias, tu padre;

pero es bello el himno que aquí tu sepulcro te canta:
pereciste luchando por la patria querida.

32 (VII 486)

El Aqueronte es uno de los ríos que rodean el Hades.

Muchas veces junto a este sepulcro lloró con tristeza
Clina la temprana muerte de Filénide
al alma invocando de su hija, que, en vez de casarse,
atravesó las verdes aguas del Aqueronte.

33 (VII 490)

La queja es puesta en boca de una figura que, en la tumba, se lleva las manos a los ojos. Primera alusión a Cloto, Láquesis y Átropo, las Moiras o Parcas que hilan el destino de los hombres.

Lloro a Antibia, doncella, a la cual tantos hombres [buscaron
pretendiéndola en casa de su padre, atraídos
por su encanto y talento; mas pronto una Moira funesta
derribó por tierra la esperanza de todos.

34 (VII 646)

En la tumba de una muchacha.

He aquí las palabras que dijo a su padre querido
Érato con lágrimas y un último abrazo:
—Ya, padre, no existo; perezco y oculta la muerte
mis ojos oscuros con su negra sombra.

35 (VII 649)

Sobre una moza que murió soltera.

A cambio del lecho nupcial y el solemne himeneo,
tu madre ha puesto encima de tu marmórea tumba

una virgen, ¡oh, Tersis!, que tiene tu talla y belleza;
  y así, aun después de muerta, diríase que hablas.

36 (VII 208)

Sobre un caballo muerto en batalla por Ares, dios de la guerra.

Éste es monumento que Damis erige a su bravo
  caballo, cuyo pardo pecho herido por Ares
fue; de su espesa corambre brotó sangre negra
  y empaparon la tierra sus tristes despojos.

37 (Pól. V 48)

Una juguetona y ruidosa perra, llamada con el étnico de su país, bien conocido por sus excelentes canes, que puede ser la tierra de los Locros Opuntios o la de los Locros Ózolas, ambas situadas en el centro de Grecia, ha sido mordida, al acercarse a un matorral, por una víbora.

Tú en la fragosa espesura también pereciste,
  la más ágil de todas las ladradoras perras;
tal fue, Lócride, el tósigo cruel que en tus patas veloces
  inoculó una víbora de piel moteada.

38 (VII 202)

A un gallo muerto por un zorro o comadreja.

No podrás despertarme ya más agitando como antes
  tus alas con vigor por avisarme al alba:
te atacó un malhechor a escondidas durante tu sueño
  y te mató echando la garra a tu gaznate.

39 (VII 215)

Epitafio de un delfín al que las olas han arrojado muerto a la playa: en tiempos, el animal veía su propia efigie en el espolón de una nave, que representaba a otro delfín. El epigrama es francamente bello.

Ya no puedo sacar fanfarrón mi cabeza emergiendo
  del fondo del mar surcado por barcos;

no daré resoplidos, gozoso de ver mi figura
cerca de los bellos labios de la nave.
La purpúrea marea del ponto me trajo a la costa
y aquí estoy en esta suave playa tendido.

40 (VI 312)

Descripción de una pintura de niños jugando con un macho cabrío: quizás el templo sea de Posidón Hipio, patrono de las carreras de caballos.

Unas bridas purpúreas los niños, cabrón, te pusieron
y un freno en la boca velluda y las carreras
ecuestres ahora remedan en torno al santuario
del dios, por que contemple sus juegos infantiles.

41 (IX 745)

Aquí el cuadro representa a otro macho cabrío, animal que solía ser sacrificado a Dioniso, llamado aquí por primera vez Bromio (*nacido del trueno* por la fulminación de su madre Sémele) y que recuerda con ufanía y nostalgia su anterior vida bucólica con las náyades o diosas de los manantiales.

Mira de Bromio el cornudo cabrón, qué soberbio
y altivo nos mira con su barbudo rostro
y recuerda que más de una vez en los montes la mano
rosada a sus vedijas las náyades llevaban.

42 (IX 144)

Inscripción para una estatua en madera de Afrodita, probablemente untada, a efectos de su mejor conservación, con aceite o cera, lo que podría ser causa también del epíteto del último verso, y situada junto al mar en un promontorio.

De Cipris es este paraje, pues siempre se asoma
a mirar desde aquí las aguas centelleantes
para hacer agradable a los nautas el viaje, y contempla
el mar con respeto su espléndida estatua.

43 (IX 313)

Inscripción de una fuente en que suelen beber los segadores: de dulce exhortación habla con razón el lema.

Descansa tendido del denso laurel a la sombra
y sus aguas dulces pide a la amable fuente
por que, oreados del céfiro, encuentren alivio
del estival trabajo tus miembros jadeantes.

44 (IX 314)

Inscripción para el hermes (busto del dios así llamado con pedestal prismático) de una encrucijada.

Yo soy Hermes y estoy en el trivio, a la vera de un huerto
florido que, no lejos del mar canoso, ofrece
solaz al viajero cansado del largo camino;
y de una limpia fuente manan las frescas aguas.

45 (XVI 228)

Según el lema habla una imagen de Pan.

Bajo el álamo, amigo, reposa tus miembros cansados;
entre sus verdes hojas murmura un dulce aliento;
bebe, pues, en la fuente su fresco licor, deleitoso
refrigerio en verano para el caminante.

46 (XVI 231)

Diálogo con una estatua de Pan: en el segundo verso se nace referencia a la siringa, clásico instrumento del dios formado por un conjunto rectangular de cañas mantenidas en paralelo por medio de cera, que a veces se utilizaba también para obstruir parcialmente algunos tubos con el fin de lograr distintas notas.

—¿Por qué solitario en la selva frondosa te sientas,
Pan rústico, a tañer esa dulce caña?

—Así vagará en estos montes que baña el rocío
la ternera paciendo los esbeltos tallos.

47 (VII 190)

Aunque el lema atribuye el epigrama alternativamente a Leónidas, el estilo y contenido parecen ser propios de Ánite: el estupor infantil ante la muerte está recogido con sensibilidad. Naturalmente, la inscripción es ficticia, aunque quizá no tanto la pequeña tumba erigida, por ejemplo, en un jardín. Es curiosa la confusión de Plinio (*N. H.* XXXIV 57), que habla, con error producido por el nombre de la muchacha, de que Mirón, escultor del siglo v, de la ciudad ática de Eléuteras, hizo, como dice Erina (confunde, pues, a una poetisa con otra, cf. intr.), un monumento funerario a dos animales de estas especies. La expresión *ruiseñor de los campos* se debe a que algunos acrídidos, como el saltamontes, producen una especie de canto frotando las patas contra los élitros.

Miro, la niña, en común sepultó al saltamontes,
ruiseñor de los campos, y a la cigarra, huésped
de la encina, y gemía con llanto pueril, porque el duro
Hades sus dos juguetes le había arrebatado.

48 (VII 232)

Existe duda en el lema sobre si el epigrama es de Ánite o de Antípatro, es de suponer que el sidonio. Son frecuentes entre los Macedonios los nombres de Filipo y Amintas, más bien que Amintor; y tras la muerte de Alejandro Magno hubo muchas guerras en Lidia, país del O. de Asia Menor, y, sin duda, muchos Macedonios que allí murieron.

El lidio terreno aquí cubre a Amintor, que era hijo
de Filipo y que tantas veces luchó en la guerra;
y no fue mal penoso el que a un mundo de sombras le [trajo,
mas murió con su escudo protegiendo a un amigo.

49 (VII 236)

Probablemente no es de Ánite, sino de Antípatro el tesaloniceo, de quien también habla el lema. Temístocles (cf. el 27 de Menandro) murió en la Magnesia del Meandro, ciudad de Asia Menor situada a orillas de dicho río; hay una leyenda según la cual su cadáver fue después exhumado clandestinamente y sepultado en el Pireo, puerto de Atenas, pero aquí lo

que se dice brevemente es que, aunque el sepulcro conserve sus restos, lo que en verdad conmemora es la falta de visión y mala voluntad con que los Griegos dejaron expatriarse a un glorioso guerrero.

No soy de Temístocles tumba magnesia, mas prueba
de la maldad y envidia de los Helenos todos.

50 (VII 492)

Es bien conocida la leyenda de unas muchachas de Mileto, la gran ciudad de Asia Menor, que, ante su toma y saqueo por los Gálatas, pueblo céltico, hacia el 277, se suicidaron para evitar la violación (que el lema da por consumada) o el matrimonio forzoso con los invasores. Resulta dudoso que el epigrama sea obra de la poetisa; sobre otra confusión del lema, cf. intr.; nótese la alusión al dios del matrimonio.

Por huir del abuso salvaje del Gálata impío,
morimos, Mileto, nuestra patria querida,
tres muchachas de aquí, a las que el Ares brutal de [los Celtas
impulsó a tal destino, sin tolerar su inmundo
contacto y tampoco el nupcial himeneo; pues hemos
encontrado como protector al Hades.

51 (VII 538)

El epigrama, más bien que ser de esta autora, podría responder a las reflexiones filosóficas de algún cínico. Manes es nombre frigio y, más concretamente, común entre esclavos de aquel país del N. de Asia Menor. El Darío citado puede ser cualquiera de los varios reyes de Persia bien conocidos.

Este hombre era Manes en vida, mas hoy, aquí muerto,
vale ya lo mismo que Darío el grande.

ANTÁGORAS

De este natural de Rodas (así en el lema de 53) sabemos que estuvo en la corte de Antígono II Gonatas (nacido hacia el 319 y rey de Macedonia desde el 283 hasta su muerte en 239) y también que tuvo relación con varios filósofos: escribió (52) el epitafio de Polemón y Crates, hay anécdotas que le ponen en contacto con Crantor el académico y Menedemo de Eretria, se indispuso con el también platónico Arcesilao. Todo ello, y especialmente el mencionado epitafio, hace suponer que vivía hacia el 265; pero entonces resulta demasiado largo el intervalo de más de cincuenta años entre los dos poemas que se le atribuyen, y quizás haya que suponer que 53 es bastante posterior a la construcción del puente. En Meleagro (776, 52) se le representa con el buftalmio u ojo de buey, no bien identificado, cuyo epíteto aquí indicaría una planta trepadora o heliotrópica.

52 (VII 103)

Los filósofos Polemón y Crates eran famosos por sus virtudes y por su mutuo afecto; el primero, sucesor de Jenócrates en la dirección de la Academia platónica desde el 315, murió hacia el 270; el segundo, que le sucedió a su vez, no debió de vivir muchos años más, y a su muerte asumió el cargo Arcesilao (cf. intr.). Fueron enterrados en la misma tumba, y Antágoras les dedicó un epitafio común que conserva también Diógenes Laercio (IV 21).

Puedes contar a tu paso, extranjero, que yacen
  aquí el pío Crates y Polemón, hombres
de espíritu a cual más magnánimo; santas palabras
  brotaban de sus bocas geniales, y una vida
límpida y sabia y leal a inmutables principios
  encaminó hacia un evo divino sus almas.

53 (IX 147)

Inscripción para un puente que el rico ateniense Jenocles de Esfeto, patrono de los misterios del santuario eleusinio de Deméter en el año 321/320, mandó construir a sus expensas para que la Vía Sagrada, al pasar en el recorrido de Atenas a Eleusis por el riachuelo llamado Cefiso, distinto del río igualmente llamado que pasa muy cerca de la capital, no se viera cortada, con la consiguiente molestia para los peregrinos, en los días de fuerte lluvia. En el texto y lema, inexplicablemente, se habla de *Jenocles el lindio,* con alusión a Lindo, ciudad de Rodas; hay que entenderlo con cita del demo, como aquí, o con el nombre de su padre, Xinis.

Id, iniciados, al templo marchad de Deméter
sin temer ya aluviones de torrenciales aguas;
tan seguro es el puente que os hizo el esfetio Jenocles
lanzándolo a través del anchuroso río.

TEETETO

Muy poco sabemos de él excepto que, como Crantor murió antes que el también filósofo Polemón, cuya vida debió de terminar hacia el 270 (cf. el 52 de Antágoras e intr. al mismo), es probable que escribiera en la segunda mitad del s. III: Page, sin embargo (cf. intr. gen.), le sitúa hacia el 275. En todo caso, nada se opone a que sea él la persona citada por Calímaco en 331, escritor que fracasó en un concurso dramático, en pro de lo cual hablaría el hecho de que en 57 menciona a uno de Cirene, capital de la libia Cirenaica, patria de aquél. El más interesante y original de sus epigramas es el 58.

54 (VI 357)

Un viandante dialoga con las figuras masculina y femenina que figuran en un sepulcro.

—Sed dichosos, muchachos. ¿Cuál es el linaje y el [nombre
bello que a personas tan hermosas fue dado?
—Yo soy Nicanor; Eupteeto es mi padre y Hegeso
mi madre; macedón soy en cuanto a mi estirpe.
—Y yo Fila soy, que a mi hermano acompaño; y un voto
de nuestros padres es causa de que aquí estemos.

55 (Dióg. Laerc. IV 25)

Epitafio (cf. intr.) del filósofo platónico Crantor, famoso por sus virtudes, que, según cuenta el propio Diógenes un poco antes, era autor de unos 30.000 versos, parte de los cuales dejó sellados en un templo de Ate-

nea antes de abandonar su ciudad natal, Solos, ciudad de Cilicia, región costera del Asia Menor limítrofe con Siria, para ir a Atenas, y del que sabemos, por el mismo biógrafo, que murió de hidropesía y pidió *ser enterrado en los repliegues de la tierra querida.* Los dos versos finales reflejan la serenidad de Crantor, que aun en el otro mundo encuentra la felicidad.

Agradó a los humanos Crantor, pero más a las Musas,
y no pudo llegar a edad muy avanzada.
Tú, Tierra, el cadáver del santo varón acogiste
y él en tu seno sigue viviendo dichoso.

56 (VII 727)

Epigrama un poco raro, pues la alusión a la envidia no parece venir muy a cuento y la comparación del final es inapropiada: Minos, el mítico rey de Creta, ocupa en los infiernos una posición privilegiada como juez de los muertos y Tersites, el personaje repugnante del canto II de la *Ilíada,* es feo y contrahecho, pero no *tonto.* El tono cínico de la anécdota está claro (cf. el 51 de Anite).

Parecía no ser inferior a ninguno en talento
Fíleas, y que ante ello sufra el envidioso;
mas vana es la gracia que otorga la fama, pues Minos
no es en el Hades más honrado que Tersites.

57 (VII 499)

Para un cenotafio de Cirene (cf. intr.) Zeus es mencionado aquí con el apelativo de Xenio u Hospitalario porque lo que se pide es misión amistosa y en cierto modo diplomática; las rocas Icarias estarían cerca de la isla de Ícaros o Icaria, de las Espóradas, situada al O. de Samos.

Viajeros del mar, Aristón, cireneo, os suplica
a todos que digáis, por Zeus Hospitalario,
a su padre Menón que su vida perdió en el Egeo
y que yace al lado de las icarias rocas.

58 (VII 444)

Epigrama dedicado a los muertos de una gran catástrofe. En la casa del rico Antágoras, una noche de invierno, se estaba celebrando un gran banquete, al que asistirían muchos invitados y en el que servirían la mesa todos sus esclavos. El vino correría libremente y todos, comensales

y criados, estarían demasiado eufóricos para darse cuenta de que, sin duda por causa de la calefacción central con hipocausto calentado desde abajo, se había declarado un incendio. En un caso semejante, el de la casa de Escopas en Fársalo, ciudad de Tesalia, región del N. de Grecia, cuenta Cicerón *(De or.* II 353) que el lírico Simónides de Ceos, muy experto en *recursos mnemotécnicos,* pudo identificar los cadáveres por el sitio que ocupaban en la mesa; pero allí fue posible por haberse producido las muertes en el acto, al derrumbarse el techo, mientras que en este caso se habrían levantado todos para intentar huir.

Nadie supo en la noche de invierno que el fuego invadía
la gran casa de Antágoras, en que reinaba el vino,
y ochenta es la suma de libres y siervos mezclados
que ardieron en aquella pira abominable.
Imposible a los deudos les fue separar osamentas:
común se hizo la urna, comunes las honras
y erigióse tan sólo una tumba; pero Hades conoce
muy bien las cenizas de cada uno de ellos.

59 (Diόg. Laerc. VIII 48)

Habla al espectador una estatua de deportista erigida, como era costumbre, en un recinto agonal. Pitágoras de Samos, hijo de Crates, se presentó en Olimpia, el famoso santuario de la Élide, región occidental de Peloponeso, para competir en la Olimpíada del año 588: llevaba el pelo largo y un manto de púrpura que le daba un cierto aspecto afeminado, por lo que fue eliminado con vilipendio de la competición infantil, a la que correspondía por su edad; pero luego logró entrar, no sabemos cómo, en la prueba de los hombres, donde, con sorpresa general, derrotó a todos.

Sí, Pitágoras, sí, caminante, si tal vez recuerdas
al melenudo púgil samio, tan famoso,
ése soy; si, queriendo saber de mis gestas, preguntas
a cualquier Eleo, creerás que exagera.

ALEJANDRO

Nacido en Pleurón, ciudad de Etolia, región del NO. de Grecia, vivió entre los siglos IV-III (Page, cf. intr. gen., le sitúa hacia el 275); trabajó en la biblioteca de Alejandría, donde estaba encargado de los manuscritos de tragedias y dramas satíricos; y más tarde fue llamado a la corte macedonia de Antígono Gonatas (cf. intr. a Antágoras). Es autor de tragedias, poemas épicos y elegíacos, todo ello perdido salvo fragmentos. De estos dos epigramas, 60 denota al erudito más que al poeta; 61 es fino, pero banal. No vemos por qué en Meleagro (776, 39) se habla para Alejandro del olivo.

60 (VII 709)

El poeta toca un punto ya discutido en la Antigüedad, y del que nuevos papiros nos demuestran que ni siquiera Aristóteles, relativamente cercano en el tiempo, sabía mucho: el de si el lírico Alcmán (s. VII) había nacido en la asiática Lidia (cf. el 48 de Ánite) o en Esparta, donde trabajó. Alejandro se inclina a creer que nació en Sardes, capital de Lidia, y se trasplantó a Grecia para su fortuna, pues su patria no le había ofrecido sino un bárbaro y pervertido ambiente: Alcmán habría sido allí portador de una bandeja ritual de la diosa Rea o bien eunuco sacerdote de la misma, de quien se cita un instrumento típico. Su paso a Grecia le ha puesto en contacto con las Musas, habitantes del monte Helicón de Beocia, y con Esparta, ciudad ganadora de multitud de trípodes en concursos poéticos; y nada tiene que envidiar ya a sus compatriotas los sucesivos reyes, algo más antiguos que él, Candaules y Giges.

Sardes antigua, ciudad de mis padres, contigo
  yo hubiera camarero sido o tal vez eunuco
que, vestido de oro, aporreara sonoros tambores;
  mas soy Alcmán de Esparta, que en trípodes abunda,

y a saber exceder en grandeza a los reyes Candaules
y Giges me enseñaron las Musas Helicónides.

61 (XVI 172)

Esta escultura de Afrodita (cf. el 42 de Anite), al parecer armada en son de guerra, es tan perfecta, representa a la diosa tan a lo vivo, que parece como si la propia Palas Atenea, divinidad de las artes, la hubiera hecho sin guardar rencor al modelo porque, en el famoso juicio de Troya, Paris o Alejandro la prefirió a ella y a Hera.

Palas sin duda ella misma ha esculpido esta Cipris
no acordándose ya del juicio de Alejandro.

MERO

Era natural de Bizancio; casó con el filólogo Andrómaco, al que conocemos como autor de un léxico etimológico; ella, por su parte, escribió versos épicos, entre ellos un himno a Posidón, con elegías, poemas líricos, etc.; no es extraño que tales padres pusieran como nombre el de Homero a su hijo, autor trágico de los siete muy conocidos que formaron parte de la llamada Pléyade y famoso en Bizancio, donde tenía una estatua. Puesto que el florecimiento de este Homero suele situarse hacia el 280, el de su madre andaría no lejos del 300. Suele emparejársela con Ánite, cuya temática imita en 63 y a la que, al menos, se parece en su empleo, atestiguado en los dos únicos epigramas de Mero que poseemos, de poemas de cuatro versos. Sobre la atribución floral de Meleagro, cf. intr. a la misma.

62 (VI 119)

Epigrama escrito para la ofrenda de un racimo de uvas, hijo metafórico de la viña y productor de néctar, es decir, de vino.

De Afrodita en el atrio dorado pendiente aquí quedas,
¡oh, racimo colmado del jugo de Dioniso!
No podrá ya tu madre criar su nectáreo follaje
abrazando con pámpanos graciosos tu cabeza.

63 (VI 189)

Ofrenda (cf. el 30 de Anite) a las Hamadríades, ninfas de las encinas que nacían y morían con ellas, aunque aquí se las relaciona raramente con un río. Es posible que, en efecto, hubiera una corriente de agua cerca del bosque, pero algunos editores prefieren *Anigríades*, ninfas de una fuente que, en Trifilia, región de la Élide, sanaba las enfermedades de

la piel. En ese caso, Cleónimo, agradecido a su curación, les habría dedicado unas estatuillas de madera (cf. el 42 de Anite).

Salud, Hamadríades, ninfas del río, que siempre
recorréis, inmortales, con vuestros pies rosados
nuestras frondas; guardad a Cleónimo, que estas her-
[mosas
estatuas, ¡oh, deidades!, en el pinar consagra.

NÓSIDE

Nació en el S. de Italia, en el pueblo de los Locros Epicefirios. Su fecha aproximada es posible deducirla a través de 65 (las luchas con los Bretios no debieron de ser posteriores al 280) y 73 (Rintón no pudo haber sobrevivido mucho a Ptolemeo I Soter, que nació en 367 y reinó entre 323 y 283); en 66 se nos dan los nombres de su madre y abuela materna; 74 confirma el lugar de origen de la poetisa. En 67 el lema la considera (cf. intr. a Ánite y Erina) como lesbia y en 74 se la llama amiga de Safo la mitilenea. Todo esto, claro está, carece de valor. Sus poemas tienen todos cuatro versos y la figura poética de Nóside debió de parecerse, en esto y otras cosas, bastante a la de su tal vez coetánea Ánite. Su temperamento muy femenino se muestra en la relación con mujeres de diez de sus doce epigramas; su sensibilidad artística, en los cuatro dedicados a retratos. Meleagro (776, 9-10) compara a esta poetisa con el iris, aunque ninguna de las irídeas es particularmente olorosa, y una incluso se llama *lirio hediondo* (sin embargo, de las raíces del denominado iris por los griegos se hacía un perfume); y sigue hablando del dulce tema amoroso de los poemas de Nóside, a pesar de que solamente 64 es erótico.

64 (V 170)

Nada excede al amor en dulzura, y no hay dicha ninguna
que aventajarle pueda, ni la miel en la boca.
Tal Nóside dice, y aquel a quien Cipris no ha amado
ignora cómo son sus rosas divinas.

65 (VI 132)

Los compatriotas de Nóside han derrotado a sus vecinos los Bretios, habitantes de lo que en época romana se llamaría el *Bruttium*. Éstos, en retirada, se desembarazaron de los escudos que llevaban al hombro; los vencedores los recogieron y consagraron en un templo.

De sus tristes espaldas las armas tiraron los Bretios,
heridos por las manos de los ágiles Locros,
y ahora en el templo divino ellas cantan su hazaña
sin echar de menos aquellos viles brazos.

66 (VI 265)

En la Italia meridional, al SE. de la antigua Crotón, había un famoso templo de Hera Lacinia. En él se quemarían con frecuencia inciensos, lo que explica el epíteto. El ropaje ha sido ofrecido por la madre de Nóside; nótense los nombres de abuela, madre e hija con arreglo a una costumbre genealógica, conocida ya también por Polibio (XII 5, 6), de los Locros, que, como recuerdo de antiguas costumbres matriarcales, citaban siempre a las mujeres en estos casos.

Tú, que el Lacinio oloroso a menudo contemplas
desde los cielos, Hera venerable, recibe
el ropaje de lino que a ti la de Cléoca ofrece,
la excelente Teofílide, con Nóside, su hija.

67 (IX 332)

Ofrenda de una prostituta (cf. el 1 de Filitas) con sus ganancias a la diosa del amor (cf. el 61 de Alejandro) en su templo: sabemos por Clearco (en Aten. 516 *a)* que las mujeres de los Locros gozaban de gran libertad de costumbres. Sobre un error del lema, cf. intr.

Vayamos al templo y veamos qué artística queda
la imagen de Afrodita con su ornato de oro.
Poliárquide fue quien la trajo, que mucho ganara
gracias a la belleza de su propio cuerpo.

68 (VI 275)

En Homero (*Il.* XIX 38), Tetis introduce néctar y ambrosía por las fosas nasales de Patroclo para que su cadáver no se descomponga; en el

544 de Alceo veremos un cuerpo ungido con el mismo líquido; aquí Afrodita sana las heridas de su amado Adón o Adonis con néctar; posiblemente Sámita guardaba la redecilla ahora ofrendada junto al perfume con que se ungía en las Adonias, fiestas anuales en honor del héroe muerto por un jabalí.

Gozosa Afrodita esta ofrenda sin duda ha acogido,
la red que en sus cabellos Sámita llevaba,
pues es muy artística y huele lo mismo que el suave
néctar con que a Adón el bello unge la diosa.

69 (IX 605)

La muchacha Calo ofrenda su retrato (cf. el 23 de Perses) a Afrodita; y es posible que en los tres poemas siguientes la oferente sea la propia mujer retratada, lo cual podría ser una singular costumbre de los Locros. Como se ve, la poetisa insiste siempre en el realismo de la pintura.

Calo ofrenda a la rubia Afrodita en su templo este [cuadro
que su imagen de modo muy exacto pinta.
Ved cómo luce gentil y su gracia florece.
Sea feliz, porque es su vida irreprochable.

70 (IX 604)

De la bella Taumáreta el cuadro muy bien nos refleja
la alegría y encanto de la mirada suave.
Contento al mirarte pondríase el perro, creyendo
contemplar a la dueña de la casa que guarda.

71 (VI 353)

Aquí está Melina en persona; mirad qué bonita
su faz, que contemplarnos dulcemente parece.
¡Qué fielmente la niña a su madre aseméjase en todo!
¡Qué bien, cuando los hijos reflejan a sus padres!

72 (VI 354)

Incluso de lejos se ve que a Sabétide pinta
este cuadro lleno de majestad y belleza.
Mira, parece que aquí su dulzura y talento
contemplo. ¡Que dichosa sigas siendo siempre!

73 (VII 414)

Es una graciosa originalidad la de pedir al viandante que ante la tumba no llore, sino ría. Ello porque Rintón (cf. intr.), a quien otros consideran de la ciudad de Tarante, del S. de Italia, pero a quien aquí se pone en contacto con Siracusa, la gran capital de Sicilia, fue poeta sin pretensiones, pero que gozó cierta fama (de ahí la yedra, cf. el 8 de Faleco) como autor de parodias trágicas. Sobre la alusión al ruiseñor, cf. el 47 de Ánite.

Acompaña, al pasar junto a mí, tu amistoso saludo
con una carcajada: soy Rintón, siracosio,
ruiseñor de las Musas humilde, pero he cosechado
con parodias trágicas mi ramito de yedra.

74 (VII 718)

Mensaje a Safo, modelo de todas las poetisas (cf. intr.), transmitido por alguien que va a Mitilene, capital de Lesbos.

Si navegas, viajero, a gozar con las Gracias floridas
de Safo en Mitilene, la de los bellos coros,
parte a decirles que adicta a las Musas y a ella
Lócride me engendró, y es Nóside mi nombre.

75 (VI 273)

La escritora (el lema no considera segura la atribución) pide a Ártemis que deje la caza, se bañe en el río Inopo, de Delos (cf. el 20 de Perses), y acuda a Locros para ayudar a una amiga de Nóside que está de parto. Solía decirse que la diosa no había nacido en Delos, como Apolo, sino en Ortigia, y hay varios lugares de los que se contaba que habían llevado este nombre, entre ellos la pequeña isla de Renea.

Tú, que a Delos proteges y a Ortigia la amable, tus [dardos
en el seno depón, Ártemis, de las Gracias,
da al Inopo tu límpido cuerpo y acude a nosotras
para librar a Alcétide de sus vivos dolores.

DURIS

No se sabe nada de él, salvo que era de Elea, probablemente, de las varias ciudades llamadas así, la situada en la parte septentrional de la costa del Asia Menor. Éfeso (cf. intr. a Filitas), después del cataclismo citado en su epigrama, fue repoblada hacia el 290, época en los alrededores de la cual habría sido escrito.

76 (IX 424)

Estéfano de Bizancio, *s. v. Ephesus*, cuenta que, estando la ciudad jónica de Éfeso situada en una cuenca, un invierno fue inundada por las lluvias con muerte de muchísimas personas. Lisímaco (nacido hacia el 360, rey de Tracia desde el 305 y luego pasajeramente de Macedonia hasta su muerte en el 281), para evitar desastres semejantes, la trasladó a su emplazamiento posterior y la denominó Arsínoe, como su esposa (hija de Ptolemeo Soter, cf. intr. a Nóside, que vivió entre el 316 y 270 y casó sucesivamente con Lisímaco; con Ptolemeo Cerauno, hijo de Ptolemeo Soter, que fue rey entre 281 y 279; y con su hermano Ptolemeo Filadelfo, cf. intr. a Filitas), pero, al morir ésta, la ciudad recuperó su nombre. Resulta un tanto oscura y rebuscada la alusión a la Libia; allí, en un lugar tan seco (cf. intr. a Teeteto), habrían hecho falta lluvias, y no en Éfeso. Nótese también la alusión a Artemis y otros dioses protectores de la ciudad, que se distrajeron aquella noche; los ríos citados al final serían el Caístro y sus afluentes.

Aéreas nubes, ¿de dónde las aguas amargas
bebisteis que en lóbrega noche a inundar vinieron
no la Libia, mas Éfeso triste y en ella infinitas
casas y posesiones de prósperos años?
¿Adónde los dioses guardianes volvieron sus ojos?
¡Ay, ay, la más famosa ciudad de entre las Jades!
Con rodar semejante a las olas, los ríos henchidos
a la mar arrastraron toda aquella riqueza.

NICIAS

Sabemos de él que era médico y amigo de Teócrito, a quien es posible que conociera en alguna estancia en Cos, donde se cursaban famosos estudios de Medicina: nos consta, por otra parte, que Nicias fue lo que pudiéramos llamar compañero de clase de un galeno muy conocido, Erasístrato. Todo ello le sitúa plenamente en la primera mitad del s. III. Cuatro de los poemas de Teócrito están relacionados con él: el epigrama 365; los idilios XI y XIII, dirigidos al médico; y el XXVIII, escrito como dedicatoria de una rueca de marfil que Teócrito llevó a Mileto, ciudad (cf. el 50 de *Anite* y 78) probablemente natal de su amigo, como obsequio para Teogénide, su esposa (cf. 79). Aunque Teócrito le dedica grandes elogios (XI 6, XXVIII 7), no parece que su talla poética excediera de lo discreto (en 77 y 79 hay claras imitaciones); ni tampoco es genial la réplica a XI, cuyo primer verso conocemos: el bucólico había dicho que la poesía cura los males de amor, y el médico responde, con paráfrasis del fr. 663 N. de Eurípides, que, en cambio, el amor convierte a los hombres en poetas. La especie de menta asignada a Nicias por Meleagro (776, 19-20) es la cultivada (Nicandro, fr. 74, 57 G.-Sch.) y olorosa (Teofr. *Hist. pl.* VI 6, 2).

77 (VI 122)

Eco del 28 de *Anite:* diálogo entre un viandante y una lanza ofrendada por Menio, que probablemente luchó como mercenario en alguna de las continuas guerras de la época de los Diácodos. Los Odrisas son un pueblo tracio; el arma es considerada aquí como ménade o bacante consagrada no al culto de Dioniso, como es lo usual, ni al de Atenea, como dice el lema, sino al de Enialio, otro nombre de Ares.

—Ménade brava de Enialio, ¿quién vino a ofrecerte,
veloz lanza, a la diosa que convoca al combate?

—Menio fue, cuya mano en vanguardia lanzábame rauda
por que al Ódrisa hostil matara en la llanura.

78 (VI 127)

Habla un arma, probablemente un viejo escudo ofrendado quizás en un templo de Mileto (cf. intr.) donde con frecuencia actuarían las muchachas en ritos de Ártemis.

Era, pues, mi destino dejar el odioso combate
de Ares para oir a los virgíneos coros
junto al templo de Ártemis, donde mis miembros roídos
por canosa vejez Epíxeno ha ofrendado.

79 (VI 270)

Anfáreta (cf. el 18-19 de Perses) ofrenda a Ilitía, que la ha protegido en un parto, su mantilla y velo nupcial. A este último le llama *flotante*, adjetivo que recuerda al empleado por Teócrito en *Id.* XXVIII 11 para referirse precisamente a tejidos de lana hechos por la esposa de Nicias (cf. intr.), con el que se alude a algo que imita, en su finura y flexibilidad, las ondulaciones del agua. Nótese la alusión final a las tétricas figuras que se remontan a la tradición épica.

La mantilla y el velo flotante de Anfáreta quedan
encima de tu imagen puestos, Ilitía,
porque a ti en los dolores del parto con preces rogaba
que apartaras de ella las siniestras Ceres.

80 (VII 200)

Habla una cigarra capturada por un niño (cf. el 47 de Anite); pero el animal no «canta» con las alas, sino que utiliza un complicado aparato estridulador situado en el tórax y no demasiado distinto de una zambomba.

Ya no gozaré entre el espeso follaje de un árbol
haciendo sonar mis alas delicadas,
pues la mano menuda de un niño cogióme de pronto
cuando estaba posada sobre las verdes hojas.

81 (IX 315)

Hablan probablemente las ninfas esculpidas en el relieve de una fuente erigida por un padre en memoria de su hijo. Sobre la sombra del álamo, cf. el 45 de Anite.

Bajo los álamos siéntate aquí, fatigado
viajero, y a beber ven de nuestro chorro
por que luego recuerdes de lejos la fuente que Simo,
a la muerte de Gilo, levantó en su memoria.

82 (IX 564)

Inscripción para una colmena.

Parda abeja, que, amando la rosa estival, nos anuncias
la pintada estación en que brota el deseo,
activa recorre volando el vergel oloroso
para que se llene tu cérea celda.

83 (XVI 188)

El dios ha abandonado su monte natal Cilene, de Arcadia, para convertirse en patrono de un gimnasio, donde habla su estatua. La viola es flor difícilmente identificable, seguramente no la violeta.

Yo, protector del famoso Cilene escarpado,
Hermes, estoy a cargo de este gimnasio amable;
por eso a menudo los niños me adornan con frescas
guirnaldas de violas, mejorana y jacintos.

84 (XVI 189)

Habla la estatua de Pan, al que llama erróneamente Hermes el lema y que guarda el colmenar (cf. 82 y, sobre el Ménalo, el 17 de Perses). No es seguro que el poema sea de Nicias.

Las laderas menalias dejé y custodiando aquí quedo,
por orden de Perístrato, sus enjambres, no sean
las abejas de miel espoliadas. Rehuid, pues, mi mano
y la ágil carrera de mis rústicas patas.

LEÓNIDAS

De él se nos ha conservado una multitud de epigramas: la calidad de este poeta discreto, pero nada genial no corresponde a tan gran cantidad. Nace (cf. el 73 de Nóside) en Tarante, pero no muere allí o, al menos, tal preveía cuando escribió su propio epitafio (177). Quizás hay una alusión a su patria en 118 si las armas allí citadas son botín tomado por los Tarantinos a los Lucanos: 87, del que ahora hablaremos, puede indicar relación con el Epiro; 108, 141 y 187 revelan interés hacia Esporta; 172 puede ser indicio de una visita a Atenas. Nada indica contactos con el Egipto de los Ptolemeos, y es posible que Leónidas haya llevado una existencia azarosa y viajera, lo que explicaría su aspiración en 117 a una vida humilde y estable, sin que le asuste, en cambio, la pobreza (120-121). Su postura frente al cinismo no está clara: en 101 parece inclinarse a él, 143 es elogioso para Diógenes, en cambio 138-139 resultan tremendamente sarcásticos. De todos modos, nos produce en general la impresión de un hombre sencillo, que se complace en describir tipos rústicos, escenas en que intervienen cazadores, pescadores o artesanos, cuyos enseres canta con conmovedor cariño. No hay nada en él de amor, salvo el no extraordinario 176 (el cortejo erótico aparece por primera vez en 127), y la obscenidad de 167-168 no es morbosa. Elogia a un buen ciudadano (95), entiende bien el problema espiritual de un misógino (94), siente la fragilidad de la vida (161), la gran melancolía de la muerte oscura (102, 157-158). Frente a banales alabanzas de literatos antiguos, adivinanzas tópicas (106), reelaboraciones de fábulas (116), intrascendentes anécdotas marinas (149-150), chocarreros trozos de comedia «a lo divino» (11), «folklore» popular como el del milagro del león (137) y muestras de escasa originalidad en las imitaciones de Perses (180), Ánite (105), Alejandro (141), Mero (89-90) y Nicias (85, 175), hallamos bellísimos epigramas en que el alma se en-

tenebrece ante un naufragio (99), se recrea en un florido cuadro pastoril (103) o se llena de alegría en el retorno de la primavera (169).

En cuanto a la cronología, es discutida. Si hay que datar 87 antes del 295, tendríamos fechas altas y habríamos de suponer que el poeta en modo alguno pudo nacer después del 315; y también parece que 18 debe de haber sido compuesto antes del 285. Por otra parte, la fecha de 185 es probable que sea poco posterior al 277. También es segura la muy cercana al 273 para 179, pero es posible que este poema no sea de Leónidas. Todo esto es coherente y nos lleva a época no mucho más moderna que la de Alejandro Magno, lo que explicaría la aludida falta de elementos egipcios: pero, aunque nada claro indiquen ciertas similitudes con Anite y Nicias, son muchos los filólogos que, como hoy Page (cf. intr. gen.) y con razones evidentes o no, se inclinan a una cronología más baja.

Aparte de pequeños problemas de clasificación dudosa (ni el 47 de Anite ni el 355 de Diotimo le pertenecen, y menos aún el 371-376 de Teócrito, en que el error es puramente mecánico), existe una seria cuestión de autenticidad debida a la existencia de otro epigramatista del s. I d. J.C., Leónidas el alejandreo, sobre el cual cf. más datos en 177: los epigramas 85-117 están claramente asignados por el lema a Leónidas el tarantino; 118-176 aparecen solamente como de Leónidas, pero la atribución al de Tarante parece casi segura; 177-187 son ya dudosos, a lo que se añade el problema de otras dudas o atribuciones alternativas en los lemas de 178-186.

Se ha hablado varias veces de las conexiones literarias de la yedra, planta atribuida a Leónidas por Meleagro (776, 15): el epíteto puede referirse a la gran cantidad de epigramas suyos que aquí se preservan.

85 (VI 202)

Imitación del 79 de Nicias (cf. el 18 de Perses, especialmente sobre el cipasis), con ofrenda a Artemis.

Con la faja de flecos vistosos, también el cipasis
a tus puertas virgíneas consagró, Letoide,
Atide tras de su parto, que, estando preñado
su vientre, de tal trance sacaste vivo al niño.

86 (VI 211)

Caliclea, una muchacha tal vez de vida no muy decente (cf. el 1 de Filitas, por ejemplo, sobre el espejo), conseguido aquello que quería (probablemente un esposo, de ahí el epíteto divino), ofrece a Cipris una imagen de Eros y otros objetos. El texto está lleno de problemas: no sabemos qué es el peinado a la lesbia (cf. el 20 de Perses), o si tal vez la muchacha es de Lesbos (sobre la diadema, cf. el 19 del mismo); ni de qué materia puede ser la prenda íntima (cf. el 18 del mismo).

El Eros de plata, la ajorca que adorna
el tobillo, la diadema que el pelo
a la lesbia ciñe, el sostén transparente,
el broncíneo espejo y el peine de boj
que a todo lo ancho recoge el cabello
Caliclea en tu atrio consagra, legítima
Cipris, pues obtuvo lo que deseaba.

87 (VI 334)

Si se admite (cf. intr.) una cronología alta, esta ofrenda habría sido hecha por Neoptólemo, hijo de Alejandro I (rey entre 362 y 331), corregente, en el Epiro, gran país del NO. de Grecia, de Pirro (319-272), que le mandó matar el 295. La familia real epirota se jactaba de proceder de la línea mítica Éaco-Peleo-Aquileo-Neoptólemo o Pirro; estos nombres debieron de repetirse mucho en ella. En el verso 3 no nos ha cabido el epíteto *el de las cuatro esquinas*, alusivo a la forma de un hermes (cf. el 44 de Anite y 83 de Nicias) que, probablemente con una estatua de Pan y figuras de ninfas (cf. el 63 de Mero), preside el lugar.

Grutas y sacro peñón de las ninfas y fuentes
  que de la piedra brotan y pino cercano
y Hermes, el hijo de Maya que el hato custodia,
  y tú, Pan, habitante de estas agrestes peñas,
recibid estas tortas benignos y taza de vino
  que os ofrece Neoptólemo, descendiente de Éaco.

88 (VI 188)

Hay un poco de embrollo en la expresión. Terímaco, al irse a la guerra, va a dejar la caza y ofrenda al Pan venerado en el monte Liceo de Arcadia unas varas arrojadizas de las que se empleaban contra las liebres.

El dios debería dirigir su mano y darle ante el enemigo tantos éxitos como había tenido cazando en el valle.

Terímaco el crete estas varas captoras de liebres
en las arcadias rocas ofrenda a Pan Liceo.
Ahora, pues, dios silvestre, dirige en la guerra su mano,
que el arco ha de empuñar, en gracia a estos dones
y, a su diestra en el valle teniéndote, obtenga en la caza
los mejores éxitos como ante el enemigo.

89 (IX 326)

Imitación del 63 de Mero (cf. 87) con un eco de Platón (*Phaedr.* 230 *b*, donde se habla de un lugar consagrado al río Aqueloo, del O. de Grecia, y a las ninfas a juzgar por las estatuas y figurillas que en él se ven). Acción de gracias de un viajero sediento que regala una copa de cuerno. Se trata de una fuente entre dos peñas, con rústicas imágenes de madera, obra de los pastores, que quieren representar a las ninfas Hidríades o de las aguas de fuente; y también hay muñequitas de cera o de yeso que las simbolizan y que, situadas en torno al pilón, se hallan siempre mojadas.

Salve, agua fresca que al filo de dos peñas saltas
y las lígneas ninfas que pastores tallaron
y rocas y amables muñecas que en torno a la fuente
como imágenes vuestras, doncellas, baña el chorro,
¡salud! Yo, el viajero Aristocles, os doy esta copa
con que apagué mi sed metiéndola en la pila.

90 (IX 329)

Invocación, en tiempo de sequía, a las ninfas Efidríades, similares a las Hidríades del poema anterior; éstas son hijas del río Doro, cuya localización geográfica se desconoce. Nótese la intencionada repetición de palabras, nada chocante en un hombre poco culto.

Ninfas del agua, regad, ¡oh, progenie de Doro!,
con diligencia el huerto de Timocles, pues siempre
se cuidó el hortelano Timocles, doncellas, de daros
como ofrenda los frutos en sazón de su huerto.

91 (VI 204)

Entre otras herramientas ofrendadas por Teris, al que llama el lema *carpintero en fino*, destaca la regla, llamada en este caso *codo*, porque mide unos 44 cm.

Teris, experto artesano, una regla muy recta
y una tensa sierra de bastidor curvo
y un hacha y garlopa afilada y taladro girante
a Palas, al dejar su oficio, consagra.

92 (VI 205)

Los utensilios ofrendados por Leóntico, otro carpintero en fino según el lema, no son enteramente iguales a los que hoy se utilizan. El *devorador de tablas* será alguna garlopa o sierra; los *cordeles de enroje*, plomadas con cuerda pintada en rojo que, al ser aplicada paralelamente a un objeto, dan la pauta al carpintero; las igualas o reglas, también pintadas, sirven para lo mismo, pero usadas en superficies horizontales, y lo que aquí llamamos *almagre* sería más bien bermellón, cinabrio en polvo o algo similar; los *parahúsos* son barrenas que actúan mediante dos correas que les imprimen rotación alternativa; ignoramos qué pueda ser la *raedera;* un hacha *enmangada* se entenderá como algo provisto de sólido mango; el verso 8 no está claro, pues puede tratarse de cuatro taladros, cada uno de un calibre distinto, que preparan en la pared la introducción del clavo o taco.

Éstos son los enseres de Leóntico: limas estriadas,
el rápido instrumento que tablas devora,
plomadas, cordeles de enroje, martillos de doble
cotillo con igualas bañadas en almagre,
parahúsos, raedera y un hacha enmangada y potente,
la reina del taller, y taladros que giran
ágilmente, barrenas veloces y cuatro cizallas
para fabricar clavos y la azuela que pule
los maderos. Todo ello a Atenea, patrona de su arte,
este hombre, al retirarse de su oficio, consagra.

93 (VII 719)

Telén era un flautista y poeta popular cuyas obras no sabemos hasta qué punto estaban relacionadas con géneros cómicos como la hilarodia,

lisiodia y otros similares. Se le sitúa en la primera mitad del s. IV y Plutarco (*Mor.* 193 *f*) le menciona con respecto a un dicho de Epaminondas, el famoso caudillo tebano, que, cuando supo que una nueva flota ateniense marchaba contra el Peloponeso, preguntó «¿Llora Antigénidas cuando Telén tiene flauta nueva?» significando así que el hombre de mejor calidad no debe temer los progresos del inferior en cuanto a instrumental.

Soy de Telén el sepulcro y mi tierra aquí cubre
a quien supo con cantos alegrar el primero.

94 (VII 648)

Se nos describe una lucha interna entre el deseo de hijos, pieza fundamental de la felicidad para los griegos simbolizada aquí en la metáfora de las columnas, y la desconfianza hacia las mujeres, tópica también; aparte del tema de la pobreza, pues en el tipo de boda en que aquí se piensa era usual que el pretendiente comprara la mujer al suegro mediante regalos, cosa que Aristócrates no estaba en condiciones de hacer. Nótese que el Aqueronte (cf. el 32 de Ánite) no se considera como río, sino como playa final del viaje realizado en la barca de Caronte.

El buen Aristócrates dijo, tocando su vieja
cabeza, al navegar con rumbo al Aqueronte:
«En hijos pensar se debiera y en dones nupciales
por más que a uno le agobie la pobreza penosa.
Con ello se afirma la vida, que no es de ver grata
la casa sin columnas y resulta precioso
para el hombre en hogar con hermosos pilares sentarse
y contemplar el lar bien provisto de leños».
Lo sabía Aristócrates, pues, pero más en él pudo,
¡oh, amigo!, su aversión al vicio femenino.

95 (VII 440)

Parece ser el mismo personaje del poema anterior: primera mención de Dioniso con el nombre alternativo de Baco.

¡De qué muerto los huesos, oh, túmulo, oculta tu noche!
¡Qué cabeza, oh, tierra, te has tragado! Amaron
a Aristócrates mucho las Gracias doradas y queda
en todos un recuerdo muy vivo; pues sabía

hablar con dulzura a las gentes y nunca su ceño,
aun siendo hombre de clase, frunció con arrogancia
y era experto también en llevar, entre copas de Baco,
una conversación pacífica con todos
y en tratar con agrado a extranjero y paisano igual-
[mente.
Tal fue el difunto, amable tierra, a quien custodias.

96 (VII 448)

Epitafio de Pratálidas, de la ciudad de Creta llamada Licasto, cuyas muchas virtudes le hacen acreedor a estar, en el mundo de ultratumba, junto a su compatriota Minos (cf. el 56 de Teeteto).

Del licastio Pratálidas ésta es la tumba. Fue sumo
conocedor de amores, batallas, cacerías,
danzas. ¿Habéis situado los dioses de abajo,
como es justo, al Crete junto al crete Minos?

97 (VII 449)

Sobre el mismo personaje con alusión a la estaca a que se atan las redes de cazar; acerca del arma, cf. el 28 de Anite.

Si a Pratálidas Ártemis caza le dio y seducciones
Eros, coros la Musa y Ares los combates,
¿dichoso no había de ser el que siempre ganaba
con los mozos, la lanza, la estaca y los cantos?

98 (VII 665)

Cf. el tema de los peligros del mar en el 10 de Faleco y el del naufragio en el 20 y 25 de Perses.

No te confíes viajando en el barco profundo
ni grande; el viento triunfa siempre sobre la nave.
A Prómaco sola una ráfaga hundió y al abismo
marino una ola única lanzó a sus compañeros.
Mas no fuele el destino totalmente hostil, que en la
[tierra

patria halló sepultura con funerales ritos
que los suyos cumplieron, pues trajo la mar encrespada
su cuerpo y en la abierta ribera lo depuso.

99 (VII 652)

Para un cenotafio con ocasión de otro naufragio. Los nombres griegos sólo aproximadamente puede ser que respondan a los de las dos aves que aquí damos. El epíteto del verso 5 es literalmente *devoradores de peces*. Muy patética, la alusión al doloroso grito de estos animales.

¿Por qué así, mar sonoro, lanzando con furia salvaje
impetuosas olas, sumergiste en el ponto
con toda su carga al que en nave pequeña bogaba,
Teleutágoras, hijo de Timares? Gaviotas
y voraces petreles sin duda por él se dolieron
en la playa anchurosa; mas también Timares,
viendo vacío el sepulcro en que tanto gimiera,
llora por Teleutágoras, su hijo bienamado.

100 (VII 654)

Alusión a la proverbial mala fama de las gentes de Creta en una inscripción para otro cenotafio donde, como en la anterior, resuena el lamento de un ave marina sólo aproximadamente identificada.

Siempre fueron ladrones y siempre piratas y nunca
honestos los Cretes. ¿Quién tal cosa dijera?
Así a mí, desdichado Timólito, que un cargamento
llevaba bien humilde, me lanzaron al agua
los Cretes. Y lloran por mí las gaviotas marinas,
pues no está Timólito debajo de su losa.

101 (VII 655)

El muerto no quería tumba suntuosa ni que estuviera su nombre sobre ella.

Un poco de tierra y de polvo me basta y que a otros
aplaste en sus sepulcros la absurda y rica estela,

esa insípida carga que al muerto atenaza. ¿Qué importa
a Alcandro el de Calíteles que conozcan su nombre?

102 (VII 656)

El pobre Alcímenes se pasó la vida luchando con los espinos y zarzas para que no invadieran su terruño; ahora, una vez muerto él, la vegetación cubre su tumba.

Saluda, viandante, esta tumba modesta del pobre
Alcímenes y el parvo monumento cubierto
totalmente de espinos punzantes y zarzas, que fueran
ya en vida enemigos de Alcímenes siempre.

103 (VII 657)

El difunto pide un homenaje a la diosa de ultratumba, la Prosérpina de los Romanos. Sobre la siringa, cf. el 46 de Anite.

Pastores, que erráis solitarios en estas laderas
apacentando cabras y ovejas lanudas,
Clitágoras pide un pequeño favor, pero grato,
por la Tierra, en honor de la infernal Perséfone:
pazca el rebaño balando; el pastor la siringa
dulce taña sentado sobre rústica piedra;
recoja el aldeano las flores tempranas del prado
que ornen mi sepulcro con una guirnalda;
la ubre retesa levanten de oveja parida
para regar con leche la base de mi tumba;
pues existen, sí, existen también los recíprocos dones
con que pueden los muertos pagar a los vivos.

104 (VII 295)

El pescador, soltero sin duda, tuvo una muerte paradójica, no en el mar, como lo hacían esperar sus audacias, sino en la cama y de viejo, y no fue atendido por la familia, de que carecía, sino por sus colegas de un tíaso o cofradía religiosa de su oficio. Sobre Arturo, cf. el 25 de Perses; sobre las gaviotas, el 100.

Al viejísimo Teris, que siempre vivió de la nasa
productiva y nadaba mejor que las gaviotas,
enemigo del pez y redero y gran buzo que nunca
navegaba con muchos remeros a su lado,
no le mató, en cambio, Arturo ni fue la galerna
quien cerró las largas décadas de su vida,
mas murió en su cabaña de juncos igual que se extingue
por sí solo el candil que lució largo rato.
Y ahora no erigen su túmulo esposa ni hijos,
sino el gremio pesquero de sus camaradas.

105 (VII 198)

Esta niña, que tuvo al saltamontes enjaulado (cf. el 47 de Ánite), le ha dado sepultura.

Aunque sea pequeña la tumba y apenas levante
del suelo, viajero, la estela funeraria,
a Filénide admira, ¡oh, amigo!, que a mí, saltamontes
cantor, que viví en tiempos entre los espinos
y las cañas, dos años amó y, tras haber disfrutado
con mi son musical, tampoco a mi muerte
me dejó, pues sepulcro me dio y puso en él un sencillo
monumento en recuerdo de mis cantos variados.

106 (VII 422)

Encontraremos más adelante otras adivinanzas en que generalmente se intenta descifrar los emblemas de una tumba. El juego de la taba era muy popular. El hueso tiene cuatro posturas según caiga sobre sus dos lados largos, uno convexo y otro cóncavo, o sobre los cortos, uno más plano que el otro. Unas posturas resultaban, pues, más estables y frecuentes que otras y, por lo tanto, tenían mejor puntuación en una escala 1, 3, 4, 6. El lance de Quíos, referido a la isla llamada así (cf. intr. al Teócrito de dicho lugar), era el menos valioso. En ella se producía un vino muy bueno, peligroso para quien lo ingiriera puro, contra la costumbre griega, que consistía en aguar siempre la bebida.

¿Qué pensaremos, Pisístrato, viendo una taba
con el lance quío grabada en tu sepulcro?

Quizás eras Quío de origen, pues tal lo parece.
¿O con poca suerte tal vez jugaste, amigo?
¿O no me aproximo y moriste bebiendo sin mezcla
vino quío? Sí, creo que acierto ahora.

107 (XVI 182)

Trata (en consecuencia con la etimología popular, que consideraba el nombre de la diosa como *la emergida de la espuma)* de la Afrodita Anadiómeda o salida de las aguas *(maternas,* dice aquí respecto al mar), con la usual cita de Atenea y Hera, vencidas en el juicio de Paris; cf. el 61 de Alejandro. Es obra famosísima de Apeles, nacido en Colofón y ciudadano por adopción de Éfeso, contemporáneo de Alejandro Magno. La pintura se hallaba en el templo de Asclepio en Cos y desde allí fue trasladada a Roma.

Mirad la que emerge del seno materno
chorreando espuma, la fecunda Cipris,
cómo le da Apeles su belleza amable
como quien no pinta, sino vida inspira.
¡Qué bien sus cabellos las manos enjugan!
¡Qué pasión serena brilla de esos ojos!
¡Qué túrgido el pecho su sazón declara!
La propia Atenea y la esposa de Zeus
dirán: «Derrotadas somos en el juicio».

108 (IX 320)

Alusión a un raro culto de Esparta (llamada también, como es sabido, Lacedemón o Lacedemonia), en que, según Pausanias (III 15, 10), Plutarco *(Mor.* 317 *f)* y otros, se veneraba a una imagen de Afrodita armada. Aquí el poeta finge no creer cosa tan opuesta a la naturaleza de la diosa, que no necesita de armas para dominar, y presenta un diálogo suyo con el río Eurotas, que pasa por Esparta y a cuyas pretensiones se niega.

Dijo en tiempos Eurotas a Cipris: «O viste armadura
o sal de Esparta, que es ciudad muy guerrera».
Mas ella con tierna sonrisa «Ni empuño las armas»
dijo «ni me voy de Lacedemonia».
Y así sigue inerme, y falaz es aquel que nos cuente
que entre nosotros hay una Cipris armada.

109 (IX 322)

Habla Ares, irritado porque se le ofrecen dones inadecuados: cf. el 65 de Nóside. El nombre de la lanza es distinto aquí que en 97.

No me cuadra el exvoto: ¿quién fue el que clavó en [la cornisa
de este templo de Ares la ofrenda poco grata?
Cimeras intactas, escudos brillantes, sin sangre,
militares lanzas sin desperfecto alguno.
Tiñen mi rostro rubor y vergüenza; resbala
sudor abundante desde mi frente al pecho.
Que adornen con esto los atrios, las salas de hombres,
los patios e incluso las nupciales alcobas
y engalanen sangrientos despojos el templo de Ares,
el brioso jinete, que se complace en ellos.

110 (IX 335)

Sobre un leñador (cf. el 21 de Perses) y una estatua de rústica madera (cf. 87 y 89-90).

Este don que ofrendó el leñador Micalión es la imagen
del dios Hermes, y observa cómo el honrado obrero
supo hacerla con sólo el producto de un arte sencilla;
es que el hombre bueno, bueno será siempre.

111 (IX 316)

El lematista, un tanto escandalizado como *cristiano*, no ha entendido del todo este poema no carente, en su simplicidad coloquial, de cierta gracia. Se trata de un doble hermes (cf. 87) que delimita el territorio de una ciudad. Los viandantes suelen ofrecer dones (sobre las uvas, cf. el 62 de Mero); pero Hermes se queja de la proverbial voracidad de Heracles.

Caminantes que usáis de esta senda marchando hacia [el campo
de la ciudad o volviendo desde el campo hacia ella,
henos aquí a dos deidades que el límite guardan,
una, Hermes, al que ves, y este otro es Heracles;

a los hombres los dos accesibles, mas mal avenidos
el uno con el otro por culpa de él, que, siempre
que alguien trae una ofrenda común, ya se trate de ricas
peras o de piruétanos ácidos, se la zampa.
Ni tampoco le importa que estén en su punto las uvas
y, aunque se hallen muy verdes, arrambla con ellas.
Odio, pues, esta ingrata coyunda; que, si alguien ofrece,
ponga su don aparte, no común para entrambos,
y que diga «Esto, Heracles, es tuyo» o «Para Hermes es [esto»
por poner así fin a nuestra discordia.

112 (IX 179)

Alguien ha tenido la rara idea de tallar una figura de Eros en la goma que, una vez quemada, sirve como incienso aromático (cf. el 66 de Nóside). El dios que a todo se atreve, que inclusó cautivó a Zeus en multitud de amores y que incendia las almas, recibirá ahora su castigo, pues va a ser devorado por el fuego, simbolizado por Hefesto, otra de sus víctimas a través del adulterio de Afrodita, su esposa, y Ares. Por primera vez aparece el Amor con su arco, como en tantos epigramas.

¿Quién un Eros de incienso esculpió con el arco en la [mano
que ni aun al propio Zeus respetara otrora?
Al fin será presa de Hefesto, pues nada le cuadra
como ser devorado también él por el fuego.

113 (IX 337)

El dios Pan habla a dos tipos de cazadores, los que capturan aves con cañas embadurnadas de liga pegajosa y los que persiguen a las liebres (cf. 88) con canes venatorios.

Buena caza, si liebres persigues o acaso con liga
en busca de pájaros a este valle viniste:
si al rústico Pan desde lo alto del monte invocares,
te ayudará a cazar con perros o con cañas.

114 (IX 24)

Admirable epigrama según el lema. El sol y la luna son llamados con sus nombres míticos.

A los astros y al disco sacral de Selene oscurece
el carro veloz de Helio fulgurante
y Homero a los vates también eclipsó todos ellos
alzándose cual luz brillante de las Musas.

115 (XVI 306)

Descripción de una estatua, quizá la situada en la acrópolis de Atenas, en que Anacreonte, el famoso poeta del s. VI, aparecía con los rasgos convencionales, más afines a los textos de las espurias *Anacreónticas* que a sus poemas genuinos, del viejo beodo: ropaje (probablemente un manto) medio caído y enredado en los pies, uno de ellos descalzo (aunque traducimos el nombre del calzado como en el 1 de Filtias, la palabra designa una especie de zapato atado a los tobillos) y mostrando la conformación artrítica de un anciano vicioso; mirada extraviada; en su mano, la lira (designada aquí con nombre debido al hecho de que, al menos en su origen, este instrumento llevaba las cuerdas montadas, a modo de caja de resonancia, sobre una concha de tortuga) con que canta a los personajes de sus poemas, el famoso Batilo (frs. 57, 126, 158 P.; son todas citas indirectas, pero en las *Anacreónticas* es personaje frecuente) y Megisteo (frs. 7-8 y 71 P.); nótense la alusión al drama íntimo de la pederastia y la súplica a Baco para que no deje llegar al poeta hasta los últimos extremos de su frenesí.

Mira al viejo Anacreonte oscilando, de vino repleto,
con su guirnalda encima de la redonda basa;
mira cómo el anciano con húmedos ojos lascivos
en torno a los tobillos arrastra su ropa;
y calzado uno solo se ve de sus pies contrahechos,
perdida en su embriaguez la sandalia del otro.
Canta así a Megisteo y al bello Batilo, en su mano
teniendo la tortuga de los tristes amores.
Cuídale, padre Dioniso, que no debe un siervo
de Baco caer por culpa de Baco.

116 (IX 99)

El tema está en las fábulas de Esopo; hay una versión abreviada de Eveno de Ascalón (IX 75) que está inscrita en una casa de Pompeya junto al fresco que representa al animal con la planta. Ésta espera que su venganza llegará cuando el macho cabrío sea sacrificado en una ceremonia ritual.

Comióse en la viña el voraz y barbudo marido
de la cabra todos los tiernos sarmientos
y surgió de la tierra esta voz: «Sí, devora, malvado,
con tus fauces mis vástagos productores de frutos;
la raíz queda en pie y ha de dar otra vez dulce néctar
para las libaciones cuando te sacrifiquen».

117 (VII 736)

Rechazo de la vida errante, aunque lleve consigo el vivir en la abundancia, y elogio de la sedentaria y miserable como ésta, que parece ser la del poeta, en que no hay muebles; el pan es una masa sin cocer de mala calidad preparada por él mismo en lo que llamamos la artesa, quizás un simple agujero en el suelo; y el resto de los alimentos, hierbas sencillas y sal.

No te consumas, amigo, en vivir vagabundo,
desde una a otra tierra sin cesar rodando;
no te consumas; abríguete sólo la choza
vacía, calentada por un exiguo fuego,
en que comas el simple masón de mediana cebada
en la artesa amasado por tu mano sin otro
companage en tu mesa tener que el poleo o tomillo
y el salado terrón que el manjar condimenta.

118 (VI 129)

Sabemos que hacia el 285 los Leucanos, como aquí se dice, o Lucanos, pueblo del S. de Italia, y los Tarantinos (cf. intr.) estaban aliados contra Roma; luego, si Hagnón era del último pueblo, estos despojos de un combate librado contra los Lucanos deben de ser de época anterior, en que aún no hubiera tal alianza. Atenea era venerada como Corifasia en Mesenia, país del SO. del Peloponeso, pero, como estos lugares se hallan muy lejos, hay que suponer que quizá la advocación se daba también en Italia

meridional. Los escudos (cf. 109) son grandes y rectangulares; las corazas, de lino fuerte (cf. el 66 de Nóside).

Ocho escudos y cascos con ocho corazas tejidas
y otros tantos machetes manchados de sangre
son las armas lucanas que Hagnón, el valiente retoño
de Evantes, a Atenea la corifasia trajo.

119 (VI 131)

El mismo tema del anterior; nuestra versión presupone que los escudos, del tipo de los mencionados en 118, y lanzas (cf. 109) proceden de soldados de infantería y los frenos (cf. el 40 de Ánite) de jinetes.

Estos escudos lucanos y frenos y lisas
lanzas de dos puntas, aquí, en honor de Palas
puestas en fila, a corceles e infantes añoran,
pero a ellos la negra noche se ha tragado.

120 (VI 300)

El poeta se describe como vagabundo indigente. Las ofrendas, entre ellas tortas como las de 87 y uvas como las de 111, van dedicadas a una diosa a quien se llama, ignoramos por qué, algo así como *Clandestina:* puede ser Afrodita o quizás Ártemis, bien porque así fuera denominada, no sabemos por qué motivo, bien porque la verdadera lección aluda a la invocación que en el Peloponeso se le hacía como Lafria. El poema es acción de gracias por una curación; si ahora la deidad le ayuda en su pobreza, el poeta podría incluso permitirse el lujo del sacrificio de una cabrita.

Del errante Leónidas, diosa, recibe esta ofrenda,
del menesteroso, del de la magra alforja;
tortas grasientas, aceite guardado con celo,
estos higos verdes cogidos en la rama;
ten también cinco uvas, señora, de un pingüe racimo
y el poso que en el fondo quedaba de mi jarro.
Y si, ya que del mal me salvaste, la odiosa pobreza
de mí alejas, me harás ofrendador de cabras.

121 (VI 302)

Tan miserable es la vida del poeta, que los ratones desdeñan los restos de su comida y se ponen a excavar galerías mineras poniendo así en peligro la casa. Sobre la sal, cf. 117.

Dejad mi cabaña, ratones furtivos; la pobre
alforja de Leónidas ni aun a vosotros puede
nutrir. Se contenta el anciano con sal y dos migas;
tal ha sido el legado que aceptó de sus padres.
¿Por qué, pues, sin siquiera tocar de mi cena los restos,
socavas mi rincón en busca de comida?
Es bien simple lo mío; ve, pues, en seguida a otra casa
en la que un mayor botín hallar puedas.

122 (VI 200)

Acción de gracias, ante la estatua de Ilitía (cf. el 79 de Nicias), de una mujer que ha tenido gemelos: el peplo es una vestidura ligera femenina; sobre la diadema, cf. 86.

Habiendo escapado, Ilitía, a los graves dolores
del parto, a tus insignes pies Ambrosia te ofrenda
la diadema del pelo y el peplo en que, ya transcurridos
nueve meses, la doble carga dejó su vientre.

123 (VI 355)

Una sacerdotisa ofrenda al dios el retrato de su hijo (cf. el 69-72 de Nóside).

La madre de Mícito ofrécele a Baco el retrato
mediano, pues es pobre, que al natural le hicieron.
Haz, Baco, que Mícito crezca; sencilla es la ofrenda,
porque te la aporta la pobreza humilde.

124 (VI 286)

Ofrenda a Ártemis de la cenefa bordada (cf. el 6 de Faleco) por tres muchachas probablemente para el cuello de una túnica. La franja entera

mide unos noventa cm. (cada porción comprende una espítama y una palma; la primera medida equivale a tres de las segundas y la palma es la anchura de los cuatro dedos, unos ocho cm., con lo que la porción se aproxima a los treinta); la parte de la derecha es obra de Bition; la del centro, de Bitia; la de la izquierda, de Antianira, y el dibujo es igual todo a lo largo de la cenefa, con figuras de mujeres jóvenes encima y debajo una línea ondulada a la que, como nosotros hoy, se llama según las ondulaciones del curso del río citado en el 49 de Anite.

Bition bordó la cenefa en su parte derecha,
una espítama y palma completando ella sola;
a su pauta ajustóse Antianira en la izquierda; el [meandro
central y las muchachas son obra de Bitia.
Ártemis, hija de Zeus, acoge esta tela,
labor penosa en que las tres rivalizaron.

125 (VI 288)

Tres hermanas ofrendan a Atenea los utensilios del hilado y tejido (cf. 118), de entre los que destacamos el huso; la lanzadera del telar con su canto, al que hay alusiones en otros poemas, que pasa entre las hebras de la urdimbre; las bobinas que recogen el hilo del cestillo y lo hacen pasar a la urdimbre misma; las pesas que mantienen tensos los hilos y los listones que aprietan lo ya tejido. Lo que no se entiende bien es que estas obreras, que aspiran a seguir trabajando como se ve al final, se desprendan, en calidad de diezmo de sus ganancias, de algo tan costoso como el instrumental entero; se ha pensado que quizá se trate de una pintura alusiva.

Melitea y Ateno con Finto, las hijas activas
de Gleno y Licomedes, como gratos diezmos
del trabajo aquí ofrendan el huso, auxiliar de sus obras,
y la lanzadera que, en el telar cantando,
la urdimbre separa y las raudas bobinas con estas
pesas que en la labor ayudan y los gruesos
listones; costoso es el don para gentes tan pobres,
ofrenda sencilla de personas modestas.
Llena siempre, Atenea, sus manos; sus bolsas, ahora
tan vacías, lleguen a estar rozagantes.

126 (VI 289)

Ofrenda, al retirarse del oficio, de Melitea, que no tiene por qué ser la citada en 125, y sus hermanas, naturales de Creta, en el templo de Atenea Penítide o de las bobinas, protectora de las hilanderas y tejedoras. En el verso 6 se alude al bien conocido pasaje de la *Odisea* en que la mujer del héroe demora el casarse con los pretendientes alegando estar trabajando en una gran tela. Los términos técnicos vienen a ser los del epigrama anterior.

Somos, viajero, las cresas Autónome, Boiscion
y Melitea, hijas de Nico y Filolaides;
una el huso dejó que en su giro incesante hace el hilo;
otra, el cesto que guarda de noche las labores;
la tercera, el obrero eficaz de las gráciles telas,
la lanzadera, que custodió de Penélope
el lecho; es un don que a Atenea Penítide brindan
en su templo al dejar las obras de la diosa.

127 (V 206)

Ofrenda de un par de heteras, cuya complacencia para con el público se señala dos veces, que, algo mayores ya para su oficio, consagran a las Musas (llamadas según la región macedonia de Pimplea con la que se las relacionaba) sus instrumentos. Es posible que su padre, Antigénidas, fuera nieto y tocayo del flautista famoso a que se hizo referencia en 93. Nótense la cita de las usuales dos flautas que se tocaban juntas por medio de la boquilla inserta en una banda atada al cuello por detrás; la alusión a la siringa (cf. 103) y la pintoresca mención final de la serenata en que los comensales, acompañados a veces por condescendientes flautistas, acudían a casa de una muchacha o un joven para despertarles con sus cantos y aporrear la puerta fingiendo querer entrar.

Al llegar a una edad ya mayor dos amables obreras
de las Pimpleides, hijas de Antigénidas, Melo
consagróles las flautas tañidas con ágiles labios
y este estuche de boj que las contenía
y la erótica Sátira dioles la caña encerada
que a los bebedores de noche divirtiera,
la dulce siringa que vio tantas veces la aurora
cuando se daban golpes en las puertas del patio.

128 (VI 281)

Plegaria a Cíbele, la gran Madre de los dioses (título que invoca a una divinidad en que se funden en cierto modo ella y Rea), formulada por una sacerdotisa en favor de su hija pequeña. Se llaman Díndimo dos montes de Frigia (uno situado cerca de Pesinunte y otro no lejos de Cícico, ciudad costera del Mar Negro), un distrito de la cual, árido y de morfología volcánica, era denominado *la tierra quemada*. La madre alega su participación en trances místicos inspirados por la diosa, a quien se tributa culto en aquel país.

Tú, que recorres el Díndimo y montes de Frigia
la ardiente, tú, la Madre de todos y señora,
haz que llegue a mayor Aristódice, hija pequeña
de Silene, y corone con bodas sus años
de moza; son muchos los atrios y altares que vieron
cómo por ti agitaba su virginal melena.

129 (VI 309)

Un niño llegado a mayor consagra a Hermes, dios juvenil, sus juguetes: pelota policromada, tarreñas (tablas unidas por medio de una especie de bisagra que sonaban con estrépito; sobre la madera, cf. 127); rombo (placa con figura de tal que de un modo u otro se hacía girar vertiginosa y ruidosamente), así como las usuales tabas (cf. 106).

Su pelota de gajos hermosos Filocles con estas
sonoras tarreñas de boj a Hermes dedica
y las tabas que tanto estimaba con el giratorio
rombo como juguetes que fueron de su infancia.

130 (VI 13)

Sobre las estacas a que se ataban algunas redes terrestres, cf. 97; sobre redes marinas, 104.

Tres hermanos, ¡oh, Pan campesino!, ofrendáronte [redes,
cada uno según la caza en que se ocupa:
las de pájaros Pigres te ofrece, de bestias mayores
son las artes de Damis, las de Clitor marinas.

Haz que obtengan certeras capturas el uno en el aire,
en la espesura el otro y en la costa el tercero.

131 (VI 35)

Bien definida en los dones la rusticidad del pastor, que consagra, entre otras cosas, la piel problablemente de un lobo y la vara con que remataría a estos animales. Sobre los canes, cf. 113; nótese la referencia a contactos bestiales del dios.

Para Pan, el de patas de cabra y tendencias caprinas,
Telesón esta piel en un plátano agreste
colgó con su vara robusta de curvo remate,
cazadora antaño de sanguinarios lobos,
y el cuenco en que leche cuajó y el collar y traílla
con que ataba a sus canes de sagaz olfato.

132 (VI 262)

La piel de un lobo es consagrada a Pan, como en el poema anterior.

Al que fue de boyeros y apriscos azote furtivo
y no temió el ladrido de los perros, Evalces
el crete matóle y de un pino colgó sus despojos
cuando apacentaba de noche su rebaño.

133 (VI 263)

Epigrama ficticio, pues en Grecia no había ya leones entonces. En los versos 1-2 hay referencia a un propietario de bueyes más bien que a un simple boyero (cf. 132). El raro término del verso 6 intenta reproducir el original, en que se emplea un término jurídico con idea de delito y sanción. En cuanto al arma, aunque el vocablo griego es el mismo del 97 y otros, empleamos algo arbitrariamente *pica* por parecer instrumento de punta más aguda y útil para la caza.

Quitóle esta piel a un cobrizo león el boyero
Soso, que con su pica lo mató cuando apenas
de comerse acababa a un lucido ternero; y no pudo
volver a su espesura desde la majada,
mas, herido, expió el animal con su sangre la sangre
del ternero y pagó caro su boicidio.

134 (VI 296)

Ofrendas a Hermes de un cazador que se retira; nótense las cañas untadas con liga (cf. 113); la vara citada en 88; las redes (cf. 130); la aljaba evidentemente llena de dardos, etc.

Un cepo infalible con redes y cañas untadas
y una vara encorvada para cazar liebres,
una aljaba y también el silbato horadado que atrae
a las codornices, y este bien trenzado
retel para peces a Hermes ofrenda Sosipo,
pues su sazón pasó y ahora está viejo y débil.

135 (Pap. Ox. 662)

El papiro en cuestión es un fragmento de una colección de epigramas y contiene también el 154 de Leónidas, 618 de Antípatro, 671-672 de Amintas, 645 de Antípatro y la primera palabra de otro nuevo del propio Leónidas.

A las ninfas fontales y a Pan, que frecuenta las cumbres,
Glenis, su vecino, los dones de la caza,
la cabeza y la espesa corambre de un puerco salvaje
y también las veloces pezuñas ofrenda.
Proteged, pues, ¡oh, ninfas y Pan!, a este diestro mon-
[tero,
el hijo de Onesífanes, proteged siempre a Glenis.

136 (VI 4)

Dones de un pescador al retirarse. Alusiones al hecho de que la nasa, ya citada en 104, actuando sola, permite al pescador ocuparse en otras faenas y a un arpón para ensartar peces, atributo típico del dios Posidón, a quien probablemente va dirigida la ofrenda.

Un anzuelo bien curvo, el sedal, largas cañas, las
[cestas
que el pescado recogen, y también esta nasa
ingeniosa que al pez aun nadando captura, un invento
de los que con redes vagan por los mares,

y del dios de las aguas el rudo instrumento tridente
y los pares de remos que sus barcas llevaban
ofrendó el pescador Diofanto al señor de su arte,
merecidas reliquias de su antiguo oficio.

137 (VI 221)

Primera versión del milagro del león (cf. 133 y, sobre los cabreros, 103), que se irá complicando sucesivamente.

Huyendo, en la noche de invierno, del fuerte granizo
y del hielo cruel y de la nieve, entróse
un león solitario, transidos de frío sus miembros,
en la majada de unos cabreros montaraces;
y ellos no por las cabras temiendo, mas ya por sí [mismos,
inmóviles a Zeus Salvador invocaban.
Mas la fiera aguardó que la tromba cesara y sin daño
de pastores y bestias abandonó el aprisco.
Y los hombres del monte una bella pintura del hecho
ofrendaron a Zeus en esta hermosa encina.

138 (VI 293)

Sátira (cf. el 56 de Teeteto) contra un pedante filósofo cínico, Sócares, que ostentaba los típicos atributos de la escuela: la alforja vieja y agujereada, llena de libros de sus maestros (cf. 121); el bastón del caminante; la alcuza para el aceite del baño. Ahora un joven le ha seducido logrando que cambie de vida; tales objetos son jactanciosamente ofrecidos a Cipris como botín de victoria. Entre ellos destaca el calzado de un tipo más bien lujoso, una especie de zapatillas (cf. 115); parece como si el cínico se las hubiese puesto ya dando muestras de una primera debilidad doctrinal.

Consagrado aquí queda el bastón y sandalias ganadas
al cínico Sócares, venerable Cipris,
y la alcuza grasienta y los restos de mísera alforja
llena de la antigua ciencia. Rodón el bello,
una vez que cazado hubo al viejo que tanto sabía,
los ofrendó en tus pórticos ornados de guirnaldas.

139 (VI 298)

Otra burla, menos fina, del mismo Sócares. El Hambre personificada, que le ha vencido al hacerle morir de inanición, ofrenda sus despojos: el pellejo de cabra serviría a Sócares para cubrirse de noche y de día; la bolsa de perro puede ser alusión al nombre de los cínicos.

La alforja y el crudo y reseco pellejo de cabra
y este bastón de viaje con la alcuza que nunca
se fregó y con la bolsa de perro sin blanca y el gorro
de fieltro que su calva cabeza cubría,
éstos son los despojos de Sócares muerto que el [Hambre
por entre las ramas colgó de un tamarisco.

140 (VI 305)

Sátira de un glotón denominado Dorieo, del que se ha pensado que pudo ser un poeta contemporáneo o algo anterior a Leónidas al que conocemos (Aten. 421 *f)* por su epigrama contra el gran comedor y atleta Milón de Crotón (cf. el 66 de Nóside), lo cual hace poco probable que el satirizador incurriera en el mismo vicio. Sería de esperar que, como en otros epigramas, el comilón ofrendara los utensilios de cocina al renunciar a sus aficiones, pero el epigramatista, a quien repugna el personaje, le desea que jamás se vea libre de sus instintos. Las marmitas habrían sido hechas en la ciudad tesalia de Larisa; a continuación se cita una especie de gran tenedor de púas curvas con que se sacarían las tajadas calientes de la olla.

He aquí los regalos que a Gula ofrendó, la glotona,
y a Voracidad el inmundo Dorieo:
lariseas marmitas de tripa redonda y con ellas
cazuelas y copas de boca bien ancha,
tenedores de bronce muy fuerte con ganchos robustos
y el rallo y cucharón que las gachas menea.
Acepta estos dones odiosos de un vil oferente,
¡oh, Voracidad!, y que jamás sea sobrio.

141 (VII 19)

Epitafio del famoso poeta, bien conocido por su genio cordial y alegre (cf. el 60 de Alejandro). Sabemos que escribió partenios, o canciones para coros de doncellas, aunque puede ser que también compusiera epitalamios o himeneos. La tumba de Alcmán se mostraba en Esparta; pero en el citado epigrama se ve que se le atribuía un origen lidio. También se contaba que había sido esclavo, lo que explicaría el principio del último verso. El cisne pasaba por ser armonioso cantor.

A Alcmán el amable, aquel cisne cantor de himeneos,
el que compuso versos dignos de las Musas,
esta tumba recubre, honor grande de Esparta, de donde,
libre ya de su carga, marchó al Hades el Lido.

142 (VII 408)

Epitafio del famoso y mordaz yambógrafo Hiponacte de Éfeso (s. VI). En cuanto a la alusión a los padres del poeta, nada sabemos de tales censuras.

En silencio, viajeros, pasad, no despierte la avispa
punzante que dormida descansa en su tumba.
Hace poco, muy poco, que en paz de Hiponacte está
[el alma,
el que ladraba incluso contra sus propios padres.
Tened, pues, cuidado, pues son sus palabras de fuego
y hasta desde el Hades saben hacer daño.

143 (VII 67)

El filósofo cínico (cf. 139), que aceptaba con humor el sobrenombre canino por considerar al perro como animal sobrio y virtuoso, habla al barquero Caronte (cf. 94). Son de notar, como rasgos típicos del cínico, la alcuza, la alforja y el manto, aunque falte la mención del inevitable bastón. El óbolo, equivalente a quince céntimos de plata, es la moneda que se ponía a los muertos debajo de la lengua para el pago de la travesía.

Tú, que en tu esquife sombrío navegas por estas
aguas del Aqueronte, de Hades triste acólito,
acoge, aunque tengas tu balsa espantable de muertos
cargada, al perro Diógenes. No tengo en mi bagaje

sino una alcuza, la alforja, la mísera capa
y el óbolo que el viaje paga de los difuntos.
Cuanto en la vida tenía, lo traje todo ello
conmigo al Hades; nada bajo el sol he dejado.

144 (VII 264)

Habla un náufrago innominado (cf. 99) a quien sin duda las olas han arrojado a la playa. Era proverbial, en los casos de imprevisión o falta de escarmiento, la referencia al navegante que se echa al mar olvidándose de las víctimas anteriores a él, soltando las amarras de la experiencia que debían unirle a otros sepulcros.

Que el viento, ¡oh, viajero!, te sea propicio, y si a alguno,
como a mí, a las riberas del Hades transporta,
no acuse a las olas hostiles, mas sólo a su audacia,
pues soltó las amarras que a esta tumba le unían.

145 (VII 266)

El mismo tema.

Soy la tumba de un náufrago, Diocles, pero hay quie-
[nes zarpan
temerarios de aquí las amarras soltando.

146 (VII 273)

Calescro ha sido víctima del Euro (cf. el 20 de Perses), de la desorientación nocturna y del mal tiempo que acompaña al período en que se ve ponerse a Orión por la mañana, desde primeros de noviembre. El mar citado es sin duda la parte Sur del Mediterráneo. El final alude al hecho de que, en este caso, el cenotafio no era una simple estela, sino que tenía forma de túmulo como si hubiera cadáver en él.

La ruda y violenta borrasca del Euro y la noche
y las olas que se alzan a la puesta temible
de Orión me perdieron y vine a caer en la muerte
yo, Calescro, que el piélago líbico recorría.
Y ahora soy un cadáver que el mar zarandea y devoran
los peces; y embustero resulta este sepulcro.

147 (VII 283)

El muerto odia al mar, que le perdió, y lamenta que su sepulcro esté en la playa.

¿Por qué, dura mar, no rechazan tus playas desnudas
bien lejos a quien males padeció lastimosos
por que así ni aun vestido de triste tiniebla en el Hades
Fileo, hijo de Anfímenes, fuera vecino tuyo?

148 (VII 503)

Diálogo entre un caminante y la tumba. Hermíone está en la costa de la Argólide. Sobre Arturo, cf. 104.

—Dime, estela que gravas las playas argivas, quién fuera
aquel a quien recubres y dónde fue nacido.
—Fintón, de Baticles el hijo, hermioneo, al que un [grande
oleaje en las borrascas de Arturo dio muerte.

149 (VII 506)

Curiosa historia de un tal Tarsis muerto en el mar Jónico, entre Grecia e Italia. El suceso debe de ser legendario, pues no parece que en el Mediterráneo haya animales capaces de tal proeza: ni el cazón o perro marino, un selacio como dice el lema; ni otros peces del mismo orden, la raya, el tiburón o el priste o pez sierra, según concretamente afirma el verso 10. Por otra parte, en el 7 se lee *cetáceo*, pero los Griegos llamaban así a todo monstruo marino legendario o no, y el único cetáceo capaz de cortar a un hombre en dos, la orca, no entra en nuestro mar. Sobre las Moiras, cf. el 33 de Ánite.

Estoy enterrado en el ponto y en tierra, suceso
singular que el de Cármides, Tarsis, debe a las [Moiras.
Pues metíme en las líquidas ondas del mar jonio en [busca
de un áncora pesada que se había enganchado

y salvarla logré, mas, volviendo hacia arriba del fondo,
  cuando ya a los nautas mis manos tendía,
fui mordido por un gran cetáceo salvaje que vino
  y me devoró del ombligo abajo.
Y así, triste fardo, los nautas del agua extrajeron
  la mitad de mi cuerpo que el priste no alcanzara.
Y en esta ribera los pobres despojos de Tarsis,
  que no volvió a su tierra, caminante, enterraron.

150 (VII 504)

El pescador, cuyos pertrechos aparecieron en 136, muerde al pez, sin duda para abreviar su agonía, y es víctima de él: resulta más verosímil la versión del lema, según la cual Parmo, en las tareas de preparación de los enseres de pesca, se tragó un cebo unido a una concha. Nada podemos garantizar en cuanto a las especies exactas de los peces. En el verso 6, la alusión a la primera pesca puede significar que el pescador trabajaba con varias cañas a la vez; más abajo hay una cita de las Moiras (cf. 149); el nombre de Gripón debe de ser ficticio, pues quiere decir algo como *pescador*.

Parmis, al cual Calignoto engendró y que pescaba
  con caña y arponero fue diestro del escaro
y del tordo de mar y la perca voraz y de todo
  cuanto anida en los antros y peñas profundas,
al morder a una julia funesta arrancada a la roca
  pereció en la primera de sus pescas diarias.
Deslizóse, en efecto, y saltó de su mano y metióse
  palpitando en su angosto gaznate; y al lado
de su caña y anzuelo y sedal revolcándose, el alma
  entregó tras haber agotado los hilos
de su vida. Tal fuera la muerte de aquel al que erige
  el pescador Gripón aquí este sepulcro.

151 (VII 452)

Reflexión escéptica: toda su virtud no ha salvado a Eubulo de morir como los demás.

En recuerdo, viajeros, bebamos de Eubulo el prudente,
  que el Hades es puerto común para todos.

152 (VII 455)

Epitafio de *Marónide*, una vieja borracha que ha disipado el patrimonio familiar en la bebida y que ostenta en su sepulcro como emblema una copa ática (cf. el 53 de Antágoras), cosa, por lo demás, frecuente en las tumbas. Su nombre recuerda al de *Marón*, que dio a Odiseo el licor que había de embriagar al Cíclope.

Yace aquí la vieja esponja de tinajas,
la beoda Marónide, sobre cuya tumba
hay una copa ática bien visible a todos.
Bajo tierra gime, mas no por los hijos
ni el esposo a quien dejó en la indigencia,
mas sólo porque esta copa está vacía.

153 (VII 463)

El padre enterró juntas a las cuatro hijas, que habían sucumbido todas del mismo mal, puso en la tumba (cf. el 23 de Perses) estatuas o bustos de ellas y encargó la inscripción para que la pusieran una vez sepultado él también.

Ésta es Timoclea, ésta Filo, ésta Aristo y la cuarta
Timeto, todas hijas de Aristódico y todas
muertas por culpa del parto. Su padre esta tumba
les erigió y después murió el propio Aristódico.

154 (VII 163)

Diálogo de la muerta (según el verso primero, sepultada bajo una columna paria, esto es, de mármol de aquella isla del Egeo, que era famoso; sobre Samos, cf. el 59 de Teeteto) con un viajero. Ha sucumbido al dar a luz a su tercer hijo; el segundo, superviviente, se llama como el abuelo materno; es de suponer que antes había muerto otro denominado como el paterno. Cf. 135.

—¿Quién eres, mujer que aquí yaces, y quién fue tu [padre?
—Praxo, hija de Calíteles. —¿De qué patria? —Samia.
—¿Quién te enterró? —Fue Teócrito, el cual recibióme
de mis padres. —¿De qué moriste? —Estando encinta.

—¿Cuántos años llegaste a cumplir? —Veintidós. —¿Y [quedaste
sin hijos? —A Calíteles dejé con tres años.
—Pues que al menos él viva y que llegue a vejez avan- [zada.
—Y que todo lo bueno te dé a ti Fortuna.

155 (VII 466)

Tonos más emotivos que en otros epitafios: el hijo único de una viuda murió a los diecisiete años.

¡Ay, Anticles cuitado! ¡Ay de mí, la infeliz, que de un [hijo
único en la flor de la edad vi la pira!
Aun no habías cumplido dieciocho, hijo mío, a tu muerte
y yo gimo llorando mi vejez solitaria.
¡Ojalá a la mansión tenebrosa yo baje del Hades!
Ya ni el alba me es grata ni del sol los rayos.
¡Ay, Anticles cuitado de triste destino! ¡Si fueras
médico de mis penas quitándome la vida!

156 (VII 726)

Singular poema en el que se destaca inolvidable la figura de la alegre viejecilla, llena de gracia, modestia y laboriosidad. La anciana, muerta a avanzada edad (el río infernal, cf. 143, es designado con un adjetivo), se acostaba tarde y se levantaba pronto, preocupada siempre con su trabajo (cf. 126); hilaba cantando con rueca y huso; iba y venía todo el día de un lado a otro del telar, siguiendo el camino de la lanzadera (el texto emplea una metáfora deportiva hablando de la carrera larga, sobre la que los antiguos dan datos diversos, entre siete y 24 estadios, cf. el 7 de Faleco, pero normalmente serían unos doce); sufría el artritismo frecuente a esta edad; a pesar de lo cual maniobraba hábilmente, frotando el hilo, antes de su entrada en el telar, entre la mano y la rodilla, que a veces se protegía con una especie de rodillera, para que, afinado y redondeado, perdiera posibles colgajos.

Muchas veces al sueño de noche y al alba la anciana
Plátide se negaba por rehuir la pobreza

y, ya en el umbral de la cana vejez, aun seguía
con su canto a la rueca y a su auxiliar el huso
o yendo y viniendo incansable pasaba la noche
junto al telar, atleta de Atenea y las Gracias,
o su mano deforme acercaba a su hinchada rodilla
para arreglar los hilos de la trama con arte.
Y así la que tanto y con tanta belleza tejiera,
vio a los ochenta años las aguas Aquerusias.

157 (VII 478)

Las gentes han empezado a tomar un atajo y, con su tránsito, están destrozando una tumba; ya aparece, medio desenterrado y roto, el sarcófago y a través de sus rendijas se entrevén los restos del muerto.

¿Quién eres? ¿De quién son los míseros huesos que al [borde
del sendero se ven en un ataúd medio
roído del eje y la rueda que rozan y aplastan,
al pasar los viajeros, monumento y sepulcro?
Pronto ya tus costillas serán lo que rompan los carros,
infeliz, sin que llanto derrame por ti nadie.

158 (VII 480)

El mismo tema, pero aquí habla el difunto: nótense otros nombres de Hermes y Hades (cf. el 2 de Filitas).

Ya, viajero, trituran mis huesos cubiertos a penas
y la losa que pesa sobre mi esqueleto;
de gusanos cubierto se ve el ataúd que me esconde;
¿para qué seguir tapándome con tierra?
Un camino los hombres abrieron que no lo fue nunca
y sobre mi cabeza por él van y vienen.
En nombre de Noche y de Hermeas, los dioses de [abajo,
y de Aidoneo os ruego que dejéis esta senda.

159 (VII 740)

Consideraciones filosóficas sobre la muerte de un tal Cretón, personaje real o ficticio. Era fabuloso y tópico el poderío de Giges (cf. el 60 de Alejandro).

De Cretón soy la lápida misma y su nombre aquí exhibo,
pero Cretón es ya ceniza de ultratumba.
El que antaño con Giges podía igualarse en riquezas,
dueño de muchos bueyes, rico un día en rebaños,
el que en tiempos... ¿a qué proseguir? Al feliz para el [mundo
¡qué poca tierra basta como patrimonio!

160 (VII 472 *b*)

El muerto habla a quien pase ante su tumba.

Del vivir tempestuoso apartándote ven a este puerto,
al Hades, como yo, Fidón, hijo de Crito.

161 (VII 472)

Este largo epigrama, que mejor podría definirse como elegía, ofrece muchos problemas, entre ellos el de su ilación, pues no se sigue totalmente la idea. Pudiera ser que tuviéramos aquí varios poemas ensartados en una retahila de reflexiones de tipo más bien cínico (cf. 143). Los versos 1-6 serían un epigrama bastante comprensible sobre la brevedad de la vida y las penas que en ella se sufren. A partir del 7 habría que entender estos versos como comentario a una pintura o relieve de un esqueleto, quizá puesto en la lápida como admonición. En el 9-10 se alude al parecer a una urdimbre que, en espera de la lanzadera, que ha de traer la trama (cf. 156), está ya apolillada: así de fútil e inservible es el tejido de la vida. En el 16 se hace referencia al despreciable rastrojo que queda tras la cosecha; pero además aquí vuelve a fallar el sentido, porque a un filósofo cínico los tristes hechos de la muerte no deberían moverle a aconsejar sencillez, sino goce y aprovechamiento de una vida fugaz.

Infinito era el tiempo pasado al venir tú a la aurora
e infinito aquel que en el Hades te espera.
¿Qué porción resta, pues, de tu vida sino un solo punto

o algo más exiguo que un punto todavía?
Pequeña y angosta es tu vida y tampoco agradable
resulta, sino triste más que la odiosa muerte.
Tal es, pues, la osamenta en que cuelga tu cuerpo; y [empero
al aire y a las nubes, humano, te remontas.
Pero ve cuán inútil es todo: en los cabos del hilo
la polilla devora la no tejida urdimbre.
Mira el cráneo desnudo de pelo; parece el reseco
y repugnante cuerpo de una araña muerta.
Examina, pues, hombre, con celo tu vida y tus días
y en una existencia sencilla reposa
recordando en tu espíritu siempre, al tratar a mortales,
con qué clase de paja se te ha fabricado.

162 (VII 731)

Monólogo de un viejo cuyo suicidio demuestra que no habló con jactancia ni hipocresía.

«Como vid junto al fiel rodrigón me sostengo ya sólo
gracias a mi bastón: Muerte me llama al Hades.
No finjas, ¡oh, Gorgo!, sordera: ¿de qué te aprovecha
el calentarte al sol tres o cuatro veranos?»
Tal en serio el anciano exclamó y, desdeñando su vida,
fuese a la colonia donde los más residen.

163 (Estob. IV 52, 28)

Se parafrasea un dicho de Bión de Borístenes, filósofo del s. III, recogido por Diógenes Laercio (IV 49): el camino hacia el Hades debe de ser muy fácil, pues todos van a él con los ojos cerrados.

Tranquilo remar puedes en el viaje
que lleva hasta el Hades, pues no es el sendero
difícil ni abrupto ni equívoco, sino
recto y cuesta abajo todo él, de manera
que hasta se camina con ojos cerrados.

164 (IX 318)

A una efigie de Hermes erigida por un hortelano y cabrero (cf. 110, 137 y, sobre ofrenda de leche, pero a los muertos, 103).

Hermes querido, que guardas el monte en hinojo
rico y perifollo y el lugar en que pacen
las cabras, tendrás tu porción de verdura y de leche
si a hortelano y cabrero propicio te muestras.

165 (XVI 190)

La imagen de Hermes Nomio, protector de los rebaños y pastos contra el lobo (cf. 132 y 164), ha sido consagrada por el pastor Mórico.

A Hermes, glorioso custodio, yo, Mórico, puse
a que mi rebaño de cabras me cuidara;
venid, pues, al monte a saciaros de fresco follaje
y no os preocupéis del lobo y sus rapiñas.

166 (IX 744)

Los cabreros Sotón y Símalo (cf. 164) consagran la imagen de un macho cabrío en acción de gracias a Hermes: sobre el queso, cf. 131.

Dos pastores que ricos en cabras, viajero, son gracias
al lentisco de estos montes, Sotón y Símalo,
a Hermes, que leche les da y buenos quesos, en bronce
consagran al barbudo conductor del rebaño.

167 (XVI 236)

El lema apunta que el epigrama puede proceder también del desconocido poeta Perites. El fálico Priapo (cf. el 24 de Perses) protege en efigie un huerto (cf. 164). Un ladrón, en conversación con él, finge encontrar desproporcionado su celo, pero su interlocutor es fiel vigilante.

Aquí en el cercado a Priapo el insomne coloca
Dinómenes como guardián de sus verduras.
Mira, ratero, lo erecto que estoy. «¿Todo a causa
—preguntarás— de algo de verdura?» «Todo».

168 (XVI 261)

El mismo tema. El dios guarda al parecer un huerto sito junto a una encrucijada. La palabra del verso 2 recuerda el arma típica de Heracles.

Guardando en un cruce las sendas estoy yo, Priapo,
la maza erecta y tensa teniendo entre mis muslos.
Pues fiel servidor de Teócrito soy, que me ha puesto
aquí, ladrón, apártate, no te alcance mi vena.

169 (X 1)

La imagen de Priapo (cf. 167) erigida en el puerto comunica a los nautas que, llegada la primavera, ya se puede navegar. Sobre las áncoras, cf. 149.

Oportuno es el viaje, que vino por fin la parlera
golondrina y también el céfiro grato;
las praderas florecen y calla la mar, que hasta ahora
agitaban las olas y el viento borrascoso.
Leva las áncoras, nauta, desata la estacha
y hazte al ponto tu entero velamen largando.
Tal es lo que yo te aconsejo, Priapo el del puerto;
¡navega, buen amigo, con tu barco mercante!

170 (XVI 230)

El que habla puede ser Pan o Hermes; sobre las ovejas, cf. 103; vimos un pino junto a una fuente en 87.

No bebas, viajero, estas aguas de arroyo calientes
y llenas del barro que traen las ovejas;
si subes un poco al collado en que pace el rebaño,
encontrarás allí, junto al pastoril pino
y en la húmeda roca, el fluir cantarín de una fuente
y una linfa más fresca que nieves boreales.

171 (VI 226)

Cf. 168.

Ved la parva heredad de Clitón, el exiguo terruño
en que suele sembrar, su viñedo humilde
y el soto con algo de leña; pues sólo con esto
pudo llegar Clitón a los ochenta años.

172 (IX 719)

Primera de una serie de alusiones a la famosa vaca del escultor Mirón (cf. el 47 de Anite), que estuvo al parecer en Atenas y luego en Roma y que, reproducida en bronce, parecía estar viva.

No es verdad que Mirón te esculpiera, mas viva te trajo
del campo en que pacías a un pedestal de piedra.

173 (XVI 206)

Según Pausanias (IX 27, 5), en Tespias (ciudad de Beocia, región de Grecia central) había una estatua de Frine, hetera de Atenas, obra de su famoso amante el escultor Praxíteles y situada al parecer, si creemos a Alcifrón (IV 1), entre dos imágenes de Afrodita (llamada aquí por primera vez Citerea, esto es, nacida en la isla de Citera, del mar Egeo) y Amor respectivamente; sabemos también (Aten. 591 *a)* que la misma hetera fue el modelo de la Afrodita, más tarde trasladada a Constantinopla, de Cnido, ciudad del SO. de Asia Menor, lo que explica que aquí se diga que Praxíteles veía en su figura rasgos divinos; y que el escultor regaló a Frine una estatua de Eros que ella consagró en el templo dedicado a este dios en Tespias, donde había (cf. Paus. IX 27, 1) otra imagen antiquísima de él y donde, según otras genealogías, se le creía hijo de diosa distinta de Afrodita. El Eros de Praxíteles fue llevado dos veces a Roma y terminó por quedar destruido en un incendio.

Así, sólo así los Tespieos honrar a Eros saben,
hijo de Citerea, con la divina forma
que esculpiera Praxíteles viéndole al lado de Frine,
a la que como precio lo dio de sus encantos.

174 (XVI 307)

Poema escrito sobre una representación plástica de Anacreonte que refleja, incluso en la súplica a Baco, el contenido y los onomásticos de 115. Sobre el calzado, cf. 138.

Mira cómo el vino al viejo Anacreonte
hace tropezar; el manto hasta los pies
le arrastra, y conserva sólo una sandalia,
la otra la ha perdido. Pero su tortuga
melodiosamente tañe honrando en ella
a Batilo o al bello Megisteo.
Ten cuidado, Baco, no caiga el anciano.

175 (VI 120)

Epigrama votivo: el suceso curioso de que una cigarra se posara en la lanza de una imagen de Atenea ha hecho posiblemente que alguien haya ofrendado a la diosa aquel animal trabajado en oro con este poema (los Atenienses llevaban en sus cabezas adornos de este tipo según Tuc. I 6). Obsérvese la consabida leyenda de que las cigarras se alimentan sólo de rocío: recuérdese que Platón *(Phaedr.* 262 *d)* las llama *profetas de las Musas;* la afinidad con Atenea está en que unas y otra aman la música, ellas porque cantan (cf. el 80 de Nicias), la diosa porque inventó la flauta, aunque luego ésta fuera arrojada por ella y recogida por Marsias.

No sé solamente cantar en la copa del árbol
sentada, disfrutando del calor ardoroso
y del jugo sutil del rocío, juglar que deleita
sin salario al viajero que el camino recorre,
mas también de Atenea de casco esplendente en la lanza
puedes ver la cigarra posada, caminante.
Porque, así como me aman las Musas, también yo a
[Atenea,
la divina doncella que la flauta inventara.

176 (V 188)

Es el único poema erótico de este autor y contiene varios tópicos del género: el arco (que aquí es literalmente llamado como corresponde a un arma del tipo de las utilizadas por los Escitas, del S. de la actual Rusia, y, según es bien sabido, por el Cupido de las pinturas, arco doble y formado por dos cuernos unidos en un asidero, quedando fija y tensa la cuerda en los extremos de uno y otro); los dardos ardientes de Eros (cf. 112); el juramento, la fulminación del enamorado, etc. La metáfora final es jurídica: el poeta va a contraatacar en uso de legítima defensa.

A Eros no guardo rencor, que es bien dulce, lo juro
por su madre Cipris, mas me hiere su artero
cuerno y, un dardo inflamado lanzando tras otro
sin cesar, a cenizas me tiene reducido.
Voy, mortal, a vengar los agravios aunque es dios alado
el agresor. ¿Seré reo por defenderme?

177 (VII 715)

Epitafio, redactado en vida por el poeta, en que se considera la inmortalidad del buen escritor como compensación de las amarguras del destierro. El lema, a la vista de la mención de Tarante (cf. intr.), atribuye al Leónidas antiguo el epigrama, pero luego añade *que escribió versos isopsefos*. Éstos eran artificiosas combinaciones de un texto con los valores numéricos de las letras de cada palabra usados como cifra, juego poético en que descolló Leónidas el alejandreo, pero no, que sepamos, el tarantino: o se equivoca el lematista o el poema no es genuino.

De las tierras de Italia y Tarante, mi patria, muy lejos
yo yazgo y ello es más amargo que la muerte.
No es vida la vida en exilio, mas he sido amado
de las Musas, dulzura mezclada con penas.
Y no muere mi nombre: los dones con que ellas me [honraran
cantarán a Leónidas mientras el sol exista.

178 (VI 44)

Un cosechador de vino ha plantado tres majuelos y, al recoger la primera cosecha de mosto, dedica un odre de cada uno, en calidad de primicia, a Baco y a los sátiros, tan propensos a la embriaguez (cf. 87). Se van a hacer las libaciones rituales y luego se celebrará una fiesta. Según el lema, el autor es dudoso.

A los sátiros que aman el mosto y a Baco el que en- [gendra
las cepas, Heronacte consagra los frutos
primeros que dio su cosecha, tres tinas colmadas
del vino primicial que sus tres predios crían.
Ahora, pues, como es justo, libemos por Baco el vinoso
y en honor de los sátiros y más bebamos que ellos.

179 (VI 130)

Antígono Gonatas, rey de Macedonia (cf. intr. a Antágoras y Alejandro), fue derrotado por Pirro, rey del Epiro, región del NO. de Grecia, después del regreso desde Italia de éste, en el 273. En la retaguardia macedonia luchaban contingentes gálatas (cf. el 50 de Anite), que se condujeron con gran valor frente al comportamiento mediocre del grueso del ejército, pero no pudieron evitar el desastre. Los escudos de estas tropas, del tipo citado en 119, fueron consagrados con orgullo en el templo de Atenea de la ciudad tesalia de Itón, donde los vio Pausanias (I 13, 2, con cita también de 751). Los hechos son mencionados igualmente por Plutarco (*Vita Pyrrh.* 26) y Diodoro (XXII 22). Sobre el patronímico final, recuérdese lo dicho en 87 acerca de los reyes epirotas, que se consideraban molosos según el antiguo nombre de los pobladores del Epiro central. Es muy dudoso que el epigrama sea de Leónidas: el lematista no le menciona.

Estos escudos que Gálatas bravos blandieron
a Atenea Itónide Pirro el moloso ofrenda,
derrotada la tropa de Antígono. Y no es ello extraño:
lanceros los Eácidas son hoy como en tiempos.

180 (VI 110)

El lematista piensa en Leónidas o Mnasalces, lo cual es improbable, como autor. Los cuernos del animal son clavados en un pino (cf. 132), quizás en honor de Pan o Ártemis o Apolo (cf., también sobre el tipo de caza, el 17 de Perses), por algún morador del Asia Menor (sobre el Meandro y su curso, cf. 124). No sabemos si la cierva contaba ocho puntas en cada cuerno o entre los dos. Sobre el arma, cf. 133.

Cleolao acechó en la ladera a esta cierva y matóla
junto a las serpenteantes aguas del Meandro
con pica aguzada; y un clavo en el pino nudoso
su cabeza y defensas sujeta de ocho puntas.

181 (VI 154)

Parece que sí es de Leónidas, aunque el lema hable también del tardío Getúlico. Se designa a Baco como Bromio (cf. el 41 de Anite) y Lieo o Liberador; se le ofrenda yedra (cf. el 73 de Nóside); el euhe es el grito ritual que acompaña a las orgías.

Ved lo que a Pan montaraz y Lieo, invocado
con euhe, y a las ninfas, Bitón, el viejo Árcade,

ofrenda; al primero un cabrito que, apenas nacido,
juega con su madre; para Bromio una rama
trepadora de yedra; para ellas del húmedo otoño
los frutos y abiertas rosas color de sangre.
Que a cambio la casa del viejo florezca opulenta
en vino, leche y lluvias, ¡oh, Baco, Pan y Ninfas!

182 (VII 13)

Evidentemente este poema no debería hallarse aquí (y solamente lo mantenemos en tal lugar por no romper más aún el orden de Gow-Page), pues en el verso 4 hay una cita literal de Erina (389, 3). Parece, por tanto, que resultaría preferible la atribución a Meleagro, de quien también habla el lema, ya que no es ni mucho menos seguro que Leónidas haya podido copiar a Erina (cf., sin embargo, intr. a ésta y nótese también lo allí dicho sobre la temprana fecha en que se situaba su muerte). Las similitudes con el 220 de Asclepíades pueden, en cambio, ser interpretadas cronológicamente (cf. *ibid.)* de varios modos.

A Erina, la abeja virgínea que flores libaba
de las Musas, la más joven de los poetas,
Plutón la raptó como esposa. Razón tuvo en vida
la niña al decir: «Envidioso eres, Hades».

183 (VII 35)

Homenaje al gran lírico arcaico Píndaro, natural de Beocia. La duda del lematista, que piensa en Platón también, hace insegura la atribución a Leónidas. Las Musas son llamadas como corresponde (cf. 127) a la procedencia de la región macedonia de Pieria que se les atribuía ya desde Hesíodo *(Th.* 53).

He aquí un hombre agradable al de fuera y amado en [su patria,
Píndaro, servidor de las canoras Piérides.

184 (VII 316)

La adscripción es dudosa: el lema duda entre Leónidas y Antípatro para este epigrama, que pertenece a una serie de ellos sobre el famoso misántropo Timón, semilegendario Ateniense de la época de Pericles. Es notable la ferocidad de la expresión.

No me saludes ni inquieras quién soy ni de quiénes
procedo, mas pasa de largo por mi estela
o, si no, a tu destino ojalá que no llegues; e incluso
si guardas silencio, que no llegues tampoco.

185 (IX 25)

Parece probable que estos versos, considerados por el lematista exageradamente como admirables, sean de Leónidas y no de Antípatro, de quien habla igualmente el lema. Es la dedicatoria de un ejemplar del poema de Arato (cf. su intr.), escrito al parecer algo después del 277, lo que daría una fecha posterior a este epigrama. El autor no se ha fijado bien en el *contenido* del libro, pues no trata de los planetas, sino sólo de las estrellas. Los círculos a que alude son el ecuador, la eclíptica y los trópicos. El final se refiere a que Arato ha hecho más conocidos e inteligibles a los astros dándoles así nueva vida.

Este libro es de Arato, erudito que antaño con mente
sutil observó los antiguos astros
fijos y errantes también y los ciclos que ligan
el cielo esplendente que gira con ellos.
De obra tan grande al autor alabemos, segundo
Zeus que ha hecho brillar más a las estrellas.

186 (IX 563)

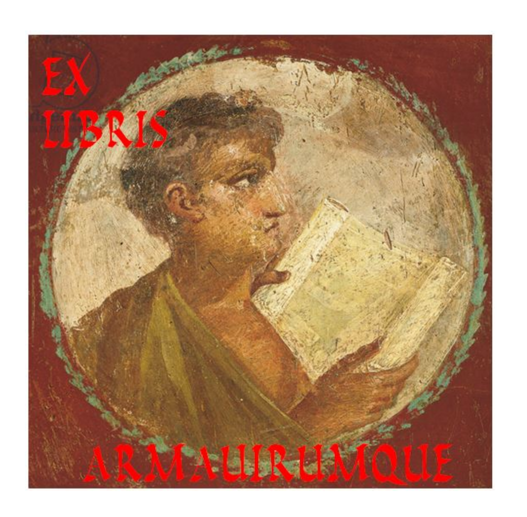
Puede ser de Leónidas o del posterior Filipo, citados ambos por el lema. Demócrito es un amigo del dueño de la higuera a quien gustan sus frutos y a quien el propietario invita a probarlos con este mensaje ficticiamente compuesto por el propio árbol. Como éste se encuentra en sitio muy frecuentado, si no se apresura el amigo va a encontrarse con la fruta averiada o saqueada.

Si a Demócrito, que ama la fruta, tal vez encontrares,
dale esta pequeña noticia, viajero,
que yo, la alba higuera en sazón, le reservo mis higos
más sabrosos que el pan salido del horno.
Mas, no siendo seguro el lugar en que estoy, dese prisa
si quiere coger frutos de una rama intacta.

187 (XVI 171)

Cf. 108 sobre el culto dado a Afrodita armada en Esparta; nótese la alusión a sus épicos amores con Ares (cf. 112); aunque se ha pensado (cf. intr.) en Leónidas el alejandreo como autor (sobre Citerea, cf. 173), puede tratarse de obra del tarantino.

¿Por qué, Citerea, este peso enojoso soportas
revestida con armas que a Ares corresponden?
Desarmaste a Ares mismo desnuda; si un dios es vencido
por ti, es vano que vayas armada entre humanos.



DAMÓSTRATO

En realidad este poeta, autor de un único epigrama al parecer, probablemente no existe: su nombre será el del oferente, y el poema, influido por Leónidas, habrá de ser clasificado como anónimo.

188 (IX 328)

Las figuras citadas serían toscas representaciones en madera de las ninfas o náyades: cf. el 41 de Ánite, 110 de Leónidas y, sobre la ofrenda de despojos de un jabalí, 135 del mismo.

A vosotras, las ninfas que el agua caudal de esta fuente
desde lo alto del monte derramáis, ¡oh, náyades!,
las figuras consagra y de dos jabalíes los morros
hirsutos Damóstrato, que de Antilao es hijo.

ARATO

Nacido en Solos (cf. el 55 de Teeteto), es (cf. el 185 de Leónidas) el famoso autor del poema astronómico *Los fenómenos*. El léxico *Suda* cita algunos epigramas suyos dedicados a Fila (hija de Antípatro, general de Alejandro que nació hacia el 400 y murió el 319; hermana de Casandro, cf. el 17 de Perses; mujer de Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono Monoftalmo, cf. el 288 de Calímaco, que nació hacia el 336 y fue rey desde el 306 hasta el 283; madre de Antígono Gonatas, cf. intr. a Antágoras; ella vivió entre el 350 y el 287), y todo hace suponer que se han perdido obras suyas de este género. Según Meleagro (776, 49-50), cuya mención es desproporcionada respecto al escaso número de epigramas de Arato que se conservan (parece, según Estr. X 486, que escribió piezas ligeras y, si creemos a Macrobio, V 20, 8, que era autor de un libro de elegías), los dos poemas recogidos aquí serían producciones juveniles; y la mención de la oriental palma que llega al cielo (nótese la alusión a su poema) se debería a que el poeta residió en la corte de Antíoco I Soter, rey de Siria, que nació hacia el 324 y ocupó el trono desde el 281 hasta su muerte el 261. Puesto que Arato, discípulo al parecer de Menécrates de Éfeso, nació probablemente en los últimos años del siglo IV, la fecha de estos epigramas se hallaría cercana al 300 ó 280.

189 (XII 129)

Poema realmente difícil. En los versos 1-2 dice literalmente *el argivo Filocles es bello en Argos, y las estelas de Corinto y los sepulcros de los Megareos gritan lo mismo;* es decir, en toda Grecia (no sólo en su patria, capital de la Argólide, sino también en Corinto, la famosa ciudad del Istmo, cf. el 7 de Faleco, y Mégara, cercana a ella) puede leerse, incluso en sitios poco apropiados, como estelas (columnas sepulcrales, mojones, postes para edictos, etc.) o tumbas, el grafito que, como es frecuente en

vasos o en otros lugares, nos conserva el entusiástico pregón de la hermosura de un mozo. Hasta en las termas del Anfiareo, santuario célebre del héroe Anfiarao, situado en Oropo, entre Ática y Beocia, encontramos la misma alabanza. Pero parece que el poeta considera que hay otro muchacho más bello, al que ignoramos por qué no nombra; y la prueba de su hermosura no son tales inscripciones anónimas, sino el testimonio de uno de la ciudad minorasiática de Priene, tampoco sabemos quién, que le conoce personalmente. Se ha conjeturado, en lugar de este último étnico, el nombre de Riano, que en el 477 habla de un tal Filocles, lo que no resulta razón del todo convincente.

Pasa el argivo Filocles en Argos por bello
y en estelas corintias y megareas tumbas
que es hermoso se puede leer y también en los baños
de Anfiarao; mas sólo nos derrota en carteles.
Pues al otro no ensalzan las piedras, sino un Prieneo
que le vio en persona, con lo que a aquél supera.

190 (XI 437)

Quizá se trate del *Diotimo* incluido en esta antología o, mejor dicho, de uno de los Diotimos (cf. su intr.). Gárgara es una ciudad cercana al monte Ida, en el NO. del Asia Menor; Estéfano de Bizancio, que cita el poema, dice que Diotimo, autor tal vez de un poema épico sobre Heracles, es adramiteno, natural de Adramitio, población de aquellas regiones; la alusión a la postura de Diotimo puede tener relación con las lógicas incomodidades de un país semibárbaro, en que desempeña el oficio servil de pedagogo. Es como si estuviera ya muerto, y de ahí la frase inicial del epigrama: no sabemos si se trata de sátira o de sincera condolencia.

Lloro a Diotimo, que el alfa, sentado en las rocas,
y la beta a los niños de Gárgara enseña.

ARCESILAO

De Arcesilao de Pítana, aldea vecina a Esparta, fundador de la Academia media y cuya vida se desarrolló aproximadamente entre 316 y 240 (cf. intr. general y la de Antágoras), se conservan sólo estos dos medianos epigramas.

191 (Dióg. Laerc. IV 30)

Elogio adulador de Átalo, sobrino adoptado por Filetero, fundador en la ciudad minorasiática de Pérgamo de la dinastía de los Atálidas, que consiguió victorias hípicas en Olimpia (cf. el 59 de Teeteto), llamada aquí Pisa según su antiguo nombre.

No sólo las armas a Pérgamo ilustran, mas suelen
en la divina Pisa vencer sus caballos.
Y, si puede un mortal revelar los designios de Zeus,
mucho más celebrada será en el futuro.

192 (Dióg. Laerc. IV 31)

Tópico de la muerte (cf. el 163 de Leónidas) que a todos alcanza; Menodoro, desde la lejana Frigia (Tiatira es importante ciudad, pero más bien situada en Lidia), ha llegado a ella tan rápidamente como cualquiera. Su amante Éugamo o Éudamo, compañero de escuela de Arcesilao, de quien el difunto cultivaba tierras, le ha erigido una sepultura.

Lejos quedan la Frigia y también tu sagrada Tiatira
natal, Menodoro, de Cadávades hijo;
pero dice una humana sentencia que el viaje a Aqueronte
dura lo mismo sea largo o no el sendero.
Éugamo insigne sepulcro erigióte, pues eras
el que más amaba de entre sus colonos.

ASCLEPÍADES

Es mencionado en el idilio VII 39 de Teócrito, donde el cabrero Simíquidas, representación del propio autor dentro de esta obra en clave, habla de Filitas (cf. su intr.) y de Sicélidas el de Samos como grandes poetas. Un escolio al mismo lugar aclara que Sicélidas es Asclepíades, que se nombra a sí mismo en 208, y sugiere que el padre de este autor pudo llamarse Sicélidas o Sícelo: en cuanto al lugar de nacimiento, no hay por qué creer que no sea aquella isla, o al menos habría que pensar que allí residió (la alusión a Adramitio del lema de 238 podría explicarse en la forma allí expuesta), y nótese que 199 habla de dos samias. Por otra parte, también Hédilo (454) y Meleagro (776, 46; hallamos, en cuanto a su flor, una etimología popular por la que se consideraría formado el nombre de la anemona, planta que florece en invierno, según el del viento) le llaman Sicélidas.

Puesto que el idilio en cuestión fue escrito entre el 275 y 265, y Asclepíades tendría ya entonces cierta reputación, no pudo nacer mucho más tarde del 320 y, por tanto, el 207, en que nos da su edad, será de hacia el 300. Calímaco y Posidipo le imitan, y el primero (cf. un escolio a su fr. 1, 1 Pf.) cita a Asclepíades y al propio Posidipo entre los críticos de sus teorías poéticas.

Debió de escribir, además de los epigramas, poemas líricos (se le tiene por el creador de los versos asclepiadeo mayor y menor) y quizás hexámetros.

Y esto es todo en cuanto a biografía, porque sus fechas (cf. 231) hacen poco probable un contacto con el Egipto ptolemaico.

A partir de 226 hay muchas dudas en las atribuciones de los lemas: 226-231 hablan también de Posidipo y parecen ser de él; 232, de Hédilo, probablemente el verdadero autor, y Simónides (cf. el 58 de Teeteto); 234 puede ser de Meleagro; 235 resulta atribuible a Arquelao, 236 a Antípatro el tesaloniceo, 237 a Arquias,

etcétera. Posidipo y Hédilo son mencionados juntos, sin atribución de flor concreta alguna, por Meleagro en 776, 45-46, lo cual indica parecido entre sus poemas, cosa que explicaría las dudas, o amistad de unos con otros (además, los nombres propios se repiten, como en el 22 de Perses; 205 y 247 de Posidipo; 195 y 232, este último atribuido también a Hédilo; 202, 205, 216, 228, para el que se duda entre Asclepíades y Posidipo; 210 y 450 de Hédilo; 251 de Posidipo y 451 de Hédilo).

Entre sus epigramas, muy originales en general (sólo hallamos un relativo préstamo de tema, el del 198, en que se imita al 67 de Nóside mejorando mucho el modelo), los hay menos significativos y consagrados a los asuntos de siempre, Historia literaria, Mitología (221), comentarios sobre obras escultóricas y joyas, epitafios, etc. Pero lo que sobre todo ha inmortalizado la obra de este poeta es su tratamiento del tema amoroso, dentro del cual no puede ser autobiográfico 211, en que habla una mujer. En este sentido hay dos textos que tal vez se contradigan, 199, rechazo del amor homosexual femenino, y 229, elogio del masculino. Sin embargo, los epigramas pederásticos son pocos (204, 206, 213-216 y el cruel 238) y, en cambio, muchos los alusivos a mujeres o que, al menos, dejan indeterminado el objeto erótico. El cortejo (203) y la fiesta (217-218) asoman ya triunfalmente junto a escenas de amor normal entre muchachos y muchachas (195, 228, hasta cierto punto 226). La hermosura física no importa demasiado (197), pero sí la intimidad de un tibio amor compartido carnalmente (193). El Eros juguetón retoza ya por toda la obra de Asclepíades (208, 211, 213-216, 230) y juega malas pasadas: el dolor ante los desdenes (200-202, 204-206, 211, 234) es a veces expresado muy patéticamente, y en ocasiones cierto cansancio de la vida invade al amante infeliz (207, 209-210). Pero pronto se vuelve alegremente a la carga, no en el feo rito de la prostitución meramente venal (232), sino en el trato con simpáticas y eficaces heteras (196, 198, 212, 227, 233) que invitan a este compatriota de Epicuro a practicar (194, 208) permanentemente el horaciano *carpe diem.*

193 (V 169)

La constelación citada es la Corona Boreal o Guirnalda de Ariadna, a la que se empieza a ver salir por la tarde a primeros de marzo, época que comienza a ser buena para viajes por mar. El cobertor citado es una prenda que se utilizaba como abrigo de día y como manta por la noche.

Grata bebida en verano es la nieve al sediento;
grata la Corona primaveral al nauta;
pero más grato aún que una manta recubra a dos seres
que se aman y a Cipris entrambos veneran.

194 (V 85)

Pretendes seguir siendo virgen. ¿Por qué, si en el Hades
no encontrarás, niña, nadie que te quiera?
Goza en la vida de Cipris, pues no somos nada
en el Aqueronte, sino ceniza y huesos.

195 (V 153)

El amante (sobre cuyo nombre cf. intr.), cortejándola a la puerta de la casa, ha enamorado a Nicáreta, que se asoma furtivamente para verle desde el piso de arriba, cosa que el recato prohibiría a quien no fuera una muchacha más o menos desenvuelta.

De Nicáreta el rostro agradable que, herido de amores,
una y otra vez se asoma a la ventana,
Cleofonte a la puerta derrite y los rayos brillantes,
¡oh, querida Cipris!, de su mirada dulce.

196 (V 158)

Se invoca a Afrodita con referencia al culto que se le tributa en la Pafo de Chipre (cf. el 1 de Filitas); hay que suponer que la inscripción del cinturón, admonición al amante ocasional contra futuros celos, estaría bordada (cf. el 124 de Leónidas) en hilos de oro.

Yo un día jugué con Hermione la bella, que, ¡oh, Pafia!,
llevaba un cinturón bordado con flores
en que áureas letras decían: «Poséeme entera,
mas luego no te aflijas si otro también me tiene».

197 (V 210)

Los Griegos preferían a las mujeres rubias.

La flor, ¡ay!, me sedujo de Dídima, y yo me derrito,
  viendo su hermosura, cual la cera en la llama.
Es morena, ¿y qué importa? También los carbones son [negros
  y encendidos lucen cual cálices de rosas.

198 (V 203)

La hetera Lisídice, en acción de gracias por los éxitos conseguidos en su oficio, dedica a Cipris (cf. el 67 de Nóside) una espuela de oro (parece que a veces se llevaba solamente una en el pie derecho) como símbolo, con hábil metáfora ecuestre, de la sabiduría de la cortesana para estimular a sus amantes sin necesidad de ser estimulada ella misma. El verso final designa la parte del templo que queda entre las verdaderas puertas de madera y el espacio abierto entre las antas.

Lisídice ofréndate, Cipris, la hípica espuela,
  el dorado aguijón de su hermoso tobillo
que a tanto corcel excitó sin que nunca su muslo
  de ensangrentarse hubiese, pues ella a la meta
sin estímulo sabe llegar, y por eso suspende
  delante de tus puertas este acicate de oro.

199 (V 207)

Repudio de dos mujeres homosexuales de Samos (cf. el 154 de Leónidas).

Bito y Nanion, las Samias, no quieren dar culto a [Afrodita
  de acuerdo con sus leyes y se pasan a ritos
distintos y poco decentes. ¡Oh, Cipris señora,
  odia a las desertoras de tu lecho amoroso!

200 (V 162)

El poeta lamenta haberse enamorado demasiado seriamente de una mujer de vida airada: sobre el símil zoológico, cf. el 37 de Anite.

Filenion me hirió la voraz y, aunque no sea visible
  la llaga, hasta las uñas el dolor me penetra.

Muero, Amores, me muero, perezco; pisé dormitando
una víbora y toco ya las puertas del Hades.

201 (V 7)

El candil (cf. el 104 de Leónidas) es una especie de divinidad protectora de los amantes cuya luz se supone necesaria para las actividades amorosas; Heraclea ha jurado por él y su perjurio merece castigo. Pero nótese que el candil que se desea ver apagado como represalia no puede ser el mismo que tiene el poeta en su habitación.

Tres veces juróme Heraclea por ti que vendría
y no viene, candil. Castiga a la perjura
si eres dios: cuando goce teniendo a un amante consigo,
apágate y déjales de tu luz privados.

202 (V 150)

Tema parecido; no sabemos a qué tipo de notoriedad se refiere el verso inicial, aunque es probable que se trate de una hetera, sobre cuyo nombre cf. intr. El poeta todavía duda: ¿será involuntaria la ausencia? Se alude a la divina Legisladora, Deméter, diosa de los amores lícitos y conyugales (cf. el 53 de Antágoras), quizá por eso citada satíricamente aquí donde se esperaría la mención de Afrodita; se habla de las rondas que recorrían las calles a horas fijas; al final, el poeta se dirige a los esclavos que le acompañan.

Prometió que vendría esta noche la célebre Nico
y me lo juró por la santa Deméter;
mas no viene y pasó ya la ronda. ¿Tal vez un perjurio
proyectaba? Apagad el candil, muchachos.

203 (V 64)

El poeta, increpando a Zeus, recalca su afición al cortejo, símbolo de alegre vida erótica. A Dánae la encerró su padre Acrisio, rey de Argos, en cámara de bronce, lo que no impidió que el dios la visitara amorosamente en forma de lluvia de oro siendo así padre de Perseo.

Lanza nieves, granizos, tinieblas, calores, el rayo,
blande sobre la tierra las más oscuras nubes;

cesaré si me matas, mas no mientras vivo me dejes;
cortejaré aunque envíes, Zeus, cosas peores,
pues me arrastra aquel dios que aun a ti te obligara
[a filtrarte,
convertido en oro, por broncíneos muros.

204 (V 145)

En uno de los típicos poemas para ser cantados ante la puerta cerrada de un o una amante, el poeta se va decepcionado, porque el objeto de sus requerimientos no ha querido salir, y, quitándose las guirnaldas con que venía ataviado y después de empaparlas con sus lágrimas, las deja sobre la puerta. Cuando salga el muchacho, las guirnaldas, que antes deberán haber permanecido quietas y, por tanto, mojadas, verterán el llanto sobre él.

Quedad, ¡oh, guirnaldas!, en este dintel suspendidas
y no sacudáis de momento las hojas
que regué con mis lágrimas, lluvia que son del amante;
mas, cuando le veáis salir de la casa,
su cabeza mojad con mi llanto; pues bueno es que sepa
cómo son mis lágrimas su cabellera rubia.

205 (V 164)

La circunstancia es la misma de 204. Después de haber incitado al poeta a cortejarla, Pitíade, la de Nico (quizá no su madre, sino la dueña del burdel, alcahueta o cosa parecida; cf. 202 e intr. sobre el nombre de la primera), le ha cerrado la puerta.

Por testigo te pongo a ti, Noche, a ti sola de cómo
me trata la engañosa Pitiade, la de Nico.
He venido invitado, invitado; ¡ojalá que algún día
se te queje así plantada ante mi puerta!

206 (V 167)

Otro canto ante la puerta del bello Mosco, que no se deja ver. La excitación producida por el vino bebido antes del cortejo hace ahora más amarga la decepción unida a las inclemencias de la espera a la intemperie (cf. 203) y bajo los soplos del viento Norte. Vemos un apóstrofe al ingrato y, a continuación, quejas a Zeus, que desencadena los elementos

y al que se pide que cese en su tronar, acordándose de sus pasadas aventuras amorosas.

La noche, la lluvia y, con ellas, la hiel del amante,
el vino; y el gélido Bóreas, y yo solo.
Todo sea por Mosco el hermoso. «¡Ojalá que así erraras
sin encontrar ninguna puerta en que detenerte!»
Tal al mozo gritaba empapado. ¿Hasta cuándo, querido
Zeus? Calla, que también tú a amar aprendiste.

207 (XII 46)

La taba (cf. el 129 de Leónidas) es símbolo de cómo el inconsciente Amor juega con los hombres.

Veintidós todavía mis años no son y ya hay tedio
en mi vida. ¿Qué es esto? ¿Por qué me dais, Amores,
tormento? ¿Qué haréis si yo muero? Sin duda a la taba,
ligeros como siempre, seguiréis jugando.

208 (XII 50)

Monólogo en que el autor se exhorta a aprovechar los goces de la vida. Hay una imitación de Alceo de Mitilene (fr. 346 L.-P.), pero con inversión estilística: en el autor antiguo se dice *Bebamos; ¿por qué esperamos a los candiles? El día (es) un dedo,* esto es, *bebamos ya aunque la noche no haya empezado, pues está cercana.* Aquí, en cambio, después de la recomendación para que se beba vino puro (cf. el 106 de Leónidas), se dice que *la aurora es un dedo,* o sea, queda todavía un poco de noche, pero ya se apunta el crepúsculo matutino, lo que significa que el festín habrá de terminar. El candil de que aquí se habla (cf. 202) es el que alumbrará a los convidados por las calles en el regreso a sus casas. A continuación parece incitarse el propio poeta a olvidar los fracasos amorosos y gozar, pues la noche de la muerte está más próxima de lo que uno cree.

¡Bebe, Asclepiades! ¿Por qué ese llorar? ¿Qué te ocurre?
No eres entre los hombres el único a quien Cipris
cautivó ni al que el dardo y el arco atacaron de Eros
el amargo. ¿Por qué muerto estás en vida?
El don puro de Baco bebamos, que un dedo de noche
queda. ¿O bien esperamos la luz que nos acueste?

Bebamos y nada de amor, que, tras breve jornada,
toda una larga noche descansar podremos.

209 (XII 166)

Aquí los dardos eróticos (cf. el 176 de Leónidas y el 208) son lanzados por Amores en plural.

Poco ya de mi vida me queda; dejad, por los dioses,
¡oh, Amores!, que en paz esto al menos conserve
y, si no, con centellas heridme, que ya no con dardos,
y a ceniza y carbón reducidme entero.
Sí, sí, consumidme, os lo pido: más duro las penas
me han hecho y capaz de sufrir cosas peores.

210 (XII 135)

La verdad está en el vino, como dijo Alceo de Mitilene (fr. 366 L.-P.). El final parece aludir a la creencia de que una señal de perdido amor era el caérsele continuamente la típica guirnalda de la cabeza al enamorado.

En el vino se prueba el amor, pues, aunque él lo negase,
delató a Nicágoras la mucha bebida.
Lloraba, en efecto, abstraíase, al suelo miraba
y firme la guirnalda no estaba en su cabeza.

211 (XII 153)

Habla una mujer a la que parece haber abandonado su amante. El amor tiene altibajos, pero es posible aún una reconciliación, y esto confiere a veces una especial dulzura (sobre las mieles del amor, cf. el 64 de Nóside) a las lides eróticas.

Antes yo a Arquéades daba tormento y ahora,
pobre de mí, ni en broma se me acerca nunca.
No siempre son dulces las mieles de Eros, mas sabe
mejor a los amantes sonreír tras sus iras.

212 (XII 161)

Dorcion, cuyo nombre significa algo así como *la gacelilla*, es una hetera que suele vestirse de muchacho para provocar una primera impresión en los efebos, mozos de dieciocho años que creen verse ante un atractivo niño de tierna edad. La alusión a la Afrodita Pandemo, popular o carnal, indica ya el matiz fuertemente erótico. La moza lleva el sombrero de ala ancha usado, sobre todo para los viajes, por los muchachos, que solían ponérselo colgado a la espalda por medio de cintas, y la clámide juvenil echada sobre los hombros, sujeta con un broche y dejando los brazos libres de modo que también se vean más o menos las piernas.

Es Dorcion experta en herir a los mozos, vestida
de niño delicado, con los rayos veloces
de la Cipris carnal, el encanto que brilla en sus ojos
y el sombrero y la clámide que deja ver el muslo.

213 (XII 75)

Si alas tuvieras y dardos y el arco en la mano,
tú, no Eros, pasaras por hijo de Cipris.

214 (XII 105)

Damis es un muchacho de tan buenas dotes, que su amante no puede ser otro sino Amor mismo. Tal vez haya en su casa una estatuilla de Eros, que puede ser el que hable.

Soy Eros, el niño; a mi madre travieso he escapado,
pero ya no vuelo de la casa de Damis,
mas, amándole allí y siendo amado sin celos, prefiero
a la dicha con todos la armonía con uno.

215 (XII 162)

El poeta está enamorado de un mozo muy joven llamado Diaulo, al que Amor, en su extrema infancia, lee con media lengua versos eróticos escritos por un poeta llamado Filócrates, del que nada más sabemos, para su amado Antígenes.

Mi Eros, aún no cruel ni flechero, mas niño
apenas nacido, lee junto a Cipris

en áurea tablilla y balbuce a Diaulo los cantos
de amor que Filócrates compuso para Antígenes.

216 (XII 163)

Sobre las buenas relaciones entre dos muchachos, que se aman porque su afinidad es mayor que la del verde y el oro o el blanco y el negro, que contrastan sin armonía. Sobre el nombre de uno de ellos, cf. la introducción; nótese la Persuasión amorosa personificada.

Eros lo bello mezclar sabe bien con lo bello:
no esmeraldas con oro, que no brillan acordes,
ni el marfil con el ébano, negro con blanco, mas estas
flores de Persuasión, Eubíoto y Cleandro.

217 (V 181)

Poema mímico en que Bacón, que prepara una fiesta para cinco personas, cuyas cabezas va a adornar con guirnaldas, habla con un esclavo para darle instrucciones. El quénice es una medida para áridos que equivale a algo más de un litro. En el verso 2 parece que el criado ha confesado antes que no le queda nada del dinero que se le había dado; y, sin embargo, ahora ha contestado atolondradamente *es suficiente, de acuerdo,* lo que indigna al dueño al ver que el siervo no se preocupa del problema del pago. En 3-5 tenemos las usuales amenazas, más truculentas que reales, formuladas por los señores a los criados: aquí se habla del tormento de la rueda para éste, a quien se califica de Lápita, aunque no vemos claro por qué tal pueblo mítico, famoso por la lucha contra los centauros en que eran sus jefes Teseo y Pirítoo, es puesto en conexión con estafas o bandidajes. Al parecer, el siervo dice que no ha robado nada, a lo que responde el verso 5: el dueño quiere demostrar el fraude y llama a otra sierva, Frine, para que traiga los guijarros o cuentas con que se manejaba el ábaco (la dracma, cf. el 143 de Leónidas, equivale a seis óbolos). En el 7 se enumeran el vino y los aperitivos; al final del verso hay una laguna; luego puede tratarse de orejas de cerdo o de algún marisco llamado orejas de mar o algo parecido; en el 8 hay un problema crítico y, junto a los pasteles de miel, puede ser que se citen los de ajonjolí. En el 9 el dueño, nervioso, renuncia de momento a cálculos más exactos y le da un último recado para la perfumista; el final del 10 lo interpretamos aproximadamente como referente a frascos o vasos de perfume, uno para cada convidado. Como el esclavo no lleva dinero, la perfumista, cuyo nombre, probablemente servil, significa *la fea,* al no conocerle, desconfiará de él: el dueño le da una contraseña basada en el hecho de que ella es persona con quien ha tenido relación erótica.

Tráenos nueces, tres quénices, corre, trae cinco guir-
[naldas
de rosas. ¿Cómo que de acuerdo? ¿No afirmas
que no tienes dinero? Perdidos estamos. ¿No habrá
[quien
al Lápita ladrón, que no siervo, ponga
en la rueda? ¿Que nada me robas? Pues vengan las
[cuentas.
Ven, Frine, con el ábaco. ¡Qué gran bribón es éste!
Cinco dracmas de vino con dos de salchicha y tú dices
que orejas; caballas, pastas de varias clases...
Volveremos mañana a contar; cinco vasos ahora
a Escra la perfumista que te dé le pides
y sea señal que Bacón cinco veces seguidas
la amó, y que testifique todo ello su cama.

218 (V 185)

Otro mimo en que quien habla se dirige a Demetrio —tal vez un amigo, pues su nombre no es servil, pero al que se trata como a un esclavo— para que traiga lo necesario con destino a una merienda de seis personas (obsérvese que todos los números son múltiplos o divisores de esta cifra salvo el de los mújoles) y también avise a la flautista que ha de divertirles, cuyo nombre significa algo así como *tierna, delicada, deliciosa,* lo que es ya indicio de oficio amoroso. Los nombres de los peces, como casi siempre, los damos de modo aproximado: la primera especie recordaría tal vez a las lechuzas por la forma o tamaño de los ojos. En cuanto a las gambas gibosas, el nombre serviría para distinguirlas, por ejemplo, de las cigalas, no encorvadas. Nótese la desconfianza respecto al pescadero, sobre cuyo nombre cf. el 48 de Anite; y recuérdese el epigrama anterior sobre las guirnaldas.

Vete a la plaza, Demetrio, y le pides a Amintas
tres lechucillas, diez mújoles, veinticuatro
gambas gibosas que importa que cuentes tú mismo.
Vuelve, pues, para acá con todo ello y de casa
de Taubario te traes también seis guirnaldas de rosas
y a Trífera de paso llama con urgencia.

219 (VI 308)

Un episodio de la vida escolar: en un concurso de caligrafía, el alumno ha obtenido como premio ochenta tabas, es decir, dieciséis juegos de cinco (cf. 207). El escolar, agradecido, ha ofrendado a las Musas, en el altarcillo situado en la escuela, una máscara cómica (en teoría podría ser también un cuadro), la que representaba a uno de los personajes típicos de las comedias leídas sin duda en clase, el viejo, probablemente gruñón y avaro, Cares, que, por cierto, no figura en ninguna obra conservada de este tipo. Así el anciano que aquí habla va a encontrarse siempre rodeado de la barahúnda de los muchachos.

Por haber a los niños en bella escritura vencido
Cónaro ochenta tabas recibió y a las Musas
consagró agradecido mi máscara cómica, uniendo
al anciano Cares con el pueril bullicio.

220 (VII 11)

Versos pensados como un prólogo de la obra de Erina (cf. intr. a ella) y que presuponen que la autora ha muerto. Asclepíades aparece en nuestra colección antes, pero, si la vida de la poetisa fue tan corta, pudo él sobrevivirla incluso mucho (cf. el 182 de Leónidas y el 389 de la propia Erina).

Mira los dulces trabajos de Erina, no extensos,
como cuadra a una joven de diecinueve años,
mas mejores que la obra de muchos. ¿Cuál fuera su [fama
si no le hubiera el Hades llegado tan de prisa?

221 (VII 145)

En el promontorio Reteo, de la Tróade (cf. intr. a Hegemón), había sido erigido un sepulcro del héroe homérico Ayante, hijo de Telamón. Estrabón (XIII 595) contaba que allí podían verse una especie de capilla y una estatua, que Marco Antonio se llevó a Egipto y Augusto luego restauró; y Pausanias (I 35, 4-5), que las propias olas, después del naufragio de Odiseo, llevaron al sepulcro en desagravio las armas de Aquileo (cf. el 87 de Leónidas), y también que, al ser deteriorada la tumba por el mar, fueron descubiertos en ella los gigantescos huesos que eran de esperar en aquel gigante legendario. Según la bien conocida leyenda, al morir Aquileo, sus armas fueron objeto de una querella entre Odiseo y Ayante, más merecedor de ellas por sus proezas, aunque su contrincante,

bien por medio de engaños o gracias a su más convincente palabrería, consiguió heredarlas por decisión de los Aqueos (nombre épico de los Helenos). Parece que la estatua en cuestión representaba a la Virtud personificada en actitud de duelo, con los cabellos rapados y las vestiduras manchadas o rotas.

Heme aquí, desdichada Virtud, que, cortado el cabello,
estoy sentada al lado del sepulcro de Ayante,
abatida en mi alma por grande dolor, pues vencióme
entre los Aqueos el Fraude engañoso.

222 (VII 284)

Admirable según el lema. No es seguro, pero sí probable, a juzgar por su odio y miedo al mar, que Éumares fuera un náufrago cuya tumba está en la costa misma y elevada a cerca de cuatro metros sobre las olas (el codo equivale, cf. el 124 de Leónidas, a dos espítamas, algo menos de medio metro, la longitud del antebrazo de un hombre alto): el muerto espera que el agua no llegue a la tumba y advierte que no vale la pena inundarla.

Si a ocho codos de mí, dura mar, te detienes, ya puedes
hincharte y dar voces con todas sus fuerzas;
nada bueno hallarás si a asolar el sepulcro llegares
de Éumares; tan sólo huesos y ceniza.

223 (VII 500)

Al parecer, los supervivientes del naufragio, al no poder encontrar el cuerpo de Evipo, han erigido un cenotafio en la playa adonde han llegado y puesto en él una inscripción. Sobre el Euro, cf. el 146 de Leónidas; sobre Quíos, el 106 del mismo.

Viajero, que pasas y ves mi sepulcro vacío,
cuenta a Meleságoras, mi padre, cuando llegues
a Quíos, que a mí y a mi nave y mi carga un funesto
Euro perdió y de Evipo no resta sino el nombre.

224 (IX 63)

Se trata del poema *Lide,* escrito en versos elegíacos y en que contaba historias de amor desdichado Antímaco de Colofón (cf. el 107 de Leóni-

das), de los siglos v-iv, autor de una *Tebaida* en cinco libros por lo menos y muy apreciado por la fuerza y gravedad de su expresión. La obra llevaba el nombre de la amada del poeta, probablemente una esclava lidia denominada, según era costumbre, por su lugar de procedencia. Dos hijos de Codro, rey de Atenas, Damasictón y Prometeo, fueron colonizadores griegos de Colofón, pero también puede haber aquí una alusión a los colonos jónicos de Asia Menor (cf. el 76 de Duris) a quienes conducía Neleo, otro hijo de Codro. En los versos 1-2 hay una expresión equívoca, pues puede traducirse también *más respetada que ninguna de las hijas de Codro*, con lo que Lide apuntaría orgullosamente que, a pesar de ser procedente de estirpe bárbara, la fama del poema épico la ha hecho más conocida que ninguna mujer de Jonia.

Lida de raza y de nombre, la más respetada
soy, gracias a Antímaco, de las hijas de Codro.
Pues ¿quién no ha cantado mi nombre? ¿Quién nunca [ha leído
la *Lide*, obra común de Antímaco y las Musas?

225 (XIII 23)

Epitafio para un hijo innominado del octogenario Botris que murió joven cuando prometía realizar una buena carrera retórica.

Viajero, aunque tengas prisa, párate un momento a oir
la queja angustiada a que Botris se da,
pues, teniendo ya ochenta años, a un joven hijo enterró
que en arte retórica despuntaba ya.
¡Pobre de tu padre, niño! ¡Mas también pobre de ti,
de cuántos placeres ya no gozarás!

226 (V 194)

Los Amores (cf. 209) ven a la doncella Irenion e, impresionados, hacen que los muchachos se enamoren de ella. En cuanto a paternidad, comienzan aquí (cf. intr.) las dudas entre Asclepíades y Posidipo, y el segundo parece ser aquí el autor más probable.

A Irenion la tierna miraron los propios Amores
al salir de la áurea cámara de Cipris,

de los pies a las puntas del pelo una flor milagrosa,
  como esculpida en mármol, de gracias virginales
llena, y al punto lanzó la purpúrea cuerda
  de los arcos mil flechas contra los muchachos.

227 (V 202)

Aunque el lema habla también de Asclepíades, probablemente es de Posidipo e imita a 198 con la metáfora hípica (cf. las bridas en el 40 de Anite) aplicada al acto erótico. Plangón (nombre que significa *la muñeca*, muy apto, por tanto, para una hetera) resulta más competente que Filénide y más rápida, pues sus clientes no han de esperar al momento nocturno en que los caballos, después del pienso, ya no relinchan. No se sabe nada del pórtico ecuestre, aparte de que su mención es aprovechada metafóricamente; se ha pensado (cf. el 255 de Posidipo) en el Cefirión, en que habría representaciones de caballos, y en todo caso se tratará de un santuario de Afrodita. Ignoramos quién imita en el paralelo entre el verso 4 y los 2-3 del himno V de Calímaco.

Una purpúrea fusta y espléndidas bridas
  consagró Plangón en el pórtico ecuestre
tras haber derrotado a Filénide, amable entre todas,
  cuando por la tarde relinchaban los potros.
Dale, Cipris amada, la auténtica gloria del triunfo
  haciendo que por siempre se conserve esta ofrenda.

228 (V 209)

Nueva duda entre los dos epigramatistas, pero parece más propio de Posidipo el conceptismo un poco forzado (ella incendia a pesar de estar mojada; él naufraga aun hallándose en tierra; ella se salva aunque se encuentra en el mar). Sobre los dos apelativos de Afrodita, cf. 196 y el 187 de Leónidas; sobre los nombres, cf. intr.

Vio a Nico bañarse Cleandro en las olas azules
  de tus playas, ¡oh, Pafia Citerea!,
y la niña, aun mojada, con secos carbones al alma
  del enamorado mozo prendió fuego.
Y así él zozobró en tierra firme y las playas a ella,
  que arrostraba el mar, acogieron clementes.
Ahora hay en ambos amor, porque no fueron vanos
  los votos que en aquellas orillas hizo el mozo.

229 (XII 17)

De Asclepíades o de Posidipo según el lema; más probablemente del segundo.

No me gusta el amor femenino y, en cambio, ha en-
[cendido
en mí brasas perennes la viril antorcha.
Éste es más ardiente calor; como el hombre es más
[fuerte
que la mujer, más vivo resulta un tal deseo.

230 (XII 77)

También éste es probablemente de Posidipo, citado en el lema, que habrá imitado el 213.

Si áureas alas llevases encima y colgara en tus hombros
argénteos la aljaba portadora de dardos
y al lado pusiéraste de Eros el grácil, dudara
Cipris misma, por Hermes, sobre quién es su hijo.

231 (XVI 68)

Aunque hubo varias Berenices (entre ellas la esposa de Ptolemeo III Evérgetes, nacido en 284 y rey entre 246 y 222, y una hija de Ptolemeo Filadelfo, cf. intr. a Filitas, que contrajo nupcias con Antíoco II de Siria, nacido hacia el 287 y rey desde el 261 hasta su muerte en el 246), aquí debe de tratarse de una imagen de la mujer de Ptolemeo Soter (cf. intr. a Nóside), hija del cireneo Magas, con quien casó hacia el 317, que tenía templos en que se la veneraba como asociada a Afrodita y que debió de morir hacia el 280. Continúa la duda entre Asclepíades y Posidipo y parece que los temas egipcios en general deberían ser más afines al segundo que al primero.

Una imagen de Cipris; ¿o acaso será Berenice?
No me atrevo a decir si es una o la otra.

232 (V 161)

Primera aparición de la metáfora náutica en el tema amoroso: se trata de tres viejas prostitutas de puerto, capaz cada una de contentar a

veinte *clientes* y de dejarles *exhaustos* y sin blanca. Hay referencia a la leyenda según la cual el rey Diomedes de Tracia obligaba a sus hijas a cohabitar con los viajeros para debilitarles y luego expoliarles; y también un juego de palabras en que se combina el término técnico para la nave de veinte remos con otro vocablo que significa *ataúd* y que concuerda simultáneamente con la vejez de las cortesanas y con el estado en que dejan, como piratas, a sus amigos. El final alude al libro XII de la *Odisea*, en que las sirenas atraen a los nautas para su perdición. En cuanto a la atribución, el lema habla de Asclepíades, Hédilo, probablemente con acierto, y Simónides (cf. intr. y también sobre el nombre de Cleofonte).

Eufro con Taide y con Bedion, las viejas capaces
 de navegar con veinte marineros cual hijas
de Diomedes, a Antágoras, Agis, Cleofonte desnudos
 como tristes náufragos lanzaron a la plaza.
Huyan, pues, vuestras naves de tales corsarias de [Cipris,
 porque son más funestas que las sirenas mismas.

233 (VII 217)

Ateneo (589 *c)* y Diógenes Laercio (III 31) atribuyen el epigrama a Platón, del que se dice que fue amante de Arqueanasa de Colofón (cf. 224). Probablemente el autor es Asclepíades, que lo redactaría como epitafio ficticio de una hetera que había llegado a vieja y a la que se ponía en relación con el filósofo. Habla su sepulcro.

De Arqueanasa la tumba está aquí, colofonia y hetera
 que albergaba al dulce Eros aunque ya arrugada.
¡Por qué hoguera pasasteis, amantes que en tiempos la [verde
 flor de su adolescencia nueva cosechasteis!

234 (V 189)

El lema se refiere a Asclepíades y Meleagro; más probablemente es del primero. Se trata evidentemente de las últimas horas de una noche de fines de octubre o principios de noviembre, cuando se empiezan a ver ponerse las Pléyades por la mañana, lo que indicaba antiguamente el principio del invierno. Sobre la puerta cerrada y el mal tiempo que no impide el cortejo, cf. 206; nótese que aquí ya es Cipris, no su hijo, quien lanza dardos.

Larga es la noche y cruel; las Cabrillas se ponen
y yo voy y vengo mojado ante la puerta,
traspasado de amor de la pérfida; dardo punzante
de fuego me envió Cipris, que no amor solamente.

235 (XVI 120)

Como dice el lema con duda, parece ser realmente obra de un tal Arquelao, autor del s. III de quien se citan epigramas. Plutarco (*Mor.* 335 *a)* nos habla de una estatua del famoso Lisipo de Sición (ciudad de la Argólide) en que Alejandro Magno (cf. el 48 de Anite) miraba retadoramente al cielo representado aquí por el famoso monte Olimpo, del N. de Grecia.

El valor de Alejandro y su entera hermosura Lisipo
aquí ha dejado impresos: ¡qué fuerza tiene el bronce!
Parece que a Zeus va a mirar la escultura diciendo:
«Déjame, Zeus, la tierra y el Olimpo tú rige».

236 (IX 752)

Probablemente es de Antípatro el tesaloniceo, en quien también piensa el lema. Se trata de una amatista tallada con una figura de la diosa Embriaguez personificada y puesta en un anillo que perteneció a la reina Cleopatra (no se sabe cuál, de las muchas que llevaron este nombre en la dinastía macedonia, pero tal vez la hermana de Alejandro Magno, mujer de Alejandro I del Epiro, cf. el 87 de Leónidas, que fue asesinada hacia el 308). La piedra era considerada (y así lo indica su nombre) como amuleto que impedía la ebriedad en quien la llevara (cf. Plin. *N. H.* XXXVII 124): así la diosa, contrariándose en sus propensiones, tiene que mantenerse serena por el material en que está tallada y también por la majestad de quien la ostenta.

Soy Embriaguez y hábil mano talló mi figura
en amatista, piedra con el tema no acorde;
pero, siendo sagrado joyel de Cleopatra, serena
tiene, aun ebria, que estar la diosa en su mano.

237 (IX 64)

El lema duda entre Asclepíades y el tardío Arquias; es probable que se trate de una obra de éste inspirada en el proemio de la *Teogonía* de Hesíodo, de cuyos versos 29-31 hay una verdadera paráfrasis en 3-4 y en que

el poeta, como es sabido, cuenta cómo se le acercaron las Musas en el Helicón (cf. el 60 de Alejandro). La fuente citada es la Hipucrene, que había nacido de una coz dada por la pezuña del divino caballo alado, Pégaso. Al final, de modo no muy hábil, se hace referencia a las varias obras de Hesíodo, no solamente la mencionada, sino también *Los trabajos y los días, El catálogo de las mujeres,* quizás incluso una apócrifa, *El escudo.*

Te miraron las Musas, Hesíodo, en los montes fragosos
cuando al mediodía tu grey apacentabas
y, acercándose todas a ti, una florida y hermosa,
sacrosanta rama de laurel te dieron
y el divino licor que en la fuente Helicónide mana
gracias a la pezuña del caballo alado
por que, de ella saciado, supieras la raza y las obras
cantar de los dioses y los héroes antiguos.

238 (XII 36)

Un mozo, que ha sido hasta ahora frío en asuntos eróticos, cambia de actitud cuando ya no está en su primera juventud. Él parece considerar que su edad es la mejor para el amor, pero no así quien le rechaza burlonamente. El lema dice que el epigrama es *de Asclepíades el adramiteno,* pero, como el poeta no tuvo relación alguna con dicha ciudad, se ha supuesto que habría que leer *de Asclepíades, y otros dicen que de Diotimo el adramiteno* (cf. el 190 de Arato y la intr. a Diotimo).

Solicitas ahora que el vello sutil por tus sienes
trepa y cuando tus muslos cubre el duro pelo
y dices «Yo así lo prefiero», mas ¿quién considera
a las resecas cañas mejores que la espiga?

239 (Pap. Tebt. 3)

Fragmento muy mutilado que, de acuerdo con un tópico usual, habla de un Espartano cobarde que, huyendo de la batalla, es muerto por su madre al llegar a casa. Puede leerse *la madre a uno de sus tres (hijos)* ... *recibiendo* ... *que había huido le atravesó con un hierro cortante* ... *una mujer lacena* (esto es, lacedemonia)... Tampoco es seguro que sea de Asclepíades.

FÉDIMO

De él sabemos que fue autor de una *Heraclea* o poema sobre Heracles en varios libros y escrito quizás en versos elegíacos. Se le puede situar hacia el 250 a juzgar por 240, lo que tal vez (cf. intr. gen.) nos debería haber impulsado a situarle más adelante. Sobre su origen existían dudas entre Bisante (colonia samia en la orilla N. de la Propóntide) y Amastris o Cromna (ciudades de la Paflagonia, región del N. de Asia Menor); en todo caso, se trataba de un hombre de las regiones septentrionales, lo que estaría de acuerdo con la cita, en 243, de Torone, ciudad de la península macedonia de Calcídica, pero 240-241 nos lo muestran en conexión con el Ática y 242 con Beocia. Meleagro (776, 51-52) habla respecto a él de una flor denominada *llama* que puede ser el alhelí amarillo.

240 (VI 271)

Se trata de una familia del demo ático de los Exoneos en que, según costumbre, alternan dos nombres en las sucesivas generaciones y que conocemos por inscripciones y otros testimonios. Leonte, hijo de Ciquesias y marido de Temistódice, parece que es el citado en una inscripción de hacia el 225; su sobrino Leonte, hijo de su hermano Ciquesias, habló ante el Senado romano, según Tito Livio (XXXVIII 10), en el año 189, con motivo de las negociaciones de paz entre Roma y la Liga Etolia, dirigida por este pueblo del NO., afín al dórico, que desde el 192 había ayudado a Antíoco III de Siria (cf. intr. a Euforión) y sido derrotada con éste. Aquí se trata del hijo de Leonte y Temistódice, llamado sin duda Ciquesias, para quien se invoca a Ártemis, que ha presidido su nacimiento, con el fin de que le lleve felizmente a mayoría de edad. La ofrenda resulta un poco rara; posiblemente los objetos consagrados vayan destinados a la vestimenta de la propia imagen (aunque unificamos la nomenclatura del calzado, el *término* aquí empleado se encuentra también para un ser divino en el 782 de Meleagro; y, en cuanto al peplo, cf. el 122 de Leónidas).

Ártemis, estas sandalias a ti el de Ciquesias
  ofrenda, y Temistódice los pliegues de este peplo,
porque clemente y sin armas al parto acudiste
  y sobre ella extendiste, señora, tus dos manos.
Concédenos, Ártemis, ver a este niño pequeño,
  el hijo de Leonte, llegado a su edad moza.

241 (XIII 2)

Un muchacho del demo ático de Cefisia dedica a Hermes una estatua del dios representado como un joven de la edad del oferente.

Calístrato, mozo cefisieo, te hizo,
servidor de Zeus, con igual pergeño
que el suyo. Con gusto acógele y protege
de Apolodoro al hijo y a su patria.

242 (XIII 22)

Melistión ofrenda al santuario de Apolo el Flechero sito en Esqueno, ciudad beocia cercana a Tebas, un objeto, probablemente una estatua de Eros arquero, con el fin de que ambos dioses infundan sentimientos de mutua amistad y ardor guerrero al batallón sagrado, fundado por Epaminondas (cf. el 93 de Leónidas) en la capital de Beocia y compuesto por ciento cincuenta parejas de jóvenes que, al formar en la batalla cada cual con su amado, se suponía que actuarían en forma brillante. El texto está muy corrupto. El gigante de que se habla al principio debe de ser Titio, que intentó violar a Leto y fue muerto por sus hijos Ártemis o Apolo; este dios era llamado a veces *el matador de lobos.*

Da alma paz al arco que dio muerte al recio
  gigante, ¡oh, señor de los dardos! No abras
la aljaba que a tantos lobos mató y haz que
  Eros dispare contra estos mozos
por que así a su patria puedan defender
  confiando en la mutua amistad, que apoyo
será en la batalla; es el dios más capaz
  de ayudar al que lucha en vanguardia. Acepta
el regalo que te hace Melistión,
  dios al que siempre veneró Esqueno.

243 (VII 739)

Unos pescadores de Torone (cf. intr.) encontraron al anochecer un cadáver en el mar Egeo, cerca de la isla de Escíatos, vecina a Eubea, y por la mañana lo remolcaron, tal vez envuelto en una red, hacia Torone; no se sabe cómo se enteraron de que se trataba de Poliandro; quemaron sus restos y se los mandaron a su esposa, cuya residencia, así como la de su difunto marido, ignoramos. Al parecer habla una figura que, sobre la tumba, representa a una mujer llorando.

Lloro, viajero, a Polianto, al que, apenas casado,
su esposa Aristágora depositó en la tumba
tras haber recibido sus huesos; las olas egeas
y los vientos nefastos al infeliz perdieron
cerca de Esciatos; los restos, viandante, a Torone
unos pescadores de mañana arrastraron.

POSIDIPO

Aunque tenemos más datos de él que de Asclepíades (cuya intr. puede verse respecto al emblema floral atribuido por Meleagro a Posidipo), tampoco es posible reconstruir su biografía. Una inscripción de la ciudad etolia de Termo concede, el 264 ó 263, la proxenia (cf. el 17 de Perses) a un tal Posidipo de Pela (cf. intr. a Teócrito de Quíos), lo que explicaría, al menos en parte, que le puedan ser atribuidos 268-269. Si bien sabemos de otro Posidipo de aquel país, un autor de comedias probablemente contemporáneo de él que (cf. 265) actuó en Atenas, existen probabilidades de que el así honrado sea el epigramatista, porque en una mediocre elegía fragmentariamente conservada en las tablillas de cera del Pap. Berol. 14283, donde se lamentan las desdichas de la vejez, leemos que se pide a las Musas que acudan a Tebas (¿sería la ciudad egipcia, cf. lo que más abajo decimos?) e inspiren a Posidipo el de Pela para que sus compatriotas le erijan, libro en mano, una estatua en la plaza y para que le honren los Macedones y los moradores de Jonia (cf. el 224 de Asclepíades) y Asia: esto podría relacionarse con el fr. 6 Pow. del yambógrafo Fénix de Colofón (cf. el 233 de Asclepíades), que se dirige a Posidipo (pero el nombre parece haber sido relativamente frecuente), y aquello quizá con la afinidad entre este autor y Asclepíades y Hédilo a que nos referíamos, con alusión a dobles atribuciones de los lemas de 226-231, en la intr. al primero.

Si, volviendo a la inscripción, era ya conocido hacia el 260, no pudo nacer después del 280: y esto concuerda con el hecho de que 255-256 deben de ser algo anteriores al 270, y 231, con su alusión a Berenice, un poco más antiguo, sea o no de Posidipo.

En 244 (lo que hace posible, como en el caso de 259, una conexión con Atenas) se habla de Zenón y Cleantes. Esto, aparte de indicar un temperamento estudioso (cf. 249 e incluso 250,

y sabemos, cf. intr. a Asclepíades, que también él tenía ideas propias en cuanto a crítica literaria), nos introduce en el mundo de la escuela estoica del Pórtico (aunque no sea necesario suponer que él fue un discípulo de ella, nótese que la expresión en 244 es irónica) y nos permite deducciones cronológicas. Zenón murió el 262 y Cleantes, que le sucedió como escolarca, llevaba veinte años con él; el epigrama pudo ser escrito hacia el 275 ó 270, y el nacimiento de Posidipo cabría situarlo no lejos del 310.

Tuvo más relación con el Egipto ptolemaico (cf. *supra*) que los epigramatistas vistos hasta ahora: aparte de 254-256, compuestos para celebraciones oficiales, hallamos contactos con aquel país en 260. El Pap. Lond. 589 contiene al parecer el título de una antología de epigramas con los nombres de varios epigramatistas (Leónidas, quizás Hédilo y Ánite y, desde luego, Posidipo) y, en el reverso, una elegía, tal vez no escrita por nuestro autor, en que se celebra el matrimonio de Ptolemeo Filadelfo con su primera esposa, Arsínoe (no la citada en el 76 de Duris, sino la igualmente llamada, hija del mismo Lisímaco allí mencionado), y cuyo final ofrece similitud respecto a 273.

También es notable que Posidipo haya compuesto una *Etiopía*, según el lema de 260, y posiblemente (Aten. 491 *c*) una *Asopia* (¿sobre el río beocio llamado Asopo?) o *Esopia* (quizá sobre Esopo, cf. el 116 de Leónidas); e igualmente versos elegíacos o epigramáticos perdidos sobre el sepulcro del héroe homérico Pándaro e incluso una obra acerca de la ciudad de Cnido en que se daban pormenores sobre la Afrodita (cf. el 173 de Leónidas) de Praxíteles. Muy diversas parecen tantas actividades literarias para un solo autor.

Por lo demás, sus epigramas (cf. las dudas de atribución que plantean 264-265) no son ni muy originales (en 248, 252-253, 258 y 261 hay claros ecos de Asclepíades) ni extraordinarios. Hallamos, como siempre, alusiones literarias (252, 260), descripciones de esculturas (257, 261-262) y de joyas (263), preparativos para una fiesta (253), epitafios (258 y el bello 264), sátira (259), un pesimismo no sabemos si de verdad muy sentido (265).

Su repertorio amoroso, al menos en lo conservado, es corto. La materia pederástica falta por completo. Si se exceptúan el bonito mensaje erótico de 247, los celos banales de 245, la felicitación a una cortesana comprensiva de 251, apenas quedan sino las usuales descripciones del tormento a que el amor, calificado con expresión sáfica (244), somete (246, 248, 250) a los pobres humanos.

244 (V 134)

Se trata de una jarra que al parecer tenía forma más bien panzuda y a la que se llama *Cecrópide* por proceder de las manufacturas cerámicas de Atenas, ciudad protegida por el héroe Cécrope. Hay alusión a los maestros de la escuela estoica (Zenón, comparado con un cisne por los valores literarios de su obra, aunque no era poeta, cf. el 141 de Leónidas, y tal vez por sus cabellos blancos; y Cleantes, éste sí poeta y autor de un hermoso himno a Zeus, cf. intr.) en un contexto general de contraste entre la Filosofía, fuera de lugar en los banquetes, y el amor, con un eco de Safo (fr. 130 L.-P.).

Viértenos, jarra cecrópide, el zumo de Baco;
el festín amistoso báñese en rocío;
cállense el cisne sapiente, Zenón, y la Musa
de Cleantes; preocúpenos Eros agridulce.

245 (V 186)

No me engaña, Filénide, el llanto que viertes, pues todo
lo sé: tú no quieres a nadie en absoluto
sino a mí mientras yaces conmigo, mas, si otro a tu lado
estuviera, dirías que más que a mí le amabas.

246 (V 211)

Cortejos y llantos, ¿por qué, sin dejarme del fuego
sacar los pies, me echáis a otra hoguera de Cipris
en amor incesante, pues siempre Pasión insensata
me trae dolor nuevo de parte de Afrodita?

247 (V 213)

Otro canto junto a una puerta cerrada. El amante, protegido por Eros y algo beodo (cf. el 234 de Asclepíades), ha conseguido llegar frente a la casa de la amada (sobre cuyo nombre cf. intr. al mismo autor) sin que le acometan los usuales salteadores nocturnos. Ahora habla con una sierva y le da una contraseña para que sepa la dama de quién se trata.

Si a alguien tiene Pitiade, me voy, mas, por Zeus, si [se encuentra
durmiendo sola, dile que salga un poquito.
Contraseña será que, embriagado y sin miedo a ladrones,
llegué bajo la guía del temerario Eros.

248 (XII 45)

Imitación del *209* de Asclepíades.

Flechadme; soy único blanco de muchas saetas,
¡oh, Amores! Pero no temáis, insensatos;
si a mí me venciereis, famosos seréis en el mundo
como arqueros y dueños de una potente aljaba.

249 (XII 98)

Tormento de un alma cultivada (cf. 244 y una sátira de la erudición en el 138 de Leónidas) a la que su formación literaria sensibiliza, por así decirlo, para los males del amor.

Al cantor de las Musas atar la Pasión y acostarle
suele sobre espinos y chamuscar su cuerpo,
y su alma formada en los libros solloza la pobre
y contra la cruel divinidad protesta.

250 (XII 120)

Cf. 247.

Son buenas mis armas, no cedo y contigo combato
aun siendo mortal; no me ataques, Eros.
Si me encuentras beodo podrás a traición cautivarme,
mas, si sereno estoy, la razón me defiende.

251 (XII 131)

Invocación a Cipris, mencionada con los lugares (cf. el 50 de Anite, 173 de Leónidas y 228 de Asclepíades) en que se le dedica especial culto (al parecer Siria gozaba de buena reputación en cuanto a cría caballar), para

que otorgue sus favores a una hetera complaciente, sobre cuyo nombre cf. intr. a Asclepíades.

Tú, que proteges a Chipre y Citera y Mileto
y las bellas tierras de la hípica Siria,
acude clemente a Calistion, pues nunca al amante
mandó que se alejase del atrio de su casa.

252 (XII 168)

Mención honorífica de Nano, la flautista, a quien iba dirigido el libro de poemas amorosos del elegíaco arcaico Mimnermo de Colofón, y de Lide, sobre la cual cf. el 224 de Asclepíades; y luego, nuevos brindis en que, con embriaguez amorosa (cf. 250), se ordena a Heliodoro, un esclavo o tal vez un amigo, que escancie. Entre los versos 4 y 5 hay otros dos que parecen espurios y en que se mencionan, con Hesíodo (cf. el 237 de Asclepíades) y Homero, Mnemósine, madre de las Musas, y éstas mismas.

Escancia por Nano y por Lide y también por Mimnermo
el experto en amores y por el casto Antímaco;
la quinta resérvamela y para todo el que ame
puedes escanciar, Heliodoro, la sexta.
Llena hasta el borde la quiero beber, pues, beodo
o sereno, ni a Cipris ni a Eros tampoco olvido.

253 (V 183)

Un mimo como el 218 de Asclepíades, pero no muy logrado: el organizador de la fiesta habla con el muchacho que le sirve. Se hace referencia a un recipiente de los que se utilizarían (cf. el 106 de Leónidas) para el famoso vino de Quíos (cf. el 223 de Asclepíades): su cabida total sería de cuatro coes, doce quénices (cf. el 217 de Asclepíades), alrededor de trece litros, pero el anfitrión, teniendo en cuenta que el vino ha de mezclarse con agua, cree que va a bastar con la mitad. Aristio es el tabernero; la hora quinta equivale a las once de la mañana aproximadamente, en que comenzaría la comida para continuarse con libaciones por la tarde.

Cuatro invitados habrá, cada cual con su amada:
¿para el total de ocho bastará un solo Quío?
Vete, niño, a la casa de Aristio y que mande en seguida
uno medio lleno, porque eso son dos coes

ampliamente, y aun creo que más. Corre, pues, que [tenemos
que estar aquí todos juntos a la hora quinta.

254 (Pap. Didot)

Inscripción con que el político y arquitecto Sóstrato de Cnido (cf. el 173 de Leónidas), amigo de los Ptolemeos, consagró, alrededor del 280, el gran faro de Alejandría, llamado así en lo sucesivo precisamente por estar en la extremidad E. de la entonces isla de Faros, en que se situaba al héroe mitológico Proteo. Alejandría, cuyo puerto oriental estaba protegido al O. por la isla, necesitaba una señal para los navegantes, pues lo llano del terreno hacía que les fuera difícil encontrar la entrada, por ejemplo, una de las bocas del puerto en que había una roca en forma de toro. El monumento se ofrenda a Zeus Salvador (cf. el 137 de Leónidas), advocación muy adecuada para marineros en momentos de apuro, pero también hay una clara alusión a Ptolemeo Soter, que mandó construir el faro, después de lo cual Ptolemeo Filadelfo, en cuyo reinado iba a terminarse la obra, deificó a su padre y a su madre Berenice (cf. el 231 de Asclepíades) como salvadores. Sabemos que Posidipo escribió un epigrama sobre una mujer que era muy glotona y que tocó el clarín en la correspondiente procesión. El estadio equivale a 400 codos, es decir, unos 180 metros (cf. el 7 de Faleco y 222 de Asclepíades).

Al vigía de Faros alzó, soberano Proteo,
Sóstrato el de Dexífanes, el cnidio, en defensa
de los Helenos; pues no hay atalayas ni montes
en Egipto y el puerto se halla en una llanura.
Por eso esta torre, cortando tajante los aires,
se deja ver de día desde muchos estadios
de distancia y de noche podrá el navegante que corra
por las aguas ver el gran fuego que arda
en su cima y su nave hacia el Tauro embocar sin peligro,
Proteo, de que Zeus Salvador no le ayude.

255 (Pap. Didot)

Al E. de Alejandría (*Libia* aquí es sinónimo de *Egipto*) se encuentra una estrecha cinta de tierra entre el lago Mareótide y la orilla occidental del brazo también occidental y más importante del Nilo, el Canópico, orilla en la cual, directamente comunicada por tierra con Alejandría, se halla la ciudad de Canopo (así *las costas de Faros* significa aquí en puridad

el mar que baña la isla de Faros, cf. 254, y *Alejandría).* En dicha cinta se encuentra un promontorio llamado Cefirión por estar orientado al O., esto es, al viento céfiro, al que aquí se da este adjetivo por venir aproximadamente de Italia, y en el que Calícrates de Samos, almirante y colaborador de Ptolemeo Filadelfo, erigió, tal vez en vida todavía de la reina (cf. el 76 de Duris, 227 y 231 de Asclepíades e intr.), un santuario en que se la honraba como Arsínoe Afrodita o Cefiritis, al que más tarde, en 247, Berenice dedicó un rizo de su pelo para que su esposo Ptolemeo Evérgetes volviera indemne de la guerra siria. Esta es la inscripción dedicatoria: al final hallamos una bella metáfora que indica que no sólo encontrarán refugio en el santuario los navegantes, pescadores, etc., en caso de temporal, sino también las mujeres, cuyos problemas serán resueltos por la nueva Afrodita.

Ocupo un lugar bien visible que está entre las costas
de Faros y la boca canópica, una lengua
ventosa de Libia, la rica en rebaños, que mira
al ítalo céfiro; pues en ella Calícrates
me erigió y me dio nombre de modo que fuese santuario
consagrado a Cipris Arsínoe, la reina.
Venid, pues, a Afrodita la aquí Cefiritis llamada,
venid, pudorosas hijas de los Helenos,
y también los obreros del mar, que creó el almirante
un refugio eficaz contra todas las olas.

256 (Aten. 318 *d*)

Con destino al santuario mencionado respecto al epigrama anterior. Se entiende que los navegantes deberán invocar a Arsínoe desde el mar, en caso de peligro, o desde la tierra, antes de comenzar el viaje.

Saludad desde el mar o la tierra este templo de Cipris
Arsínoe, la esposa de Filadelfo, a la que
antes que nadie erigió como reina en la costa
del céfiro Calícrates el almirante; y ella
travesía feliz dará a aquel que la invoque y en pleno
temporal aceite derramará en las aguas.

257 (Aten. 412 *d*)

Teógenes era un famosísimo atleta, nacido hacia el 500, que obtuvo 1.300 victorias en todos los juegos griegos y del que había (cf. el 7 de

Faleco) muchas estatuas en Olimpia y otros lugares. Una de ellas, para la que escribe Posidipo, presentaba al atleta con la mano extendida; y como, de acuerdo con la proverbial glotonería de muchos atletas (cf. un tema parecido en el 140 de Leónidas), existía la leyenda de que Teógenes se había comido un toro él solo y de una sentada, Posidipo interpreta la postura de la estatua como alusiva a su voracidad y pedigüeñería. En los dos primeros versos al parecer se dice que, como la pequeña isla de Tasos, sita al N. del Egeo, de que era natural el deportista, no bastaba ya a nutrirle, tuvo que trasladarse a Meonia, otro nombre de Lidia.

Un toro comíme una vez por apuesta en Meonia
yo, Teógenes, pues Tasos no bastaba,
mi patria, a aportar las viandas que siempre pedía.
Por eso heme aquí en bronce y extendiendo la mano.

258 (VII 267)

Imitación del 222 de Asclepíades.

¿Por qué junto al mar me enterráis, navegantes? Muy [lejos
debisteis erigir la desdichada tumba
de Nicetas. Yo tiemblo ante el ruido que muerte me [diera,
pero, aun así, salud para quienes me lloren.

259 (Aten. 414 *d*)

Se trata de un famoso parásito y glotón ateniense (cf. 257) que vivió en la segunda mitad del s. IV y fue muy citado por los cómicos, como se ve al final: Posidipo no debió de conocerle en vida. Al principio se alude a cornejas que andarían picoteando los restos del banquete después de una fiesta nocturna; el verso 2 produce la impresión de una mala huesa abierta a toda prisa para un muerto no ilustre, al que no se amortaja, sino que se le entierra (sobre la prenda, cf. el 193 de Asclepíades) con su harapiento manto (eran bien conocidos los de Pelene, ciudad de la Acaya); en 3-4 hay una irónica invitación a los Atenienses, paisanos de Firómaco, para que le honren; en 5-6 parece como si el parásito, metido servilmente a defender a su dueño, hubiera tenido una pelea en una fiesta, lo que debía de ser corriente; en el 7 aceptamos una conjetura que nos le presenta con otra prenda mugrienta y la alcuza (cf. el 143 de Leónidas), bagaje muy adecuado para un parásito, carente de todo, pero a quien no podía faltar el aceite de después del baño; en 7-8, Calíope es una de las Musas y representa aquí genéricamente a todas; las fiestas Leneas,

consagradas a Dioniso, eran aquellas en que se ponían en escena preferentemente comedias.

A Firómaco, el gran comilón, la corneja nocturna,
esta apenas cerrada fosa recubre, envuelto
en harapos de un manto pelénico. Ciñe su estela,
Ático, de guirnaldas y úngela si acaso
a ti alguna vez como un perro siguió a los festines,
cegato, sin dientes, lleno de moraduras,
con su calvo pellejo y su alcuza en la mano, que en tales
trajines le presenta la lenea Calíope.

260 (Aten. 596 *c*)

Nada sabemos de una obra de Posidipo llamada *Etiopía* en que, según el lema, citaba repetidamente a Dórica, amante del hermano mayor de Safo (cf. el 74 de Nóside); se trataba de una hetera del floreciente emporio de Náucratis, situado Nilo arriba en el brazo Canópico (cf. 255). Algunos la llaman Rodopis, probablemente confundiéndola con otra famosa cortesana egipcia. En el verso 2, la prenda es la citada por el 115 de Leónidas; en el 5 resulta raro el adjetivo, sobre todo en relación con Dórica, pues Safo la criticaba (cf. frs. 5 y 15 *b* L.-P.) por sus relaciones con su hermano; en el 6, *columnas* es la palabra técnica cuando se trata de rollos de papiro, todavía no estructurados, como los códices, en páginas, y el adjetivo sustituye al literal *blancas* porque no puede tener sino valor metafórico, siendo pardos los citados rollos; en el 7 choca otra vez el adjetivo, dada la mala reputación de la hetera, y *así* parece indicar que el epigrama se concebía como ligado a algún monumento; en 7-8 la idea es *mientras Náucratis sea un gran puerto;* sobre la red, cf. el 68 de Nóside.

Dórica, polvo tus huesos son ya y de tu pelo
la red y el ropaje perfumado con que
en tiempos, unido tu cuerpo a la piel del amable
Caraxo, bebíais en copas nocturnas.
Perduran, en cambio, hoy y siempre las odas queridas
de Safo, las lúcidas columnas cantoras
de tu nombre dichoso, que así, mientras zarpen las [naves
del Nilo hacia la mar, celebrará Náucratis.

261 (XVI 119)

Se trata de una de las varias estatuas de Alejandro Magno en bronce que hizo Lisipo (cf. el 235 de Asclepíades). La fiereza de la expresión justifica la proverbial cobardía de los Persas derrotados por él.

Lisipo, escultor de Sición, mano audaz, artesano
magistral, son de fuego los ojos de la efigie
con que en bronce a Alejandro fundiste. No más a los [Persas
se culpe. ¿No han de huir ante el león los bueyes?

262 (XVI 275)

Hay varias descripciones de la famosa Ocasión de Lisipo, que quizá se hallaba en el atrio de algún templo de Sición (cf. 261), pero que más tarde pasó a Constantinopla. La figura estaba sobre una bola, significándose así la inestabilidad de lo ocasional; llevaba ceñidas a los tobillos las correas con alas que los Romanos llamaban *talaria* y que a tantas divinidades se atribuyen; en la mano, una navaja, con alusión bien a la instantaneidad con que este instrumento corta, bien a la estrechez de su filo como símbolo también de inestabilidad; el cabello muy largo por delante, como indicación de que cualquier hombre prevenido puede asir la oportunidad fácilmente, y pelado por detrás, porque, una vez pasada la ocasión, no puede recuperarse.

—¿Dónde nació el escultor? —En Sición. —¿Fue su [nombre?
—Lisipo. —Y tú, ¿quién eres? —La Ocasión poderosa.
—¿Por qué vas de puntillas? —Corriendo estoy siem- [pre. —Y las alas
en los pies, ¿por qué? —Vuelo como el viento.
—¿Y por qué esa navaja en la diestra te veo? —A los [hombres
muestro que más veloz soy que cualquier instante.
—¿Y el cabello en los ojos? —Asírmelo puede el que [salga
a mi encuentro. —¿Y por qué lo de atrás está calvo?
—Una vez que he pasado con rápidos pies, nadie luego,
aun deseándolo, puede por detrás agarrarme.

—¿Y por qué te ha esculpido el artista? —Me puso en [el atrio
como enseñanza, amigo, para todos vosotros.

263 (Tzetz. *Chil.* VII 660)

Se trata de una piedra preciosa que los Romanos llamaban *draconitis* o *dracontia* (cf. Plinio, *N. H.* XXXVII 158) y que se creía que salía de la cabeza de las serpientes, pero con la particularidad de que había que decapitarlas vivas, pues, en otro caso, al morir el animal, la piedra perdía su brillo; por lo cual se empleaban diversos sistemas para adormecer a la serpiente y poderle dar muerte con facilidad (en el verso 1, referencia probable a un torrente, considerado como lugar apto para la producción de piedras preciosas; los antiguos atribuían una especie de barba a algunos tipos de serpiente). En este caso, un tallista (cf. el 236 de Asclepíades) de vista prodigiosa (se alude al héroe mítico Linceo, la agudeza de cuya visión era proverbial) ha aprovechado una de las pequeñísimas manchas blancas para grabar en ella un carro, tan minúsculo, que no se ve a simple vista, sino solamente cuando, utilizada la piedra como sello, deja impronta en una materia blanda.

No ha nacido a la orilla de un río cantor esta piedra
que reluce con blancos destellos; de una sierpe
la cabeza barbada produjola. En ella una vista
lincea talló un carro del tamaño de esas
manchas que tienen las uñas, visible en la impronta,
pero que nadie aprecia sobre la piedra lisa.
Gran milagro, es, por cierto, que esfuerzo tan grande [y penoso
los ojos del tallista no haya estropeado.

264 (VII 170)

El lema no sabe si atribuir a Posidipo o Calímaco este hermoso poema, inspirado probablemente en una estatua sepulcral (cf. el 153 de Leónidas) que representaba a una madre con un niño acostado sobre sus rodillas. Arquíanacte cayó, atraído por el reflejo de su pequeña figura en el agua; su madre logró sacarle con vida, y así no fue profanado por la muerte el santuario de las ninfas que es en cierto modo el pozo, pero el niño murió en su regazo.

Tres años tenía Arquianacte, al que, cerca de un pozo,
la imagen mentirosa de su bulto atrajo.

Presurosa a su niño empapado la madre del agua
sacó por ver si en él quedaba algo de vida.
Y así sin agravio a las ninfas durmió el sueño eterno
sobre las rodillas de su madre acostado.

265 (IX 359)

En el lema se hace referencia a Posidipo o Platón el cómico o Crates el cínico (cf. el 161 de Leónidas) como autor: ¿se tratará tal vez del cómico Posidipo, citado en intr.? Es un epigrama profundamente pesimista, con un tópico al final que se encuentra en toda la Literatura desde el verso 425 de Teognis.

¿Qué modo de vida elegir? En el ágora hay luchas
y asuntos penosos, en casa cuidados,
en el campo trabajos sin fin, en los mares terrores;
en tierra extranjera, miedo si algo tienes,
desamparo si nada posees. ¿Te casas? Problemas
hallarás. ¿No te casas? Te encontrarás más solo.
Son los hijos zozobra, miseria la vida sin ellos.
Insensato es el joven; el viejo, en cambio, débil.
No nos resta sino una de dos, o no haber a este mundo
llegado o morir apenas nacidos.

266 (V 215)

Atribuido a Posidipo por un lema, parece ser de Meleagro y lo damos, en efecto, como 829.

267 (Pap. Tebt. 3)

En el papiro citado en el 239 de Asclepíades aparecen atribuidos a Posidipo, del que pueden no proceder, versos en que se lee *Musas queridas, el escrito es ... por la sabiduría de las palabras ... a un hombre y es para mí como un hermano ... de los que saben cosas hermosas.*

268 (Inscr. IG. IX² 51)

Inscripción de hacia el año 285, conservada en Termo (cf. intr.): epitafio que acompaña a la estatua (cf. 264) de Escorpión, jefe de caballería muerto en acción de guerra cerca de Titrón o Titronio, en la Fócide (cf. intr. a Faleco), posiblemente en hostilidades relacionadas con los hechos

mencionados en 272. Los Enidas son descendientes de Eneo, rey mítico de Calidón, ciudad de Etolia (cf. el 240 de Fédimo).

Cuando a caballo luchabas en áureo bosque
te mató en las frondas de Titrón la focea
un escuadrón enemigo que oculto se hallaba:
digno, pues, de tu patria fuiste y de los Enidas.
Tu padre, Dracón, junto al trípode puso de Apolo
este recuerdo en bronce de tu figura, que, aunque
con los muertos estés, dará luz, Escorpión, a tu hazaña,
porque nunca perece la virtud del bravo.

269 (Inscr. IG. IX[1] 298)

De una basa hallada en la ciudad acarnania de Tirreo. Esta vez (cf. 268) el muerto había caído heroicamente ante los Etolos: la cita del famoso poeta arcaico Tirteo, cantor del heroísmo, no lleva consigo forzosamente el hecho de que el difunto sea espartano (Laconia, como es sabido, es la región de que es ciudad principal Esparta), sino que más bien debe de tratarse de un culto ciudadano de Acarnania, región del NO. de Grecia.

Aquí oculta el polvo que cubre a los hombres gloriosos,
viajero, a Timócrito, querido por las Musas,
que, combatiendo a los hijos de Etolia en defensa
de su patria, optó por la victoria o muerte.
Y, al caer en la lucha, infinito dolor a su padre
dejó sin olvidar su educación virtuosa,
pues, guardando en su pecho a Tirteo y sus versos
[laconios,
prefirió el valor antes que la vida.

270 (Inscr. IG. IX[1] 270)

En honor de Nicasícoro, un Locro de Opunte (cf. el 37 de Anite) que ocupó cargos en su país, demostrando ser incorruptible, e intervino en acciones militares como Beotarco e hiparco con ocasión de acontecimientos en que existían estrechos lazos incluso políticos entre Beocia y la Lócride.

Protege a jinete y corcel, porque de los Beocios
vencedores el hijo de Polícrito es jefe,

que dos veces ya a la segura victoria condujo
  con valor aprendido de su antigua estirpe
y ahora, triunfando a caballo, en famosa convierte
  a Opunte con la gloria de su espíritu y manos.
Y tampoco en sus cargos dejó que el dinero frenara
  su ardor cuando la ley civil se establecía.
Por lo cual Nicasícoro fama inmortal tendrá siempre:
  no hay mejor gobernante que la pura confianza.

271 (Inscr. Delf.)

Se concede la proxenia (cf. intr.) por parte de la anfictionía délfica, comunidad religioso-política establecida en torno al oráculo, a Xenón y su hijo Diocles, naturales de Opunte (cf. 270), que han hecho ricos donativos al templo de Apolo, llamado aquí por primera vez Febo.

Éstos dieron primicias antaño al santuario de Apolo
  honrando a su patria y a sus insignes padres:
oro y plata a la casa de Febo ofrendaron y gloria
  imperecedera prefirieron al lucro.
La anfictiónide entera por ello les honra y en Delfos
  les concede proxenia que tendrán por suya.

272 (Inscr. Delf.)

Sigue un largo texto que forma parte de toda una serie destinada a honrar las hazañas de Jantipo, hijo de Anfáreto, caudillo y gobernante de la Fócide (Órnito es el hijo del héroe corintio Sísifo y padre de Foco, epónimo mítico del país), que, siendo jovencísimo, hizo levantar (cf. el 17 de Perses) a Casandro, entre el 304 y el 301, el asedio de Elatea, ciudad de la Fócide (cf. 268), por lo cual los Foceos, según cuenta Pausanias (X 18, 7), enviaron a Delfos o Pito (cf. 271) un león de bronce al que, por lo visto, agregaron una estatua de Jantipo con una inscripción en prosa; más tarde, entre el 284 y el 281, volvió a liberar a Elatea de Antígono Gonatas, lo que provocó que el monumento fuera ampliado con una placa de bronce y un epigrama en verso:

(Los hombres valientes conservan sus bríos primeros,
  Jantipo, y tú no en vano siendo mozo mostraste
tu soberbio valor cuando hiciste ceder a Casandro
  la ciudad de Elatea, que volvió a la patria.
Y de que aun otras glorias a Fócide diste se entere
  el viajero al mirar este bronce vecino).

Pero aún realizó otra proeza, esta vez de carácter pacífico, con la negociación en que obtuvo de Lisímaco (cf. el 76 de Duris) una subvención con la que se pudo conseguir la retirada de otro ejército invasor, a lo que alude esta tercera inscripción.

Así es menester ante el pítico Febo jactarse
siempre, como este hombre bienhechor de la Hélade.
Pues puede decir que dos veces su acción valerosa
a su patria libró del tiránico yugo
cuando estaba ocupada Elatea, en los tiempos primeros
y en la flor de su edad con fatigosa lucha.
Éste fue quien también convenció y se ganó la sincera
amistad de Lisímaco, rey de Macedonia,
y el oro se trajo que pudo salvar las ciudades
y antiguos edificios de los hijos de Órnito.
Por eso, extranjero, diez veces su jefe le hicieron
los Foceos todos con grandes alabanzas.
Diga, pues, quien contemple a Jantipo, de Anfáreto el [hijo:
«Mira qué grandes premios los buenos consiguen».

273 (Pap. Cair. 65445)

Puede haber sido escrito por Posidipo un epigrama que se conserva de modo fragmentario. En él, tras una cita de Ptolemeo, probablemente Filadelfo, en la parte lacunosa, se felicita a los destinatarios de un regalo real: la fuente que alguien, no sabemos quién, ha construido. Su caño y pilón están rodeados de un ninfeo semicircular adornado con columnas que aquí se describen, como también su estilo jónico; el mármol de Paros (cf. el 154 de Leónidas) en que está construida cada una de ellas (el nombre que aquí se da al material lo solían explicar los antiguos asegurando que en las canteras había que trabajar bajo tierra y con luz); la basa de las columnas, hecha en granito de Siene, ciudad de Egipto, con molduras en media caña; el mismo caño, compuesto por una boca de león esculpida en piedra del Himeto, monte del Ática; las esculturas, en fin, del propio Ptolemeo y de Arsínoe (ignoramos, cf. el 76 de Duris e intr., cuál de las dos, pero nos inclinamos a la primera), con alusión a las ninfas Creníades o de las fuentes, con las que la reina se ponía en relación cultual mediante ceremonias anuales. Al final parece haber alguna implicación política.

... recibid su regalo contentos,
pues dotó a vuestra casa de un gran monumento de [piedra
tras haber alumbrado la espléndida corriente
haciendo hemisférico el plano mediante una faja
de columnas jónicas en piedra candilera
que deja asomar entre estría y resalte el destello
de la moteada Siénide; tales son las columnas.
Y a través de la piedra de Himeto que el agua vomita,
vacíase pródiga la húmeda cisterna.
Y también modeló vuestra imagen con muelle trabajo
en rico mármol blanco, y en medio puso a Arsínoe,
que año tras año acompaña en el rito a las ninfas.
¡Traed el buen gobierno, Creniades, a esta fuente!

HERACLITO

De Heraclito de Halicarnaso, ciudad de Caria, región del SO. de Asia Menor, apenas sabemos nada. Era amigo de Calímaco, que escribió en su honor el epigrama 308. Compuso elegías y tal vez (cf. *ibid.*) un libro de ellas llamado *Los ruiseñores*.

274 (VII 465)

Bello y original epitafio de una mujer de Cnido, ciudad (cf. el 254 de Posidipo) cercana a la patria del poeta. Dos viajeros, al observar señales de un sepelio reciente (tierra removida y follaje funerario agitado por el viento, es decir, todavía no seco del todo), se acercan a leer la concisa inscripción. Aretemíade ha muerto al dar a luz con uno de los gemelos que acaba de tener.

Recién removida la tierra, se agitan las hojas
no marchitas aún en torno a la estela;
la inscripción, caminante, leamos por ver si nos dice
de quién eran los secos huesos que recubre.
«Soy Aretemíade; Cnido es mi patria; llegada
al lecho de Eufrón, tuve dos hijos de un parto;
dejé uno que fuera el apoyo del padre provecto
y al otro en memoria de mi esposo me traje».

CALÍMACO

El léxico *Suda* nos dice que fue cireneo (cf. el 57 de Teeteto), hijo de Bato y Mesatma, discípulo del gramático Hermócrates de Yasos, ciudad de Caria, y gramático él mismo; que su esposa era hija de Eufrates el siracosio (cf. el 73 de Nóside); y que tenía un sobrino también escritor y llamado igualmente Calímaco, hijo de una hermana suya que, si adoptamos una conjetura, se llamaría también Mesatma; y poca cosa más. A esto se añaden los datos genealógicos de 303, el hecho de que en 304 el poeta se llama a sí mismo Batíada (Bato, por otra parte, era el nombre del fundador mítico de su ciudad) y el interés por Cirene que demuestran 305-306; en cuanto a su entronque con Siracusa, indudablemente debió de dar origen a relaciones más o menos íntimas con Teócrito, que estuvo (cf. su intr.) en la corte de los Ptolemeos y cuyos poemas (cf., p. ej., 277) tantos puntos de contacto tenían con la obra entera de Calímaco.

Algo importante añade el citado léxico en relación con nuestro autor, y es que se trasladó a Egipto y durante algún tiempo enseñó primeras letras en Eleusis, suburbio de Alejandría. Esto explicaría la alusión pedagógica en 300; y la miseria que tal vez pasó el futuro poeta en su modesto oficio sería causa de ciertos acres rasgos de su mentalidad y de las quejas respecto a la pobreza que se traslucen en 277 y 302. Más adelante, según nos informa la misma fuente, Calímaco estableció contacto con Ptolemeo Filadelfo, que le colocó, sin duda en edad relativamente joven, como paje de su corte de Alejandría y luego, dadas su cultura y vocación filológica, como empleado y catalogador de la gran biblioteca, de la que no llegó a ser director, pero en torno a la cual publicó más de 800 libros eruditos, una pequeñísima parte de los cuales se conserva en fragmentos transmitidos directa o indirectamente. Grandes elogios de Filadelfo hallamos en sus himnos I y IV.

La relación con Egipto de Calímaco se ve clara en epigramas como 288-292 y 307. Agrega el *Suda* que floreció en tiempos del citado rey, el cual reinó solo desde 283 (cf. intr. a Filitas y Nóside); y que vivió hasta después de la accesión al trono de Ptolemeo Evérgetes (cf. el 231 de Asclepíades). Su poema *La cabellera de Berenice* (fr. 110 Pf.) se relaciona (cf. el 255 de Posidipo) con acontecimientos del 246-245; y el titulado *Las nupcias de Arsínoe* (fr. 392 Pf.) debe de haber sido escrito poco después de la boda de ésta con su hermano Filadelfo, en 276-275. Todo esto nos lleva a suponer que su vida se extendió entre el 300 y el 240 aproximadamente (cf. otra nota cronológica en 277).

Parece (fr. 178, 27-30 Pf.) que Calímaco no estuvo nunca en Europa y, si bien hay étnicos no africanos en muchos de sus epitafios, esto se deberá indudablemente al carácter cosmopolita de la población de Alejandría.

Sus obras literarias fueron muchas, de las que se ha transmitido totalmente una colección de seis himnos a los dioses y parcialmente, sobre todo gracias a los papiros, más o menos largos fragmentos de *Las causas* (de ciertos ritos o costumbres); del epilio (breve poema épico) *Hécale*, relacionado con la vida de Teseo (cf. el 217 de Asclepíades); y de otras obras, entre ellas estos epigramas, que ya en la Antigüedad gozaron de gran predicamento, pues un tal Mariano los parafraseó y Arquibio y Hédilo, distinto éste del epigramatista, los comentaron.

Meleagro (776, 21-22) emplea una ajustada expresión crítica, al atribuir a Calímaco el mirto, para referirse al acerbo y lapidario laconismo de estos poemas, perfectos en la forma, pero más bien difíciles de entender y carentes de sentimiento. En dos de ellos (332-333) podemos hallar el reflejo de duras experiencias personales; otros (321, 323) nos muestran su simpatía hacia personas modestas o de baja extracción. Su negativismo religioso (305, 327) es evidente; su orgullosa exquisitez literaria, que en toda su obra le hace huir de los tópicos para exhibir lo rebuscado y oscuro, está bien expresada en 276; su erudición (cf. el 345 de Apolonio) queda clara a partir de piezas como el dudoso 328 y 329-331. No rehúye, sin embargo, la temática banal (hay toques de Asclepíades en 280, 287 y 323 y disgusta ver al agudo poeta siguiendo sumisamente las huellas de Leónidas, si de éste procede el 184, con sus 325-326, incoloros en la ya de por sí sosa serie de Timón), pero salpimentándola con toques humorísticos, como en 301 (la ofrenda es de baja calidad) o 309, 316 y 336 (el muerto era bajo o bebía demasiado). En general los sentimientos se encubren, salvo en el bello himno a la amistad de 308 y

en el toque afectivo que ofrece el 264, que, como dijimos, puede ser suyo.

Igualmente por lo que toca al amor. Es dudoso que 337 sea de Calímaco, con lo que sus poemas quedan reducidos al tema pederástico, como era de esperar en quien se aparta de los caminos trillados y fáciles (275), es decir, heterosexuales, para buscar el brillo tenebroso de situaciones afectivas prestigiadas por la Literatura antigua. En general sentimos la sensación de que Calímaco no es sincero ni cuando se describe como atormentado entre las dos mitades de su alma (278) ni cuando se presenta como fiel enamorado (282) ni aun cuando exulta ante una rápida conquista (284). La frialdad (276-277, 281, 283) y la ironía (285-287) son, en cambio, atributos esenciales de este escritor magnífico en lo formal, poco atractivo en lo espiritual, un acabado espécimen, por tanto, de lo alejandrino.

275 (XII 102)

Comentarios a su amigo sobre la propia versatilidad en amor con la primera aparición de metáfora venatoria en este aspecto (sobre la caza de liebres, cf. el 134 de Leónidas).

Caza un hombre en el monte, Epicides, buscando las [liebres
todas y los rastros de todas las gacelas
y afrontando la escarcha y la nieve; mas, si alguien [le dice
«Mira, ya está tocada la pieza», no la cobra.
Tal se deleita mi amor en seguir lo que escapa
pasando de largo por lo que yace herido.

276 (XII 43)

Comienza exponiendo el poeta sus conocidas ideas (cf. fr. 1, 25 Pf., en que Apolo le aconseja que evite las sendas frecuentadas, esto es, los temas manidos, con lo dicho en intr. a Asclepíades y Posidipo y el final del himno II) sobre su preferencia hacia los cantos breves y delicados frente a los poemas largos del tipo de los del ciclo épico, obras de mediocres imitadores de Homero como Antímaco (cf. el 252 de Posidipo) y Apolonio de Rodas (cf. su intr.): en este sentido aparecen las metáforas del camino trillado y la fuente pública. Como resultado de ello, tampoco Calímaco gusta en amor de las gentes promiscuas, como al parecer su amigo. El final resulta realmente intraducible: el poeta elogia a Lisanias y el eco

le contesta diciendo, con algo que en griego suena muy parecido, que otro posee ya a su amado.

Los cantos del ciclo aborrezco y tampoco me gusta
la senda que a muchos acá y allá conduce.
Odio también al amante promiscuo y no bebo
en la fuente; lo público me repugna todo.
Hermoso, Lisanias, hermoso eres tú, mas, apenas
lo digo, «Otro lo tiene» me contesta el eco.

277 (XII 150)

El ciclope Polifemo, en el idilio XI de Teócrito y ya antes en un ditirambo de Filóxeno (frs. 2-11 P.), se consolaba con música de su fracaso amoroso ante la nereide Galatea. Calímaco, que siempre vivió con limitaciones económicas, tiene otra cosa, la pobreza, que le distraiga de sus preocupaciones amorosas, según dice aquí a su amigo Filipo, tal vez un médico de Alejandría mencionado en un papiro del año 240, lo que explicaría el reiterado uso aquí de la metáfora clínica.

¡Qué bueno, el remedio de amores que halló Polifemo!
No, no, por la Tierra, no era necio el ciclope.
Cicatrizan las Musas, Filipo, la llaga amorosa;
la poesía es droga que todo lo cura.
Esta ventaja también, creo yo, tiene el hambre,
que erradica el mal de la pederastia.
Y así me es posible, sanado, decir al maligno
Eros: «Puedes, niño, cortarte las alitas.
Me importan un bledo tus tretas, pues tengo en mi casa
dos medicinas contra tus heridas crueles».

278 (XII 73)

Lucha interior del poeta. Una mitad de su alma, a pesar de que Calímaco, escarmentado, se puso en guardia a sí mismo y a sus amigos, ha vuelto a las andadas pederásticas. Al final, el autor increpa al alma entera, de la que sospecha que ha ido en busca de un determinado muchacho.

Una mitad de mi alma aun respira; llevóse
Eros la otra o Hades, el caso es que me falta.

¿Será que a los mozos ha vuelto? Pues bien lo advertía
yo siempre: «¡No acojáis, chicos, al fugitivo!»
Buscaré a Teotimo, que allí está sin duda la triste
amante, la que ser lapidada merece.

279 (XII 51)

Comienza dirigiéndose al esclavo copero para pedirle que, al trasegar el vino en cazos del ánfora a las copas, no lo mezcle, cosa explicable (cf. el 208 de Asclepíades) por la belleza excepcional de Diocles: el agua (simbolizada por el gran río Aqueloo, cf. el 89 de Leónidas) debe estar ausente. El poeta se alegra de que los demás no aprecien la hermosura del mozo, pues así tendrá menos rivales.

Escancia y de nuevo proclama «Por Diocles y ausente
queda Aqueloo de estos cazos que le dedico».
Hermoso es el mozo, tal vez demasiado; y, si alguno
lo negare, mejor es saberlo yo solo.

280 (XII 230)

No parece que se trate del Teócrito el poeta. Por otra parte, una imitación del final de este epigrama aparece en Ps.-Teócr. *Id.* VIII 59-60, y a su vez tenemos aquí un eco del 206 de Asclepíades. Primera alusión a Ganimedes, hijo de Tros y descendiente de Dárdano, reyes de Troya, que fue raptado por el águila de Zeus (o por el propio dios transformado en águila) para que fuera su copero.

Si me odia Teócrito, hermoso y moreno, mil veces
ódiale y, si me quiere, quiérele otras tantas.
Sí, Zeus celestial, por aquel Ganimedes tan bello;
también tú fuiste amante; sobran más razones.

281 (XII 148)

A un muchacho demasiado interesado.

Sé que no hay en mis manos dinero, Menipo; no [vengas,
por las Gracias, con eso que muy bien conozco.
Me duele oír siempre en tu boca esas quejas amargas;
sí, querido, es lo menos grato de tu persona.

282 (XII 118)

En una inscripción del s. I d. J.C., hallada en una casa romana del Esquilino, aparecía el epigrama con otro texto al final del verso 4. Variante del tema (cf. el 247 de Posidipo) de la puerta cerrada: Arquino se ha molestado porque el poeta, probablemente sin amigos, acudió a cortejarle. Calímaco aduce atenuantes: estaba ebrio (cf. el 279 y el 252 de Posidipo) y enamorado, no escandalizó, no dio voces identificándose a modo de contraseña.

Si vine de grado a tu puerta, censúrame, Arquino;
si involuntariamente, mi desliz excusa.
Vino puro y amor me forzaron; aquél me arrastraba
y éste la templanza conservar me impedía.
Y no vine gritando tu nombre, mas no hice otra cosa
que besar tu jamba; si es delito, soy reo.

283 (XII 139)

El poeta se dirige a un tal Menéxeno que le está alabando a alguien; pero Calímaco, que no se siente seguro, teme complicaciones amorosas. El tema de la ceniza, en el 209 de Asclepíades.

Existe, por Pan, sí que lo hay en algún sitio oculto,
hay fuego, por Dioniso, bajo la ceniza.
No me enredes, que no estoy tranquilo; frecuente es
[que un manso
río esté en silencio royendo las paredes.
Por eso ahora temo, Menéxeno, que éste en mi alma
se insinúe alevoso para enamorarme.

284 (XII 149)

Al parecer hallamos al principio la voz infantil con que el perseguidor avisaba al perseguido para que comenzara a correr. Son mencionados dos meses consecutivos del calendario macedonio (la ficción de un olvido se adapta bien al tono fanfarrón del poema), de modo que entre una y otra fecha quedan justamente veinte días. En el verso 3 tenemos un proverbio aplicado a los que se entregan indefensos a un enemigo. Hermes es el dios de los hallazgos felices.

«Voy a pillarte, Menécrates, corre» le dije
el veinte de Panemo y... ¿Qué día? El diez de Loo

vino el buey a su yugo de grado. ¡Muy bien, Hermes
[mío!
¡Muy bien! Los veinte días no te los echo en cara.

285 (V 6)

Tópico del poco valor del juramento amoroso, que se inicia ya nada menos que en Hesíodo (fr. 187 M.-W.). Luego, una alusión a la conocida anécdota según la cual los de Mégara (cf. el 189 de Arato) preguntaron al oráculo de Delfos qué pueblo era el mejor, a lo que respondió citando a varias ciudades y terminando: *Vosotros, ¡oh, Megareos!, no sois ni los terceros ni los cuartos ni los duodécimos ni (entráis) en cuenta ni en consideración.*

Que jamás una amiga mejor ni tampoco un amigo
podría tener Jónide, le juró Calignoto.
Lo juró, mas se dice, y es cierto, que en cosas de amores
a oídos de los dioses no llega lo jurado.
Y así arde ahora él en hoguera de amor masculino
y a ella hace menos caso que a los Megareos.

286 (XII 71)

Ante un amigo muy desmejorado. El poeta, que hace tiempo que no le ve, recuerda ahora que, en la última ocasión en que se encontraron, Cleonico miraba constantemente a Euxíteo. Sin duda el muchacho padece, como Calímaco, a manos de un demón o genio maligno que induce al amor.

Infeliz Cleonico el tesálico, no te conozco,
no, por el sol brillante. ¡Pobre! ¿Dónde estuviste?
Sólo huesos y pelo te quedan. ¿También te avasalla
un demón como a mí y un penoso destino?
Me doy cuenta: eres presa de Euxíteo. Nada veías,
infeliz, sino a él desde que llegaste.

287 (XII 134)

El comportamiento de un hombre en un festín hace sospechar que está enamorado. Calímaco, experimentado en estas cosas, penetra en su cuita. La tercera libación era la dedicada a Zeus Salvador (cf. el 254 de Posidipo), y no se ve por qué fue ella precisamente el motivo del suspiro;

en cuanto a la caída de la guirnalda o de las flores o pétalos de ella, en este caso rosas, cf. el 210 y 218 de Asclepíades.

Ignora ese hombre que lleva una herida. ¿No viste
con cuánto dolor, al hacer la tercera
libación, suspiraba su pecho? ¿Ni cómo las rosas
de su guirnalda todas quedaron por el suelo?
Grande es su penar, y no es cosa que yo me imagine;
soy un ladrón que sigue de otro ladrón las huellas.

288 (Aten. 318 *b*)

Una mujer de Esmirna, ciudad eólica de la costa de Asia Menor, llamada Selenea, hija de Critias, ha ofrendado en el Cefirión (cf. 255-256 de Posidipo) una concha encontrada en Yúlide, principal ciudad de la isla de Ceos, cercana al Ática. Se trata, pues, de una ofrenda modesta, que es extraño que haya dado lugar a tan largo y cuidado epigrama; pero, por otra parte, dotada de cierto valor sentimental, pues Arsínoe, a la que Selenea promete otros dones futuros, había estado casada (cf. el 76 de Duris) con Lisímaco, quien, en unión de Antígono I Monoftalmo (nacido hacia el 382 y rey de Macedonia desde el 306 hasta su muerte el 301), había sido uno de los restauradores de Esmirna. La concha pertenece al molusco llamado náutilo o argonauta, un cefalópodo cuya hembra posee ocho tentáculos, dos de ellos más anchos que la unen a la concha; pero los nombres dados al animal en la Antigüedad responden a una serie de leyendas sobre sus peculiaridades (cf. Aristóteles, *Hist. an.* 622 *b* 5), como la de que el náutilo sabía a su antojo bogar a favor del viento, sirviéndose de unas membranas como de velas y de los citados tentáculos como de drizas, o bien remar con los restantes tentáculos, de modo que su aspecto general se asemejaba al de una barca. A esto añade Calímaco otra leyenda, la de que el ave más o menos legendaria llamada alción (cuyo nombre se relacionaba con palabras que en griego significan *mar* y *parir*, lo que hacía pensar en una supuesta costumbre de anidar en el mar por parte de este animal) solía poner sus huevos en la concha del molusco en cuestión. La Bonanza es llamada diosa ubérrima porque proporciona tráfico marítimo y, en definitiva, abundancia; según Pausanias (II 1, 9), recibía culto en Corinto.

Yo fui, Cefiritis, en tiempos tan sólo una concha,
pero hoy junto a ti, Cipris, soy don de Selenea
primicial, argonauta que el mar recorrí, dando al viento
mi vela con mis drizas naturales y, siempre

que reinaba Bonanza, la ubérrima diosa, remando
con mis potentes patas, lo que explica mi nombre,
hasta dar en la arena de Yúlide y ser así joya
extraordinaria, Arsínoe, de tu santuario
sin que ya como antaño, pues no tengo vida, en mi [vientre
ponga el marino alción sus huevos. Prodiga
a la hija de Clinias tus gracias, pues es virtuosa
y procede además de Esmirna la eólide.

289 (V 146)

Probablemente en las cercanías de alguna estatua de las tres Gracias se erigió una esfinge en bronce de Berenice, no se sabe cuál (cf. el 231 de Asclepíades y 255 de Posidipo), aunque parece que podría tratarse de la mujer de *Ptolemeo Evérgetes*, hija de otro Magas distinto del citado en 231, muy aficionada, por lo que se ve, a los perfumes (cf. Aten. 689 *a*), con los que tal vez esta estatua estuviera ungida (Calímaco habría copiado, en el verso 3, las palabras que Teócr. *Id.* XVII 57 aplica a otra Berenice, la esposa de Ptolemeo Soter). En el 4 quiere decir que, de ahora en adelante, las Gracias no estarán completas cuando sean tres.

Son cuatro las Gracias, pues otra a las tres conocidas
se ha unido, Berenice, la ilustre y dichosa
por doquier, cuya efigie empapada en perfumes reluce
y sin la cual las propias Gracias ya no son tales.

290 (VI 148)

Una madre, posiblemente ante una enfermedad de su hija Apélide, habría prometido a un dios (cf. el 260 de Posidipo) de Canopo (donde había un famoso templo de Sárapis en que se practicaba la *incubatio* o terapia por medio de sueños) una ofrenda (cf. el 208 de Asclepíades) en caso de curación, que se ha producido. Ahora, quien vea tantas luces podrá creer que el propio lucero de la mañana o de la tarde ha caído del cielo.

La de Critias, Calistion, al dios canopita me dona
a mí, rico candil de veinte mecheros,
por Apélide, su hija, ofrecido en exvoto; y, si miras
a mi esplendor, dirás: «Lucero, ¿te has caído?»

291 (XIII 7)

Ofrenda al dios Sárapis (cf. 290) de un arco (cf. el 176 de Leónidas) y aljaba que hace el arquero Menitas, de la ciudad cretense de Licto. Añade que los dardos los tienen los Hesperitas, aludiendo a su actuación en una batalla dada contra los de la ciudad de Hespéride, la más occidental de Cirenaica, hoy Benghazi. Como se nos dice que el lugar luego se llamó Berenice, hay que suponer que la batalla en cuestión se dio con motivo de la conquista de aquella ciudad por Ptolemeo Evérgetes, que puede fecharse poco antes del 246, en que dicho rey (cf. el 231 de Asclepíades y 289) subió al trono.

Este arco consagró
Menitas el de Licto
y dijo: «Te doy, toma
mi cuerno con la aljaba,
¡oh, Sárapis! Los dardos
los Hesperitas tiénenlos».

292 (VI 150)

Irene, probablemente en Egipto, ha prometido, tal vez si se curaba su hija Esquílide, dedicar en acción de gracias una estatua de la muchacha a un templo de Isis, diosa egipcia representada a veces como vaca, lo que hace que se la asocie a la heroína griega metamorfoseada de igual modo, Io, hija de Ínaco, personificación del río de Argos.

Por un voto de Irene, su madre, en el templo de Isis
Inaquia está Esquílide, que es hija de Tales.

293 (XIII 25)

Ofrenda de diezmos por parte de Timodemo, natural de Náucratis (cf. el 260 de Posidipo), a Deméter, que recibía culto con su hija Perséfone, reina de ultratumba (cf. el 103 de Leónidas), en el templo de las Pilas o Termópilas (cf. el 17 de Perses), en que se reunía el consejo de la anfictionía, similar a la citada en el 271 de Posidipo, y del que se decía que había sido erigido por Acrisio (cf. el 203 de Asclepíades), descendiente de los Pelasgos, pobladores míticos de algunas regiones de la Hélade.

A Deméter Pilea,
a quien consagró el templo
Acrisio, el de raza pelasga, y también a su hija la de [abajo

Timodemo el de Náucratis
estos dones ofrenda
con diezmos del lucro de casa, pues tal fue la promesa
[que hiciera.

294 (XIII 24)

Una hetera, Simon, cuyo nombre significa algo así como *la chata*, dedica a Afrodita (cf. el 67 de Nóside) un retrato de ella (cf. el 123 de Leónidas), o tal vez una imagen de la propia diosa; un sostén (cf. el 86 de Leónidas) y otros objetos quizá relacionados con cultos báquicos (cf. el 77 de Nicias). El final está corrupto: para suplir el verso que parece faltar hay que aceptar conjeturas muy aventuradas y aun así no resulta explicable la expresión final de lástima hacia sí misma que emplea la oferente.

Simon la frecuentada
a Afrodita consagra su retrato,
la cinta que sus pechos
acarició y la antorcha con los tirsos
que en los montes solía,
¡pobre de ella!, agitar entre alaridos.

295 (VI 347)

Filerátide erígete, Ártemis, esta tu imagen
aquí; acéptala, pues, y protégela siempre.

296 (VI 351)

Imposible reproducir bien la formidable concisión de este epigrama que tiene en griego sólo 66 letras y en castellano 75. Dialogan una maza, arma típica de Heracles (cf. el 168 de Leónidas), y el propio héroe. Hay alusión a la muerte del león de Némea, que asolaba los campos de dicha ciudad (cf. el 7 de Faleco) y al que, en uno de los trabajos, hubo que estrangular porque su piel era invulnerable, y al jabalí del Erimanto, río de Arcadia, que Heracles llevó vivo a Euristeo, pero al que luego se dio muerte.

—Esta rama de roble, señor que las fieras mataste,
ofrendo... —¿Quién? —Arquino. —¿Cuál? —El crete.
[—Acepto.

297 (VI 146)

Licénide ha tenido felizmente una niña y dedica una ofrenda a Ilitía (cf. el *122 de Leónidas*), sin que sepamos de qué objeto se trata, pero no está del todo satisfecha y promete algo mejor si viene el ansiado varón.

Ven, Ilitía, otra vez con buen parto y hermosa
prole cuando vuelva Licénide a llamarte.
Por la niña esto, diosa, te ofrendo; si un niño naciere,
recibirá otra cosa tu perfumado templo.

298 (VI 147)

Broma, no del mejor gusto, en que se hace uso abundante del lenguaje jurídico. Acesón, quizás un cireneo (su nombre se da en inscripciones de la patria de Calímaco), prometió una ofrenda a Asclepio, probablemente con miras a la curación de su esposa. Lo usual en estos casos era una tablilla (cf. el 137 de Leónidas) con descripción del tratamiento o alguna escena de la enfermedad.

Que queda ya, Asclepio, saldada la deuda que un voto
de Acesón por su esposa Demódice contrajo,
lo sabes; si luego te olvidas y el pago reclamas,
dice el cuadro que él dará testimonio.

299 (VI 149)

Evéneto, hijo de Fedro y nieto de Filóxeno (no sabemos por qué se remonta al abuelo la genealogía), ha obtenido una victoria en las peleas de gallos y, en acción de gracias, ofrenda a los Dioscuros, Castor y Polideuces, hijos de Tindáreo y grandes atletas, una efigie en bronce del animal vencedor (cf. otra semejante en el 166 de Leónidas), que aquí dice humorísticamente no saber nada.

Dice Evéneto —yo nada entiendo— que fue por mi [triunfo
por lo que en efigie como gallo de bronce
me ofrendó a los Tindáridas. Yo me lo creo, que es hijo
de Fedro y Filoxénida quien así lo afirma.

300 (VI 310)

Un muchacho imploró a las Musas para que le ayudaran en sus estudios y, recibido el auxilio, ofrendó en el local de la escuela una máscara trágica con atributos que la identifican como de Dioniso (cf. el 219 de Asclepíades). Ahora los estudiantes recitan cosas tan conocidas como el verso 494 de *Las Bacantes*, cuya primera parte se cita aquí; como precisamente este verso es puesto en boca de Dioniso por Eurípides (el dios contesta a Penteo, rey de Tebas, que quiere cortarle el pelo), la máscara, que, como todas ellas, tiene la boca abierta, dice estar aburrida (en Samos, cf. el 199 de Asclepíades, se daba curioso culto a un Dioniso cuya imagen abría mucho la boca). En el verso 2 hay una alusión al conocido pasaje homérico de *Il.* VI 236, con la proverbial necedad del licio Glauco, hijo de Hipóloco, que cambió a Diomedes sus armas áureas, de un valor de cien bueyes, por otras broncíneas equivalentes a nueve.

Simo, el hijo de Mico, a las Musas pidió con mi ofrenda
un buen estudio y ellas, como a Glauco, le dieron
grandes dones a cambio de poco. Y aquí estoy ahora,
yo, Dioniso el trágico, con boca más abierta
que el samio escuchando a los párvulos cómo recitan
«Sagrados son mis rizos», que me sé de memoria.

301 (VI 311)

El actor Agoranacte, de Rodas, conmemorando sin duda una victoria en los concursos cómicos, ha consagrado, probablemente a Dioniso, una máscara (cf. 300) que debería ofrecer los rasgos del personaje que él representaba, Pánfilo, protagonista joven de comedias como las terencianas *Andria* y *Hecyra* y otras griegas; pero, como la máscara es de baja calidad, en lugar de mostrar la palidez patética del joven enamorado aparece renegrida y arrugada, como un higo a medio secar o un feo candil de los que encendía el pueblo (cf. 290) en las fiestas nocturnas de Isis, cuyo culto (cf. 292) se había extendido por la Hélade. Nótese el juego de palabras con la frase alusiva a los casos en que uno influía con sus palabras como el personaje que, con su deposición decisiva, precipita el desenlace de la obra; aquí la ofrenda es real testimonio de un triunfo obtenido con una comedia.

Di, extranjero, que aquí estoy expuesto, realmente un [testigo
cómico del triunfo del rodio Agoranacte;
soy Pánfilo, no consumido de amor, mas trasunto
de un candil de los de Isis o un higo medio paso.

302 (VI 301)

Otros juegos de palabras ingeniosos y difíciles de traducir. Eudemo se salvó de una época de apuros económicos, metafóricamente comparada con una tempestad, viviendo solamente de pan y sal (cf., sobre esta austera dieta, el 121 de Leónidas) o, dentro de la misma metáfora, embarcado en el tarro de sal de la cocina, barco salvador que, como un nauta en casos semejantes, consagra ahora a los dioses Cabiros, llamados en el original *Samotraces* por proceder su culto de la isla de Samotracia, en alguno de los santuarios egipcios.

Eudemo el salero, en el cual y sin otro sustento
escapara al terrible temporal de sus deudas,
consagró a los Cabiros y dijo: «Según hice el voto,
salvado por la sal, dioses, esto os ofrendo».

303 (VII 525)

El abuelo de Calímaco, del que el poeta heredó el nombre, se distinguiría como militar en la segunda mitad del s. IV y tal vez, al frente de los Cireneos, luchó contra Ptolemeo Soter con motivo de la conquista por los Egipcios (322) o de la rebelión posterior (313). Su padre, de quien es este epitafio, no parece haberse destacado por nada especial. El final alude a bien conocidas polémicas literarias de Calímaco con Apolonio (cf. 276) y otros; siguen dos versos probablemente espurios en que se alude a las Musas.

¡Oh, tú, que a mi tumba te acercas! Al que es hijo y [padre
del cireneo Calímaco, sábelo bien, contemplas.
Tal vez a ambos conozcas: el uno en su patria a la tropa
mandó y con el otro no pudo la envidia.

304 (VII 415)

Quizás, efectivamente, compuesto de modo jocoso en un banquete. Sobre el patronímico, cf. intr.

Del Batiada a la tumba te acercas, que bien dominaba
el canto y la oportuna chanza de sobremesa.

305 (VII 524)

Probablemente se trata de un verdadero paisano de Calímaco. En los versos 1-2, el viandante habla con la losa; desde el 3, con el muerto (el final de dicho verso alude a la extendida creencia en la palingenesia o transmigración de las almas). El 6 está oscuro; el sentido general parece ser que la única ventaja del Hades es que allí todo está barato, con alusión a una moneda poco valiosa de Pela (cf. intr. a Posidipo) en que estaba grabado un toro. Todo ello refleja el escepticismo del poeta sobre las leyendas de ultratumba.

—¿Es aquí donde Cáridas duerme? —En efecto, si al [hijo
te refieres de Arimas el cireneo. —¿Cómo,
Cáridas, es lo de abajo? —Tiniebla. —¿El regreso?
—Mentira. —¿Plutón? —Es un mito. —Perdidos
estamos. —He aquí mi respuesta sincera; o, si un chiste
quieres, vale en el Hades mucho un toro peleo.

306 (VII 517)

Parece alusivo a un hecho real, pues en las monedas de Cirene aparece hacia el año 325 un tal Melanipo, que sería el abuelo de las víctimas, y hacia el 300 un tal Aristipo, evidentemente su hijo.

Melanipo fue al alba enterrado y el sol se ponía
cuando muerte Básilo, la muchacha, por propia
mano se dio, pues vivir sin su hermano difunto
no quería. Fue doble, pues, el duelo en casa
de su padre Aristipo y la entera Cirene afligióse
al contemplar sin hijos hogar tan bien poblado.

307 (VII 520)

Se refiere evidentemente a un filósofo, aunque no está claro a quién, pues la tribu Ptolemaide existía tanto en Alejandría como en Atenas. El personaje podría ser Timarco, de la primera ciudad, alumno de Cleómenes, que lo fue de Metrocles, a quien su cuñado Crates (cf. el 265 de Posidipo) convirtió al cinismo. En el verso 2, alusión a la palingenesia como en 305.

Si a Timarco en el Hades buscares a fin de informarte
del alma o del modo para que uno reviva,

pregunta por él; Ptolemaide es su tribu y Pausanias
su padre; entre los buenos le encontrarás sin duda.

308 (VII 80)

Calímaco lamenta haberse enterado demasiado tarde de la muerte de Heraclito el epigramatista; cf. intr. a éste y recuérdese, sobre la alusión ornitológica, el 73 de Nóside.

Alguien contóme tu muerte, Heraclito, y mi llanto
provocó; recordé cuántas veces ponerse
el sol vimos charlando. Y ahora, ya no eres, amigo
de Halicarnaso, sino vieja ceniza, pero
vivirá el ruiseñor de tus cantos y nunca su mano
pondrá en ellos Hades, que todo lo arrebata.

309 (VII 447)

Al parecer habla la propia lápida sepulcral en tono humorístico. Como el personaje es de baja estatura, ella es pequeña y no admite largas inscripciones. Otros interpretan el poema como alusión al hecho de que Teris era en vida hombre de pocas palabras.

Fue el extranjero pequeño y así sobra todo
lo que no sea «Teris, el de Aristeo, crete».

310 (VII 518)

El cabrero (cf. el 166 de Leónidas) se ha ahogado en alguna fuente o arroyo, lo cual permite atribuir su muerte a un sobrenatural rapto por parte de alguna ninfa acuática. Ahora está sepultado con grandes honores. Los pastores del Dicte, monte del E. de Creta, abandonarán los cantos en honor del boyero Dafnis, muerto también por culpa de una ninfa, para celebrar al nuevo héroe. En cuanto al nombre del muerto, parece un patronímico a partir del existente Ástaco, pero el hecho de que Teócrito, en el idilio VII, emplee otros patronímicos como seudónimos de personajes reales (cf. intr. a Asclepíades) ha inducido a creer que Astácides representa también a un escritor y puede incluso ser el Lícidas, no identificado hasta hoy, que aparece en la citada obra teocritea.

A Astácides, crete y cabrero, llevóse una ninfa
del monte y es hoy un ser sagrado. Nunca

a cantar volveremos a Dafnis, pastores, ya bajo
las dicteas encinas, mas a Astácides siempre.

311 (VII 459)

Se ha supuesto que la muchacha difunta pertenecía a un grupo de tejedoras (sobre Samos, cf. 300).

A la gárrula Crétide, experta cual nadie en los juegos
comunes, la amiga más dulce y parlera,
buscan siempre las niñas de Samos; mas ella ya duerme
aquí el sueño que a todas les está reservado.

312 (VII 272)

Habla un cenotafio. La navegación es peligrosa en los días en que se empieza a ver ponerse a los Cabritos (dos estrellas de la constelación del Auriga) por la mañana, a primeros de diciembre. No sabemos adónde iba Lico, mercader (cf. el 169 de Leónidas), natural de Naxos, isla del Egeo, desde Egina, no muy lejana respecto a ella.

No murió Lico el naxio en la tierra, mas vio cómo el [ponto
su nave y juntamente su vida devoraba
cuando en barco mercante de Egina volvía. En los mares
yace él muerto y yo, que un nombre solo ostento,
proclamo un consejo verídico: «¡Nauta, rehúye
el navegar cuando se ponen los Cabritos!»

313 (VII 523)

Sobre el país natal del muerto, cf. el 59 de Teeteto.

Si ante la tumba pasáis de Cimón el eleo,
saber que del hijo de Hipeo estáis enfrente.

314 (VII 522)

El viandante lee la primera línea de la inscripción, en que está el nombre solo, que le recuerda algo. Intenta luego sin éxito reconocer los rasgos de la estatua sepulcral. Observa por fin que la inscripción conti-

núa. Metimna es probablemente la ciudad así llamada de Lesbos (cf. el 86 de Leónidas), aunque había otra con el mismo nombre en Creta.

¿Timónoe? ¿Quién puede ser? No lo habría sabido
si no estuviera el nombre de tu padre Timóteo
en la estela y con él la ciudad de Metimma. ¡Gran pena
sin duda la de Eutímenes, tu esposo y hoy viudo!

315 (VII 451)

El muerto podía proceder de cualquiera de las varias ciudades llamadas Acanto.

Duerme aquí un sueño sagrado Saón el acantio,
hijo de Dicón. Los buenos no mueren.

316 (VII 725)

Menécrates, recién llegado a Alejandría, ha muerto súbitamente, la gente dice que como consecuencia de su afición al vino, tal vez a causa de alguna caída o cosa semejante. Ello no es chocante, pues su ciudad natal, Eno, está en Tracia, país de grandes bebedores. El muerto, sin embargo, es fatalista; hay que echar la culpa al destino y no a la bebida. Nótese la alusión a Euritión, cuya embriaguez fue causa primera de la querella de los centauros con los Lápitas (cf. el 217 de Asclepíades), en que pereció.

—Enio Menécrates, tú que estuviste tan poco
tiempo entre nosotros, ¿cuál fue, amigo, tu muerte?
¿La misma tal vez del Centauro? —Llegóme el momento
de dormir, mas se echa la culpa al pobre vino.

317 (VII 521)

Habla, como en otras ocasiones, la tumba a un viajero. Sobre Cícico, cf. el 128 de Leónidas.

Si fueres a Cícico, no es gran trabajo que busques
a Hípaco y a Dídima, pues no es linaje oscuro,
y les lleves noticia penosa, mas que ha de ser dada,
que aquí recubro a Critias, el hijo de aquéllos.

318 (VII 519)

¿Quién podrá, Carmis, saber lo que espera mañana
si a ti, al que ayer veían aún nuestros ojos,
hoy llorando enterramos? No ha habido dolor más in-
[tenso
jamás en la vida de tu padre Diofonte.

319 (VII 271)

Sobre los riesgos de la navegación, cf. el 98 de Leónidas; sobre el naufragio, el 223 de Asclepíades.

No debieron jamás existir los veloces bajeles
y así no lloraríamos a Sópolis, el hijo
de Dioclides, cadáver que ahora en el mar vaga errante
sin que guarde su tumba vacía más que un nombre.

320 (VII 453)

Doce años tenía Nicóteles, gran esperanza
de su padre Filipo, cuando éste aquí le trajo.

321 (VII 460)

Ya el nombre de Mícilo, relacionado con las palabras que indican pequeñez, indica a un hombre insignificante.

Con poco una vida modesta viví y nada malo
hice nunca ni injusto contra nadie. ¡Oh, Tierra,
si yo, Mícilo, alguna maldad he aprobado, liviana
no seas para mí ni los demás dioses!

322 (VII 728)

Epitafio de una vieja sacerdotisa de Deméter, de los Cabiros (cf. 302) y de Dindimene (otra denominación de Cíbele, cf. el 128 de Leónidas) cuyo nombre no conocemos.

Sacerdotisa yo fui de Deméter, viajero, y serví luego
a los Cabiros y después, ya vieja,

a Dindimene; y la que hoy sólo es polvo, fue, mientras [tuvo vida,
quien a muchas doncellas dirigía.
Dos hijos tuve varones y a edad avanzada me cerraron
los ojos con sus manos. Vete en paz.

323 (VII 458)

El hombre a quien crió esta nodriza, sobre cuyo nombre cf. el 217 de Asclepíades, posiblemente ha preferido emplear aquí su sobrenombre infantil, usado también por Calímaco en 300, que (cf. 321) significaría sencillamente *el pequeño.*

A Escra la frigia, excelente nodriza, con todos
los cuidados honró Mico cuando vivía
y ahora su efigie erigió por que vean mañana
cómo alcanzaron gracias merecidas sus pechos.

324 (VII 277)

Poema hermoso, conciso y algo extraño. Leóntico ha recogido a un náufrago desconocido en un acto de caridad, reconociendo en el pobre cadáver su propia condición de navegante que vive como la gaviota (cf. el 104 de Leónidas), esto es, a través de toda clase de mares y temporales.

Náufrago, ¿quién eres tú? Muerto hallóte en la playa
Leóntico y aquí te enterró en esta tumba
por su vida azarosa llorando; tampoco él navega
tranquilo por los mares, mas como la gaviota.

325 (VII 317)

La expresión es típica del famoso misántropo (cf. el 184 de Leónidas).

—¿Qué odias más, la tiniebla o la luz, oh, Timón que ya [has muerto?
—La tiniebla, pues hay más gente en el Hades.

326 (VII 318)

Nuevamente habla Timón: el juego de palabras, basado en el imperativo griego de saludo, resulta difícilmente traducible.

No me digas «alégrate», necio, mas pasa de largo;
para mí el alegrarme será que no te acerques.

327 (VII 471)

Ambracia es ciudad del Epiro (cf. el 179 de Leónidas). En el *Fedón* platónico (59 *c)* se habla de un tal Cleómbroto, discípulo de Sócrates, que estaba ausente, en Egina (cf. 312), a la muerte del maestro. Como el propio filósofo se opone al suicidio (61 *c)*, no resulta explicable que la lectura del diálogo haya inducido a Cleómbroto a darse muerte excepto si el pasaje reavivó sus remordimientos por no haber estado presente en tan señalada circunstancia. Puede también tratarse, claro está, de una fantasía de Calímaco. Sobre el sol divinizado, cf. el 114 de Leónidas; otro suicidio en el 162 del mismo.

Diciendo «Adiós, Helio» lanzóse desde alta muralla
al Hades Cleómbroto de Ambracia sin que hubiera
visto nada a morir conducente salvo una obra sola
de Platón que leyó, la que trata del alma.

328 (VII 89)

Calímaco (cuyo nombre no aparece en el lema, aunque sí en la reproducción del epigrama en Diógenes Laercio, I 79, lo que ha provocado dudas sobre la atribución) cuenta a su amigo Dión una anécdota de Pítaco, tirano de Mitilene (cf. el 74 de Nóside) y uno de los Siete Sabios, hijo de Hirras, escarmentado en su vejez ante los desprecios de que su mujer le hacía objeto por su baja condición. El huésped de Pítaco era de Atarneo, ciudad cercana a Lesbos (cf. el 13 de Aristóteles). Los niños no juegan propiamente en una plaza, sino en una ancha encrucijada en forma de Y; y probablemente sus voces eran advertencias de unos a otros para que cada cual hiciera avanzar su trompo, a fuerza de golpes, por la calle propia, delimitada con rayas en el suelo, pero sin hacerlo chocar con los de los demás. Sobre el bastón, cf. el 162 de Leónidas.

Un amigo atarnita una vez consultó de este modo
al mitileneo Pítaco el Hirradio:
«Me tientan, anciano, dos novias; entre ellas es una
igual a mí en dinero y en linaje y la otra

me aventaja. ¿Cuál es preferible? Aconséjame, anda,
con cuál de las dos debo contraer nupcias».
Y alzó el otro el bastón, su senil instrumento, y repuso:
«Mira, que ésos te van a contar todo el cuento».
Pues había en la plaza unos niños que rápidos trompos
hacían girar dándoles cada cual con su fusta.
«Sigue» dijo «el camino de aquéllos». Y cerca se puso
y chillaban: «Avanza sólo por tu calle».
Y al oír esto el huésped se abstuvo de echar mano al [pingüe
patrimonio, acordándose del grito de los niños.
Y así como aquél a la humilde llevóse a su casa,
así también, Dión, avanza por tu calle.

329 (Estr. XIV 638)

Versos para acompañar a un ejemplar de *La conquista de Ecalia*, poema épico, pero no considerado como perteneciente al ciclo, escrito por Creofilo de Quíos o de Samos (cf. 311), del que se decía que, habiendo atendido muy bien en su casa a Homero, recibió de él el original del libro. Como Calímaco no era partidario de esta clase de poemas (cf. 276), se explica la frase final: ya es un honor para Creofilo el hecho de que se haya atribuido a Homero la paternidad de su canto. En él se relataba como Éurito ofreció a su hija Yole o Yolea como esposa para aquel que le derrotara en una prueba de arquería; fue vencido por Heracles, no cumplió su promesa y hubo luego de sufrir la venganza del héroe.

Soy obra del Samio que antaño al divino poeta
acogiera en su hogar: a Éurito conmemoro
y a Yolea la rubia y me tienen por libro de Homero.
Esto es para Creofilo, por Zeus, cosa grande.

330 (IX 507)

Parece como si, en este epigrama concebido como introductorio de un ejemplar del poema de Arato (cf. el 185 de Leónidas y su propia intr.), se alabara a este autor por haber imitado a Hesíodo (cf. el 252 de Posidipo), y precisamente los mejores pasajes de la obra de éste. Al final se dice de los versos de Arato que son refinados y cultos y que en ellos se advierten los insomnios del poeta, que por una parte se esforzaría durante noches enteras en mejorar su estilo y por otra dedicaría horas nocturnas a observar los astros.

Son de Hesiodo el carácter y estilo; no sigue el de Solos,
por tanto, al peor poeta y aun estimo
que ha imitado sus más dulces trozos. ¡Salud, finos
[versos
que sois testimonios del insomnio de Arato!

331 (IX 565)

Probablemente se trata del epigramatista Teeteto (cf. intr. a éste), porque se dice de él que ha tenido éxitos, aunque ahora acabe de fracasar en un concurso dramático, no obteniendo el galardón simbólico de la yedra (cf. el 181 de Leónidas). Calímaco le consuela: su gloria será imperecedera, muy preferible a las efímeras proclamas con que se anuncia al vencedor en el teatro.

Marchar suele Teeteto por fácil sendero; y si ahora
no es igual su progreso, Baco, hacia tu yedra,
sólo un instante perdura el pregón de otros nombres
mientras siempre la Hélade celebrará su genio.

332 (IX 566)

El poeta, del que sabemos (cf. intr.) que escribió tragedias, comedias y dramas satíricos, implora a Dioniso, patrocinador de los concursos dramáticos, porque al parecer piensa presentarse a uno de ellos. En tales casos, el vencedor puede permitirse el lujo de ser conciso, mientras que el derrotado tiene que dar explicaciones. Que en este caso a su rival, cuyo proceder es poco limpio, le toque lo último y a él lo primero. En el verso 4 hay una alusión a lances de la taba (cf. el 219 de Asclepíades).

Breve es, Dioniso, el discurso del vate que obtiene
un premio; «Vencí» basta con que diga.
Pero aquel a quien no eres propicio, si alguno pregunta
«¿Cómo fue?», contesta «Salieron mal las cosas».
Pues bien, que tal sea el cantar de quien trama injus-
[ticias
y para mí, señor, la concisión reserva.

333 (XI 362)

Versos oscuros, quizá relacionados con el epigrama anterior y con posibles incidencias del concurso trágico. El poeta se arrepiente de haber entrado en estas lides en que tantos amigos se pierden y comenta con uno de ellos, Léucaro, que hasta la proverbial amistad entre Orestes, el hijo de Agamenón y matador de Clitemestra, cuyo delirio en el teatro es bien conocido, y Pílades, hijo de Estrofio, natural de la Fócide (cf. el 272 de Posidipo), se habría puesto a prueba en este trance.

Dichoso el Orestes de antaño, que, es cierto, fue loco,
mas no padeció, Léucaro, mi locura
ni al Foceo midió con la piedra de toque que prueba
la amistad; si un solo drama hubiese estrenado,
pronto al amigo perdiera. Tal fue lo que hice
y ahora a mis muchos Pílades ya no tengo conmigo.

334 (IX 336)

Se trata de un modesto relieve situado en el pórtico de una casa. Eetión, aunque vive en Egipto, procede de Anfípolis, ciudad macedonia, y quizás ha seguido la costumbre, observada en aquellas tierras y en Tracia, de adornar los atrios con relieves en que aparecen héroes, generalmente a caballo, y serpientes de significado religioso. Aquí el tema se trata con ironía: este héroe singular no cabalga ni empuña lanza, como algunas grandes figuras del mito, sino que va a pie, armado solamente con una espada y acompañado del raro animal. Ante el uso, en los versos 1-2, de la palabra que en los papiros designa a soldados obligatoriamente alojados en casas particulares, se ha supuesto, quizá con demasiada imaginación, una historia: Eetión habría tenido problemas con el alojado anterior, un jinete; no ha querido recuerdos enojosos en su casa y ha dejado a pie a la escultura.

Soy un héroe pequeño y pequeño también es el atrio
de Eetión el de Anfípolis, en que aquí me alojo
sin más que una sierpe tortuosa y la espada. Sin duda
peleó con un jinete y ahora a pie me deja.

335 (VI 121)

Equemas, quizás al hacerse viejo, consagra al templo delio de Ártemis, patrona de la caza, el arco con que mataba infinidad de cabras salvajes en el Cinto, monte de la isla de Delos, llamada aquí Ortigia (cf. el 75 de

Nóside): ya pueden vivir tranquilos los animales, designados en femenino como hijas de la citada montaña. Como ésta tiene poco más de cien metros de altura y la isla de Delos es pequeña, parece que Calímaco, poco viajero (cf. intr.), fantaseaba aquí y en el himno II, donde habla del famoso altar hecho por Apolo con cuernos de las cabras silvestres por él inmoladas.

¡Calmaos, Cintíades! Queda ya expuesta en Ortigia,
junto a Ártemis, el arco con que el crete Equemas
sin vosotras dejaba el gran monte; pero ahora ha cesado,
cabras, al imponer una tregua la diosa.

336 (VII 454)

Aunque el griego habla de vino puro (cf. 282), dos copas no pueden matar a un gran bebedor: o Erasíxeno no lo era y pereció por falta de costumbre, o murió de modo accidental en aquella modesta libación (cf. 316), lo cual sería una paradoja. No es seguro, por otra parte, que el epigrama sea de Calímaco.

A Erasíxeno, gran bebedor, las dos copas seguidas
de vino que apuró con él acabaron.

337 (V 23)

Se supone cantado ante la puerta de Conopion, nombre que significa, como en otras denominaciones hipocorísticas dadas a heteras, algo así como *el mosquito*. El amante, desesperado (cf. 282), se ha acostado en el suelo provocando la compasión de los vecinos, asomados a las ventanas. Ojalá duerma ella tan incómodamente y con tanto frío (es decir, sin compañía) como él; ya llegará a vieja y lamentará la ocasión perdida. El estilo y fraseología no parecen de Calímaco.

¡Que duermas, Conopion, tan mal como yo en este frío
pórtico en que acostado me haces pasar la noche!
¡Que duermas, ingrata, tan mal como aquí este tu [amante
que ni por soñación tu compasión obtiene!
Los vecinos se apiadan, mas tú ni por pienso. ¡Algún día
te recordarán esto tus cabellos canosos!

338 (Sexto Emp. *Math.* I 309 y Dióg. Laerc. II 111; fr. 393 Pf.)

Diodoro de Yasos (cf. intr.), filósofo de la escuela megarea y contemporáneo de Calímaco, era conocido por el mote de *Crono*, correspondiente posiblemente a un maestro suyo llamado Apolonio que fracasó en una exhibición ante Ptolomeo Soter y nombre que, en todo caso, era alusión satírica a alguien tan arcaico y fosilizado como el viejo dios, padre de Zeus, y, en definitiva, un poco tardo de mollera. Aquí los propios cuervos que andan por la calle graznan frases hechas de la escuela (y el uso de formas dialectales produce en el original, y casi en castellano, una aliteración expresiva y onomatopéyica), como la pregunta acerca de ciertas conexiones lógicas u otra sobre una teoría de Diodoro, probablemente referente a eternidad o resurrección (cf. 307) de las almas. Aquí recogemos dos fragmentos no consecutivos; en el segundo el propio Momo, dios de la burla o reproche, en lugar de escribir *Fulano es hermoso*, típica exaltación en las paredes (cf. el 189 de Arato) de un muchacho agraciado, se expresa de modo muy distinto.

He aquí que aun los cuervos ya graznan «¿Qué juicios [dependen?»
en el tejado y «¿Cómo resucitaremos?»
.... Momo escribía
él mismo en las paredes: «Inteligente es Crono».

339 (Aten. 284 *c* y 327 *a;* fr. 394 Pf.)

Se trata de un pez del que apenas sabemos nada.

...por un dios tiene al hices sagrado...

340 (Estéf. de Biz *s.v. Dyme;* fr. 395 Pf.)

Sobre Dime, cf. el 21 de Perses.

...yendo a Dime, ciudad de los Aqueos...

341 (*Vita Dion. Perieg.;* fr. 398 Pf.)

Sobre la *Lide* de Antímaco (cf. 276), a quien no obstante, el autor parece haber imitado al menos en el tratamiento de la historia de Leto (cf. el 85 de Leónidas).

...la *Lide* es poema pomposo y no claro...

342 (XIII 9; fr. 399 Pf.)

Sobre el vino de Quíos, cf. el 253 de Posidipo; sobre Lesbos, 314.

...de la vinosa Quíos mucha ánfora surcando el mar
[Egeo acudió,
muchos vinieron también trayendo lo que hay mejor
[en la lesbia vid...

343 (XIII 10; fr. 400 Pf.)

Evidentemente es fragmento de un *propémptico* o poema en que se expresan buenos deseos para un viaje.

...nave que la sola luz de mi vida te llevaste,
yo te suplico por Zeus, el que los puertos protege...

344 (Hefest. LXIV 4; fr. 401 Pf.)

...esa niña encerrada
de que dicen sus padres
que odia como la muerte
el galanteo erótico...

APOLONIO

Puede pensarse, a juzgar por lo visto en 276, 303 y 341, que este poema satírico contra la erudición de Calímaco será obra del famoso poeta épico Apolonio de Rodas, autor de las *Argonáuticas,* que debió de nacer a primeros del s. III (cf. intr.) y fue el segundo bibliotecario de Alejandría (cf. intr. a Filitas y Zenódoto); pero el lema habla solamente de Apolonio el gramático y pudo haber otros llamados así.

345 (XI 275)

Al parecer el autor se ha entretenido en recoger las palabras que explicaban términos raros empleados por Calímaco para componer con ellos una sátira con juego de palabras en que se alude a una obra bien conocida de este autor.

Calímaco, risa y basura y cabeza de leño:
él es el causante, que escribió *Las causas.*

DIOTIMO

Aunque Meleagro (776, 27) solamente menciona a un Díotimo al que asigna el manzano, hay que contar al menos con tres personajes de este nombre. Diotimo de Mileto, autor de V 106, no incluido aquí por ser posthelenístico, podría ser también el de 353-354, en los que tal vez se observen ciertos rasgos más modernos. Diotimo de Atenas, hijo de Diopites, era un hombre público de dicha ciudad bien conocido y citado (cf. su intr.) por Demóstenes (XVIII 114 y XXI 208): el lema le atribuye el 348, y se ha supuesto que de él pudiera proceder también el 349. Esto nos dejaría con seis epigramas helenísticos (346-347, 350-352 y 355, este último con atribución también a Leónidas, de quien parece haber ecos en él y en 352), que podrían pertenecer a un tercer Diotimo de la primera mitad del s. III, el de Adramitio, del que hablábamos respecto al 238 de Asclepíades.

346 (VI 267)

Dedicación de un relieve en que aparecían sin duda Artemis portadora de una antorcha y las Gracias; éstas pueden pasearse por el bello bosquecillo anejo a la hermosa casa, propiedad sin duda de un juez o cosa parecida, sin temor a estropear la yerba con sus delicados pies.

Ártemis, yérgase aquí protectora tu tea
  en la hacienda de Polis y otórgales a todos
a raudales tu luz deleitable, que a tientas no es fácil
  manejar la balanza de la recta justicia
de Zeus; y que puedan las Gracias pisar con sandalias
  aladas las flores, Ártemis, del recinto.

347 (VII 227)

Dice el lema que Crinágoras era de Larisa, ciudad importante (cf. el 140 de Leónidas), no apropiada, por tanto, para el tema de este epigrama, que a una patria pequeña corresponde también una modesta tumba.

No es más terrible el león en los montes que el hijo
de Micón, Crinágoras, en el bélico estruendo.
Disculpa su humilde sepulcro; pequeña es su patria,
mas capaz de engendrar valientes en la guerra.

348 (VII 420)

Las esperanzas de los hombres son diosas ágiles, porque pasan veloces y se marchitan en seguida; en el verso 3 puede darse un hecho real (Lesbón el flautista habría figurado en el séquito de algún rey persa) o una metáfora (vivió feliz como un rey), y a continuación es rara la mención de los Amores; en los dos adjetivos del verso 5 no hay probablemente sinonimia, sino alusión respectiva a música y letra de los poemas.

Ágil es la esperanza del hombre; si no, de este modo
el Hades, que el dolor mitiga, no envolviera
a Lesbón, que viajó con el rey. Adiós, pues, los Amores
y las más ligeras de entre las inmortales.
Inaudibles y mudas yaced, ¡oh, las flautas tañidas
por él! Nada Aqueronte sabe de odas y coros.

349 (VII 261)

Comentarios sobre una muerte en cierto modo antinatural.

¿Para qué los dolores del parto, por qué tener hijos
la que pare si tiene que ver la muerte de ellos?
Al soltero Bianor un sepulcro ha erigido su madre
que debió haber sido por él enterrada.

350 (VII 475)

Escílide se acabaría de casar; al morir su marido parece lo normal que hubiera vuelto a la casa de su padre, pero no tuvo tiempo para ello, porque se puso enferma y pereció al poco tiempo.

Llorando en su hogar con dolor por Evágoras, hijo
de Hegémaco y su esposo, llegó Escílide, la de
Polieno, a las puertas del Hades y viuda no pudo
volver la infeliz a la casa paterna,
mas, pasados dos meses, fue presa infeliz de dañina
y triste consunción de su alma. Lastimero
monumento de amor de uno y otro es la tumba que [se alza
junto a la encrucijada por que pasan las gentes.

351 (VII 733)

Al parecer, el epigrama comenta una estatua o relieve, pero no se ve claro cómo puede apreciarse en la representación gráfica que las viejas son pacíficas. Anaxo y Clino, después de una vida ejemplar, tuvieron la suerte de morir a la vez nueve días antes de cumplir ochenta años y de no sobrevivir a sus familiares ahorrándose así la pena de sus pérdidas.

De estas pacíficas viejas, las hijas gemelas
de Epícrates, una, Clino, sacerdotisa
de las Gracias fue en vida, y Anaxo dio culto a Deméter
la patrona; y faltáronnos tan sólo nueve soles
para haber alcanzado tal suerte cumplidos ochenta
años: longevas suelen ser las gentes piadosas.
Pues a hijos y esposos amamos, benigno fue el Hades
para estas ancianas que antes que ellos murieron.

352 (VI 358)

El cipasis (cf. el 85 de Leónidas) se exhibía quizás en el templo de Éfeso; Ónfale era la reina legendaria de Lidia con quien tuvo amores Heracles, y la prenda se contaría que había sido ofrecida por la soberana, como en el epigrama citado y en el 18 de Perses, después del nacimiento de uno de los hijos del héroe.

Salve, lujoso cipasis, que en tiempos la lida
Ónfale se quitaba para el amor de Heracles.
Feliz fuiste entonces, cipasis, y ahora dichoso,
pues a Ártemis llegaste y a su áureo santuario.

353 (IX 391)

Descripción de una pintura o grupo escultórico en que Anteo está ya caído; se trata del mítico rey de Libia, hijo de Posidón y de Tierra, que obligaba a los extranjeros a luchar con él, hasta que Heracles le derrotó, como es natural, pues Zeus, padre de este héroe, es más poderoso que su hermano divino y Argos, su patria, es país de buenos luchadores. No hallamos, sin embargo, alusión a la leyenda según la cual Anteo, cada vez que tocaba la tierra, recibía nuevas fuerzas de su madre, por lo que Heracles tuvo que matarle mientras le retenía en el aire con la otra mano. Un caldero de bronce (cf. el 29 de Ánite) podía ser uno de los premios (cf. Píndaro, *N.* X 23) de los juegos con que se celebraba a Hera (cf. tal vez el 7 de Faleco) en la citada Argos.

Su fuerza en las pruebas de la áspera lucha ejercitan
aquí de Posidón y de Zeus los retoños
y no se disputan en premio un broncíneo caldero,
sino quién obtendrá la vida o la muerte.
Anteo cayó; con razón vence Heracles, el hijo
de Zeus; a Argivos cuadra, no a Libios, la palestra.

354 (XVI 158)

Al parecer el poeta lee una inscripción de una estatua y aprueba, en conversación con un interlocutor, que la imagen de la diosa esté en un templo a ella dedicado. Se nota que es hija de Zeus por la postura gallarda en que está representada como una valiente muchacha capaz de acabar con toda la caza del mundo (cf. el 124 de Leónidas y 295 de Calímaco).

«Ártemis soy», con razón, y aquí el bronce demuestra
bien que es hija de Zeus y no de ningún otro.
Fíjate en el valor de la diosa; dirás que sin duda:
«Para ella cazadero menguado es todo el mundo».

355 (VII 173)

Es un poema de cierta calidad, superior a ninguno de los conocidos de los varios Diotimos, eco (o fuente) de Teócrito (*Id.* XI 12-13). La adscripción alternativa a Leónidas del lema puede deberse a que el nombre del herido por un rayo aparece citado en el 88 (cf. un boyero también en el 133).

Solas de noche al aprisco las vacas vinieron
del monte, cubiertas de nieve abundante,
y, en cambio, Terímaco, herido del fuego celeste,
debajo de una encina duerme el sueño eterno.

CARFÍLIDES

Nada más se sabe de él; ni siquiera si éste es su verdadero nombre y no Carpílides o Cafílides, citados en los lemas.

356 (VII 260)

La anécdota recuerda historias conocidas, como la del ateniense Telo, en Heródoto (I 30).

No te aflija al pasar mi sepulcro, viajero; no tengo,
aunque muerto, nada que trenos merezca.
Prole dejé de mi prole; de sola una esposa
gocé, que envejeció conmigo, y a tres hijos
casé, a cuyos hijos dormí en mi regazo mil veces
sin haber lamentado muertes ni enfermedades
y que, habiendo libado en mi honor, hasta aquí me [trajeron
para que sin pesares dulce sueño durmiera.

357 (IX 52)

El tema no carece de belleza, pero resulta un tanto rebuscada, por ejemplo, la oposición entre el cráneo calvo y el sedal (cf. el 150 de Leónidas) hecho con crines.

Alguien, pescando en la playa, sacó la cabeza
calva de un ahogado con su sedal de pelo,
se apiadó de aquel cráneo sin cuerpo y, con solas las [manos
como utensilio, diole sencilla sepultura
y oculto halló un áureo tesoro. No quedan los hombres
justos sin recompensa por sus actos piadosos.

SIMIAS

Sabemos de él (no está claro por qué le asigna el raro piruétano, que aludiría a cáustica acidez de los versos, Meleagro en 776, 30) que era de Rodas (cf. 361), erudito (recopilador de cuatro libros de glosas o voces poéticas; gramático le llama el lema de 360) y poeta, autor de otros cuatro libros de cantos de entre los que algunos se llamaban *Apolo, Los meses* y *Gorgo*. Parece que mostró afición a ciertos tipos métricos raros y se le atribuyen también algunos poemas figurados o tecnopegnios, como se llama a aquellos en que la sucesión de versos más o menos largos va delineando la figura de la cosa descrita o aludida; así XV 22 (*El hacha*), XV 24 (*Las alas*), XV 27 (*El huevo*). En 364 y 359 hay huellas respectivas de imitación de Ánite y Leónidas. En cuanto a la cronología se le coloca, lo más tarde, en los primeros años del siglo III: aquí (cf. intr. gen.) tal vez esté situado algo tarde. Es difícil decidirse sobre los problemas de atribución que plantean el probablemente espurio 363, 364 y 573-574.

358 (VII 203)

Se trata evidentemente de un animal utilizado en vida como reclamo (sobre algo parecido, cf. el 134 de Leónidas). El adjetivo del verso 3, como es frecuente con los términos cromáticos en griego, no designa ningún color concreto, sino el propio de la perdiz, mezcla abigarrada de rojo, gris y pardo.

Ya tu canto sonoro no dejas oír, cazadora
  perdiz, en las umbrosas espesuras buscando
el claro del bosque en que comen tus rojas hermanas;
  ya en tu última salida marchaste al Aqueronte.

359 (VII 193)

Concebido de algún modo en relación con la exhibición de un saltamontes vivo o muerto (sabemos que se trata de este animal por estar el epigrama situado entre dos similares; en cuanto al «canto», cf. el 105 de Leónidas).

Paseando en la verde espesura cacé con mi mano
a éste, que escondido se hallaba en una cepa,
por que, en su jaula encerrado, con dulces canciones
de su boca sin lengua deleite nos causara.

360 (VI 113)

Al parecer en un principio los cuernos de la cabra eran exhibidos como trofeo en que se colgaban guirnaldas; después se decidió hacer con ellos un arco doble como el citado en el 291 de Calímaco (la cuerda es un nervio de buey, según texto que aquí no podemos reproducir). En todo ello, por desgracia aquí muy abreviado, hay una patente imitación de la descripción homérica del arco de Pándaro, hecho también con cuernos de cabra (*Il.* IV 105-108, cf. intr. a Posidipo).

Yo, que antaño con verde follaje me vi coronada,
arma doble de cabra silvestre y saltarina,
ahora estoy preparada por un artesano del cuerno
que para Nicómaco tensó en mí la cuerda.

361 (VII 21)

Homenaje al famoso autor trágico Sófocles. En el lema es probablemente erróneo (cf. intr.) el étnico *tebano;* hay un Simias muy anterior y nacido en Tebas, conocido seguidor de Sócrates, del que no se sabe que haya escrito epigramas. Sobre el étnico inicial, cf. el 244 de Posidipo; sobre el verso 4, se decía de Acarnas, demo ático, que producía yedra muy buena e incluso que era el primer lugar en que había florecido (cf. el 331 de Calímaco); luego se contraponen la palabra griega que designa el edificio situado al fondo del teatro (delante del cual, en lo que ahora llamaríamos escenario, pero antiguamente proscenio, declamaban los actores las partes no líricas) y el altar central de la orquestra o verdadera escena, en torno al cual evolucionaban o se situaban los coros; sobre las columnas del final, cf. el 260 de Posidipo.

A ti, autor de coros, ¡oh, Sófocles!, hijo cecropio
de Sofilo, estrella de la Musa trágica,

cuyos cabellos mil veces ornara la yedra
rizosa de Acarnas en escenas y altares,
esta tumba y un poco de tierra recubren, mas brillan
eternamente tus inmortales columnas.

362 (VII 22)

El mismo tema.

Sobre la tumba de Sófocles, yedra, trepando
dulcemente derrama tus verdeantes bucles;
florezca en su torno la rosa y la parra fecunda
la abrace inundándola de pámpanos frescos
en honor de la docta palabra en que el dulce poeta
se ejercitó rodeado de las Musas y Gracias.

363 (VII 60)

En Diógenes Laercio (III 43) no se dice que sea de Simias, lo cual hace dudar. La idea final, de que la envidia no puede nada contra tan gran hombre, se halla en el 303 de Calímaco. Los antiguos decían, no se sabe con qué fundamento, que Platón se llamaba en realidad Aristocles, como su abuelo, y que el nombre con que le conocemos era un apodo.

Superando a los hombres en justo y templado carácter
aquí yace un varón divino, Aristocles;
si alguno entre todos gran fama llevóse de sabio,
éste la tiene enorme, más fuerte que la envidia.

364 (VII 647)

El lema duda entre Simias, Samio y Simónides para esta imitación del 34 de Anite; probablemente es obra anónima, como 687-691 (cf. el 232 de Asclepíades), y si se pensó en Simias fue porque éste, según dijimos en intr., escribió un poema llamado *Gorgo*.

Ved la última frase que Gorgo a su madre querida
dijo, echándole al cuello llorosa los brazos:
«Con mi padre aquí queda; ojalá más propicia la suerte
te dé otra hija que cuide tu vejez canosa».

TEÓCRITO

Nació (cf. el 73 de Nóside) en Siracusa, a la que dedica inolvidable recuerdo en su idilio XV; hijo de Praxágoras y Filina; en el epigrama tardío IX 434 se le designa como de origen modesto. Buscó allí la protección del tirano Hierón con un encomio, el XVI, compuesto hacia el 275 ó 274; luego marchó a Alejandría, donde procuró y obtuvo la de Ptolemeo Filadelfo, a quien dedica otro, el XVII, que sin duda se escribió con motivo de la gran fiesta del 270. Allí conocería a Calímaco, cuyas ideas literarias en relación con la preferencia hacia los pequeños poemas frente a los grandes (cf. 276) compartía, como se ve en *Id.* VII 45-48. También se dice que fue discípulo de Filitas y Asclepíades (cf. sus intr.). Otra etapa de su vida debió de desarrollarse en la isla de Cos, país natal de Filadelfo (cf. *Id.* XVII 56), a la que rinde homenaje en su hermoso idilio VII, titulado *Las Talisias* y en que es descrita una fiesta campestre. En Cos se hizo amigo de Nicias (cf. su intr. y 365). En cuanto a fechas, un escolio sitúa su madurez hacia el 284-280, pero es patente que se ha querido relacionar la actividad de Teócrito con la subida al trono en 283 de Ptolemeo Filadelfo. Debió de nacer hacia el 300 y de morir relativamente joven, hacia el 260, o al menos no produjo ya nada desde entonces.

Se conservan de él treinta idilios, no todos auténticos ni todos pastoriles (cf. *supra*), y restos de otro en un papiro, además de un elogio fragmentario de Berenice, la madre de su real amigo (cf. el 231 de Asclepíades, 254 de Posidipo y 289 de Calímaco), y *La siringa,* un tecnopegnio del tipo de los de Simias (cf. intr. a éste).

En cuanto a los epigramas, ofrecen multitud de problemas textuales en que aquí no podemos entrar: no aparecen en ningún papiro, el *Suda* habla sólo de que se le atribuyen obras de esta clase, Meleagro no le menciona en 776, hay falsas atribucio-

nes a Leónidas en 371-376, etc. No es seguro que deba considerarse como teocriteo el 387, ni tampoco 369-370 y 383-386, que, por otra parte, son extremadamente hermosos.

365 (VI 337)

Sobre Nicias, cf. su intr. Encargó la imagen de Asclepio, hijo de Apolo Peán o Sanador (cf. el 298 de Calímaco), al escultor Eetión, que no tiene por qué ser el citado en el 334 de Calímaco ni el también pintor a quien se debe el cuadro de las bodas de Alejandro Magno y Roxana (Luc. *Herod.* 4, Plin. *N. H.* XXXIV 50); la puso en su capilla privada y todas las mañanas la inciensa.

Vino el hijo de Peán a Mileto a asociarse con Nicias,
el varón sanador de males, que a él suele
acudir con diarios sahumerios y había ordenado
que esta imagen en cedro perfumado se hiciera
y a Eetión prometido un buen pago de su obra ex-
[quisita;
y así toda su arte puso en el empeño.

366 (VI 340)

La imagen consagrada por Crisógona en su casa no es de la Afrodita Pandemo (cf. el 67 de Nóside y 212 de Asclepíades), sino de la Urania, patrona de los amores puros. Quizás haya muerto ya la oferente, o los dos esposos. El verso 5 alude a las primeras oraciones del día.

No es popular esta Cipris; Urania la debes
llamar; es una ofrenda que consagró la casta
Crisógona en casa de Anficles, aquel con quien prole
común tuvo y vida cada vez más dichosa
porque a ti en sus primeras plegarias, señora, acudían.
El honrar a los dioses al hombre aprovecha.

367 (VI 338)

Ofrenda, más bien que de una estatua, de un grupo o relieve por parte de alguien que nada tiene que ver con su homónimo citado en el 53 de Antágoras.

Ved la estatua de mármol que ofrece Jenocles
en acción de gracias a las nueve Musas

como músico que es sin disputa; y, pues tiene tal fama
merced a vosotras, no podía olvidaros.

368 (VI 339)

En el lema y tradición filológica hay toda clase de variantes del nombre del oferente, entre ellas Demómeles, onomástico de un primo del orador Demóstenes (cf. su intr.): si se tratara de él, el epigrama estaría en los umbrales de lo helenístico. La imagen y trípode (cf. el 6 de Faleco y 268 de Posidipo) son dedicadas por un corego o financiador de un coro que resultó victorioso en certamen teatral, de donde la cita de Dioniso: el final parece indicar que el monumento no era gran cosa o que no se había llegado a terminar.

Quien tu efigie, Dioniso, dulcísimo dios, erigiera
y el trípode, Damómenes el corego, fue siempre
moderado y, después de obtener la victoria su coro
de varones, unió lo hermoso y lo adecuado.

369 (VI 336)

Descripción al parecer de un cuadro ofrecido (cf. el 298 de Calímaco) como exvoto: sobre el Helicón y el laurel honorífico, cf. el 237 de Asclepíades; sobre las rosas ofrendadas a las Musas, el 181 de Leónidas; sobre Pito, el 272 de Posidipo; sobre el sacrificio, el 41 de Anite; sobre Apolo Peán, 365; sobre la autenticidad, 383.

Esta mata de espeso serpol y estas húmedas rosas
a las Heliconíades Musas aquí se ofrecen;
el oscuro laurel, para el Pitio Peán, cuya peña
délfide se cubre de hojas en honor suyo;
tiña en sangre tu altar un cornudo cabrón, ese blanco
que ramonea su último brote de terebinto.

370 (VI 177)

El lema no dice que sea de Teócrito y el estilo no parece suyo: puede ser que en esta posible descripción de un cuadro haya un eco del idilio I 128, en que Dafnis, al morir (cf. el 310 de Calímaco), consagra su siringa a Pan. Sobre la vara para cazar liebres, cf. el 134 de Leónidas; las cañas pueden ser una doble flauta (sobre la música pastoril, cf. el 103 del mismo) o los instrumentos venatorios de que se habla en el propio

134 (pero nótese que en el 46 de Anite, relacionado con Pan, parece que la palabra se emplea para una siringa y cf. también el 127 de Leónidas); el pellejo sería una vestimenta (cf. el 259 de Posidipo) o una ofrenda de caza (cf. el 180 de Leónidas); sobre la alforja, cf. el 143 del mismo.

He aquí lo que Dafnis el blanco, el que entona en su [hermosa
siringa bucólicos cantos, a Pan ofrenda:
la vara, el pellejo de ciervo, el agudo venablo,
las cañas horadadas y la alforja con frutas.

371 (VII 658)

Los versos 1-2 están en los manuscritos unidos a VII 657, que es el 103 de Leónidas, lo cual es causa de que se dude en el lema entre él y Teócrito, y no está claro que sea del uno ni del otro. Los 3-4 van también en los códices juntos con VII 659 (372), con un lema anterior cuyo autor no entendía bien ni este epigrama ni el que le sigue. Por otra parte, el poema es raro; al parecer el epigramatista prueba al viajero para ver si es capaz de distinguir a los difuntos ilustres, pero luego el elogio no se dirige al muerto, sino a la tumba, que, siendo de ligera construcción, cumple lo que se pide a los sepulcros, que no pesen sobre el enterrado.

Voy a ver si a los buenos distingues o el vil por tu parte
el mismo tratamiento, caminante, recibe.
«¡Salve, oh, tumba» dirás «que ligera te yergues encima
de la sacra cabeza del muerto Eurimedonte!»

372 (VII 659)

Probablemente sea la misma persona del 371 y cf. lo allí dicho sobre el lema.

Un hijo pequeño dejando, en la flor de la vida
moriste, Eurimedonte, y aquí te sepultaron.
Tú ahora estás con los hombres divinos y a aquél, en [recuerdo
del buen padre, honrarán los ciudadanos todos.

373 (VII 662)

Como consecuencia del error citado acerca de 371, falsa atribución en el lema a Leónidas. Perístera puede ser la niña, muerta a los seis años, pero también la madre de los dos muertos aquí enterrados, a quien se compadece y cuyo retrato estaría en el relieve quizá con el de su hijo y desde luego con el de la pequeña, que, por cierto, es extraño que haya muerto, a su edad, de pena por la desgracia anterior.

Esta niña al llegar su año séptimo al Hades marchóse,
antes de llegar a la flor de su vida,
echando de menos la pobre a su hermano pequeño,
que a los veinte meses probó la muerte amarga.
¡Ay, desdichada Perístera, que cerca puso
de los hombres los males más tristes el destino!

374 (VII 661)

Sigue en el lema arrastrado el error con otra errónea atribución a Leónidas. Éustenes sería especialista en la ciencia fisiognómica, muy cultivada por la escuela de Aristóteles (cf. su intr.), gracias a lo cual podría enseñar estas materias ganándose así la vida en el extranjero; y merced a ello también aprendió a conocer a las gentes, lo que hizo que no quedara desasistido en su difícil situación. El autor del epigrama también le acompañó hasta el fin.

De Éustenes es esta tumba, fisónomo experto,
hábil en conocer por los ojos el alma.
Sepultura adecuada le dieron en tierra extranjera
los amigos y el propio poeta, que lo era mucho.
Tuvo, pues, el difunto maestro, aun sin fuerzas, a [aquellos
que pudieran rendirle los debidos honores.

375 (VII 663)

Agradecido epitafio para una antigua nodriza (cf. el 323 de Calímaco).

Su niño a la Traísa el monumento
a la vera erigió del camino y Medeo inscribió el [nombre de Clita.

Con ello a la mujer se le agradece
el modo en que al mozo crió; se sabrá para siempre
[que era buena.

376 (VII 660)

Un paisano de Teócrito, llamado Ortón, se embriagó durante una tormenta y cometió alguna imprudencia que ocasionó su muerte (cf. el 336 de Calímaco). El lema ofrece por última vez el error.

Escuchad un consejo de Ortón, siracosio, al viajero:
si estás beodo, no salgas en noche tempestuosa.
Tal fue mi destino y ahora, en lugar de mi patria
anchurosa, me cubre la tierra extranjera.

377 (XIII 3)

Epitafio de Hiponacte (cf. el 142 de Leónidas): las personas de bien no deben temer sus sarcasmos.

Aquí yace el lírico Hiponacte. Si fueres
malvado, a la tumba no te arrimes, pero,
si bueno naciste y de padres honrados,
siéntate tranquilo y aun échate un sueño.

378 (VII 664)

Inscripción para una estatua de Arquíloco, famoso poeta del siglo VII, erigida quizás en su patria Paros (cf. el 273 de Posidipo); sobre Apolo delio, cf. el 335 de Calímaco; nótese la barroca expresión para hablar de una fama universal.

Párate y mira al poeta que antaño escribiera aquellos
[yambos,
Arquíloco, cuyo renombre infinito
al confín nocturno y al alba llegó.
Ciertamente le amaron las Musas, le amó Apolo el
[delio, pues experto
en música fue y en componer versos
diestro y en cantarlos de la lira al son.

379 (IX 599)

Inscripción para la estatua de Anacreonte (cf. el 174 de Leónidas) sita en su ciudad natal.

Extranjero, mira despacio esta estatua
y di, una vez llegado a tu morada:
«Vi en Teos la efigie de Anacreonte, el más
extraordinario de los viejos vates».
Y, si añades que gustaba a los mozos,
habrás descrito exactamente al hombre.

380 (IX 598)

Para una estatua de bronce erigida en honor de Pisandro, cuya fecha es incierta, autor de un poema épico en dos libros sobre Heracles, llamado aquí hijo de Zeus (cf. el 353 de Diotimo), por el pueblo de su ciudad natal, Camiro, una de las tres principales de la isla de Rodas. Se cita concretamente el episodio (cf. el 296 de Calímaco) del león de Némea.

Al retoño de Zeus, al que luchara
contra el león, al de las manos ágiles,
primero entre los poetas de otros tiempos
Pisandro el de Camiro celebró
cantando sus hazañas y trabajos.
Y, por que le conozcas, ahora el pueblo
en bronce aquí le erige, monumento
que muchos meses y años permanezca.

381 (IX 600)

Para una estatua del gran comediógrafo Epicarmo, de los siglos VI-V, que escribió en dialecto dórico, erigida en su patria (cf. 376), aunque otra versión le suponía nacido en Cos. Aquí al final se alude, más que a sus comedias, a las colecciones de máximas que bajo su nombre circulaban. La mención de Baco, cuya imagen es posible que se hallara en el famoso teatro de Siracusa, es normal tratándose de estos temas.

Dórico era su dialecto y quien la comedia inventó
se llamó Epicarmo.

Junto a ti y en bronce, no de carne y hueso,
Baco, le erigieron
los hombres de Siracusa, la gigantesca ciudad,
al conciudadano.
Con ello premiaban su labor pensando
en sus sabias máximas.
Supo muchas cosas útiles para los niños decir:
mil gracias reciba.

382 (IX 435)

Emblema situado a la puerta de un establecimiento bancario. Caico, cuyo nombre se encuentra como onomástico en Mitilene y designa a un río de la Misia minorasiática, es honesto incluso respecto a los extranjeros y, una vez manejado el ábaco (cf. el 217 de Asclepíades) y conocido el saldo, jamás se niega a liquidarlo.

A extranjero y paisano igual trata este banco; retira
el saldo a tu favor como la cuenta indique.
Otros aleguen pretextos, que Caico el dinero
ajeno sin demora liquida a quien lo quiera.

383 (IX 338)

Los epigramas 383-386, y hasta cierto punto también el 369, son objeto de sospechas, pues resultaría natural que, aun no siendo de Teócrito, se le hayan atribuido estos cantos de tipo bucólico. Aquí está probablemente la descripción de una pintura o relieve. Nótese la alusión a las estacas venatorias (cf. el 134 de Leónidas) y obsérvense las aviesas intenciones con que Pan y Priapo (cf. el 169 del mismo), éste ya con la cabeza ceñida por guirnalda propia de un cortejo amoroso (cf. el 287 de Calímaco), se acercan a Dafnis (cf. 370).

En el suelo, que cubre el follaje, tu cuerpo cansado
durmiendo reposas, Dafnis, recién clavadas
las estacas; mas Pan te persigue y Priapo se ciñe
la cabeza amorosa de yedra amarillenta
y en la gruta uno y otro penetran. ¡Escápate, escapa
despertando de ese sopor que te domina!

384 (IX 437)

El poema, sin duda por ser tan largo, aparece en los manuscritos dividido en tres partes (1-6, 7-12 y 13-18) y con varios lemas. Un pastor manda a un cabrero que pida a Priapo que le libre del amor que siente hacia Dafnis (cf. 383); pero al final viene la sorpresa, pues el amante cambia de idea y quiere asegurarse el objeto de su pasión. Sobre las ofrendas últimas, cf. el 120 de Leónidas y 369.

Si sigues, cabrero, la senda en que están las encinas,
hallarás una imagen de higuera pelada
sin piernas ni orejas, mas, gracias a un falo fecundo,
capaz de realizar las labores de Cipris.
La circunda un recinto sagrado; florece en su torno
un arroyo perenne que baja de las rocas
entre mirtos, laureles, fragantes cipreses y vides
productoras de uvas que los pámpanos vierten
por doquier; lanza el mirlo con voz penetrante y variada
sus melódicos trinos en primavera y se oyen
enfrente los dulces quejidos y canto armonioso
con que el pico del pardo ruiseñor le contesta.
Siéntate, pues, allí y al amable Priapo que aplaque
mi pasión por Dafnis implórale y promete
que una bella cabrita en seguida he de darle; y si, en [cambio,
sus favores me otorga, triplicaré mi ofrenda;
le traeré una ternera, un velludo cabrón y el cordero
que tengo en el aprisco; y ojalá que así ocurra.

385 (IX 433)

Concierto rústico de doble flauta, siringa, tocada por Dafnis (cf. 384 y, en 370, la relación con Pan, sobre cuya bestialidad cf. el 131 de Leónidas), y péctide, instrumento lidio parecido a la lira.

¿Querrían tus flautas gemelas tal vez, por las ninfas,
algo dulce tocarme? Yo empezaré las cuerdas

a tañer de mi péctide y gozo han de darnos los sones
de Dafnis con sus cañas que la cera recubre.
Pongámonos cerca, detrás de la cueva frondosa,
y a Pan, que de las cabras gusta, el sueño quitemos.

386 (IX 432)

Probable descripción de un cuadro (cf. 369); los ladridos de los perros y la mención del lobo recuerdan al 132 y 165 de Leónidas; sobre el pastoreo de cabras, cf. el 130 de Calímaco.

¡Pobre Tirsis! ¿De qué ha de servirte irritarte los ojos
llenándolos de lágrimas? Se te fue la cabrita,
la niña bonita ya al Hades marchó; devoróla
entre sus quijadas el terrible lobo
y ahora ladran los perros. ¿De qué ha de servirte, si nada
va a quedar de sus restos, ni huesos ni cenizas?

387 (VII 262)

Probablemente no es de Teócrito y está aquí porque él habla (*Id.* IV 31) de alguien que sabe tocar *lo de Glauce*, sobre lo que dice un escolio que ésta era una citaroda natural de Quíos a la cual también menciona Plutarco (*Mor.* 397 *a*).

Dirá el epitafio qué es este sepulcro y quién yace
bajo él: «Soy la tumba de Glauce la famosa».

ERINA

Su fecha es muy insegura: tal vez (cf. el 182 de Leónidas) debiéramos retrotraerla a época prehelenística, aunque naturalmente (cf. intr. a Ánite y anótese el error del 47) no merezca crédito la afirmación del *Suda* de que era amiga y contemporánea de Safo: a esa confusión (cf. intr. a Nóside) responden igualmente el *Erina la mitilenea* del lema del 388 y el texto del 759. También Taciano (*Adv. Gr.* XXXIV 10) habla de *Erina la lesbia,* como el lema del 655 de Antípatro, y asegura que el escultor Náucides hizo una escultura en bronce de ella, lo cual pondría los años de su florecimiento muy atrás, hacia el 400. Eusebio, en cambio, lo sitúa en los alrededores del 350, fecha demasiado temprana para nuestra antología. Meleagro (776, 12) le asigna el azafrán, oloroso en alguna de sus subespecies y cuyo epíteto se refiere a su presunta muerte en edad casi infantil.

En cuanto a su cuna, el *Suda* habla de Teos, ciudad jónica de Asia Menor, o de las islas de Telos, Rodas o Tenos. En esta última y en la mencionada población se empleaba el dialecto jónico, no el dórico del papiro que citaremos; y 388 lo único que indica es que la que nació en Tenos fue Báucide. Esto haría, pues, inclinarse por Rodas o Telos, más bien ésta por la similitud respecto a los otros topónimos.

Se conserva parte de un poema en 300 hexámetros (cf. 759) titulado *La rueca* y dedicado a la muerte de Báucide, compañera de juegos de la poetisa durante la niñez, a cuyo funeral no pudo asistir Erina según ella misma nos dice. El tono, dialecto y vocabulario de este canto nos llevaría a la primera mitad del s. III y, por tanto, a la época en que aquí la colocamos: sobre relación cronológica con Asclepíades, cf. el 220. El ya citado 759 parece indicar que escribió obras líricas hoy perdidas. Conservamos igualmente, gracias a Ateneo (283 *d*), dos hexámetros de

un propémptico (cf. el 343 de Calímaco) dedicado tal vez a Báucide.

Los dos epigramas transmitidos aquí se refieren también a esta muchacha: el 389 fue, como en intr. decimos, posiblemente copiado por el 182 de Leónidas en la parte en que Erina increpa a Hades por haber arrebatado a su amiga recién casada para unirse a ella. En *La rueca* (cuyo título ya alude, cf. el 156 de Leónidas, a una juventud modesta y pasada entre labores domésticas) parece decirse que Báucide falleció a los diecinueve años: el *Suda* anota que Erina murió soltera precisamente a dicha edad. La soltería es confirmada por el 182 de Leónidas, y tanto este poema como el 220 de Asclepíades y 759 parecen ser ya muestras de una mala interpretación por la que se supuso que era la escritora quien no pasó de tan tiernos años. De todos modos, no debió de llegar a la madurez, pues su obra es ciertamente poco extensa, aunque bella.

388 (VII 710)

Probablemente es un epitafio ficticio que se supone grabado en una tumba. Ésta estaría adornada con un relieve de sirenas (cf. el 232 de Asclepíades), una columna y estela y una urna, que *no tendría por qué* contener las cenizas de la difunta, sino que podía ser ornamental. Cf. intr.

¡Oh, sirenas y estela y funérea urna que guardas
para Hades mis exiguas cenizas! Al que cerca
de mi túmulo, sea paisano o venido de alguna
otra ciudad, pasare, saludadle y decidle
que la tumba a una joven casada recubre y que sepa,
explicádselo así, que me llamó Báucide
mi padre y que en Tenos nací y que fue Erina, mi amiga,
quien en mi sepulcro grabó este epitafio.

389 (VII 712)

Cr. intr. Las teas, que desempeñan un papel ritual en la boda, sirvieron para la cremación del cadáver; así, pues, la muerte debió de producirse en seguida. Obsérvese el hipocorístico con que se llama a Báucide la segunda vez. Sobre Himeneo, cf. el 50 de Anite.

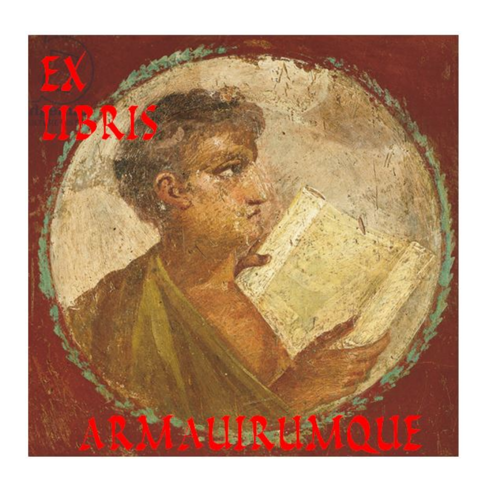
Soy de Báucide, joven casada, el sepulcro; si pasas
junto a la estela fúnebre, di al dios de bajo tierra

«Envidioso eres, Hades»; y, al ver estos símbolos bellos,
conocerás la suerte muy cruel de Bauco,
cómo a la niña su suegro en la pira quemara
con las teas que oyeron epitalamios himnos.
Y tú transformaste, Himeneo, tus dulces acordes
nupciales en lúgubre resonar de trenos.

390 (VI 352)

Prometeo, el famoso titán, es el mítico modelo de todos los artistas plásticos: sobre el retrato, cf. el 294 de Calímaco.

¡Qué fina, la mano pintora! Mi buen Prometeo,
existen también hombres que a ti en arte se igualen.
Si voz le añadiera el autor de tan vivo retrato,
en persona Agatárquide sería esta muchacha.



MNASALCES

En Ateneo (163 *a*) y el lema del 407 se dice de él (como cuyo símbolo, no sabemos por qué, aparece el pino en el 776, 16 de Meleagro) que es de Sición (cf. el 261 de Posidipo); y Teodóridas, en el 438, aparte de referirse a él como autor de elegías y satirizar su estilo, le llama Plataídes en relación con Plateas, demo de aquella ciudad (Estr. IX 412). En el Anfiareo de Oropo (cf. el 189 de Arato) se encontró un decreto honorífico a favor de Mnasalces, hijo de Mnasipo, que puede ser nuestro autor o un pariente; y, si el 408 le pertenece, sería persona influyente en Orcómeno.

Su fecha está encuadrada (aparte de ecos sin gran valor cronológico, como en 402-403 del 359 de Simias) por sus imitaciones de Ánite en poemas siempre (incluso en el 180, que parece de Leónidas) de cuatro versos (epigramas sobre animales, 401-404 como 36-39; para muchachas, 399-400 como 32-35; sobre el culto de Afrodita, 405 como 42); similitudes respecto a Nicias (cf. 395 frente a 78) y Calímaco (398 y 335); la mencionada burla de Teodóridas y el hecho claro de que en el 407 hay copia del 221 de Asclepíades con tinte estoico tomado a las doctrinas de Cleantes, sobre el cual cf. el 244 de Posidipo e intr. al mismo. Todo esto nos lleva al 250 ó 240 como época de su madurez.

391 (XII 138)

Se empieza a ver ponerse las Pléyades por la mañana (cf. el 234 de Asclepíades) y la parra pierde sus hojas. Mejor sería que las guardara para dedicar a Antileonte, como representante de todos los mozos hermosos, una caída general de todas ellas a modo de homenaje vegetal.

¿Te apresuras, oh, parra, a tirar por los suelos tus hojas
porque ya las Cabrillas en el ocaso caen?

Espera a que duerma a tu sombra Antileonte su dulce
sueño y entonces viértelas en honor de los bellos.

392 (VI 268)

En el 63 de Mero un tal Cleónimo figura como oferente; hemos visto a *Ártemis* cazadora en el 354 de Diotimo y perros venatorios en el 131 de Leónidas.

Esta imagen Cleónimo erígete; extiende tu mano,
Ártemis divina, sobre este cazadero,
tú, que recorres, señora, los montes umbrosos
corriendo entre terribles ladridos de tus canes.

393 (VI 9)

Un guerrero (sobre el tipo de arma, cf. el 88 de Leónidas) ofrenda a Apolo el arco y la aljaba ya vacía (cf. el 139 de Leónidas y, por ejemplo, el 248 de Posidipo); con las flechas no puede hacer lo mismo, porque quedaron en cuerpos de enemigos como mortales obsequios de los que solían hacerse en señal de hospitalidad. La metáfora aparece en Arquíloco (fr. 6 W.); el nombre del oferente está en el 98 de Leónidas.

Este arco encorvado y aljaba flechera ofrendados
como dones de Prómaco quedan para ti, Febo;
los dardos alados en pechos hostiles se alojan,
tremendos regalos hechos en el combate.

394 (VI 125)

Habla un escudo (cf. el 179 de Leónidas) ofrendado por Clito, quizás un gigante, dadas las proporciones del arma, y desde luego un bravo, que nunca lo arrojó para correr. Sobre Enialio, cf. el 77 de Nicias; sobre el nombre de la lanza, el 119 de Leónidas.

Aquí estoy de la guerra apartado después de mil veces
salvar con mis espaldas el pecho de mi dueño.
Dardos tirados de lejos y piedras terribles
e infinitas lanzas recibí, mas me jacto
de no haber dejado jamás, en la horrenda batalla
de Enialio, el colosal antebrazo de Clito.

395 (VI 128)

Normalmente las ofrendas guerreras se depositaban con sus gloriosos desperfectos; aquí quizás han limpiado este escudo. Sobre la semejanza no sólo con el epigrama anterior, sino con el 78 de Nicias, cf. intr.; sobre el epíteto de Ártemis, el 85 de Leónidas y 341 de Calímaco.

Quédate, escudo brillante, en el templo divino
como ofrenda guerrera para Ártemis Letoa
de Alejandro, que tanto contigo en la pugna luchara
manchando de polvo tu áurea cenefa.

396 (VI 264)

Cf. el anterior. Alejandro puede o no ser la misma persona del 395.

Soy un escudo que fue al rubio Apolo ofrecido
por Alejandro, el hijo de Fileo; gastada
por la guerra está ya mi cenefa, gastado mi vientre,
pero brilla la gloria que adquirí combatiendo
junto al héroe campeón que me ofrenda y no habiendo [derrotas
conocido jamás desde que me forjaron.

397 (VII 242)

Epitafio para una heroica tumba en la ciudad liberada por los muertos, que puede ser (cf. intr.) Sición, tomada por Arato, el famoso político de la Liga Aquea, al tirano Nicocles en el año 251.

Por salvar a su patria llorosa que al cuello llevaba
las cadenas, éstos se vistieron de tierra
consiguiendo gran prez con su hazaña. Contémplenlos [todos
y atrévanse a morir defendiendo a la patria.

398 (VII 171)

Las aves, sagradas por dar lugar a augurios y sacrificios, temían al cazador Pemandro, natural de la isla de Melos, situada en el mar Egeo, pero ya ha muerto y pueden posarse tranquilas (sobre la liga, cf. el 134 de

Leónidas) en el árbol que da sombra a su tumba. La idea (cf. intr.) es del 335 de Calímaco.

Ya podrá el ave sacra dar paz a sus alas veloces
en este suave plátano posada; pues ha muerto
Pemandro el de Melos y ya no vendrá con su liga
para embadurnar las cañas cazadoras.

399 (VII 488)

Muerta te fuiste al profundo Aqueronte; el momento
no llegó de tu boda, pobre Aristocratea;
lágrimas quedan tan sólo a tu madre, que gime
por ti continuamente sobre tu tumba echada.

400 (VII 491)

La muchacha Cleo murió a causa de su soltería, de tristeza o porque quiso evitar algún tipo de matrimonio o su violación. En la tumba hay un relieve con sirenas (cf. el 388 de Erina) que muestran señales de luto (cf. el 22 de Perses).

¡Ay, ay, soltería funesta que el brillo apagara
de tu juventud, deleitable Cleo!
Aquí estamos, hermosas sirenas de piedra, llorando
encima de tu tumba con lacerados rostros.

401 (VII 212)

En la tumba de una yegua llamada Gaviota por su celeridad y capacidad para correr largas distancias en línea recta como el ave marina (cf. el 324 de Calímaco) cuando vuela siguiendo a las naves; si hay referencia a carreras ecuestres, cf. el 40 de Ánite.

De Gaviota, extranjero, es la tumba; no hay nada más [ágil
en toda la tierra que sus veloces miembros.
Muchas veces, al modo de un ave, su largo camino
realizó igualando su curso al de las naves.

402 (VII 192)

Epitafio de un saltamontes. Sobre su «música», cf. el 359 de Simias.

Ya no cantarán, saltamontes, tus alas sonoras
cuando posado estés en los fértiles surcos
ni, entonando con ellas tu dulce canción, deleitarme
podrás cuando repose bajo el follaje umbrío.

403 (VII 194)

Cf. el anterior.

Esta arcilla a la vera del largo camino recubre
al saltamontes músico de Demócrito; cuando
se ponía a cantar por la noche sus himnos, la casa
entera resonaba con su voz melodiosa.

404 (IX 70)

Es la conocida historia de Tereo, rey de Tracia, esposo de Procne y padre de Itis, que violó a Filomela, hermana de su esposa, y le cortó la lengua para que no pudiera delatarle; pero ella encontró manera de hacerlo saber a Procne y las dos mataron en venganza a Itis y sirvieron su carne a Tereo. Los dioses convirtieron a éste en abubilla y a las mujeres en otras aves: en los poetas griegos, más bien a Procne en ruiseñor y a Filomela en golondrina, y en los latinos al contrario. Aquí no se habla más que de una hija de Pandión y las dos lo eran, pero hay que suponer que, según la tradición helénica, sería Filomela, que llora su violación. El final no está claro: ¿qué más puede pasarle al pájaro?

Golondrina, muchacha Pandiónide, tú, que por culpa
del lecho criminal de Tereo sollozas,
¿por qué todo el día en la casa te quejas? No lo hagas,
que te esperan aún lágrimas futuras.

405 (IX 333)

Imitación del 42 de Ánite (cf. intr.). El lema asegura que se trata del templo de Afrodita en Cnido (cf. intr. a Posidipo), pero la localización no está clara. El alción, ave semimítica a que se atribuyen dotes maravillosas, aparece en el 288 de Calímaco.

Pasemos junto a estas arenas que bañan las aguas
y el templo divisemos de la marina Cipris
con su fuente a la sombra del chopo y el chorro al [que vienen
a beber los picos de los pardos alciones.

406 (IX 324)

La siringa (cf. el 385 de Teócrito) está inadecuadamente consagrada como exvoto en un templo de Afrogenia, otro nombre de Afrodita que responde a la etimología citada en el 107 de Leónidas. Sobre la personificación, cf. el 246 y 249 de Posidipo.

¿Por qué así a acompañar a Afrogenia, siringa, has [venido?
¿Por qué has abandonado los labios pastoriles?
No hay ya aquí ni collados ni valles, Amores tan sólo
y Pasión; la rústica Musa quede en las montes.

407 (Aten. 163 *a*)

En el 221 de Asclepíades (cf. intr.) la Virtud era derrotada por el Fraude con ocasión del juicio de las armas de Aquileo. Cicerón *(De fin.* II 69) cuenta que Cleantes el estoico pintaba ya a las Virtudes como esclavas del Placer.

Heme aquí, desdichada Virtud, que, el cabello rapado
afrentosamente, junto al Placer me siento
abatida en mi alma por grande dolor, porque todos
al funesto Goce por mejor que yo tienen.

408 (VII 54)

Hesíodo (cf. el 320 de Calimaco) murió en el territorio de los Locros Ózolas, de la costa N. del golfo de Corinto (cf. el 37 de Anite), pero, según Aristóteles (fr. 524 Rz.), su cuerpo fue llevado a la ciudad beocia de Orcómeno, cuna legendaria de los Minias. Pausanias (IX 38, 3) vio allí su tumba y cita este epigrama como inscrito en ella, pero más adelante agrega que los Orcomenios se lo atribuían al poeta local Quersias. Hesíodo *(Op.* 639) habla del pobre suelo y mal clima de su lugar natal, Ascra; es cierto, en cambio, que Beocia era fértil en cuanto a cría de caballos (cf. algo semejante en el 251 de Posidipo).

Ascra fue, la abundante en cosechas, su patria, mas [cubre
la tierra de los Minias ecuestres los huesos
de Hesíodo, cuyo renombre es mayor que el de nadie
si se juzga a los hombres por su sabiduría.

PANFILO

Nada se sabe de él, salvo que imita a Leónidas en el 409 y a Mnasalces en el 410, cuya atribución es dudosa; ni aclara mucho tampoco el pasaje corrupto de Meleagro (776, 17) en que, al parecer, se cita como emblema suyo la parra con mención además del plátano de sombra en expresión que puede haber sustituido en el códice a otra que signifique *pámpano* o cosa similar. La primera planta ya había sido utilizada simbólicamente para Simónides en el verso 8 y reaparece con Hegesipo en el 25.

409 (VII 201)

Imitación del 80 de Nicias (cf. el 175 de Leónidas).

Ya no dejas oír tus sonoras y dulces canciones
posada en los verdes pétalos, ¡oh, cigarra
resonante!, que vino la mano extendida de un niño
pequeño a matarte cuando estabas cantando.

410 (IX 57)

El lema duda entre Pánfilo y el tardío Páladas. Imitación del 404 de Mnasalces.

¿Por qué, desdichada Pandiónide, tristes gorjeos
deja oír tu boca cantando por la noche?
¿Duélete acaso el no ser ya doncella por culpa
de la cruel violencia del trace Tereo?

PANCRATES

Ateneo habla (13 *b*) de Páncrates el árcade, autor de un poema sobre la pesca del que da tres citas (283 *a*, 305 *c* y 321 *e*) y al que llama *Los trabajos marítimos;* y en 478 *a* recoge versos elegíacos del libro I de la *Bocoreida,* al parecer canto épico sobre un antiguo rey de Egipto llamado Bócoris. Además hay un verso llamado pancrateo, pero todos estos datos pueden referirse a varias personas llamadas así o Pancracio. El nogal de Meleagro (776, 18) no nos da clave para la identificación.

411 (VI 117)

Hefesto (cf. el 112 de Leónidas, en quien resulta común el tipo de este epigrama) es el dios de los artesanos del bronce, metal que trabajaba Polícrates según el lema, y del hierro; y el cangrejo, una tenaza pequeña que debía el nombre a sus pinzas.

Retirados del fuego, el martillo, cangrejo y tenazas
por Polícrates son ofrendados a Hefesto,
gracias al cual el sustento, golpeando en el yunque,
halló para sus hijos lejos de la miseria.

412 (VI 356)

Clío, una sacristana del tempo de Artemis, piensa retirarse y, aunque sus hijas gemelas, naturales de Creta, tienen sólo cuatro años, las consagra a la diosa con la idea de que la sucedan algún día.

Aquí está con Amino Aristódice; son niñas cresas
que tienen cuatro años y a las que su madre
Clío te ofrenda. Contémplalas, Ártemis, viendo
que no tienes sólo una, sino dos servidoras.

413 (VII 653)

El lema añade el nombre del padre del náufrago, que es Timandro. El Libe o Áfrico, terrible a veces por su violencia, venía del SO., de Libia: hoy se llama entre nosotros lebeche, pero, claro está, procede del SE. Las Híades son un grupo de astros que se halla en el Toro y cuya puesta empieza a ser visible en las mañanas de fines de noviembre, cuando el mar no es ya apto para la navegación.

Alzábase el Libe violento en las olas egeas
y, al ponerse las Hiades, a Epierides dio muerte
con su nave y sus hombres; aquí está el sepulcro vacío
que llorando erigió para el hijo su padre.

HEGESIPO

No hay datos sobre él. Imita a Leónidas (420 si es genuino), Calímaco (421), Mnasalces (414-415); todo esto nos situaría hacia el año 250. La alusión a racimos, probablemente de vid, en Meleagro (776, 25) nos choca (cf. intr. a Pánfilo).

414 (VI 124)

Cf. el 396 de Mnasalces.

Aquí estoy bajo el techo de Palas, guerrera valiente,
el escudo que en su hombro mortal llevara antaño
Timanor; muchas veces de polvo manchéme en la brega;
de la muerte siempre salvé a quien me portaba.

415 (VI 178)

El arma que habla, posiblemente un escudo, quiere descansar, ofrendada por su dueño retirado. Imitación del 395 de Mnasalces, pero con la particularidad de que los himnos y coros cuadran mejor en un santuario de Ártemis que de Heracles.

Si aceptas el arma que Arquéstrato, Heracles, te [ofrenda,
podré envejecer, oyendo himnos y coros,
apoyada en algún reluciente pilar de tu atrio.
Basta ya de Enialio con su contienda odiosa.

416 (VI 266)

Sobre la imagen de Ártemis (cf. el 44 de Ánite) dedicada por la hacendosa muchacha Hageloquea, a quien la diosa se ha mostrado en sueños.

Hageloquea, que, virgen aún, con su padre
Damáreto vive, la imagen conserva
de esta Ártemis que anda en los trivios y fue a apa-
[recerse
junto a su telar cual luz encendida.

417 (VII 446)

Un epitafio: Hermíone (cf. el 148 de Leónidas) estaba muy cerca de Argos; el lema dice que Zoilo murió en esta población; cabe que fuese sepultado en ella, y entonces la alusión a un país extraño es exagerada, o que muriera en otro lugar y su familia aportara tierra de Hermíone a la tumba. Obsérvese al final el luto de los hijos como en el 407 de Mnasalces.

Extranjero era Zoilo, hermioneo, y aquí sepultado
fue en país extraño con argiva tierra
que echaron sobre él sollozando su esposa de airosa
cintura y sus hijos de rapados cabellos.

418 (VII 545)

Descripción quizá de un relieve (cf. el 334 de Calímaco) en que se ve a Hermes conduciendo a los muertos al Hades. En Platón (*Gorg.* 524 *a*, cf. *Resp.* 614 *c*), los jueces del infierno, Minos (cf. el 96 de Leónidas), Radamantis y Éaco (cf. el 87 del mismo), administran justicia en una encrucijada de donde parte un camino para el Tártaro y otro para las islas de los Bienaventurados; en Virg. *Aen.* VI 540-543, el camino de la derecha conduce al Elisio y el de la izquierda al Tártaro, donde está Radamantis a cargo de los condenados. Aquí se han juzgado ya las almas; el divino juez espera en el Hades a los buenos; Aristónoo, persona honesta, se halla entre ellos. Es irónico que Hades, al que se llamaba *el conductor de pueblos*, deba esperar esta conducción por parte de Hermes.

Dicen que está a la derecha el camino que sigue
Hermes con los buenos hacia Radamantis;
por allí a casa de Hades, aquel que a los pueblos con-
[duce,
Aristónoo, el hijo de Queréstrato, fuese.

419 (XIII 12)

Epitafio de Abderión, natural de la ciudad tracia de Abdera, hombre por lo visto de buen carácter, cuyos restos maltratados por el mar, después de su naufragio, fueron a parar a la isla de Sérifos, del mar Egeo, de donde unos amigos (aunque el texto habla de próxenos, es dudoso que se trate de algo como lo citado en el 271 de Posidipo) enviaron las cenizas a su tierra natal.

Maldito aquel día y maldita la noche sin luna
y el terrible estruendo de la mar ventosa
que la nave volcó por la cual Abderión el melifluo
suplicó a los dioses sin que éstos le oyeran.
Y así lacerado quedó y le llevaron las olas
a la áspera Sérifos, donde unos piadosos
amigos al fuego le dieron y luego a su patria
Abdera le enviaron en áurea urna.

420 (VII 276)

Imitación del 149 de Leónidas (cf. intr.) en poema de mal gusto y que hay quien rechaza para este autor, en parte porque es su único epigrama elegíaco que tiene más de cuatro versos. En una red (cf. el 136 de Leónidas) fueron cogidos unos peces y la mitad de un hombre comido; y, suponiendo que la pesca se había alimentado de restos humanos, los captores no quisieron venderla y enterraron el cadáver con los pescados; así todo el náufrago recibió sepultura.

A un hombre ya a medias comido, penoso despojo
de un barco, unos rederos de la mar sacaron
y, rehuyendo el ilícito lucro, enterraron los peces
junto al cadáver mismo con un poco de arena.
Ya tienes, ¡oh, Tierra!, a este náufrago entero, pues [cubres
a los que devoraron la carne que le falta.

421 (VII 320)

Imitación del 325-326 de Calímaco relativa al misántropo Timón. Según Plutarco *(Vita Ant.* 70), su tumba se hallaba en uno de los dos demos áticos llamados Halas, sobre un escollo que la erosión de las aguas había hecho

inaccesible; en Aristófanes (*Lys.* 807) se le presenta (cf. el 102 de Leónidas) rodeado de espinos. Timón desea que no le dirijan la palabra griega de saludo, *alégrate,* sino que le digan *gime.*

Cardos y espinos agudos circundan mi tumba
por doquier; te herirás los pies si te acercas.
Yo aquí vivo, Timón el misántropo. Pasa de prisa
y no me desees sino muchos gemidos.

ARISTÓDICO

Poeta desconocido, de Rodas según el lema del 423 e imitador de Ánite en este epigrama, que el lematista da alternativamente como de ambos.

422 (VII 473)

El nombre de Eris responde a una conjetura; nuestra palabra *danzante* no basta para traducir el griego, que designa a un frenético participante en una fiesta orgiástica relacionada probablemente con el culto de Dioniso; las mujeres deben de ser devotas del dios; quizá falten dos versos al final. En cuanto a la prenda con que se suicidan, podría ser también una cinta de las citadas en el 18 de Perses y otros.

Cuando Damo y Matimna supieron la muerte de Eris,
el alegre danzante de las trienales fiestas,
fin a sus vidas pusieron haciendo unos lazos
que estrecharan sus cuellos con las fajas trenzadas.

423 (VII 189)

Cf. intr. y el 402-403 de Mnasalces. Al final puede haber relación con la idea (Teócr. *Id.* IV 16) de que las cigarras viven de rocío; Clímeno es otro nombre de Plutón o Hades; sobre Perséfone, cf. el 103 de Leónidas; Alcis es onomástico masculino.

Ya no te verá, saltamontes, el sol en la rica
casa de Alcis cantando con voz armoniosa;
ya a las praderas de Clímeno fuiste, atraído
por las húmedas flores de la áurea Perséfone.

TEODÓRIDAS

Ateneo (699 *e*) dice que era siracosio y, en efecto, el 428 muestra relación con Sicilia; agrega que escribió un ditirambo titulado *Los centauros* y en otros lugares (229 *b*, 302 *c*, 475 *f*) hace referencias a varias obras (un canto al amor comentado por un tal Dionisio el fino, un hexámetro de un pequeño poema, un verso quizá yámbico de otra canción, palabras sueltas), mientras que Pólux recoge de él (X 187) un vocablo del dialecto tarantino (cf. el 73 de Nóside). Contactos con Tesalia muestran 432-433 y 440; con Chipre, 436; con Éfeso, 439; más o menos directos con el Ática, 425, 434 y 437; el poeta parece haber viajado mucho. Su musa fue satírica si atacó en 438 a Mnasalces (cf. su intr.) y en 437 a Euforión; y, si ambos poemas fueron escritos cuando vivían ambos, su época no andaría lejos de la segunda mitad del III (cf. intr. gen.), lo cual está de acuerdo con el hecho de que imita a Calímaco en 424 y 428. En Meleagro (776, 53-54) se nos hace referencia a la costumbre griega de aromar el vino con tomillo (cf. el 117 de Leónidas). Nótense una atribución dudosa en 442 y posibles ecos de Diotimo y Páncrates en 426 y 436.

424 (VI 155)

El niño debió de nacer con mucho pelo, por lo que se le llamaba Moño, que tal significa su nombre. Hasta los cuatro años no se lo habían cortado nunca; ahora sus padres ofrendan a Apolo la melena, por algún motivo ritual o como acción de gracias, por ejemplo, ante alguna curación. También añaden otros dones, entre ellos un gallo de pelea (cf. el 299 de Calímaco) y tortas parecidas a las del 120 de Leónidas. El principio recuerda a Calímaco (*Hymn.* IV 297-298).

Cuatro años, los mismos que Cróbilo, el pelo tenía
que en honor del músico Febo se cortó el hijo

de Hegesídico; y un bravo gallo agregó y una torta
  de aceite hecha con queso. Tus manos, Apolo,
sobre casa y hacienda de Cróbilo extiende y accede
  a que un hombre completo llegue a ser en su día.

425 (VI 156)

Un muchacho, cuyo nombre como aquí lo damos no está claro en el texto y que sin duda ha alcanzado a los dieciocho años la situación civil de la efebía (cf. el *212* de Asclepíades), se ha cortado el pelo no como en el epigrama anterior, sino al dejar de ser niño y probablemente empezarse a afeitar. También abandona el uso infantil de sujetarse el pelo o parte de él con un prendedor de oro en forma de cigarra (cf. el 175 de Leónidas); y su tercera ofrenda a las ninfas de Amarinto (ciudad de la costa O. de Eubea, cf. el 243 de Fédimo, en que se daba un culto a Ártemis que luego se extendió a Atenas) es un buey para el sacrificio (una ofrenda similar en el 384 de Teócrito), aunque no existen precedentes de este posible lavado lustral a que ha sido sometido el animal antes de la ceremonia. El muchacho ha mejorado en su aspecto físico como los potros cuando pierden el primer pelaje feo y mate.

Ved la melena infantil y la hermosa cigarra
  que para las ninfas de Amarinto ofrece
Caristenio con un buey lavado; y lo mismo que un astro
  brilla el niño cual potro libre del primer pelo.

426 (VI 157)

El dueño de un predio invoca a Ártemis (en la misma función protectora que en el 392 de Diotimo; cf. también el 75 de Nóside) para que defienda sus bienes; sobre las ofrendas, cf. el 384 de Teócrito.

Ártemis, tú que custodias la hacienda de Gorgo,
  lanza al ladrón tus dardos, mas protege al amigo;
y él en su atrio promete obsequiarte con sangre
  de una cabra y hermosos carneros del rebaño.

427 (VI 222)

Los patrones de unas galeras de veinte remos especialmente acondicionadas para portar ganado han encontrado, después de una borrasca de las usuales en la época citada en el 146 de Leónidas, grandes restos de

un animal inidentificable ahora por nosotros. La escolopendra terrestre es un pequeño centípedo; Aristóteles (*Hist. an.* 621 *a* 9) habla de una escolopendra marina que probablemente es un anélido; Eliano (*Nat. an.* XIII 23) se refiere, en cambio, a un cetáceo tan grande como una trirreme. Por otra parte, lo aquí traducido por *monstruo* es en el original un pez selacio como el tiburón. Ante tanta confusión, se ha pensado que puede tratarse de un esqueleto de ballena cuyas costillas serían tomadas por patas, pero, aparte de que estos animales no se hallan en el Mediterráneo, no se ve entonces a qué se aplicaría aquí el término *costilla*. Los Yápiges son un pueblo de una región del S. de Italia en que había varios promontorios. Tampoco está claro qué dioses son éstos.

El mar, por Orión removido, a las rocas Yapigias
una escolopendra de innumerables patas
arrojó, y consagraron la grande costilla del monstruo
terrible los patrones de las naves boyeras.

428 (VI 224)

A una concha (nótese la bella expresión inicial) cogida en las inmediaciones del cabo Peloro, al NE. de Sicilia, junto al estrecho actual de Messina, y consagrada a las ninfas Antríades o de las cuevas en alguna gruta o santuario. Hay ecos del 288 de Calímaco.

—Di, laberinto marítimo, ¿quién te ha ofrecido
como botín sacado de los canosos mares?
—A las ninfas Antriades el hijo me dio de Protarco,
Dionisio, por que yo, don del sacro Peloro
que el estrecho sinuoso escupió, de las bellas mu- [chachas
de las cuevas a ser una joya viniese.

429 (XIII 8)

Epigrama votivo, quizá fragmentario, en todo caso corrupto. Un caldero de bronce es ofrendado parece que a Hera por Pede, el hijo de Aristómaco (en una inscripción de Larisa, cf. el 347 de Diotimo, del año 214 aparece una lista de naturales de la ciudad también tesalia de Cranón en que figura un tal Pede, hijo de Aristócrates, quizá pariente de éste), que ha vencido en la carrera larga (tal vez unos 2.200 metros, cf. el 7 de Faleco, 156 de Leónidas y 254 de Posidipo).

Este caldero labrado broncíneo ofrenda Pede, el hijo
de Aristómaco a Hera, pues fuera el más rápido en [la carrera larga.

430 (VII 439)

No se sabe de qué murió (la alusión a las Ceres y la Moira, cf. el 79 de Nicias y 150 de Leónidas, indicaría una forma violenta) este Eolio, no precisamente natural del país citado en el 288 de Calímaco.

De modo que, ¡oh, Moira que a nadie perdonas!, a Pilio
el de Agenor segaste de entre los Eoleos
en la flor de la vida azuzando tras él a las Ceres,
canes de Hades. ¡Qué hombre vino a ser su presa!

431 (VII 527)

Grande era la pena, Teódoto, con que tus padres
lloraban tu muerte frente a la triste pira.
¡Infeliz, que, en lugar de la boda y los jóvenes goces,
dejó a su madre Hedista lamentos y gemidos!

432 (VII 528)

Sobre Larisa, cf. 429; sobre la señal de luto, el 417 de Hegesipo.

A Fenáreta en torno y su túmulo enorme las mozas
tesálides cortáronse sus rubias cabelleras
llorando a la pobre casada que al ir a ser madre
acongojó a sus padres y a su amada Larisa.

433 (VII 529)

Ni conocemos esos dos lugares de Tesalia ni sabemos cuál fue la ocasión en que murió el héroe por liberar la Ftiótide, comarca del SE. de aquel país.

La audacia, que al Hades y al cielo a los hombres [conduce,
puso en la pira al hijo de Sosandro, Doróteo,
quien la muerte entre Químera y Secos halló procurando
que la libertad amaneciera en Ftía.

434 (VII 722)

Habla desde la tumba alguna imagen que llora por Timóstenes, muerto en el Atica (cf. el 361 de Simias) y trasladado a su ciudad natal para su sepultura.

A un caído en la guerra yo lloro, a Timóstenes, hijo
de Moloso, que en tierra cecropia halló la muerte.

435 (VII 732)

El difunto estaba aún muy joven y sano: cumplió, pues, honradamente su deuda con la muerte legándole un cuerpo no deteriorado. Sobre el bastón de los viejos, cf. el 328 de Calímaco.

Sin bastón todavía, Cinesias, al Hades marchaste,
hijo de Hermolao, para pagar tu deuda
llevando aun intacto a tus años el cuerpo; Aqueronte
te acogerá bien como a pagador serio.

436 (VII 738)

Se habla de seis islillas situadas al NE. de Chipre, cerca de la ciudad de Salamina, en lugar difícil para la navegación; sobre el Libe, cf. el 413 de Páncrates.

Las Llaves del Mar y la punta en que está Salamina,
Timarco, y el terrible Libe te mataron
con la nave y la carga; y tan sólo cenizas negruzcas,
infeliz, recibieron tus llorosos padres.

437 (VII 406)

Este supuesto epitafio de Euforión, dirigido a un no menos supuesto viandante, es una sátira de las costumbres del poeta (cf. su intr.) escrita en vida de él. Abundan las palabras o frases de doble sentido. El primer verso puede emplearse, claro está, con significado literario o erótico; el segundo parece referirse a los dos largos muros que, como las piernas de un hombre, unían Atenas y el Pireo (cf. el 49 de Anite), pero sabemos que Euforión fue sepultado en otra parte y la connotación sexual es evidente; *el iniciado* alude a la intervención del poeta en ritos místicos de tipo más o menos inmoral; la granada es fruto típico de los misterios de Perséfone; la manzana solía ser prenda de amor y metáfora aplicada al pecho

femenino; el mirto tiene relación con los misterios de Eleusis (cf. el 53 de Antágoras) y con Afrodita y su nombre se aplica también a la mujer en sentido obsceno. Clemente de Alejandría (*Str.* V 8, 47) parece decir que el fr. 3 Pow. de Euforión está tomado de un escrito contra Teodóridas.

Euforión, que de forma notable sabía hacer cosas,
aquí junto a las piernas del Pireo yace.
Da al iniciado granadas, manzanas o ramas
de mirto, pues todo ello lo amó el difunto en vida.

438 (XIII 21)

Texto difícil y corrupto; epitafio, escrito en vida del satirizado (cf. el anterior y el 14 de Teócrito de Quíos), para el epigramatista Mnasalces (cf. su intr., también en lo referente a su origen y sus posibles elegías), a quien se considera como torpe, vacuo y palabrero imitador de Simónides (cf. el 58 de Teeteto), probablemente no en cuanto a los epigramas de éste (cf. intr. gen. y el 776, 8 de Meleagro), sino a sus poemas corales (nótese la metáfora de alfarería). Al final puede entenderse que la pomposidad de Mnasalces le haría capaz de hinchar un tambor; o bien, quizá más de acuerdo con la indicación a los viandantes, que ya la muerte ha salvado al poeta de las torturas que en vida habría merecido.

Aquí está enterrado el plataida Mnasalces,
autor de elegías;
su Musa son sólo desperdicios del
torno de Simónides.
Vaciedades con tono ditirámbico,
voz de jarra hueca.
Murió: no tiremos piedras. Si viviera,
hinchara un tambor.

439 (VII 479)

Se habla del filósofo Heraclito, que vivió entre los siglos VI y V y fue enterrado en el ágora de Éfeso. Alguien había contado a Teodóridas que su tumba se encontraba en mal estado (cf. el 157 de Leónidas), lo que le hace escribir este epigrama en que habla una de las piedras del sepulcro, probablemente la tapa del mismo, algo convexa como a veces suelen serlo; es posible también que el texto esté puesto en boca de una urna caída. Nótese que en el lema se llama a Heraclito *el que no se reía*, con el usual concepto popular, y que el final de estos versos hace alusión a las amar-

gas verdades del filósofo, especie de ladridos que le hacían incómodo para sus convecinos (cf. el 142 de Leónidas).

Fui antaño una piedra convexa e intacta que, sobre
la tumba de Heraclito, su cabeza ocultaba;
mes el tiempo, al igual que a las guijas, gastóme y me [encuentro
en senda que frecuentan los carros de las gentes.
Pero, aunque no tenga estela, a los hombres anuncio
que a aquel divino can del pueblo yo he cubierto.

440 (IX 743)

Descripción de unas esculturas (sobre otras semejantes, cf. el 172 de Leónidas y el 299 de Calímaco) que estaban en el templo consagrado a Atenea en Itón (cf. el 179 de Leónidas). En alguna batalla de que nada sabemos, los Tésalos derrotaron a los Ilirios y conquistaron armas con las cuales, fundidas, se hicieron las vacas. Plinio (*N. H.* XXIV 49) habla de un escultor de Argos llamado Fradmón y contemporáneo de Fidias, del siglo v por lo tanto.

Tésalas son estas vacas y están como bello
regalo en el pórtico de Atenea Itoníade,
por Fradmón esculpidas en bronce las doce y despojos
de los desarmados Ilirios siendo todas.

441 (XVI 132)

Es bien conocido el mito de Níobe, hija de Tántalo, que se jactó de tener una abundante prole de seis varones y seis hembras (tal es el número en Homero, *Il.* XXIV 602-617) en contraposición con Leto (cf. el 18 de Perses), que no tuvo otra descendencia sino a Apolo y Ártemis; en vista de lo cual estos dioses se vengaron aniquilando a los Nióbidas con sus dardos. En el monte Sípilo, de Lidia, decían que se encontraba una roca con figura de mujer, tal vez regada por algún manantial, en que la imaginación popular veía a Níobe llorando las consecuencias de su indiscreción. Aquí se describe quizás una pintura (cf. el 386 de Teócrito) en que la heroína estuviera ya medio convertida en piedra.

Ponte cerca, extranjero, y contempla llorando las penas
infinitas de Níobe, la locuaz Tantálide,
cuyos hijos e hijas, los doce, por tierra cayendo
están bajo los dardos de Febo y los de Ártemis.

Y ella, tornándose piedra, parece ya como
mezcla de carne y rocas, y gime el frío Sípilo.
Traidor es el mal que en la lengua del hombre se [oculta:
la necedad sin freno trae muchas veces luto.

442 (VII 282)

El lema atribuye a Teodóridas o Antípatro, no se sabe cuál. La tumba exhorta a los viajeros a no asustarse, pues no siempre ocurren desastres (cf. el 319 de Calímaco).

Soy la tumba de un náufrago; tú, sin embargo, navega,
pues, cuando zozobramos, otros barcos viajaban.

443 (Inscr. Melit.)

En la basa de una estatua o relieve esculpida por Xenón y Aristomedes y procedente de Melitea, ciudad de la Ftiótide, que se halla en el museo de Tebas, aparece esta inscripción en que se dedica una imagen para su templo a Ino, hija de Cadmo y segunda esposa de Atamante, de la que se contaba que crió a Dioniso cuando éste, hijo de su hermana Sémele, fue escondido para que escapara a la cólera de Hera y a la que se rendía culto en varias ciudades tésalas. La heroína pereció en las olas con su hijo Melicertes y pasó con él, denominado en adelante como Palemón, a ser llamada Leucótea *(diosa blanca)* en calidad de divinidad marina. La atribución a Teodóridas se funda, entre otras cosas, en el hecho de que Ftía es citada en 433.

Humilde, ¡oh, nodriza de Baco!, es la choza en que vive
Sofrón; mas, cual si fuera persona de mucho
dinero, esta imagen graciosa conságrate el hijo
de Lisandro, ¡oh, Ino la de blanca cintura!
Por lo cual, ¡oh, señora!, que siempre tus manos pro- [tejan
la casa de Sofrón y su patrimonio.

TEODORO

Es nombre muy común: Diógenes Laercio (II 104) habla de un epigramatista así llamado.

444 (VI 282)

Un efebo (cf. el 425 de Teodóridas), al terminar su servicio como tal, a los veintiún años, ofrenda al dios patronal de estos muchachos, Hermes, varios utensilios: el sombrero impermeable (cf. el 212 de Asclepíades; hemos visto un gorro del mismo material en el 139 de Leónidas); la raedera para limpiarse, después de los ejercicios, la costra de aceite, polvo y sudor formada en el cuerpo; la clámide (cf. el epigrama citado de Asclepíades) empleada en el deporte o después de él y manchada como consecuencia de ello; el broche que la sujeta (cf. el 19 de Perses); la pelota utilizada en los ejercicios, no de modo infantil como en el 129 de Leónidas; y las armas, sobre las cuales es de advertir que el nombre de las arojadizas es distinto del que aparece en el 370 de Teócrito, por lo que pudimos haber empleado el semisinónimo *las jabalinas.*

El sombrero de fieltro hecho en lana de oveja cardada
con cuidado, ¡oh, Hermes!, Calíteles te ofrenda
y el broche de dos alfileres, el arco bien tenso,
la raedera y la vieja clámide ya sudada,
los venablos, la usada pelota. Recibe estos dones,
señor de la efebía que disciplina enseña.

NICANDRO

Hay un grave problema con este escritor de Colofón, cuyas obras principales son dos poemas hexamétricos, las *Teríacas* o *Los remedios contra las mordeduras de animales* y las *Alexifármacas* o *Los remedios contra envenenamientos alimenticios*, de tipo didáctico y escritos en lenguaje oscuro y barroco. Al parecer a este autor, que sería también el de los dos epigramas siguientes, hay que situarle en la mitad del siglo II o algo después; y otro Nicandro de la misma ciudad, poeta épico a quien se dedica una inscripción honorífica en Delfos, sería su abuelo o tío, del III. Los epigramas, cuyo estilo es bastante más sencillo que el de los citados poemas, podrían pertenecer al más antiguo, pero también hay fragmentos, los 31-32 G.-Sch., de las *Ofíacas*, una obra sobre reptiles, que resultan más simples. En todo caso, parece que la familia era titular de un sacerdocio hereditario en el templo apolíneo de Claro, situado cerca de Colofón; y anotemos para terminar que se han perdido otras obras de Nicandro, como *Lo metamorfoseado*, colección de relatos míticos que resulta antecedente de *Las metamorfosis* de Ovidio, y las *Geórgicas*, que preceden en el tema a la célebre obra de Virgilio.

445 (VII 435)

Acción heroica de los Lacedemonios en alguna de las guerras mesenias, quizá la casi legendaria del siglo VIII. La ciudad de Mesene, citada por el lema, entonces no existía, pues fue fundada por Epaminondas (cf. el 242 de Fédimo) después de la batalla de Leuctra (cf. intr. a Hegemón); la resistencia de los Mesenios (cf. el 118 de Leónidas) se centró en la acrópolis del monte Itome.

Eratón con Herpílidas, Agis y Queris y Lico
y Alexón, los seis hijos de Ificrátidas, bajo

Mesene y su muro caímos; nos puso en la hoguera
el séptimo, Gilipo, que la heroica ceniza
vino a Esparta trayendo con gloria y dolor de su madre
Alexipa. Una sola y hermosa es nuestra tumba.

446 (VII 526)

Es el primer epigrama de una serie. Heródoto (I 82) describe una batalla entre los de Argos (sobre los Ináquidas, cf. el 292 de Calímaco) y los de Esparta que se disputaban, hacia el año 550, la ciudad de Tírea, sita al NE. del Peloponeso. Esparta la había ocupado con otro territorio de los Argivos; éstos acudieron en su defensa y los dos ejércitos se retiraron después de acordar que solamente lucharan trescientos de cada bando. Al final del día no quedaban en pie más que los argivos Alcenor y Cromio y el espartiata Otríadas, malherido. Los primeros, creyéndose vencedores, se retiraron y Otríadas recogió algunos despojos de los Argivos, los llevó al campamento laconio, erigió un trofeo (lo cual es un anacronismo, pues entonces no existía aún este uso) y puso en él una inscripción con sangre suya o de otros. Volvieron los dos ejércitos, disputaron sobre quién había triunfado realmente, lucharon de nuevo y Esparta resultó vencedora. La versión de Nicandro supone que Otríadas se suicidó, mientras que Heródoto parece dar a entender que murió de sus heridas.

¿Viste tal vez, padre Zeus, a alguien más valeroso
que Otríadas, quien solo no quiso desde Tírea
a Esparta volver y se dio con su espada la muerte
proclamados por suyos los despojos Ináquidas?

EUFORIÓN

Natural de Cálcide, ciudad de Eubea (cf. el 425 de Teodóridas): plantea dudas el vegetal citado (776, 23) por Meleagro. El *Suda* sitúa su nacimiento en el 275, pero probablemente hay que retrotraer esta fecha quizás hasta el 290. Fue discípulo en Filosofía de Lácides y Prítanis y en poesía de alguien con quien tuvo relaciones íntimas, Arquebulo de Tera, isla del Egeo. Protegido por Nicia, esposa de Alejandro, tirano de Eubea (Plutarco dice en *Mor.* 472 *d* que se hizo amante de una vieja rica), se trasladó a Siria, donde gozó de la confianza de Antíoco III el Grande (nacido el 243 y rey desde el 223 al 187), convirtiéndose en director de la gran biblioteca de Antioquía, ciudad en que murió para ser sepultado en ella o en la también siria Apamea. Era considerado como hijo adoptivo de Atenas o al menos tuvo gran relación con ella (cf. también el 437 de Teodóridas donde pueden verse, como en el 575 de Crates, datos sobre sus supuestas costumbres). La gran mayoría de sus obras, varias de las cuales se han conservado fragmentariamente en papiros, eran poemas épicos de estilo barroco y ampuloso, con glosas y juegos de palabras del estilo de Calímaco, pero sin la gran personalidad de éste. Gustó, sin embargo, en cierto sector de la sociedad literaria romana, los *cantores Euphorionis* de que habla Cicerón (*Tusc.* III 45).

447 (VI 279)

Dedicación ritual a Apolo, llamado aquí el Flechero (cf. el 242 de Fédimo), de los cabellos de un niño a quien se le cortan por primera vez; pero parece que la tonsura es más tardía que en el 424 de Teodóridas, como en el 425 del mismo y en una inscripción de Paros (cf. el 378 de Teócrito) en que se consagra a Asclepio (cf. el 365 del mismo) e Higía, la diosa de la salud, la melena de un mozo nunca rapado hasta la efebía (cf. el 444 de Teodoro). Al parecer Eudoxo pensaba dedicarse al teatro y

por eso se pide que en algún *triunfo* escénico su cabeza se orne con la usual guirnalda de yedra (cf. el 362 de Simias).

Al comenzar a cortar sus cabellos hermosos,
de su niñez ornato, los donó Eudoxo a Febo.
Que en lugar de sus bucles, Flechero, le adorne el encanto
de la yedra de Acarnas que florece perenne.

448 (VII 651)

Polimedes, que no era nativo de la ciudad en que se erige su cenotafio, se ve imposibilitado para ser objeto de su hospitalidad, porque ha naufragado cerca de Ícaros, que antiguamente se llamaba Dólica (cf. el 57 de Teeteto), situada en la parte del Egeo que suele llamarse mar Icario; el Drácano es una colina que se halla al NE. de la isla. El monumento está en el territorio de los Dríopes, probablemente en las cercanías de la ciudad de Traquine, próxima al monte Eta y no alejada de las Termópilas (cf. el 293 de Calímaco), en Tesalia.

Este acebuche no cubre tus huesos ni pesa
sobre ellos esta piedra con sus fúnebres signos;
las olas icarias tritúranlos entre las guijas
de Dólica y el Drácano; mas yo, que a Polimedes
albergar debería, me yergo cual túmulo vano
en las secas yerbas del país de los Dríopes.

HÉDILO

Según Ateneo (297 *a*), el poeta (sobre su emblema floral en Meleagro, cf. intr. a Asclepíades) era samio o ateniense, hijo de la poetisa Hédile, hija a su vez de otra yambógrafa de Atenas llamada Mosquine. Quizá los abuelos de Hédilo fueran colonos de los que los Atenienses enviaron a Samos en la primera mitad del siglo III. Apuntaría a una relación con dicha isla la mención de Asclepíades como Sicélidas en 454: en intr. a dicho autor se dijo ya que 232 parece ser de Hédilo y se habló de afinidades y similitudes entre los epigramas de ambos y de Posidipo. Tiene también otros puntos de contacto con Asclepíades (450-451, 453) y con Posidipo: su tendencia a pintar tipos muy comedores o bebedores (451 y 454-457 como 257 y 259), sus alusiones al Cefirión (452 como 255-256 y el 288 de Calímaco). Tal vez residiera algún tiempo en Egipto. En todo caso, el citado 452 debería ser posterior a la dedicación del templo en el año 270: cf. intr. gen.

Sabemos de otras obras suyas, probablemente en prosa: Ateneo (*l. c.*) dice que habló del héroe marino Glauco, de quien Hédile también había tratado; y quizás era de él una elegía que criticó Estrabón (XIV 683) porque en ella se describía un paso de ciervos por tierra desde Cilicia (cf. intr. a Arato) a Chipre. Sobre otro Hédilo posterior (nótese que 459-460 parecen de edad más tardía), cf. intr. a Calímaco.

449 (VI 292)

Nicónoe ha vencido en un concurso de belleza (debe de tratarse de una hetera, porque la deidad que preside el certamen no es, como otras veces, Atenea, Deméter o Hera, sino el lúbrico Priapo, cf. el 384 de Teócrito) y dedicado al dios, en acción de gracias, un cervato (sobre su piel, cf. el 370 de Teócrito) y un aguamanil, que parecen ser accesorios de un culto báquico. Es interesante la enumeración de los premios: unas cintas, quizá para sujetar el pecho (cf. el 422 de Aristódico); un quitón jónico (cf. el

6 de Faleco) teñido con púrpura (muestra de ostentoso lujo propio de una cortesana); un peplo (cf. el 240 de Fédimo) confeccionado en Laconia (Hor. *Carm.* II 18, 7-8 habla de estas ropas y las llama también purpúreas; la púrpura de la costa de aquel país era famosa) y unos abalorios, canutillos de forma tubular que tal vez estuvieran sueltos en disposición de ser cosidos a distintas vestiduras.

Las cintas, purpúrea ropa interior, los lacones
peplos, los abalorios de oro en forma de caña,
todo a Nicónoe tocóle, pues era la niña
un inmortal retoño de las Gracias y Amores.
Y ella al juez del certamen, Priapo, la piel de un cervato
y este aguamanil áureo consagra.

450 (V 199)

Sobre el nombre del amante, cf. el 210 de Asclepíades; sobre la última prenda, 449.

Pues las copas de vino traidor a Aglaonice acostaron
y también el amor dulce de Nicágoras,
ahora a Cipris todo esto conságrase oliente a perfume,
húmedos despojos del virginal deseo,
las sandalias y suave sostén que su pecho cubría,
de su sueño testigos y de aquellos retozos.

451 (Aten. 486 *a*)

Una mujer de vida más o menos airada, sobre cuyo nombre cf. intr. a Asclepíades, ofrece a Afrodita pafia (cf. el 228 del mismo) el lesbio (un vaso de determinada forma probablemente usual en Lesbos, cf. el 342 de Calímaco) en que ha realizado la hazaña (cf. el 6 de Faleco) de beberse, de una sentada y en ayunas, casi diez litros de vino (cf. el 253 de Posidipo).

Calistion, que bebe lo mismo que un hombre, tres coes
—cosa extraordinaria, mas no falsa— en ayunas,
¡oh, Pafia!, bebióse, y ahora este lesbio te ofrenda
de cristal purpúreo que aun a vino huele.

Protégela siempre y que albergue tu casa trofeos
de dulces libaciones semejantes a ésta.

452 (Aten. 497 *d*)

El bien conocido mecánico Ctesibio ha hecho un ingenioso aparato con destino al Cefirión (cf. el 288 de Calímaco e intr.). Una estatua del panzudo y enano dios Bes o Besas, cuyo culto pasó desde Arabia a Egipto, tal vez dance por medio de algún resorte, pero desde luego tiene en la boca una salpinge o trompeta guerrera que es ella misma un ritón o vaso cónico, una especie de embudo. Cuando se abre el correspondiente orificio para que salga el vino introducido en el gran vaso, suena, no sabemos por qué procedimiento, la trompeta para que acudan los invitados, a los que en el primer verso (cf. el 336 de Calímaco) se califica como grandes aficionados a la bebida. El sonido es comparado quizá con el que en algún lugar produciría la subida del Nilo a través de algún dique con ocasión de uno u otro de los ritos que se le consagraban como a dios.

Bebedores, mirad en el templo de Arsínoe, diosa
que ama el céfiro, este ritón, mirad a Besas,
el egipcio danzante, que un claro sonar de salpinge
produce al ser abierto, para escanciar, el grifo,
mas no es signo de guerra el que emite la trompa dorada,
sino voz de festín y de alegre banquete
cual el canto amoroso y paterno que el agua divina
del rey Nilo entona para sus iniciados.
Venid, pues, muchachos, honrad este sabio artilugio
de Ctesibio que el templo de Arsínoe os ofrece.

453 (Aten. 472 *f*)

El autor quiere encontrar su inspiración en el vino, pero pretende beberlo del mejor, esto es, del de Quíos (cf. el 342 de Calímaco), y además, exageradamente, en recipientes enormes (cf. el 178 de Leónidas).

Bebamos, que quiero encontrar algo nuevo en el vino,
algún que otro concepto delicado y dulce;
pero escánciame en tinas de Quíos diciéndome: «Haz versos,
Hédilo». Odio la vida vana sin libaciones.

454 (Aten. 473 *a*)

El poeta Socles es un bebedor irregular: en ciertas ocasiones ingiere cantidades enormes (sobre el recipiente cf. 453 y sobre la medida, que esta vez compone unos trece litros, 451), pero de pronto suele retirarse del vicio. Ahora bien, cuando realmente resulta buen escritor, mejor que el propio Asclepíades (cf. otra vez 453 e intr.), es cuando está beodo: el poeta le aconseja, pues, que no abandone los festines.

Desde el alba a la noche y de nuevo otra vez hasta el [alba
bebe Socles en tinas de cuatro coes, pero
luego de pronto se va; sin embargo, beodo
compone cosas mucho más dulces que Sicélidas
y es también escritor de más peso; y tan grande es tu [gracia,
amigo, que te ruego que escribas mientras bebes.

455 (Aten. 344 *f*)

Fragmento de un epigrama sobre un músico y aficionado al pescado.

...y a Fedón que le traigan budiones
y cuerdas; del pescado gusta el tañedor...

456 (Aten. 344 *f*)

Falta el verso 4, que aquí hemos intentado suplir a nuestro modo. No sabemos qué especie es la que con delectación se menciona al principio: el poeta teme que, al olor del guiso, acuda Agis (Aten. 516 *c* habla de un Rodio así llamado que se especializó en culinaria de pescado y escribió un libro sobre ella), capaz de filtrarse ingeniosamente por las paredes como el mítico Proteo de la *Odisea* (cf. el 254-255 de Posidipo) y como Zeus, amante de Dánae (cf. el 293 de Calímaco).

Ya coció el pez sabroso; echa ahora el cerrojo, no venga
Agis, ese Proteo del pescado, pues sabe
en agua tornarse y en fuego a su antojo; aunque cierres,
me temo que de nada nos sirva y así acuda

como Zeus, que, en forma de lluvia de oro, buscaba
el rico condumio de la casa de Acrisio.

457 (Aten. 345 *a*)

Continúa el mismo tema: cf. el 259 de Posidipo, el 451 y también el 6 de Faleco en relación con una tal Cleo que puede ser la glotona mencionada aquí, una hetera o algo parecido. El poeta se siente asqueado ante el espectáculo y le advierte que, si quiere, puede comerse todo el congrio preparado para los comensales, pero convendrá que deposite algún objeto valioso como prenda (sobre la dracma, cf. el 217 de Asclepíades) de que lo pagará. Las monstruosas Medusa y Gorgo tenían la facultad de convertir en piedra a quienes las miraran: ante tal proeza gastronómica, los asistentes están petrificados.

Clío, devora, cerramos los ojos. Si quieres,
come sola, que el congrio cuesta todo una dracma;
pero aporta tu faja o quizá los pendientes o cosa
semejante. Nos da repugnancia hasta el verte.
Tú eres Medusa y a todos de piedra nos deja
no ya Gorgo, mas ese plato de congrio.

458 (Aten. 176 *c*)

El epigrama es citado para demostrar que son sinónimos la palabra usada aquí al principio, *flauta sola*, y lo que en tiempos posteriores se llamó *flauta de caña*, como se dice al final (cf. el 370 de Teócrito). Algo más arriba (175 *e*) Ateneo distingue esta flauta, totalmente distinta de la doble (cf. el 385 de Teócrito), tocada en forma perpendicular a la boca, de la *flauta travesera* u oblicua, que se movía en sentido casi horizontal. Aquí tenemos el epitafio del flautista Teón, que unas veces acompañaba el juego escénico de los actores en representaciones mímicas (cf. el 253 de Posidipo) y otras actuaba en solos con motivo, por ejemplo, de ceremonias religiosas. El apodo que al parecer le puso su padre significa *el de buenas manos*. Se citan a continuación algunas piezas favoritas de Teón, como una mencionada por Teócrito (cf. 387), otra que solía tañer un flautista llamado Bátalo, *el tartamudo*, y sones también de otros autores cuyos nombres parecen motes grotescos.

Habita este túmulo el dulce Teón, que una sola
flauta en mimos y altares con gracia tañía.
Ciego quedó en su vejez; desde que era pequeño,
Escírpalo, su padre, le llamaba Eupálamo

sus dotes loando y queriendo indicar con el nombre
la especial virtud que sus manos tuvieron.
Tocaba aires llenos de Musa embriagante, el de Glauce
o los del dulce Bátalo, buen bebedor de vino,
los de Cótalo y Pácalo... En fin, a este artista en la flauta
de caña decidle: «Teón, yo te saludo».

459 (XI 123)

Muy gracioso el epigrama. No hay veneno que mate con más eficacia que este médico, mucho peor que el del 365 de Teócrito. Sobre las guirnaldas como recompensas de un triunfo, cf. el 447 de Euforión. El tono parece corresponder a epigramatistas satíricos posteriores a Hédilo.

No llegó a jeringar ni a tocar a Aristágoras Agis,
sino que, en cuanto entró, se murió Aristágoras.
¿Ha habido aconito parejo? Adornad, constructores
de ataúdes, a Agis con guirnaldas y cintas.

460 (XI 414)

También debe de ser más tardío este epigrama en que se juega con un epíteto que ya desde Hesíodo (*Th.* 121, 911) se daba al amor y que aquí se aplica al vino y, con sentido diferente, a la enfermedad producida a veces por excesos de uno u otro tipo.

De Afrodita y de Baco, que afloja los miembros, es hija
también la podagra, que destroza los miembros.

FAENO

Es un desconocido absoluto. Conclusiones sobre su época pueden extraerse de lo dicho en torno a 462. El terebinto citado por Meleagro (776, 29-30) nos ilustra muy poco.

461 (VII 437)

Es un lugar común el elogio del espartano Leónidas (cf. el 5 de Hegemón) y su gesta en las Termópilas (cf. el 448 de Euforión). Hay una paráfrasis de la famosa inscripción de la tumba de los caídos allí, que está sin nombre de autor en Heródoto (VII 228), pero que solía ser atribuida (cf. el 438 de Teodóridas) a Simónides (fr. 92 D.). Sobre el Eurotas, cf. el 108 de Leónidas.

No quisiste al Eurotas de nuevo volver, ¡oh, valiente
Leónidas!, huyendo de la penosa guerra,
mas las leyes paternas cumpliste y la muerte encontraste
rechazando al pueblo pérsico en las Termópilas.

462 (VII 197)

Imitación muy fiel del 403 de Mnasalces, incluso en el mismo nombre del dueño del saltamontes (cf. también el 423 de Aristódico), aunque aquí añade datos como que sus «cantos» hacían dormir a Demócrito y que la tumba del animal está en Oropo, ciudad, por otra parte, relacionada quizá con Mnasalces (cf. su intr.).

En Demócrito yo, el saltamontes, profundo letargo
inspiré con la Musa sonora de mis alas;
y Demócrito ahora, viajero, adecuado sepulcro
me ha dado a su muerte no lejos de Oropo.

FILÓXENO

El único epigrama a él atribuido puede ser indicio de una fecha de la segunda mitad del siglo III y, en todo caso, nada tendrá que ver nuestro epigramatista con el conocido y ditirambógrafo Filóxeno de Citera (cf. el 173 de Leónidas y 277 de Calímaco), de principios del IV.

463 (IX 319)

Hermes presidía los juegos y ejercía en ellos una especie de sacro arbitraje; los atletas le están consagrados; no es raro, pues, que, como ocurría en Delfos, hermes de cabeza doble o no (cf. el 87 de Leónidas) fueran empleados como pilares para separar las calles de los corredores (cf. el 429 de Tedóridas) en la línea de salida. Aquí parece que un miembro de una de estas series fue ofrecido en acción de gracias al recinto por Tlepólemo de Mira, ciudad de la costa meridional de Licia, país de Asia Menor. Pausanias (V 8, 11) cuenta que, cuando se introdujo en el calendario de las pruebas olímpicas la carrera de potros, el año 256, el primer vencedor fue un licio llamado Tlepólemo. Esto sería un dato cronológico importante, pero el texto griego parece aludir a triunfos en el estadio, no en el hipódromo. El final recuerda las exhortaciones que, según un escolio a Sófocles (*El.* 744), se leían grabadas en estos pilares: *sé el mejor, apresúrate, cruza la meta.*

A Hermes, cual poste que indique la meta al sagrado
atleta y como juez, el hijo de Polícrites,
Tlepólemo erige, el mireo, que en veinte carreras
triunfó. Que el esfuerzo la indolencia sacuda.

GLAUCO

De los seis epigramas atribuidos a autores de tal nombre por la *Antología*, sólo tres parecen helenísticos. El lema del 465 habla de un Glauco natural de Nicópolis, posiblemente el suburbio de Alejandría así llamado (cf. intr. a Dioscórides): es dudoso que los tres poemas sean del mismo escritor.

464 (XII 44)

El autor añora la antigua simplicidad, en época en que cualquier pequeño obsequio, unas tabas (cf. el 332 de Calímaco) o algo parecido (cf. el 444 de Teodoro), agradaba a los mozos requeridos.

Antaño a los mozos que gustan de ser obsequiados
persuadían las tabas, codorniz o pelota.
Ahora, buen plato o dinero; de nada ya sirven
los juguetes. Buscad otra cosa, amantes.

465 (VII 285)

Sobre el naufragio y las gaviotas, cf. el 442 de Teodóridas y 401 de Mnasalces.

Ni la tierra ni el peso sutil de una piedra, mas todo
este mar que contemplas es tumba de Erasipo;
pues murió con su nave y tan sólo podrán las gaviotas
indicar el lugar que pudre sus huesos.

466 (IX 341)

Diálogo bucólico entre Pan, amante de Dafnis (cf. el 385 de Teócrito y, sobre la siringa del dios, también el 406 de Mnasalces), y las ninfas. Es

extraño que se hable de cabras, como en el 386 de Teócrito, pues en éste el pastor (cf. el 310 de Calímaco y 355 de Diotimo) es siempre boyero. Dafnis ha dejado para Pan un mensaje, que éste lee en voz alta, como era costumbre griega. Málea es topónimo frecuente, que se aplica, por ejemplo, al cabo con que termina Laconia por el SE., y Pan es llamado *maleata* en Calímaco (fr. 689 Pf.); pero aquí la ley del género exige que se trate de Arcadia y, en efecto, Psófide es una ciudad de aquel país vecina al río Erimanto (cf. el 296 de Calimaco).

—Ninfas, decid sin rebozo si acaso hizo Dafnis
al pasar que aquí reposaran sus cabras.
—Sí, sí, Pan, tocador de siringa, y grabó, en la corteza
del álamo aquel, algo para que lo leyeses.
—«Pan, Pan, vete a Málea, al monte Psofidio camina,
que yo iré». Salud, ninfas, pues allí me dirijo.

NICÉNETO

Ateneo (590 *b*) cita una obra épica, *El catálogo de las mujeres* de Nicéneto de Samos o de Abdera (cf. el 419 de Hegesipo); y sabemos de un autor de este nombre que escribió otro poema épico, *Lirco*, sobre historias de una ciudad del Asia Menor, no lejana respecto a aquella isla, que se llamaba así. También en la fuente del 470 se habla de un Nicéneto, poeta épico y gran conocedor de la isla de Samos, de que era nativo y que, en efecto, aparece como *nuestra isla* en dicho texto; el dato lo pudo haber extraído el autor de la *Relación de personas ilustres de Samos* de Menódoto, samio también, al que cita en 672 *a*. Por otra parte, Estéfano de Bizancio menciona al épico Nicéneto entre los hombres famosos de Abdera; y el 468 indica conexión con aquellas tierras nórdicas, así como el 467 puede ser indicio de viaje a Libia.

En cuanto a fechas, el hecho de que el último epigrama mencionado contenga ecos de Apolonio y tal vez de Calímaco y 468 esté imitado de Asclepíades nos lleva a la segunda mitad del III, así como a otros pasajes de Ateneo (673 *f*) de que se deduce que Nicéneto es anterior a Filarco, autor de una historia que llegaba a la muerte, acaecida en 180, de Ptolemeo V Epífanes, que nació el 210 y fue rey desde el 204. Su planta emblemática en Meleagro (776, 29) es la mirra.

467 (VI 225)

Ofrenda a tres ninfas o diosas libias llamadas Herosas o Heroínas: en Apolonio (*Arg.* IV 1323, cf. intr.), al embarrancar la nave de los Argonautas en las Sirtes de Libia, tres diosas así denominadas se les aparecen para ayudarles; y también Calímaco (fr. 602 Pf.) alude a estas deidades de su país, situándolas en el territorio de los Nasamones, que delimitaba por el S. y E. la Sirte Mayor. El propio Calímaco emplea la misma denominación heroica (fr. 66, 1 Pf.) para ninfas argivas. La alusión a un monte ondulado puede tener que ver con collados recubiertos de dunas cambiantes o bien montículos como los que, en efecto, hay en la costa S. de la

Sirte. La égida es la tradicional piel de cabra que figuraba en el escudo de Atenea, y Homero habla varias veces de ella (cf., p. ej., *Il.* V 738) como provista de flecos que aquí se convierten en guedejas lanudas. La dueña del terreno, a no ser que se trate de un varón llamado Filetis, ofrenda a las Heroínas un diezmo de lo que queda tras el ahecho o avienta, después de la siega y antes de la trilla, cuando la paja larga y relativamente verde queda separada de las espigas. La expresión *aun así* es poco comprensible: tal vez la cosecha es pobre.

Herosas que el monte ondulado habitáis de los Libios
y os ceñís con la égida de enredados vellones,
las espigas y frescas guirnaldas de paja que aporta,
¡oh, hijas de los dioses!, Filétide cual sacros
diezmos de ahecho tomad; y aun así permitidme
que os salude, Herosas, señoras de los Libios.

468 (VII 502)

Imitación (cf. intr.) del 223 de Asclepíades. Bitón de Anfípolis (cf. el 334 de Calímaco) está enterrado, después de su naufragio, en Torone (cf. el 243 de Fédimo). El viento que provocó el desastre fue del N., el llamado Estrimonias (así en Cal. *Hymn.* IV 26) por venir del río Estrimón, a cuya orilla está precisamente Anfípolis, de modo que hay algo patético en el hecho de que la muerte le haya llegado a Bitón de su patria. Sobre los Cabritos, cf. el 312 de Calímaco.

De Bitón soy la tumba, viajero, y, si a Anfípolis desde
Torone te encaminas, a Nicágoras cuenta
que la muerte de su único hijo causó el Estrimonias
en la estación en que los Cabritos se ponen.

469 (XVI 191)

Habla una modesta figurilla de barro que representa a Hermes, patrón de los alfareros, y que, a la puerta de la tienda, sirve como anuncio de ella (cf. el 165 de Leónidas y 463 de Filóxeno).

Soy un Hermes de tierra de aquí que como una figura
vulgar modeló el torno con su veloz giro.
Me amasaron en barro, no puedo negarlo, mas amo,
viajero, el pobre oficio de los alfareros.

470 (Aten. 673 *b*)

Filotero ha propuesto al poeta que cenen juntos en la ciudad de Samos, pero Nicéneto prefiere ir al Hereo, famoso santuario de Hera, esposa

de Zeus (cf. el 107 de Leónidas), diosa patrona de aquella isla (cf. intr.), que se encuentra a una legua de la población. Allí podrán reclinarse a la sombra de un árbol que no resulta seguro que sea el sauce, como aquí decimos. El poeta pide vino, el usual instrumento musical y mimbre para formar con él jergones; y de paso menciona la antigua costumbre de Caria, cuyos habitantes en las celebraciones rituales llevaban guirnaldas de mimbre, y no de otro vegetal, por prescripción de un oráculo debida a que en tiempos ellos habían atado con mimbres la estatua de Hera que les querían arrebatar. Anacreonte (fr. 7 P.) dice que Megisteo (cf. el 174 de Leónidas) estuvo bebiendo, con una guirnalda de mimbre, durante diez meses, quizás en Caria o imitando a los de allí. Por otra parte, en Samos, según Pausanias (VII 4, 4), se mostraba la mimbrera bajo la cual había nacido la diosa.

Yo en la ciudad, Filotero, cenar no deseo,
sino cerca de Hera gozando con las brisas
del céfiro. Bástales simple jergón a mis lomos,
un lecho puesto al lado del sauce que allí brota
y el mimbre, la antigua guirnalda del Car. Que nos
[traigan
vino y también la lira que a las Musas gusta
por que, bebiendo a placer, a la esposa gloriosa
de Zeus celebremos, dueña de nuestra isla.

471 (XIII 29)

La atribución es dudosa, pues en los lemas y otros lugares son mencionados Nicérato, nombre que debe de ser erróneo; Demetrio de Halicarnaso, un desconocido; Asclepíades y Teeteto. Comienza probablemente parafraseando un fragmento (el vino como inspiración) y citando textualmente otro (fr. 199 K.) del poeta cómico Cratino, texto el último que parece proceder de *La botella*, premiada en el año 423 y en que sin duda había material autobiográfico. Sobre la yedra en relación con el teatro, cf. el 447 de Euforión.

El vino es caballo veloz del cantor placentero
«y el bebedor de agua nada bueno pare».
Esto, Dioniso, lo dijo Cratino, y no a un solo
odre, sino a todas las tinajas olía.
Y, aun así, se llenó de guirnaldas su casa y la frente
llevaba adornada, como tú, con yedra.

MENÉCRATES

El lema del 472 habla de Menécrates de Esmirna (cf. el 288 de Calímaco); el del 473 no cita étnicos, pero el poema es recogido por Estobeo (IV 50, 62), que se refiere a Menécrates el samio; el del 474 duda entre éste y el tardío Lucilio. ¿Se tratará de dos poetas? Los dos últimos epigramas tienen tema similar y parecen del mismo autor. Para complicar más las cosas, nótese otro Menécrates en intr. a Arato. En cuanto a la fecha de este autor, simbolizado por Meleagro (776, 28) en el granado, no existe el menor indicio sobre ella salvo que es posterior a Diotimo, cuyo 349 es claramente imitado en 472.

472 (IX 390)

Cf. intr.

Una madre que dos hijos antes y luego un tercero
puso en la pira al dios insaciable acusando,
parió luego un cuarto motivo de llanto y no quiso
incertidumbres, mas echólo vivo al fuego
diciendo: «Yo ya no lo crío. ¿Por qué? Para el Hades
os fatigáis, mis pechos. Así es menor mi pena».

473 (IX 54)

Es un lugar común que todos deseamos llegar a viejos, pero luego nos quejamos de los achaques: lo leemos en el cómico Antífanes (fr. 238 K.) y en una fábula (cf. el 116 de Leónidas) de Esopo (60 H.). El final es perogrullesco: lo mejor es llegar a viejo, pero lo más tarde posible.

La vejez aun lejana es deseo común; mas, si viene,
todo son reproches. Lo mejor es que tarde.

474 (IX 55)

Nuevamente sobre la penosa vejez. El lema y otras consideraciones (cf. intr.) hacen pensar en Lucilio.

Si alguien a viejo desea llegar, mereciera
obtenerlo y vivir muchas decenas de años.

RIANO

Según el *Suda* era de Bene o Cereas, ciudades de Creta; fue esclavo y estuvo encargado como tal de una palestra, pero luego se educó y llegó a filólogo. Su edad es, siempre según dicho léxico, la de Eratóstenes (cf. el 679 de Dionisio), lo cual nos sitúa (cf. intr. a Nicéteto) en la segunda mitad del siglo III; parece ser imitador de Leónidas. El 476 indica relación con Trecén, ciudad de la Argólide; sus actividades críticas, entre ellas una edición de Homero, parecen presuponer estancias en Alejandría. Se sabe que, como poeta épico, escribió una *Heracléada* en cuatro libros y otros poemas histórico-míticos quizás escritos a la manera de Apolonio de Rodas y titulados *Lo tesálico* (cf. el 140 de Leónidas), *Lo aqueo* (cf. el 21 de Perses), *Lo eleo* (cf. el 313 de Calímaco) y *Lo mesenio*. Este último, en que Aristómenes, el caudillo de la segunda guerra mesénica (siglos VI-V), desempeñaba un señalado papel, debió de hacerle famoso y dar lugar a la creencia, alternativamente señalada en el *Suda*, de que pudo ser natural de Itome (cf. el 445 de Nicandro). Se conserva de él un largo fragmento en hexámetros (cf. 1 Pow.) sobre los extravíos humanos.

Como se ve, abunda en él la poesía de tipo fuertemente pederástico; choca un poco, en cambio, el tono sentimental del dudoso 484. Contra lo que podría suponerse dada su biografía, no hay en esta pequeña serie elementos eruditos, lo que hace menos probable que le pertenezca el 677 de Zenódoto, aunque, por otra parte, se ve que Riano ha leído a Leónidas (480), Calímaco (477 y 479), Mnasalces (484) y Euforión (482). La planta que Meleagro cita (776, 11) y que hemos traducido literalmente por *sampsico* puede ser la mejorana, pero ésta reaparece en el verso 41 con referencia a Polístrato.

475 (XII 38)

«Las Horas y Gracias te ungieron con óleo suave
y no dejas dormir ni siquiera a los viejos.
Di de quién eres, bendito, y a cuál de los mozos
adornas». Y el culo dijo: «De Menécrates».

476 (XII 58)

Sobre Trecén, cf. intr.

Es buena criadora de mozos Trecén y no yerra
quien alabe aun al último de entre sus muchachos;
pero Empédocles tanto a los otros supera cual brilla
la bella rosa en medio de las demás flores.

477 (XII 93)

La metáfora cinegética procede del 275 de Calímaco; sobre la liga, cf. el 398 de Mnasalces.

Laberinto fatal son los mozos, pues miras a uno
y quedas como en liga de cazador prendido.
Por aquí Teodoro seduce y la flor opulenta
de su carne y la intacta sazón de sus miembros;
por allá va Filocles, de cuerpo dorado y de talla
no alta, pero por gracia celestial ungido;
mas, si a Leptines te vuelves, capaz de moverte
ya no serás e inmóvil quedarás cual si acero
indomable abrazara tus piernas; tal brillan los ojos
del muchacho y él todo de pies a cabeza.
¡Salud, bellos mozos, llegad a los años adultos
y que ostentéis un día cabelleras blancas!

478 (XII 121)

Te salieron, Cleonico, al encuentro las Gracias brillantes
cuando recorrías un angosto sendero

y abrazáronte, mozo, sus manos rosadas, de modo
que eres ya una Gracia como lo son ellas.
Yo te saludo, mas lejos de mí; no es seguro
que el reseco asfódelo se acerque a la fogata.

479 (XII 146)

Sobre la metáfora, cf. 477; sobre el animal cazado, el 370 de Teócrito; sobre las redes y estacas, el 383 del mismo.

Al cervato cazado perdí y, tras haber padecido
mil fatigas poniendo mis redes y estacas,
con las manos vacías me voy mientras otros sin pena
se me llevan lo mío. ¡Sé cruel, Eros, con ellos!

480 (VI 34)

Cf. el 131 de Leónidas, 188 de Damóstrato, 335 de Calímaco y 393 de Mnasalces sobre el collar canino, la caza del jabalí y el uso del arco y aljaba.

Para Pan esta maza y el arco flechero Polieno
consagra y estos pies de jabalí y la aljaba
y este collar para el cuello del perro en memoria
de su caza al dios de los montes ofrenda.
Haz, Pan de las cimas, que siempre regrese Polieno,
el hijo de Sémilas, con botín abundante.

481 (VI 173)

Una sacerdotisa (cf. el 351 de Diotimo) de Cíbele, diosa de las montañas (cf. el 322 de Calímaco y, sobre las teas, el 389 de Erina), que con frecuencia ha tomado parte en ceremonias rituales, desmelenándose orgiásticamente, danzando y acompañando a los Galos, eunucos dedicados al culto de la diosa, consagra su cabellera al retirarse del servicio divino.

La que a la luz de las teas sus rizos sagrados
soltó a menudo uniendo, por honrar a Cíbele,
al chillar de los Galos su grito insufrible al oído,
Arquílide la frigia, la camarera, ofrenda

esta melena en la puerta a la diosa del monte,
pues ya no habrá furor en sus pies ardientes.

482 (VI 278)

Ofrenda ritual de una cabellera, similar a la del 447 de Euforión, en honor de Apolo, a quien en varios lugares se honraba con la advocación de Delfinio.

Para Febo el hermoso un hermoso regalo desprende
de su amable cabeza Gorgo, hijo de Asclepíades;
haz, Apolo Delfinio, propicio que crezca el muchacho
feliz hasta la edad de los blancos cabellos.

483 (Aten. 499 *d*)

No se sabe bien si el epigramatista alaba en serio o no la pobre oferta de Hipócrates, ni tampoco quién es Arquino. Se trata de un animal muy poco valioso y de un vino estropeado por la pez; en principio se empleaba este aditivo para ciertas bebidas, como hoy en el vino de resina bebido en Grecia, pero en proporciones muy ligeras; aquí por lo visto el vino se ha mezclado con la pez empleada para impermeabilizar el recipiente, elaborada con piñas y que ignoramos si era o no de buena calidad.

La mitad exactamente de pez procedente de piñas
y la mitad de vino se encierra en esta jarra,
¡oh, Arquino!, y no he visto jamás un cabrito tan flaco;
pero lo manda Hipócrates y alabanzas merece.

484 (XII 142)

El lema duda sobre la atribución; en cuanto al calificativo dado al ave y el árbol en que se posa, cf. el 398 de Mnasalces; sobre el canto del mirlo, el 384 de Teócrito; sobre la liga, el 477 de Riano.

Dexionico con liga cazó bajo un plátano verde
un mirlo y lo colgó luego por las alas;
y gemía y quejábase el ave sagrada. ¡Quién fuera,
oh, mi querido Eros y Gracias florecientes,
mirlo o tordo y pudiera en la mano del mozo encon-
[trarse
y en ella sollozar y verter dulce llanto!

DIOSCÓRIDES

Meleagro (776, 23-24) emplea una perífrasis alusiva a los Dioscuros o hijos de Zeus (cf. el 299 de Calímaco) en vez de dar su nombre, lo cual quiere decir posiblemente que para él no se llamaba el poeta Dioscórides, sino Dioscúrides, palabra que no cabe en el verso: el dístico está, por lo demás, corrupto y nuestra introducción del ciclamino responde a una conjetura. No sabemos prácticamente nada de su vida. Si escribía poco después de la muerte de Macón (cf. 508), pertenecerá sin duda a la segunda mitad del siglo III, lo que explica que imite a Asclepíades (487 y 489) y Calímaco (490 y 520): también parece conocer a Leónidas (500, 513), Nicandro (514-515) y Riano (500). Sobre el lema del 522, nótense los contactos con Egipto de 498, 517-518, 521 y el dudoso 523, que harían pensar en la posibilidad (otra atribución alternativa, en 524) de que el lematista se refiriera en realidad a Glauco (cf. su intr.). En cambio, el 509 apunta a países nórdicos.

No sabemos que sea autor sino de epigramas: un escolio a Apol. *Arg.* I 740 habla de un poeta épico que escribió sobre la lira del héroe mítico Anfión, pero no es probable que a lectores de tal tipo de poemas se refiera 520.

En cuanto a los epigramas, abundan los de carácter epidíctico, puramente escritos para fines literarios sin pretensión alguna de que se trate, por ejemplo, de epitafios reales. Son notables la serie erudita 502-508, con atención especial consagrada a la evolución de los géneros; los que muestran interés por temas arcaicos con particularidades de tipo histórico-literario, como 501, 510 y 519; los que comentan ritos curiosos (487, 500, 509) o religiones extranjeras (512); el posiblemente autobiográfico 520; y, en fin, los amorosos, realmente bellos casi todos, tanto los heterosexuales (485-491) como los pederásticos (492-497).

485 (V 56)

El poeta se da cuenta de que está siendo indiscreto con tantos elogios de su amada (nótese el extraño gusto helénico por las cejas abundantes), que pueden atraer a otros, y cita como ejemplo de estos peligros la historia del rey Midas de Frigia. A éste le habían nacido orejas de burro por preferir la flauta de Pan a la de Apolo, pero lo ocultó a todo el mundo excepto, claro está, a su barbero. Éste, abrumado por la responsabilidad del secreto, no pudo resistir la tentación de contárselo a un agujero hecho en el suelo; pero nacieron allí cañas que, cuando el viento las movía, revelaban la historia (cf. Ovid. *Met.* XI 146-193). La metáfora de las redes y trampas cinegéticas la hemos visto en el 479 de Riano. En cuanto a la alusión al hueso que el amante va a dejar escapar, está en VII 100, atribuido a Platón; si es auténtico, Dioscórides le ha copiado, y si resulta apócrifo, a la inversa.

Me enloquecen sus labios de rosa que charlan sin pausa,
pórticos seductores de la nectárea boca;
sus pupilas, que, redes y trampas de mi alma, relumbran
bajo sus pobladas cejas, y sus pechos
del color de la leche, adorables y bien acoplados,
hermosos, deleitables más que flor ninguna.
Mas ¿a qué denunciar a los perros el hueso? Advertencia
contra la indiscreción son las cañas de Midas.

486 (V 138)

Enamoramiento del poeta ante una actriz o citaroda o ambas cosas llamada Atenion que cantaba un poema sobre Troya, Ilio o Ilión, en torno a la cual los Dánaos, nombre equivalente al de los Aqueos (cf. el 221 de Asclepíades), lucharon durante diez años.

Atenion cantó del funesto caballo; Ilio entera
ardía y yo también en ella me quemaba
sin tener que luchar los diez años del Dánao, que en-[tonces
en un solo día Troya y yo perecimos.

487 (V 53)

Epigrama en que hay ecos del 200 y quizá del 196 de Asclepíades y que está relacionado con el culto de Adonis. Las Adonias (cf. el 68 de Nóside) comenzaban por la tarde con una fiesta como la descrita en el mismo; a lo largo de la noche, las mujeres, sin hombres, velaban la imagen de Adonis con grandes lamentos y golpeándose el pecho descubierto en señal de luto (cf. Teócr. *Id.* XV 134-135) y al alba, también sin presencia de varones y con similares extremos, acompañaban la imagen hasta la playa, en que la arrojaban al mar. El poeta no ha podido ver nada de ello, entre otras razones porque el velatorio se ha desarrollado en una cabaña o tienda que recuerda a las citadas por Teócr. *ibid.* 119 en relación con la fiesta previa; pero todo este movimiento ha dado lugar a uno de esos infrecuentes encuentros entre hombres y mujeres (recuérdese el idilio II de Teócrito y tantas comedias nuevas) que son ocasión de amor en la época helenística. Ahora el poeta, repentinamente enamorado, querría ver a la muchacha otra vez con el pecho descubierto; si Adonis le concede el favor, está dispuesto a morir como el propio héroe.

Adonis querido, Aristónoe me hirió y me sedujo
golpeándose los pechos junto a tu cabaña.
Si ahora a mí solo el favor me concede, pretextos
no me pongas: a costa tómame de mi vida.

488 (V 193)

Lo omitimos porque no es más que una copia o segunda versión no muy distinta del mismo poema. Los dos primeros versos son diferentes: *Adonis, cazóme la lánguida Cleo golpeando / sus lácteos pechos en tu fiesta nocturna.*

489 (V 55)

Epigrama ante el que hallamos escandalizado *(pornografiquísimo)* al lematista. La metáfora hípica, esta vez fisiológicamente certera, procede del 198 de Asclepíades; la atrevida expresión del verso 7, del fragmento de Arquíloco que citaremos en 501; sobre la carrera larga, cf. 429 de Teodóridas.

A Dóride viendo en mi cama y sus nalgas de rosa,
me sentí como un dios entre flores frescas.
Me montaban sus piernas esbeltas y al fin de la larga
carrera de Cipris llegó sin desmayo
mirando con lánguidos ojos; sus carnes purpúreas
con la brega temblaban como hojas ante el viento;

hasta que, exhausto el vigor juvenil de uno y otro,
se derrumbó Dóride con miembros relajados.

490 (V 52)

Sosípatro, por cuya boca habla el poeta, desea que cuando, el día de la boda de su amada con otro, se entonen, como es costumbre, canciones nupciales a la puerta cerrada de la alcoba, Himeneo (cf. el 389 de Erina) oiga a los amigos de él referirse en sus cantos a la traición de ella. Quizá tengamos aquí imitación del 285 de Calimaco.

Nos hicimos común juramento con fiel garantía
de amor entre Sosípatro y Arsínoe; mas ella
mentía y son vanos sus votos y, en cambio, perdura
en él la pasión y no sirven los dioses.
Ojalá ante la puerta cerrada lamentos escuche
Himeneo que cuenten la traición de Arsínoe.

491 (V 54)

Jamás cara a cara en el lecho a tu grávida esposa
pongas cuando a la Cipris conyugal te entregues,
pues grande es el bulto allí en medio y no poca la brega
con el remar de ella y el ajetreo tuyo.
No, sino vuélvela y date a sus nalgas rosadas
pensando que te entregas a Cipris masculina.

492 (XII 169)

Ya escapé, Teodoro, a tu carga, mas, cuando decía
«Mi destino amarguísimo rehuí», me acosa
otro aún más amargo. Ahora soy de Aristócrates siervo
infeliz y temo tener un tercer amo.

493 (XII 14)

El poeta ha sido besado por un bello niño, hijo de una viuda por lo visto; si de mayor resulta tan expresivo en amor como promete, multitud de cortejadores rondarán su casa.

Si, llegado Demófilo, ¡oh, Cipris!, a edad sazonada,
va a besar a los mozos en la forma en que ahora
me ha besado este niño, jamás silencioso de noche
se encontrará el atrio de su casa materna.

494 (XII 37)

El Amor, tan malintencionado aquí, merece el epíteto que a Ares dedica Homero (*Il.* V 31, etc.): se ha puesto a esculpir un bello cuerpo varonil para que Zeus se olvide de Ganimedes (cf. el 280 de Calímaco y, sobre Anfípolis, el 468 de Nicéneto).

Como un juego las mórbidas nalgas plasmó de Sosarco,
el de Anfípolis, Eros asesino y quería
a Zeus excitar, pues sus muslos resultan aun mucho
más bellos que los del propio Ganimedes.

495 (XII 171)

Es un típico propémptico (cf. intr. a Erina). Eufrágoras ha marchado para asistir a alguna fiesta religiosa; ojalá vuelva pronto, aunque es un poco absurdo que se pida nuevamente el céfiro (cf. el 255 de Posidipo) para el regreso de quien marchó hacia oriente. Al final hay un eco de Teócrito (*Id.* XII 2).

Céfiro, dulce entre todos los vientos, lo mismo
que un día al bello Eufrágoras te llevaste como
peregrino, reduce a unos meses su viaje, que un breve
tiempo suele al amante parecer infinito.

496 (XII 170)

Con ocasión de un banquete, Ateneo juró al poeta, con toda la solemnidad de los ritos simposíacos, que siempre le amaría, pero no lo ha cumplido. En el epigrama, evidentemente fragmentario, se terminaría pidiendo a los dioses que le castigaran.

¡Oh, libaciones e incienso y los dioses que en torno
al ánfora registeis mi amor, como testigos,
seres augustos, os tomo, por todos los cuales
juró el mozo Ateneo, que a la miel se asemeja!

497 (XII 42)

Único ejemplo de metáfora piscatoria para lo erótico: cf. el 357 de Carfílides.

Llena tu mano si a Hermógenes miras y pronto
tendrá tu alma voraz aquello en lo que sueña
y verás desfruncirse sus cejas ceñudas; y, en cambio,
si pescas dando al mar tu caña sin cebo,
no sacarás otra cosa en el puerto que el agua;
no hay pudor ni piedad en ese rapaz mozo.

498 (VI 290)

Probablemente esta ofrenda de un abanico, con que se pide a la diosa que envíe su céfiro suave, se realiza ante el Cefirión (cf. el 452 de Hédilo); es lógico que, tratándose de la reina, se piense (cf. el 366 de Teócrito) en la casta Urania, pero, por otra parte, es chocante, a no ser como signo de tardío arrepentimiento, que sea tal la destinataria de lo que ofrece una hetera como producto de su actividad.

Su abanico, que siempre con suave aletear nos refresca,
a Urania consagró la muy dulce Parménide
como diezmo del lecho; que aleje el calor sofocante
de nosotros la diosa con sus céfiros blandos.

499 (VI 126)

Es usual en escudos y monedas, sobre todo de Sicilia, la triple pierna con juntura central de las tres caderas que disimula un círculo o, como en este poema, la cabeza más o menos redonda de Gorgo (cf. el 457 de Hédilo). Aquí se explica el emblema de este escudo ofrendado (cf. el 415 de Hegesipo): el enemigo quedará petrificado, como todo el que mira al monstruo, o, si quiere huir, necesitará tres piernas para escapar.

No es absurdo este emblema que puso en su escudo [el valiente
luchador Hilo, crete, que es hijo de Polito
y a la Gorgo grabó, la que en piedra a los hombres [transforma,
y tres piernas con ella que al enemigo dicen:

«Tú, que blandes tu lanza ante mí, no me mires y huye
con tres piernas delante de este veloz atleta».

500 (VI 220)

Nuevo desarrollo del milagro del león, que hemos visto en el 137 de Leónidas. Aquí hallamos nuevos elementos religiosos: el culto de Cíbele; uno de los Galos o eunucos (aunque aquí no se dice que lo fuera, pero su conducta dista de ser muy viril) que servían a esta diosa (cf. el 481 de Riano); toques rituales como la larga cabellera que se desmelena en el frenesí, el tamboril de las fiestas orgiásticas (cf. el 60 de Alejandro), la capillita (llamada aquí cueva o cámara) que con dicho instrumento ofrece el Galo en acción de gracias (tales miniaturas solían ser ornamentos de estos servidores de Cíbele), el propio león tan ligado a este culto divino (que quizá se disponía en un principio a castigar al eunuco por el entibiamiento de sus ímpetus), etc. Es interesante la situación geográfica: el Galo va a Sardes (cf. el citado epigrama de Alejandro) desde Pesinunte, en la frontera de Frigia y Galacia, al N. del río Sangario aquí citado. Todo esto apunta a una tendencia a trasladar el culto de la Madre (cf. el 128 de Leónidas) desde Frigia, de donde era originario, a Lidia: Hermesianacte (fr. 8 Pow.) y Pausanias (VII 17, 9) hablan de un impotente llamado Ates, casi igual que nuestro sacerdote, frigio, hijo de Cálao, que se trasladó a Lidia para introducir estos cultos, provocó allí la envidia de Zeus y fue muerto, con otros muchos, por un jabalí enviado como plaga, lo cual es causa de que los de Pesinunte no coman nunca cerdo; en Heródoto (I 34), Atis, igual ya que el eunuco, se llama el hijo de Creso, rey de Lidia, muerto en accidente de caza cuando perseguía a otro jabalí; según Estrabón (XII 567), Atis fue en tiempos el título genérico de los sacerdotes de Pesinunte, y, en fin, tal era el nombre muy conocido del amante o esposo de Cíbele.

A Sardes, lanzando a los vientos su loca melena,
desde Pesinunte la frigia el casto Atis,
camarero de Cíbele, en trance marchaba; enfrióse
el viento impetuoso de su éxtasis vehemente
mientras él caminaba en nocturna tiniebla y, dejando
a un lado el sendero, se internó en una cueva
pendiente; sus huellas seguía un león, espantoso
aun para hombres valientes y de forma indecible
para el Galo, que, mudo de angustia, tocó con sus
[manos

su tamboril bien tenso cual si un dios le inspirara.
Éste mugió gravemente y el muy valeroso
animal corrió, rápido como un ciervo,
soportar no pudiendo el profundo sonar que se oía.
Y él clamó: «A la orilla del río Sangario
esta cueva sagrada y la voz que hizo huir a la fiera
te consagro, Madre, pues salvaste mi vida».

501 (VII 351)

Es bien conocida la historia de las dos hijas de Licambes: de la mayor de ellas, Neobule, se enamoró el poeta Arquíloco (cf. el 378 de Teócrito), que fue rechazado por aquél, de lo cual se vengó con ataques tremendos contra padre e hijas, hasta el punto de que, según se contaba, éstas terminaron por suicidarse avergonzadas. Multitud de fragmentos de Arquíloco tiene relación con estos hechos o contienen invectivas del escritor contra las muchachas; en uno de ellos, el fr. 54 W., se jacta de haber seducido a la mayor y disponerse a hacer lo mismo con la pequeña; en el 38 W. alude a un encuentro con ésta; finalmente, el recientemente descubierto Pap. Colon. 7511, el más largo fragmento de Arquíloco, parece describir en términos impúdicos su seducción de la hija menor de Licambes, víctima del poeta solamente por venganza hacia el padre y Neobule. Aquí las Licámbides hablan en el Hades defendiendo su reputación: jamás tuvieron ocasión de encontrar al poeta y cuando éste, sin conocerlas, solicitó a Neobule, sería porque ni ella ni su hermana tenían fama de viciosas. Se llama rocosa a la isla de Paros (cf. el 447 de Euforión), aunque no lo es especialmente; se cita a los dioses para que sus efigies den testimonio de que no han visto en el templo pario de Hera a Arquíloco con ninguna de ellas (el citado papiro habla de una pradera que puede pertenecer al recinto); y a los demones, cuyas imágenes se hallaban en las calles, para que hagan lo mismo en cuanto a éstas.

No, por este lugar venerable en que estamos los muertos,
las hijas de Licambes no tenemos mala
fama, pues no deshonramos jamás a los padres
ni a nuestra doncellez ni a la rocosa Paros,
mas Arquíloco echó una horrorosa calumnia y terrible
reputación encima de nuestro linaje.
Jamás en las calles a Arquíloco vimos ni nunca,
por dioses y demones, en el gran templo de Hera.

Y él no habría querido engendrar sus legítimos hijos
en nosotras si fuéramos livianas y viciosas.

502 (VII 407)

Poema dedicado a Safo (cf. el 260 de Posidipo), quizá para comentar una escultura o pintura o para una edición de sus libros. La denominación de décima Musa se encuentra en IX 506, epigrama atribuido a Platón. Éreso, ciudad de la costa SO. de Lesbos, es la ciudad mencionada como natal de Safo por la *Suda*, aunque todos los demás autores hablan de Mitilene, cuya lengua (cf. el 430 de Teodóridas) es efectivamente eólica. Sobre Pieria y el Helicón, cf. el 183 de Leónidas y 369 de Teócrito. Safo escribió epitalamios en los que se celebraría al dios de las nupcias (cf. 490 y, sobre las teas rituales, el 389 de Erina), representado aquí por el estribillo *Himén Himeneo* con que se le cantaba. No sabemos de qué bosque sacral se habla, pero sí que Safo (frs. 140 y 168 L.-P.) escribió canciones para las fiestas (cf. 487-488) de Adonis, hijo de Cíniras, rey de Chipre.

¡Safo, dulcísimo apoyo del joven amante!
A ti con las Musas, pues como ellas cantas
cual su décima hermana de la Éreso eólide, Pieria
y Helicón rico en yedra te celebran; contigo
blande Himén Himeneo su antorcha brillante, posado
sobre los nupciales tálamos, y contemplas
el sacro recinto divino a Afrodita siguiendo
en su llorar al joven retoño de Cíniras.
Salve por siempre, señora, la igual a los dioses,
que aun tenemos tus cantos, tus hijos inmortales.

503 (VII 31)

Sigue la serie (cf. el 379 de Teócrito y 470 de Nicéteto) sobre Anacreonte. Esmerdies el trace era uno de los muchachos cantados por él (frs. 2, 21, 69 y 77 P.) junto a Batilo (cf. el 174 de Leónidas). Eurípile es mencionada en el fr. 27 P., que no nos dice que sea amada por el poeta, notoriamente bisexual en sus preferencias, sino que ella quiere a Artemón. Las flores citadas (de las que la viola, cf. el 83 de Nicias, es llamada *vespertina* precisamente por ello) eran empleadas para hacer guirnaldas de las usuales en los festines simposíacos: el vino a que se refiere Dioscórides es puro, como corresponde a un bebedor consumado (cf. el 452 de Hédilo), a quien tampoco podrá faltar la bebida de los dioses, el néctar, por ser

él mismo divino. Al final dice el texto griego *aun en casa de Deo,* es decir, en la tumba, que es la tierra, la mansión de Deméter. En general, el tono es el generalmente empleado en textos tardíos para hablar de Anacreonte como un adicto a toda clase de amores y festejos.

¡Oh tú, consumido en los huesos por causa de Esmerdies
el trace, señor de cortejos y fiestas,
Anacreonte, a quien aman las Musas, que sobre las copas
mil veces derramaste lágrimas por Batilo,
que solas se te abran las fuentes de vino y por parte
de los dioses los ríos del inmortal néctar,
que solos te traigan los huertos la flor vespertina,
la viola, y los mirtos se bañen de rocío,
que aun ahí te sea dado danzar muellemente beodo
tendiendo los brazos a la dorada Eurípile!

504 (VII 410)

Sobre Tespis, presunto creador de la tragedia en el s. VI. Como sus obras ya se habrían perdido en tiempo de Dioscórides, hay que pensar que el poema está escrito para una escultura o supuesta tumba. Se hace alusión a la sistematización de los espectáculos por aquel dramaturgo, pues antes las fiestas de Dioniso solamente llevaban consigo primitivas representaciones cuyos premios eran también rústicos: en la procesión de las Dionisias descrita por Plutarco *(Mor.* 527 *d)* se exhibían un ánfora de vino y una rama de vid seguidas de un macho cabrío, un cesto de higos secos y al final el falo. En el *Marmor Parium,* inscripción histórica hallada en Paros, se enumeran como premios del certamen cómico los higos y el vino; y del trágico el animal cuyo nombre, de una manera u otra, dio nombre a la tragedia. Al final quiere decir Tespis que, aunque es de prever que las nuevas generaciones innoven, y aun más las que vengan luego, a él ya nadie puede quitarle el mérito inicial.

Aquí estoy yo, Tespis, primero que el trágico canto
creé y a los aldeanos aporté gracias nuevas
cuando aun Baco sus rústicos coros traía y el premio
era un cabrón y un cesto lleno de higos áticos.
Si esto lo cambian los jóvenes, más todavía
innovará el futuro; pero lo mío es mío.

505 (VII 411)

Versos escritos quizá para un ejemplar de las tragedias del celebrado. Se empieza haciendo clara referencia a 504 y se distinguen luego la época anterior a Tespis (los retozos), la suya (las fiestas más hechas) y las innovaciones de Ésquilo, el famoso autor trágico del s. v, especialmente en el aspecto de la puesta en escena. Añade que los versos de este poeta no estaban trabajados y relamidos, sino que eran muestras de inspiración torrencial.

Esto es invento de Tespis, mas tales retozos
por el bosque silvestre con fiestas ya más hechas
Ésquilo fue quien las puso en la cima, el que versos
a cincel no hacía, mas bañados en agua
torrencial, y en la escena innovó. Boca diestra entre [todas,
eras uno de los viejos semidioses.

506 (VII 37)

Un viandante dialoga con la estatua no de un sátiro, como dice 507, probablemente emparejado con éste, sino de un actor que, en postura de danza, exhibe una máscara trágica (cf. el 301 de Calímaco). Se supone que está sobre la tumba de Sófocles (cf. el 361-362 de Simias), pero éste no fue enterrado en Atenas, como afirma el otro epigrama, sino en Decelia, demo ático, y su tumba tenía encima una sirena (Paus. I 21, 1) o una golondrina de bronce. Se trata, pues, de un monumento ficticio. El actor comienza por llamarse a sí mismo sagrado, como celebrante de un acto más religioso que teatral, y alude a la ciudad de Fliunte, sita en la Argólide, como cuna del drama satírico, supuestamente inventado allí por Prátinas a principios del s. VI. Puede pensarse que aquí dice literalmente que a él, un simple campesino que, después de sus tareas, actuaba en dramas satíricos sin apenas vestuario, ahora se le encuentra dedicado a representaciones trágicas con los bellos ornamentos inventados por Sófocles; pero, aunque nos dicen que éste introdujo en escena el báculo de los viejos y algún tipo de sandalias, quien dio verdaderamente a la tragedia su esplendor fue Ésquilo, citado en el epigrama anterior. Aquí, pues, parece pensarse, como Aristóteles (*Poet.* 1449 *a* 20), que la tragedia nació del drama satírico; y esto, atribuido un poco absurdamente al relativamente tardío Sófocles, es lo simbolizado en la metamorfosis del actor. La máscara que éste lleva tiene el pelo corto en señal de luto (cf. el 432 de Teodóridas); pertenecerá, por tanto, al *atrezzo* necesario para las tragedias sofocleas *Antígona* y *Electra*, cuyas protagonistas se hallan en situación patética.

—De Sófocles es esta tumba, depósito sacro
que me hicieron las Musas, amigo, por serlo
también yo; él me tomó cuando en Fliunte aun el trillo
[de tablas
pisaba, hizo de mí figura áurea y vistióme
con púrpura fina; mas luego murió y está inmóvil
ahora aquí mi pie danzarín y torneado.
—Feliz tú que en tan bella postura te exhibes. Mas esa
máscara rapada, ¿de qué obra procede?
—Si Antígona quieres o Electra llamarla, en lo cierto
estás; ambas son lo mejor que existe.

507 (VII 707)

La propia palabra inicial ya indica que el epigrama está intencionalmente unido a 506, pero aquí el actor se halla caracterizado como sátiro; dice llamarse Escirto, esto es, *Saltarín*, nombre muy propio para una de estas bestezuelas, y ostentar barba o más bien bozo rojizo, igualmente muy adecuado. Este personaje custodia la tumba del escritor Sosíteo, que, según la *Suda*, era siracosio, ateniense o natural de Alejandría de la Tróade (cf. intr. a Hegemón); pertenecía a la Pléyade, en la que rivalizaba con Homero el trágico (cf. intr. a Mero); y estaba en pleno florecimiento hacia el año 285. El sepulcro no está en la ciudad, sino, al parecer, en algún lugar campestre del Ática.

Lo que sigue está embarullado: Sosíteo devolvió al drama satírico (sobre la guirnalda como ornamento triunfal, cf. el 459 de Hédilo, y sobre la yedra como símbolo teatral, el 471 de Nicéneto) la dignidad y autenticidad de los tiempos de Prátinas y a autores y actores, que se habían ido acostumbrando a la deformación del género, les ha inculcado, dentro del cultivo del drama cuyo origen es dórico, renovados principios en que se mezclan alguna mayor virilidad, expresiones más solemnes y otras reformas por las que el tirso, tradicional atributo del dios teatral Dioniso, ha reflorecido si así puede decirse. ¿Es que Sosíteo, autor de tragedias y al menos un drama, *Litierses*, realizó en realidad tal revolución y en qué consistió ella? Creemos que ni el propio Dioscórides lo sabe.

También guardo yo, Escirto, el de bozo rojizo, un se-
[pulcro,
como en la ciudad otro de mi sangre el de Sófocles;
es de Sosíteo la tumba, el que supo la yedra
llevar en forma digna de los sátiros fliasios,

sí, por los coros lo juro, y a mí, ya a los modos
nuevos acomodado, me llevó hacia la patria
tradición; arrójeme de nuevo a la dóride Musa
con ritmo viril y, a los tonos solemnes
arrastrado, gusté de los ecos de un tirso más nuevo
gracias a la atrevida mente de Sosíteo.

508 (VII 708)

Epitafio para el comediógrafo Macón en su sepultura de Alejandría. Ateneo (241 *f* y 664 *a)* nos dice que era corintio o sicionio, pero vivió, escribió y murió en aquella ciudad egipcia y era considerado como el mejor escritor teatral después de los de la Pléyade (cf. 507). El propio Ateneo ha recogido muchos y extensos fragmentos de una colección de anécdotas en verso y trozos de dos comedias que no carecen de mérito.

En cuanto a la fecha, agrega Ateneo que era contemporáneo del comediógrafo Apolodoro de Caristo, ciudad de Eubea, que nació en el s. IV y vivió a lo largo del III, y mentor del gramático Aristófanes de Bizancio (cuarto director de la biblioteca, posterior a Eratóstenes, cf. el 679 de Dionisio, y anterior a Apolonio el idógrafo) en cuestiones relativas a la comedia. Puesto que éste fue discípulo de Zenódoto, el también gramático (cf. intr. a Filitas y Zenódoto), y de Calímaco, Macón, que, según aquí vemos, llegó a la vejez, sería contemporáneo de este último.

Sobre la yedra que ama el agón o certamen teatral, cf. 507; la metáfora corriente está invertida, pues aquí no es el muerto quien se viste de tierra, sino ésta la que se engalana con el difunto, que ahora no es un autor de vulgaridades manidas, sino de obras magníficas y dignas de las de la comedia antigua. Macón se jacta (cf. el 434 de Teodóridas) de que a Alejandría ha llegado la gracia picante (cf. el tomillo como especia en intr. a Teodóridas) de los tiempos del antiguo Aristófanes.

A Macón, el autor de comedias, ¡oh, tierra!, sé leve
y que brote en su tumba la flor de la yedra
que ama el agón, pues no vistes andrajos vulgares,
mas ropajes dignos del arte de antaño.
Y él dirá: «Junto al Nilo también el picante tomillo
de las Musas crecer suele, ¡oh, ciudad de Cécrope!»

509 (VII 485)

El lema llama a Alexímenes orgiofanta, es decir, participante en ritos báquicos de que son accesorios los tamboriles y protagonistas las tíades

(sinónimo de bacantes o ménades) con sus despeinadas melenas (cf. 500); pero es más aún, un flautista de Anfípolis o Eyón o alguna otra ciudad macedonia (aquí no se dice sino que su patria está bañada por el Estrimón, cf. el 468 de Nicéneto) que solía tocar en estas orgías. Los lirios son plantas funerarias.

Blancos lirios poned en la tumba, tañed los usuales
timbales junto al túmulo que a Aleximenes cubre;
haced que se agiten, frenéticas tiades, los rizos
de vuestras cabelleras por la ciudad estrimonia,
que, cuando él vuestras voces con dulces acentos seguía,
mil veces danzó al son de estos suaves ritmos.

510 (VII 450)

Aquí tratamos casi todo lo relativo al 26 de Escrión. Filénide (de cuya obra *Sobre lo venéreo* el Pap. Ox. 2981 nos acaba de transmitir unos fragmentos en prosa de contenido, por cierto, bastante inocente) debió de vivir a principios del s. IV, por lo que ahora se dirá; era de Samos (cf. el 329 de Calímaco) y su padre se llamaba Ocímenes, según el papiro (Aten. 220 *f* habla de Léucade, isla del mar Jónico, según se ve sin fundamento; y el lema del citado 26 sugiere Elefantina, ciudad de Egipto, lo que niega el de 510, con razón, pues éste o Elefántide era el nombre de otra autora de obscenidades); y escribió obras de materia sexual tenidas por muy inmorales en la Antigüedad (cf. unas Samias de vida disoluta en el 199 de Asclepíades).

Según Ateneo (335 *b*), el epigrama mencionado de Escrión, yambógrafo samio, que está también en la *Antología* considerado como anónimo y de Simónides, afirma (tal vez, apuntamos nosotros, por un sentimiento de solidaridad nacional) que fue el sofista Polícrates quien, para desacreditar a aquella mujer honestísima, escribió (y se entiende que puso a nombre de ella) el libro bien conocido y atribuye a Filénide quejas contra sus calumnias.

Si Polícrates es el famoso acusador de Sócrates, que murió hacia el año 370, la fecha de Filénide será la arriba indicada. En cuanto a Escrión, dice de él la *Suda* que fue un autor épico, mitileneo (pero cf. *supra*) y discípulo de Aristóteles; y Tzetzes (*Chil.* VIII 407) le atribuye la misma cuna. Lo que está claro es que aquí Dioscórides le imita.

Éste es de la samia Filénide, amigo, el sepulcro;
atrévete a hablarme y a acercarte a mi estela.
Yo no soy, por mi tumba lo juro, quien cosas infames
para las mujeres, al Pudor ofendiendo

como dios, escribió; yo soy casta. Si alguno ha forjado
un impúdico texto queriendo deshonrarme,
que el tiempo descubra su nombre y mis huesos se [gocen
al haberse de triste reputación librado.

511 (VII 484)

Los diez hijos murieron antes que ella; no se ve claro si también el marido.

Bío, que dio a Didimón cinco niñas y cinco
varones, no gozó de ninguno de ellos
ni de ellas; mujer excelente y fecunda, a su muerte
no la enterraron manos filiales, mas extrañas.

512 (VII 162)

Eufrates, esclavo persa, pide a su dueño que respete su religión cuando muera: su calidad de seguidor de Zoroastro le prohíbe la cremación, porque el fuego es elemento sagrado, y el lavado ritual del cuerpo, pues también lo es el agua. En realidad la tierra no debería ser profanada tampoco (los Persas entregaban los cadáveres a las aves de rapiña según Estr. XV 735), pero Eufrates comprende que el negarse a ser sepultado es demasiado pedir.

No me quemes, Filónimo, el fuego por mí no profanes.
Yo soy Eufrates, persa de origen; persas fueron
mis padres, señor, y peor que la muerte penosa
es mancillar el fuego para nosotros todos.
Confía a la tierra mi cuerpo, mas agua no viertas
sobre él; yo venero también a los ríos.

513 (VII 456)

Imitación del 152 de Leónidas (cf., sobre el oficio de nodriza, el 323 de Calímaco, y sobre el vino puro, 503).

A Silénide, el ama, que nunca una copa apartaba
de sí puesta a beber vino puro, en sus tierras
sepultóla Hierón por que junto al lagar estuviese
la tumba de aquella que tanto amó el mosto.

514 (VII 229)

El valor (cf. el 445 de Nicandro) y laconismo de los Lacedemonios era tradicional. Sobre Pítana, cf. intr. a Arcesilao. No se sabe de qué batalla se trata; quizá es la de Tírea, sobre la cual cf. el 446 de Nicandro y el siguiente epigrama.

A Pítana muerto llegó Trasibulo y tendido
encima de su escudo; siete veces le hirieron
los Argivos y siempre de cara. Al poner en la pira
a su hijo ensangrentado dijo el anciano Tínico:
«Los cobardes que lloren; sin lágrimas voy a enterrarte;
no sólo eras mi hijo, sino un Lacedemonio».

515 (VII 430)

Otra versión de la batalla de Tírea. Alcenor y Cromio vuelven al campo después de haber comunicado en su ciudad que Argos había vencido. Encuentran allí unas armas colgadas de una encina (cf. el 137 de Leónidas) como exvotos y un escudo, que parece ciertamente dórico (cf. el 5 de Hegemón), pero que a primera vista no se ve si es argivo o espartano (a pesar de que aquéllos eran redondos y éstos rectangulares), con una inscripción constituyendo un trofeo (cf. 499). Uno de los soldados se extraña de que haya sobrevivido un tercer argivo. El otro apunta la posibilidad de que quede algún espartano vivo. En efecto, Otríadas está moribundo y la inscripción proclama el triunfo de Lacedemonia tal vez con el nombre del propio guerrero, que ellos leen. El argivo pide a Zeus, padre de Argo, el fundador mítico de la ciudad, que no acepte tal reivindicación. El lema, e igualmente el del 691, dice que la historia puede hallarse en el libro IV de Tucídides, donde es mencionada Tírea (56-57), pero no la batalla.

—¿Quién tales armas recién conquistadas en esta
encina colgó? ¿De quién es este escudo
dórico inscrito? Está Tírea llena de sangre
de soldados y solos dos Argivos restamos.
—Mira todos los cuerpos caídos, no sea que quede
alguien vivo que a Esparta dé bastarda gloria.
—Tu marcha detén; la victoria pregona este escudo
propio de los Lacones y la sangre de Otríadas;

y su estertor aquí al lado se escucha. —Rechaza,
Zeus abuelo, el trofeo de una falsa victoria.

516 (VII 434)

Cf. 514.

Deméneta, que ocho hijos suyos mandara a la lucha
contra los enemigos, sepultólos a todos
en un solo sepulcro, mas no lloró entonces y dijo
únicamente: «Esparta, para ti los tuve».

517 (VII 76)

Gran paradoja. Un navegante (cf. el 312 de Calímaco) dejó el comercio por temor a las aguas del mar (sobre el paso a la labranza, cf. el 10 de Faleco) y se retiró a la ciudad egipcia de Menfis. Allí murió y ahora una inundación del Nilo le ha descubierto.

Cuando apenas Filócrito había dejado el comercio
y empuñado el arado, Menfis le enterró en tumba
extraña y allí le inundó la abundante corriente
del Nilo y desnudóle su violenta riada.
Así, quien en vida escapó al mar amargo, cubierto
por las aguas ahora tiene su sepulcro.

518 (IX 568)

Otro caso parecido. El agua del Nilo, tan estimada siempre incluso en las inundaciones, porque el limo dejado por ellas fertiliza la tierra, ha sido causa de desastre para Aristágoras.

Te llevaste, corriendo crecido por cauces errantes,
la casa y heredad, ¡oh, Nilo!, de Aristágoras
y cual náufrago el viejo nadó por su propio terruño
hacia la averiada finca de un vecino
y, al ver su esperanza del todo perdida, decía:
«¡Ay, gran esfuerzo que hice con mis viejas manos,
ya todo agua sois y el licor que es tan grato al labriego
esta vez amarguísimo rompió contra Aristágoras!»

519 (IX 340)

Según varios testimonios, entre ellos el *Marmor Parium* (cf. 504) y Plutarco *(Mor.* 1132 *f)*, Hiagnis, una especie de sátiro o sileno natural de Frigia, inventó la flauta y, en el modo musical llamado frigio, compuso partituras en honor de la Madre de los dioses (cf. 500), Dioniso y Pan (cf. 485). En cambio, otros (p. ej., Melanípides en el fr. 2 P.) afirmaban que la doble flauta (cf. el 458 de Hédilo) fue discurrida por Atenea, la cual, al ver que el tocarla afeaba sus facciones, la tiró al suelo; Marsias el sátiro (cf. el 175 de Leónidas) la recogió, inventó la boquilla (que permitía una postura más cómoda de los labios, cf. el 127 de Leónidas), desafió a Apolo y, como consecuencia de una apuesta, fue atado y desollado vivo por el dios que le había derrotado, bien en virtud de alguna trampa, según unas leyendas, o porque, como aducen otras, la lira permite al ejecutante cantar mientras tañe. Pausanias (X 30, 9) habla de que una melodía dedicada a la gran Madre fue compuesta por Marsias según los habitantes de Celenas, ciudad del SE. de Frigia donde se solía mostrar su piel según Heródoto (VII 26); y ciertas autoridades, entre ellas Metrodoro de Quíos (cf. intr. a su compatriota Teócrito) en Ateneo (184 *a)*, hablan de Marsias como inventor de la siringa y de la doble flauta. Por otra parte, en IX 266 Antípatro el tesaloniceo considera a Hiagnis como padre de Marsias, y así también Plutarco *(l. c.)*.

Aquí se defiende la invención para Hiagnis y se niega para Marsias, llamado pastor como en Filóstrato *(Im.* I 20) y otros textos; quizás al final (pues el epigrama está corrupto y probablemente incompleto) se hablara de la relación familiar entre ambos. Cíbela es el nombre de un monte de Frigia del que se habría derivado el de Cíbele (cf. 500); el Ida es otra montaña vecina, cercana a Troya (cf. el 190 de Arato); sobre la cámara y la alusión genérica a camareras orgiásticas, cf. 509 y lo citado allí.

Las flautas son obra de Hiagnis el frige en el tiempo
en que los ritos prístinos de Cíbela la Madre
de los dioses creó; y a su son la que sirve en la idea
cámara, enloquecida, la melena soltóse.
El pastor celenita antes de esto no había tañido,
pero se hizo famoso por su pugna con Febo.

520 (XI 195)

El que habla se queja de que, tras haber realizado un gran esfuerzo en la representación o lectura pública de los *Teménidas* de Eurípides (cf. el 300 de Calímaco), que no se sabe por qué son llamados aquí marinos y en los que aparecía probablemente una heroína llamada Hirneto, hija de Témeno, rey de Argos, el público le expresó su desagrado haciendo sonar crótalos, una especie de castañuelas; en cambio, un bailarín (cf. el 422 de

Aristódico) llamado Aristágoras tuvo gran éxito con una pantomima en que se imitaban los afeminados movimientos de un Galo (cf. 500). Ésta es prueba de mal gusto; el público prefiere el vulgar canto de la alondra al del cisne (cf. el 244 de Posidipo). Se ha pensado (cf. intr.) que quien habla puede ser el propio Dioscórides: sus manifestaciones recordarían a las de Calímaco en 332-333.

Bailó lo del Galo Aristágoras; yo con esfuerzo
grande representé los marinos «Teménidas»;
él se marchó con aplauso y a Hirneto la pobre
el sonar de los crótalos la acompañó al marcharse.
Al fuego, proezas heroicas, que suele la alondra
entre gentes incultas cantar mejor que el cisne.

521 (XI 363)

En una carrera de antorchas celebrada en Alejandría (cf. el 463 de Filóxeno) ha triunfado un tal Mosco; su madre es prostituta o dueña de burdel (cf. el 205 de Asclepíades); su padre, porquerizo, aunque se llame pretenciosamente Ptolemeo. Las mujeres de mala vida pueden parir hijos con tranquilidad, pues no habrá discriminaciones para ellos.

No hay pudor ya, Alejandreos; venció Mosco, el hijo
de Ptolemeo en la prueba de antorchas de los mozos.
¡Sí, Mosco, ciudad! ¿Dónde están ahora ya los horrores
de su madre y los tratos públicos de su casa?
¿Dónde su padre y sus sucias pocilgas? ¡Rameras,
parid, animadas por el triunfo de Mosco!

522 (VII 178)

Tema parecido al de 512: el esclavo de Lidia, que ha ejercido de pedagogo o preceptor con Timantes, muestra en su tumba agradecimiento hacia su dueño, que le ha sepultado como cuadraría a un hombre libre. El lema habla de Dioscórides el nicopolita (cf. intr.).

Sí, yo soy lido, soy lido, señor, mas en tumba
libre pusiste al hombre que te educó, Timantes.
Que dichoso prolongues e inmune tu vida y, si siendo
viejo hasta mí llegares, en el Hades soy tuyo.

523 (VII 166)

Sobre una mujer muerta (cf. 511) al dar a luz dos gemelos, que tampoco sobrevivieron. Un motivo para que el lema dude entre Dioscórides y Nicarco es que otra Nicáreta aparece en el 526 del último. Sobre la confusión entre Libia y Egipto, cf. el 255 de Posidipo.

Junto al Nilo las costas de Libia a Lamisca recubren,
samia de origen, hija de Éupolis y Nicáreta,
que su último aliento entregó a los veinte años con [tristes
dolores y a sus hijos gemelos llevándose.
Muchachas que dones veníais trayendo a la niña
en su parto, llorad sobre su tumba ahora.

524 (VII 167)

El lema habla de atribución a Dioscórides o a Hecateo de Tasos (cf. el 257 de Posidipo), que no sabemos quién es.

Di que Políxena soy, de Arquelao la esposa,
hija de Teodectes y la infeliz Demáreta;
fui madre hasta el parto tan sólo, pues, aun no pasados
veinte días, un dios se me llevó a mi niño;
y yo misma, la apenas parida y apenas casada,
morí a los dieciocho años siendo precoz en todo.

NICARCO

En el libro XI hay muchos epigramas de un autor que probablemente es del s. I d. J. C. y que se llama Nicarco. Hay cuatro, de todos modos, que parecen helenísticos (sobre 526, en que se imita a Leónidas, y 528 hay dudas) y puede verse además el 523 de Dioscórides.

525 (IX 330)

La figura itifálica de Pan, guardiana de una fuente junto con otras de unas ninfas (cf., por ejemplo, el 87 de Leónidas, 188 de Damóstrato y 384 de Teócrito), amenaza a los viandantes si no se portan bien. Al final una broma para el caso de que a los malhechores les guste el castigo. Al lematista le parece que en *el epigrama hay muchas tonterías.*

Junto al agua caudal de esta fuente a mí, Pan, el de patas
de cabra, con las ninfas Simón me ha colocado.
Y la causa hela aquí: está a tu alcance el beber cuanto [quieras
de la fuente y meter en ella vasijas,
mas no puedes lavarte los pies con el don cristalino
de las ninfas so pena de sufrir mis ataques.
Y, si no, que prestarte tendrás sin excusa ninguna
a que yo te penetre; tal es de Pan la norma.
Ahora bien, si de intento lo hicieres porque ello te [agrade,
hay también otro método: romperte la cabeza.

526 (VI 285)

El lematista no está seguro de que pertenezca a Nicarco. Una tejedora, sobre cuyo nombre cf. el 523 de Dioscórides, persona consagrada por tanto a Atenea, quema, no se sabe si a la puerta de su casa o a la de un templo de Cipris, los enseres (cf. 125-126 y 161 de Leónidas) de su oficio, en que se ha fatigado, para dedicarse a la prostitución, de que son emblema las alegres guirnaldas de los banquetes, que tanto aparecerán en adelante, y la péctide, sobre la cual cf. el 385 de Teócrito.

Nicáreta, sierva que fue de Atenea, aplicada
a la lanzadera y a tejer sin reposo,
para Cipris quemó en una pira el cestillo a la puerta
con las bobinas y otros enseres así hablando:
«Adiós, menester miserable de pobres mujeres
que su flor juvenil sólo consumir sabes».
Y la niña eligió las guirnaldas, la péctide, el dulce
vivir entre fiestas y cortejos diciendo:
«Cipris, el diezmo de cada ganancia he de darte;
a cambio de este oficio proporcióname el otro».

527 (VII 159)

Pausanias (I 44, 6) cita, en el camino de Mégara (cf. el 285 de Calímaco) a Corinto, la tumba de un flautista samio llamado Teléfanes (sobre la flauta doble, cf. el 519 de Dioscórides) que erigió Cleopatra, no la citada en el 236 de Asclepíades, sino la primera mujer de Filipo II (cf. intr. a Filitas). Se trata, pues, de alguien que vivió en el siglo IV. También hablan de él Demóstenes (XXI 17) y Ateneo (351 *e*), y Plutarco (*Mor.* 1138 *a*) menciona a un flautista de Mégara que debe de ser el mismo. Si tenemos aquí un verdadero epitafio (cf. el 368 de Teócrito), no será un epigrama helenístico y es dudoso que corresponda al mismo Nicarco de los poemas anteriores. Nótese la primera alusión al mítico Orfeo, cuya música (sobre la cítara, cf. el 387 de Teócrito) atraía a árboles y fieras, levantaba las piedras y aplacaba a los elementos y al que se consideraba como inventor del hexámetro y fundador de ritos místicos de tipo más o menos dionisíaco; y también a Néstor, el elocuente héroe de la *Ilíada*.

Orfeo a su cítara debe el honor de que goza,
Néstor a la elocuencia de su palabra dulce,
Homero el divino a sus versos con arte ensamblados;
Teléfanes, aquí sepultado, a sus flautas.

528 (VI 31)

No sabemos qué ofrenda este labrador a Pan (caracterizado como en el 385 de Teócrito), Dioniso y Deméter (cf. el 503 de Dioscórides), a quienes pide por su orden (cf. el 181 de Leónidas) las tres clases de productos que ellos patrocinan. El lema lo da como anónimo o quizá de Nicarco.

A Pan el caprino y Dioniso el que da buenos frutos
y a Deo, protectora de la tierra, esto ofrendo
y hermosos rebaños les pido y buen vino y opimas
cosechas de espigas a la hora de la siega.

ARISTÓN

Poco más sabemos de Aristón sino que sigue a Leónidas (529, 531) y Dioscórides (530).

529 (VI 306)

Imitación del 140 de Leónidas, sólo que allí se trata de ofrendas de un comilón. Son de notar un utensilio relacionado con cerdos o jamones (quizá gancho para sujetar o colgar), el tenedor mencionado en el epigrama citado y otros enseres fácilmente recognoscibles (cf., por ejemplo, el 353 de Diotimo). El cocinero, cuyo nombre está relacionado con su oficio, pues se llama *la chispa,* ha sido libertado y ofrece los instrumentos al dios protector de este tipo de menesteres.

Esta cazuela y el gancho de cerdos muy curvo,
  tenedor y cuchara que las gachas menea,
el soplillo de pluma y caldero en buen bronce forjado,
  el hacha y el cuchillo para cortar gaznates,
un cucharón para salsa, asadores, la esponja
  de frotar, un trinchante pesado, un majadero
para sal con su doble cotillo, la fuente de carnes
  y el mortero de piedra son útiles que a Hermes
como ofrenda de su arte Espinter, cocinero, consagra
  tras su fardo servil haber sacudido.

530 (VII 457)

Imitación del 513 de Dioscórides. El nombre de Ampélide es ya alusivo, pues se relaciona con las uvas. Esta mujer (sobre el bastón, cf. el 435 de Teodóridas) bajó a la bodega con una copa gigantesca (recuérdese, cf, el 277 de Calímaco, que el vino fue la perdición del ciclope Polifemo) y quiso

sacar vino de una gran tina sumergiendo el recipiente en ella; pero le fallaron las fuerzas de la otra mano, en que se apoyaba, y cayó al líquido en que se ahogó (nótese la metáfora náutica; sobre el accidente, cf. el 376 de Teócrito). Una amiga suya, Euterpe, se ocupó de que le enterraran cerca de las paseras, bastidores en que se secaban las uvas, y le erigió un sepulcro en que no sabemos qué emblema colocó.

Ampélide, amiga del mosto, que ya con apoyo
de un bastón sostenía su vejez vacilante,
quiso llenar su ciclópea copa a hurtadillas
en la nueva cosecha del lagar de Baco.
Pero su mísera mano fallóle al hacerlo
y la vieja nave naufragó en vino puro.
Y Euterpe un emblema de piedra a la muerta alusivo
puso sobre su tumba cercana a las paseras.

531 (VI 303)

Imitación del 121 de Leónidas (sobre otro erudito, cf. el 249 de Posidipo), pero aquí se amenaza fuertemente a los ratones para el caso de que vuelvan a devorar los libros del poeta. Sobre los higos secos, cf. el 301 de Calímaco.

Ratones, si pan vais buscando, marchad, pues en una
simple choza vivimos nosotros, a otra casa
en que queso grasiento roáis e higos secos y donde
las propias migas sean ya banquete opulento.
Mas, si habéis otra vez de aguzar en mis libros los [dientes,
lloraréis, llegados a un festín doloroso.

TIMOCLES

Autor absolutamente desconocido.

532 (XII 32)

Al parecer el amante recuerda a un hombre o una mujer, cuyos encantos ya van esfumándose, que la vejez llega pronto; no debe, pues, ser demasiado desdeñoso.

Recuerda, recuerda que dije una vieja sentencia:
«La juventud es bella, pero rápida corre».
Ni la más veloz ave en el éter podrá aventajarla.
Mira que ya todas tus flores se marchitan.

HERÓDICO

Natural de Seleucia, ciudad situada a orillas del Tigris, que aquí se identifica con la famosa y vecina Babilonia, Heródico fue, en el s. II (sobre su cronología, cf. intr.), un notable gramático de la escuela protegida en Pérgamo por los reyes Atálidas (cf. el 191 de Arcesilao), de la que era cabeza Crates de Malo, ciudad de Cilicia. Las disensiones entre esta escuela y la alejandrina explican la alegría con que en este feroz poema se celebra la expulsión de los seguidores de Aristarco de Samotracia (sexto bibliotecario de Alejandría, posterior al segundo Apolonio, cf. el 302 de Calímaco y 508 de Dioscórides) por parte de Ptolemeo VIII Evérgetes II o Fiscón, que reinó aproximadamente entre el 170 y el 116.

533 (Aten. 222 *a*)

La escuela filológica de Aristarco es acusada de excesivamente insistente y minuciosa en el estudio, por ejemplo, de formas difíciles o dudosas de pronombres.

De la Hélade huid como tímidas ciervas, surcando
del mar los vastos lomos, turba aristarquea,
moscardones que sólo zumbar monosílabos saben,
con *sphôin* y *sphin* y *min* y *nin* preocupados.
Mal viaje tengáis y que a Heródico, en cambio, le queden
la Hélade y para siempre Babilón la divina.

ALCEO

Alceo de Mesene, capital (cf. el 445 de Nicandro) de Mesenia, cuya vida debió de transcurrir en otros países (534, 550 y quizás 547 muestran relación con Tebas), era considerado como autor de dos obras críticas, una (Euseb. *Praep. ev.* X 3, 23) sobre los plagios del historiador Éforo y otra quizá (Pol. XXXII 6, 5) contra el gramático Isócrates. Se conservan en la *Antología* veintidós epigramas atribuidos o atribuíbles a él; los lemas de 546, 549 y 555 hablan de Alceo el mitileneo (cf. el 210 de Asclepíades) y el del 545 menciona al mitileno o el mesenio, pero la adscripción al lírico arcaico es imposible.

En 534 tenemos un elogio de Filipo V (cf. su intr.) que puede ser irónico o denotar sincera admiración. En el año 215, el rey intervino en los asuntos de Mesenia y se granjeó la aversión de este pueblo: quizá sean posteriores a esta fecha 535-536, claramente negativos; o se ha pensado que Alceo, a diferencia de sus paisanos, se mantuvo fiel a Filipo hasta el 198, en que el acuerdo de Macedonia con Esparta y su ruptura con la Liga Aquea indujeron a muchos griegos a poner sus esperanzas en el romano Tito Flaminino, caso en el cual dichos dos poemas corresponderían a los años 198-197, pues son anteriores a la batalla de Cinoscéfalas. Es, en cambio, posterior a ella 538, y 537 está entre 197 y 191. En cuanto a 547, fue escrito después del 205.

Alceo es autor multiforme y desigual. Sus epigramas políticos era difícil que no resultaran prosaicos; 547 y 553 son muy bellos, y 543 tiene también una cierta melancólica prestancia muy agradable; el manido tema de 551 está discretamente tratado; vulgar es la temática «cupidesca» de 539 y 552; más bien fría resulta la materia pederástica en 540 y 542, con caída hacia el mal gusto en 541; francamente flojos son 549 y 554, este último con antecedente remoto en Dioscórides. El 555 es dudoso.

El emblema floral de Meleagro (776, 13) hace alusión sin duda a la leyenda de que el jacinto ofrecía en sus pétalos unas letras que solamente los poetas podían interpretar, y, si éstas eran, según una versión de la historia, el lamento *ay, ay*, emitido por Apolo tras haber matado involuntariamente a su amado Jacinto, la alusión quizás estaría basada en el tono pesimista y agresivo de los epigramas políticos de Alceo.

534 (IX 518)

Hiperbólicamente (o satíricamente, cf. intr.) se considera a Filipo capaz de asaltar el propio Olimpo: hay un recuerdo homérico, el de *Od.* XI 305-320, en que los gigantes Oto y Efialtes pusieron el Pelión sobre el Osa, montes ambos de Tesalia, para hacer accesible el cielo.

Zeus Olimpio, tus muros levanta, que todo a Filipo
le es accesible; cierra tus broncíneos portales.
Ya el poder de Filipo domina los mares y tierras;
ya sólo la conquista te queda del Olimpo.

535 (IX 519)

Epigrama contra Filipo, célebre (cf. Paus. VII 7, 5) por su propensión a envenenar a enemigos y amigos y su afición al vino. El poeta pide a Baco, llamado aquí Leneo (cf. el 259 de Posidipo), que le embriague, como Odiseo (cf. el 221 de Asclepíades) a Polifemo (cf. el 530 de Aristón) en la *Odisea*, para hacer posible una horrible venganza (Tideo, héroe de la guerra de Tebas, hizo lo mismo con Melanipo, lo cual provocó la repugnancia de Atenea); pero también es posible que ya al principio haya otra malévola alusión al rey, por lo que se dirá sobre el epigrama siguiente. No tenemos idea de quién pudo ser la víctima de Filipo en el festín, acerca del cual resulta típica la alusión a la crátera con vino puro; es temerario pensar en los asesinados de que se habla en 536.

Voy, Leneo, a beber mucho más que el ciclope
cuando llenó su vientre de carnes humanas.
Beberé y ojalá que, aplastada la odiosa cabeza
de Filipo, sorber pudiera yo sus sesos;
pues, habiendo vertido ponzoña en la crátera pura,
gustó en el banquete la sangre de su amigo.

536 (XI 12)

El rey ha dado muerte a un tal Epícrates (un poeta cómico, o quizás un almirante rodio) y a un tal Calias (un poeta trágico, o un delio, o un agente al servicio del rey; en todo caso, un joven apuesto). El comienzo repite textualmente tres palabras de Homero *(Od.* XXI 295, cf. el 152 de Leónidas) referentes a Euritión (cf. el 316 de Calímaco): como él, Filipo se complace en la bebida y es inciuso un Caronte del vino, puesto que, como el barquero infernal (cf. el 143 de Leónidas), envía a la muerte a sus convidados, pero sus víctimas se alegrarán cuando alguien se aproveche también de su vicio para eliminarle, como hizo Odiseo (cf. 535) con el ciclope; por otra parte, el monarca es ya tan odioso como el siniestro tuerto mítico y como sus antepasados Filipo II (cf. el 527 de Nicarco), que perdió un ojo en el sitio de Metone, ciudad tesalia, y Antígono I (cf. el 288 de Calímaco), apodado el Monoftalmo o Ciclope.

También al centauro el licor destruyó, no a ti solo,
Epícrates, ni a Calias en su sazón amable.
Verdadero Caronte del vino es el tuerto; que puedas
muy pronto desde el Hades contestar a su brindis.

537 (VII 247)

Se dirigen al viandante los muertos de la batalla librada el año 197 en el lugar tesalio de Cinoscéfalas, en que la derrota de Filipo ante Roma, la Liga Etolia (cf. el 269 de Posidipo) y otros pueblos helénicos puso fin a la segunda guerra macedónica: las bajas no fueron tantas como aquí se dice, sino ocho mil según Plutarco *(Vita Flam.* 8-9). Parece, añade el historiador, que los Etolos, por afán de saquear, dejaron que Filipo se escapara velozmente (cf. el 500 de Dioscórides); éste, que no se habia comportado tan mal, no se indignó demasiado ante las dos últimas líneas del epigrama y se limitó (cf. 557 y 750) a parodiarlo con amenazas al poeta; pero Tito Quintio Flaminino, ya molesto por la forma en que los Etolos se adjudicaban el mérito, llevó a mal que aquí estuvieran citados antes que los Romanos. Probablemente esto fue causa de que Alceo retirara los versos 3-4, que no están en la *Antología*, aunque sí en Plutarco: el último de ellos fue aprovechado por el propio autor, en forma casi idéntica, para el 538, dedicado precisamente al elogio de Flaminino. Además, en la *Antología* se dice, contra el texto de Plutarco, *en esta tumba*, lo cual no parece muy lógico si se tiene en cuenta el *sin sepulcro* y el hecho conocido de que hasta el 191 (año antes del cual debió de ser escrito este poema) los muertos en la batalla estuvieron sin enterrar. Ematia es una parte de Macedonia y aquí se aplica a toda ella.

Sin sepulcro ni llantos, viajero, yacemos en esta
colina de Tesalia treinta mil soldados

vencidos del Ares etolio y las fuerzas latinas
que se trajo Tito de la espaciosa Italia.
¡Gran dolor para Ematia! Y Filipo, aquel alma valiente,
corrió más de prisa que los rápidos ciervos.

538 (XVI 5)

Véase lo anotado sobre el 5 de Hegemon y 537 y añádase el dato bien conocido de que Flaminino proclamó la libertad de Grecia en Corinto con motivo de los juegos Ístmicos (cf. el 189 de Arato) del año 196.

Trajo Jerjes la pérsica tropa a los campos helenos
y Tito llegó a ellos de la espaciosa Italia;
aquél, a poner servil yugo en el cuello de Europa;
éste, por liberar de esclavitud a la Hélade.

539 (V 10)

El amor es fuego que devora al hombre, guerrero enemigo que le persigue y destruye. Y todo ello sin mérito alguno, pues los dioses lo pueden todo.

Odio a Eros; ¿por qué violento no ataca a las fieras,
sino que con sus dardos mi corazón asalta?
¿Qué pueden valer para un dios las cenizas de un hom-
[bre?
¿Es glorioso trofeo mi cabeza sangrienta?

540 (XII 29)

El desdeñoso Protarco terminará por advertir que la juventud pasa pronto, como un veloz corredor dispuesto, en la prueba de relevos, a pasar su antorcha (cf. el 521 de Dioscórides) a otro más joven.

El hermoso Protarco no quiere, mas sé que algún día
querrá; la juventud corre con su antorcha.

541 (XII 30)

Nicandro, al que la multitud de sus admiradores hace displicente, no se da cuenta de que la aparición de vello en sus pantorrillas, rasgo inclu-

so graciosamente juvenil, preludia decadencias posteriores (cf. el 238 de Asclepíades). Esto debe ser un aviso para él.

El vello, Nicandro, tu pierna ensombrece; cuidado,
no te ocurra pronto lo mismo en el culo
y notes que no hay ya quien ame. Repara, aun es tiempo,
en la juventud que pasa irreversible.

542 (XII 64)

El joven Pitenor va a tomar parte en los juegos Olímpicos; sobre Pisa, cf. el 191 de Arcesilao; el Cronio o monte de Crono (cf. el 338 de Calímaco) es el cerro a cuya sombra está el recinto. El poeta teme que Zeus, impresionado ante la hermosura del muchacho, segundo hijo de Cipris después de Eros, repita la hazaña realizada con Ganimedes (cf. el 494 de Dioscórides) y le pide, en cambio, el amor del mozo.

¡Oh, Zeus, rey de Pisa! Corona al segundo retoño
de Cipris, Pitenor, al pie del Cronio abrupto,
mas no, convirtiéndote en águila, bajes a hacerle
su copero en lugar del Dardánida hermoso.
Y si en algo te ha sido agradable este don de mis Musas,
concédeme el amor del divino muchacho.

543 (XVI 7)

Poesía votiva con motivo de la ofrenda de los instrumentos músicos (flautas y boquilla, cf. el 527 de Nicarco y, sobre la expresión final, el 458 de Hédilo) por parte del flautista Doróteo de Tebas, que tal vez haya triunfado en un certamen, o al menos es respetado por las críticas que solían hacerse (sobre Momo, cf. el 338 de Calímaco) a este tipo de artistas, cuyas melodías eran a veces audaces o decadentes. Doróteo cantó los hechos trágicos de Troya (sobre cuyo fundador Dárdano, cf. el 280 de Calímaco y 542) y quizá, más concretamente, el luto por la muerte de Héctor, hijo de Príamo y Hécuba; a Sémele, que, herida por el rayo de Zeus, dio a luz prematuramente (cf. el 41 de Anite y 443 de Teodóridas) a Dioniso, llamado aquí Lieo como en el 181 de Leónidas; los acontecimientos finales de la guerra troyana, tras la introducción del caballo en la ciudad (cf. el 486 de Dioscórides). Probablemente se trataba de ditirambos, tradicionalmente dedicados a Dioniso, dios de la flauta, de quien los poetas son profetas o intérpretes cuando, como en este caso, acompañan al canto coral.

Uniendo al armónico coro sus flautas suaves,
Doróteo, inspirado por las eternas Gracias,

al aire lanzaba los duelos dardanios, la gesta
del caballo y el parto fulgúreo de Sémele.
Y él solo de Momo escapar a las alas ubicuas
pudo entre los sacros profetas de Dioniso.
Su linaje es tebano; su padre, Sosicles; al templo
de Lieo sus cañas consagra y su boquilla.

544 (VII 1)

Contaba una rara leyenda que Homero había muerto apesadumbrado porque las Musas, sus inspiradoras, eran ahora autoras indirectas de un enigma en verso que, en la pequeña isla de Ios, una de las Cícladas (donde, según Pausanias, X 24, 2, se exhibía una tumba del poeta), le plantearon unos jóvenes pescadores. El enigma, bien conocido por otros textos antiguos (cf. el 106 de Leónidas), era *los que cazamos los dejamos y los que no cazamos nos los llevamos*; su solución, los piojos del cuerpo. Ahora, el autor de la *Ilíada* y la *Odisea*, específicamente mencionadas en el epigrama (la última con cita de su protagonista, hijo de Laertes y natural de la isla de Ítaca, del mar Jónico), recibe, por parte de las nereides marinas y en agradecimiento por haber cantado Homero a una de ellas, Tétide, madre de Aquileo (cf. el 221 de Asclepíades), los mismos honores fúnebres que dedicó ella misma, por ejemplo, a Patroclo (cf. el 68 de Nóside).

A Homero, cantor de los héroes, matóle un enigma
dictado por las Musas a los niños de Ios.
Pero ungiéronle luego con néctar marinas nereides
y pusieron su cuerpo bajo un acantilado
porque a Tétide y su hijo loó y los combates de muchos
guerreros y las gestas del Laertiada de Ítaca.
Felicísima tú entre las islas del mar, pues, pequeña
siendo, al astro guardas de las Gracias y Musas.

545 (VII 55)

Hesíodo (cf. el 408 de Mnasalces y Tuc. III 96) había sido amonestado por el oráculo de Delfos para que huyera del bosque de Zeus Nemeo y, creyendo que se trataba del famoso santuario (cf. el 296 de Calímaco), lo evitó, pero fue a parar al territorio de los Locros Ozolas, donde había otro recinto consagrado a la misma divinidad con el mismo nombre y donde halló la muerte. Sobre ofrenda de leche a los difuntos, cf. el 164 de Leónidas.

En un bosque sombrío de Lócride el cuerpo de Hesiodo
lavaron las ninfas en sus manantiales
y un sepulcro para él erigieron. Pastores de cabras
lo regaron con mezcla de rubia miel y leche.
Tal era, en efecto, el cantar de aquel viejo que había
bebido el agua limpia de las nueve Musas.

546 (VII 536)

Hiponacte (cf. el 377 de Teócrito) se hizo célebre por su mordacidad e impudor: ahora, alrededor de su tumba no crece, por ejemplo, la bella parra (cf. el 362 de Simias), sino plantas estériles e hirientes. El viajero que pase junto a ella no debe pretender otra cosa sino que el muerto reciba el don benéfico del sueño dejando así también tranquilos a los demás.

Ni siquiera ya muerto el anciano criaba en su tumba
la dulce uva vinosa, sino sólo la zarza
y el piruétano acerbo que crispa al viajero los labios
y el gaznate reseco por la sed del camino.
Conténtese aquel que a la tumba del muerto se acerque
con desear benigno letargo a Hiponacte.

547 (VII 412)

Epitafio de Pílades, citarodo (cf. el 387 de Teócrito) de Megalópolis, ciudad de Arcadia, del que sabemos que tocó en los juegos Nemeos (cf. 545) del año 205. Un poco confusamente se amalgaman dos usos rituales para caso de luto: el dejarse la cabellera sin peinar ni trenzar y el cortarse el pelo a rape (cf. el 506 de Dioscórides). Apolo no puede sacrificar su divina melena, pero, en señal de duelo, se quita la guirnalda de laurel (hemos visto a un dios así ataviado en el 83 de Nicias y a él mismo en relación con esta planta en el 369 de Teócrito). No sabemos qué río es el Asopo, quizá no el bien conocido de Beocia (cf. intr. a Posidipo), región lejana respecto de Arcadia, sino un homónimo. El hogar de Dioniso es cualquiera de los teatros en que Pílades actuaba.

Pílades, llora la Hélade entera y se rapa
la cabellera ondeante, porque tú te nos fuiste;
y aun Febo quitóse el laurel de su intonsa melena
a su cantor y siervo debidamente honrando.

Las Musas gimieron y Asopo, escuchando el lamento
de las dolientes bocas, su carrera detuvo;
y cesó en el hogar de Dioniso la danza, pues ibas
por el camino férreo de las puertas del Hades.

548 (VII 495)

Inscripción para un cenotafio: el cadáver se perdió en el mar Egeo; sobre Arturo, cf. el 148 de Leónidas; sobre el Bóreas, el 206 de Asclepíades.

Fatal para el nauta es viajar con Arturo; así a Aspasio
la tempestad borea trajo amargo destino.
Junto a su tumba caminas, viajero; su cuerpo
bañado por las olas el Egeo lo oculta.
Toda muerte de un joven es triste, mas suele enlutarse
la mar con desastres dignos de mucho llanto.

549 (VII 429)

Epigrama rebuscado y soso en que el autor finge descubrir el enigma (cf. 544) de una lápida sepulcral en que sólo se lee dos veces la letra *phi* acompañada posiblemente de una figura de mujer (cf. el 272 de Posidipo). En primer lugar piensa en Quilíade, supuesto nombre equivalente al sustantivo que significa *millar*, porque dicha letra se usa como cifra para 500; pero la verdadera solución es otra: la mujer se llama Fídide, que en griego se puede descomponer como *phi dos veces*. El epigramatista puede jactarse de ser un nuevo Édipo.

Me pregunto a mí mismo por qué se escribió en esta [piedra
del borde del camino sólo una *phi* dos veces
grabada a cincel del cantero. ¿Quizá se llamaba
Quiliade la mujer a quien la tierra cubre?
Pues tal significa ese par a una cifra traído.
¿O acaso por el buen camino no marchamos
y era Fídide el nombre que cuadra a tan triste sepulcro?
El enigma, nuevo Édipo, descubrí de la esfinge.
Loor al que tal acertijo compuso en dos letras,
luz para los sagaces, tinieblas para el lerdo.

550 (IX 588)

Reflexiones ante una estatua honorífica (cf. el 257 de Posidipo) del atleta Clitómaco de Tebas (*la de las siete puertas*, dice literalmente el último verso conforme a la leyenda y a la verdad arqueológica) que se hallaba en el recinto ístmico de Posidón o en su ciudad natal; pero sabemos que tenía otra en Olimpia, donde logró grandes triunfos, como el del pancracio en el 216. Esta victoria del Istmo (cf. 538), citada por Pausanias (VI 15, 3), fue famosa por haber conseguido Clitómaco los premios del pugilato (cf. el 59 de Teeteto y 353 de Diotimo y nótense los terribles guantes con correas) y pancracio en el mismo día. La escultura debía de representar muy vivamente la fuerza hercúlea del vencedor. El epigrama está recogido en el Pap. Tebt. 3, con fragmentos de Asclepíades (239), Posidipo (267) y quizá del propio Alceo (556).

Como ves, extranjero, el broncíneo poder en la imagen
de Clitómaco, vio la Hélade su fuerza.
De quitar de su mano termina los guantes sangrientos
del púgil y hacia el fiero pancracio se encamina.
Ni en la prueba tercera manchó sus espaldas, y obtuvo
sin morder el polvo los tres premios del Istmo.
Único Heleno así honrado, su triunfo es corona
para Tebas la insigne y Hermócrates su padre.

551 (XVI 8)

Ante una representación pictórica o escultórica del suplicio de Marsias, sobre el cual cf. el 519 de Dioscórides y de cuya madre la ninfa nada sabemos. Atenea arrojó la flauta al verse reflejada en las aguas del lago Tritónide, de Libia, del que proceden sus apelativos Tritogenia y Tritónide. La muerte suplantó al premio que cabía esperar de un certamen así, bajo el que subyace la rivalidad entre la lira (en el original dice *forminge*, con palabra aplicable también a la cítara) como emblema del arte sereno y aristocrático de Apolo y la flauta, símbolo de una música más popular y emotiva. Sobre la expresión del verso 2, cf. 543; la del 7 está quizá relacionada con el empleo de tallos de loto para hacer flautas.

Ya no tocarás como antaño en la Frigia pinosa
cantando melodías con tu caña horadada,
ni en tus dedos florece el invento ya más de Atenea
Tritónide, ¡oh, sátiro de una ninfa nacido!
Ligaduras aprietan tus manos que a Febo retaron,
siendo mortal como eres, a divina querella.

Los lotos que dulces sonaban al par de la lira
no te dieron por premio guirnaldas, sino el Hades.

552 (XVI 196)

Apóstrofe a una escultura (cf. el 173 de Leónidas) que representa a Eros con las manos atadas a un poste, los pies trabados, la cara sucia quizá de lágrimas, en la actitud de un animal caído en la trampa del cazador (cf. el 485 de Dioscórides), privado de las poderosas armas con que enamora a los mortales. Pero es inútil; lo puede todo y escapará.

¿Quién así te trabó y te esculpió impíamente cazado?
¿Quién ató a la espalda tus manos y puso
manchada tu cara? ¿Qué fue de tus rápidas flechas,
pobre de ti, qué fue de tu aljaba abrasante?
En vano sin duda penó el escultor que al que enciende
de deseo a los dioses encarceló en tal trampa.

553 (XVI 226)

A una imagen de Pan que toca la siringa; así dice el lematista, aunque puede haber dudas en cuanto al instrumento; cf., con 551, el 46 de Anite y 370 de Teócrito, así como el 466 de Glauco y 527 de Nicarco.

Que tus labios rientes, ¡oh, Pan montaraz!, se deleiten
en esos acordes de tu pastoril caña;
el melódico son que del músico cálamo fluye
subraye en su armonía la letra en que te apoyas
y dancen en torno a tu ritmo las ninfas fluviales
golpeando la tierra con sus pies fogosos.

554 (VI 218)

Otra vez el milagro del león (cf. el 500 de Dioscórides). Aquí encontramos algunos elementos nuevos: el eunuco (de cuya castración se habla claramente) es un metragirta o sacerdote mendicante de Cíbele, la Madre o Rea, y se menciona el monte Ida (cf. 551 y lo citado allí); en una especie de verdadera conversión no carente de gracia, el león imita la danza frenética de los devotos; es teóricamente posible, en fin, que lo consagrado aquí por el monje agradecido fuera el propio león amansado (recuérdense los que tiran del carro de la diosa), pero Nonio (pág. 775 L.) recoge un texto de Varrón referente a un *simulacrum leonis* (cf., por ejemplo,

el 299 de Calímaco) que representaba en un santuario del citado monte a un león domesticado por los Galos.

Un siervo mendigo y eunuco de Cíbele andaba
por las cimas boscosas del Ida y al encuentro
salióle un león gigantesco que abría terrible
sus fauces hambrientas para devorarle.
Tembló ante la fiera cruel; ni a gritar se atrevía;
mas tocó el tamboril, movido por voz sacra,
y el monstruo cerró sus tremendas quijadas danzando,
la melena a los aires, en éxtasis divino.
Y el hombre, salvado de muerte espantable, ante Rea
depositó del león danzarín una imagen.

555 (VII 5)

Parece que el autor del epigrama (según el lema, anónimo o atribuido por algunos a Alceo) ha sabido que en la ciudad de Salamina (cf. el 436 de Teodóridas) habían erigido o querían erigir una estatua a Homero sumándose (cosa que sabíamos por la biografía del gran poeta que patrocinaba un tal Calicles) a las varias que se disputan su cuna y considerando como su padre a un tal Demágoras. El poeta protesta: ni aunque la estatua fuera de oro, toda reluciente, renunciaría él a su padre Meles y a su patria la isla de Quíos, donde los Horméridas formaban un colegio ritual dedicado a recitar sus versos. La cita de Meles más bien favorece la tesis de Esmirna (cf. intr. a Menécrates), basada en el hecho de que así se llamaba un río cercano a aquella ciudad, pero había una teoría conciliadora de Proclo según la cual Homero nació en ella, pero vivió en Quíos (cf. el 453 de Hédilo) enviado allí como rehén, que tal significa su nombre.

Ni aunque el martillo surgir como Homero de oro
me hiciera entre rayos flameantes de Zeus,
soy ni seré salaminio ni el hijo de Meles
lo será de Demágoras; ¡tal la Hélade no vea!
Con otro poeta probad; y mis versos vosotros
a los Helenos, Musas y Quíos, cantadlos.

556 (Pap. Tebt. 3)

Probablemente pertenezca a Alceo (cf. 550) un poema muy fragmentario en que parece haberse cantado la historia de Faetonte, hijo de Helio (cf. el 327 de Calímaco) y nieto de Hiperión, que pidió el carro a su padre

con desastrosos resultados, pues, desbocados los caballos por su inexperiencia, el mundo empezó a arder ante la excesiva proximidad del astro, hasta que Zeus tuvo que fulminar al auriga. Éste cayó al río Erídano, probablemente el Po, y allí le lloraron sus hermanas las Helíades, transformadas en álamos. No se ve bien por qué al parecer se llama a éstas las Libétrides, apelativo en general reservado a las Musas por su relación con Libetra, ciudad de la región de Pieria (cf. el 502 de Dioscórides). Los escasos fragmentos dan *las lamentosas Libétrides ... junto a las orillas del Erídano ... del carro y los aparejos de los caballos ... rotos, caídos en el polvo ... Faetonte, cuyas carnes devoró el rayo ... volver a ver la casa áurea del Hiperiónida ... llorarán al hermano muerto ... golpeándose los pechos ... fuego ardiente ... vinieron a la sede...*

FILIPO

Se trata de Filipo V de Macedonia, nacido el 238, rey entre el 221 y el 179, hijo de Demetrio II, nacido hacia el 275, rey del 239 al 229; buen militar, pero que contribuyó involuntariamente a la expansión romana por las enemistades que suscitó entre los pueblos griegos. Cf. también 750.

557 (Plut. *Vita Flam.* IX 3)

Cf. el 537 de Alceo.

Sin corteza, viajero, y sin hojas clavada está en esta
colina la alta cruz de que colgará Alceo.

558 (XVI 6)

Jactancioso epigrama en que Filipo, si realmente es de él un texto tan inmodesto en tal caso, tras hacer una hiperbólica alusión a su poderío (la Europa a que se refiere hay que limitarla en todo caso a Tracia o, todo lo más, los Balcanes), ofrenda despojos capturados a los Odrisas (cf. el 77 de Nicias) y a su rey Ciróadas, de quien no tenemos otra noticia. Se ha pensado que el texto puede referirse a la campaña que, según Polibio (XXIII 8, 4) y Tito Livio (XXXIX 53), realizó el rey en el 183, pero se ha objetado que, después de la derrota y humillación de Cinoscéfalas (cf. el 537 de Alceo), tales alegatos resultarían ridículos; puede tratarse de una expedición del 204. La diosa Enodia o de las encrucijadas puede ser Ártemis, Perséfone o Hécate (cf. el 416 de Hegesipo).

El dueño de Europa, nacido del bravo Demetrio,
el que manda por mar y por tierra en los hombres
como Zeus en los dioses, a Enodia despojos ofrenda
del valiente Ciróadas y de sus hijos y de
la Odríside entera; y con ello se eleva de nuevo
hasta el divino trono la gloria de Filipo.

DAMAGETO

Dos de sus epigramas, 563-564, sepulcrales como casi todos los a él atribuidos, conmemoran a muertos en combates de la llamada guerra Social, que tuvo lugar en 220-217 entre la Liga Aquea, protegida por Filipo V (cf. intr. a Alceo), y la Liga Etolia, favorecida por Esparta; probablemente 562 y 565, en que hay verosímilmente un eco de Nicéneto, se refieren a los mismos hechos; y Estéfano de Bizancio *s. v. Acte* dice que Damageto cita un lugar de Acarnania, cercana (cf. el 269 de Posidipo) a aquellos escenarios. Interés hacia Esparta se muestra en 561, miembro de una serie en que le precede Dioscórides, y 569; y parece que Egipto, con el que sorprendentemente se relaciona 559, estaba de parte de los Etolos según Polibio (IV 30, 8); en cuanto a los dos primeros epigramas citados, no son muestras de parcialidad hacia ningún bando, pues cada uno de los caídos militaba en uno de ellos. Las fechas del autor (cf. intr. gen.) se aclaran en el sentido indicado arriba en virtud de la que pueda atribuirse a 559; y, sobre su patria, apenas es posible aventurar sino que fue peloponesio y algunos han hablado de la Élide (cf. intr. a Riano y el 564) o Esparta, donde sabemos de personas llamadas como él. Meleagro (776, 21) hace referencia, acerca de Damageto, a la viola, sobre la cual cf. el 503 de Dioscórides.

559 (VI 277)

La oferente de un rizo de su pelo (cf. algo similar en el 482 de Riano), Arsínoe, debe de ser la hija de Ptolemeo Evérgetes. Sabemos que, con ocasión de la campaña contra Antíoco III de Siria (cf. intr. a Euforión), ella y su hermano el rey Ptolemeo IV Filopator (que nació hacia el 240 y reinó entre el 222 y el 204) arengaron al ejército; la batalla de Rafia se dio en el 217 y meses más tarde Arsínoe casó con su hermano. Aquí todavía es soltera, aunque de nuestra traducción no haya podido desprenderse; y probablemente la princesa ha imitado a su madre Berenice (cf. el

255 de Posidipo e intr. a Calímaco). Sobre los dardos de Ártemis, cf. el 426 de Teodóridas; sobre otro templo perfumado, el 297 de Calímaco.

Ártemis, dueña del arco y los bélicos dardos,
en tu templo oloroso la hija de Ptolemeo,
Arsínoe, un bucle dejó que ella misma cortara
de los deleitables rizos de su melena.

560 (VII 9)

Epitafio de Orfeo, hijo de la Musa Calíope (cf. el 259 de Posidipo y 527 de Nicarco): el final se refiere a la expedición, fracasada como se sabe, del héroe a ultratumba en busca de su esposa Eurídice. Sabemos por Diógenes Laercio (pról. 5) que esta inscripción figuraba en la supuesta tumba que se mostraba en la ciudad macedonia de Dión (Pausanias habla en IX 30, 7 de una columna, vecina a esta ciudad, que contenía un ánfora con los huesos de Orfeo), de modo que la alusión a Tracia, de la que el Olimpo no está tan cerca, es sólo aproximada como referencia a tierras nórdicas. Sobre Clímeno, cf. el 423 de Aristódico.

En las tracias laderas de Olimpo esta tumba recubre
a Orfeo, que fue el hijo de Calíope, la Musa,
a quien no desoyó el encinar, tras el cual acudieron
con las rocas sin alma los rebaños de fieras
silvestres, aquel que inventara los místicos ritos
de Baco y ciñó los versos al pie heroico,
el que incluso encantó con la lira el espíritu adusto
y el inexorable corazón de Clímeno.

561 (VII 432)

Sobre la batalla de Tírea; cf. el 515 de Dioscórides.

A Gilis el bravo recibe esta tumba, que en pro de
Tírea, Lacedemonios, pereció matando
a tres del ejército argivo y diciendo esta frase:
«Ya puedo sucumbir, pues fui digno de Esparta».

562 (VII 231)

Epitafio de un natural de Ambracia (cf. el 327 de Calímaco) que murió en defensa de ella. La ciudad, ocupada por los Etolos (cf. el 537 de Al-

ceo), fue asediada en el 219 (cf. intr.) por Filipo V (cf. intr. suya y a Alceo) y sus aliados (Pol. IV 61, 2-4).

Aquí en pro de Ambracia la muerte a la fuga, blandiendo
su escudo protector, prefirió Areímenes
el de Teopompo. Mas no te sorprenda, que a un Dorio
le preocupa su patria, no su juventud rota.

563 (VII 438)

Macatas es un miembro de la Liga Aquea muerto (cf. 562) frente a los Etolos; sobre ataques de este pueblo a Patras, ciudad de la Acaya, cf. Polibio en IV 6, 9 y otros lugares.

También tú, Macatas, moriste en el saco de Patras
y en plena sazón, llevando a los Etolos
la áspera guerra; es difícil que llegue un Aqueo
valiente a la edad de los cabellos blancos.

564 (VII 541)

Querónides era un natural de la Élide (cf. intr.), que en el 219 (cf. 563) se unió a la Liga Etolia e invadió la Acaya. No tenemos otra mención de Tafro.

En vanguardia, Querónides, fuiste y decías «La muerte
danos, Zeus, o bien el triunfo en el combate»
la célebre noche en que cerca de Tafro la aquea
contra ti el enemigo peleaba audazmente.
Por eso de modo especial tu virtud canta ahora
la Élide, pues diste tu sangre en tierra extraña.

565 (VII 540)

Imitación del 468 de Nicéneto. Esta ciudad no puede ser la famosa Tebas (cf. el 550 de Alceo) de Beocia, sino, probablemente, otra llamada igual en la Ftiótide (cf. el 433 de Teodóridas), país considerado tradicionalmente como eólico (cf. el 502 de Dioscórides). Perteneció a la Liga Etolia; en 217 Filipo V (cf. 564) tomó la ciudad, la denominó Filipópolis y llevó a ella colonos macedonios. Estos Traces es posible que sean soldados de Filipo. Sobre Zeus Hospitalario, cf. el 57 de Teeteto.

Di a nuestro padre Carino en la eólide Teba,
  por Zeus Hospitalario te imploramos, viajero,
que murió Polinico con Menis, y añade igualmente
  que no lamentamos el haber perecido
por la mano del Trace a traición, mas saber que le espera
  en atroz soledad una vejez sumida.

566 (VII 355)

Inscripción de la tumba de Praxíteles (que, contra lo que dice el lema, no es, cf. el 173 de Leónidas, el famoso escultor, sino un natural de Andros, isla del Egeo) en forma de diálogo entre el epitafio y un caminante. El muerto era buen poeta y, como Calímaco dice de sí mismo en 304, buen conversador.

—Emplead, caminantes, la grata expresión y honorable
  dedicando a Praxíteles el honesto un saludo;
de las Musas fue el hombre capaz instrumento, y hon-
[rado
  también en el banquete. —¡Salud, andrio Praxíteles!

567 (VII 497)

Inscripción de un cenotafio. El padre acongojado supone imaginativamente que su hijo, ahogado en el mar, yace insepulto en la costa Tiníade, del mar Negro o Ponto, o en alguna de las islas cercanas a ella.

Un día Timodes, llorando él también su desgracia
  inesperada, a su hijo Lico este sepulcro
vacío erigió, que no encierra su ausente ceniza,
  mas la costa Tiníade poséela o cualquiera
de las islas pontiades; allí su desnudo esqueleto
  e insepulto en inhóspita playa enseña sin duda.

568 (VII 735)

Téano, de la ciudad minorasiática de Focea, está muriendo, allí o en otra parte, mientras su marido navega.

Oye, ilustre ciudad de Focea, las últimas frases
que, al entrar en la estéril noche, dijo Téano:
«¡Ay, triste de mí, que en la rápida nave atraviesas
el mar, esposo Apélico, mientras junto a mi cama
me acecha la muerte! ¡Ojalá perecer yo pudiese
tomando tu mano con mi mano amante!»

569 (XVI 1)

Para la estatua de un luchador lacedemonio. Sobre los de Argos, cf. el 353 de Diotimo; nada sabemos de tal deporte en la capital de Mesenia (cf. el 445 de Nicandro), pero sí nos consta que Mesene pertenecía a la Liga Aquea y fue derrotada en 218 por un espartano llamado Licurgo (Pol. V 20, 1-4).

No soy luchador de Mesene ni de Argos; Esparta,
Esparta fue mi patria, la de ilustres varones.
Hábiles eran aquéllos, mas yo, como a un hijo
de Lacedemonios cuadra, venzo en la lucha.

570 (XVI 95)

Floja descripción, quizá no atribuible a Damageto, de una escultura o pintura en que pelea Heracles, hijo de Zeus (cf. el 380 de Teócrito) y de Alcmena, nieta del argivo Perseo (cf. el 203 de Asclepíades y 353 de Diotimo), con el león de Némea (cf. el 296 de Calímaco).

El león es de Némea; argivo es el hombre; sus sangres
entre las fieras y héroes sobresalen sin duda.
Van de frente a la lid con aviesa mirada, dispuestos
a luchar uno y otro por sus propias vidas.
¡Que al de Argos sea dado triunfar, oh, Zeus padre, y
[de nuevo
vuelva a ser posible transitar por Némea!

HERMOCREONTE

No es ni siquiera seguro que haya existido un tal epigramatista, pues el nombre en 572 denota tan sólo al oferente: en cuanto a 571, el lema habla de Hermocreonte o de Platón.

571 (XVI 11)

Habla una estatua de Hermes (cf. el 469 de Nicéneto y, sobre Maya, el 87 de Leónidas) que está en un bosquecillo.

Detén, caminante, tu andar bajo el plátano umbroso,
cuyas hojas el céfiro suavemente agita,
junto a mí; yo soy Hermes, el hijo de Maya, a quien [puso
Nicágoras aquí cual protector del campo.

572 (IX 327)

Inscripción que consagra una fuente a las ninfas Hidriades (cf. el 188 de *Damóstrato*).

Ninfas Hidriades, que en don de Hermocreonte esta [ofrenda
recibisteis en pago del agua cristalina,
os saludo; saciaos del limpio licor y que pisen
vuestros pies deleitables el húmedo recinto.

SAMIO

Así le llama Meleagro (776, 14 con tópica alusión al laurel), y Plutarco (*Mor.* 53 *e*) habla de alguien con tal nombre que criticó a Filipo V (cf. su intr. y la de Alceo); pero Polibio (V 9, 4) le denomina Samo, dice de él que fue hijo de Crisógono (consejero del rey, citado en VII 12, 6 y IX 23, 9) y se crió con Filipo (nacería, pues, hacia el 235, algo más tarde que el soberano) y añade que, en el saco de Termo, del 218 (cf. el 268 de Posidipo y 565 de Damageto), Samo fue autor de una parodia (cf. el 300 de Calímaco y 520 de Dioscórides) de Eurípides (*Suppl.* 860), alusiva a la cólera real, que los soldados escribieron en las paredes, lo que fue causa de que se ordenara la muerte del poeta (Pol. XXIII 10, 9). El lema de 573 habla de Samo o Simias (este último evidentemente más antiguo); el de 574, de Simias el gramático o de Filipo el tesaloniceo, epigramatista demasiado moderno para el caso. Hay que suponer, pues, que el lema se refiere en realidad a Samo o Samio (también aparece la misma confusión en el 364 de Simias); o quizás el autor es el propio rey Filipo.

573 (VI 116)

Filipo (cf. intr.) ha dado muerte, en la cordillera del Orbelo, que separa Macedonia (cf. el 537 de Alceo) de Tracia, a un colosal bisonte o uro, especies hoy extinguidas, pero que se daban en aquellos países; y consagra los despojos de la pieza a Heracles, hijo de Anfitrión y nieto de Alceo, mítico antepasado de la familia de los Antigónidas, que venció a Ergino, rey de los Minias de Orcómeno (cf. el 408 de Mnasalces). La ciudad macedonia de Berea era tenida probablemente por la cuna del citado linaje real.

A ti, Alcides, que al Minia venciste, dedica Filipo
como ofrenda el pellejo curtido y cornamenta

de un toro que muerte encontró cuando, altivo y fu-
[rioso,
llenaba de mugidos el rocoso Orbelo.
Que se seque la envidia y aumente tu gloria el linaje
del señor bereeo que reinó en Ematia.

574 (VI 114)

Aunque no hay duda (cf. 573 e intr. sobre el lema) de que el animal era enorme, no están claras sus dimensiones. El verso 1 habla en el original de una braza (cuatro codos, cf. el 222 de Asclepíades, es decir, la longitud de ambos brazos extendidos, que con optimismo puede alcanzar incluso más de 1,50 m.) y el 3 de catorce doros (el doro equivale a la palma, cf. el 124 de Leónidas, con lo que tendríamos algo así como un metro).

Aquí estamos la piel y los cuernos inmensos de un toro,
trofeos de catorce doros que al Anfitriónida
trajo el rey, cuyo recio venablo por tierra abatiera
la fiera que a su encuentro venía furibunda
en los pastos del pie del Orbelo. ¡Dichosa con mucho
la Ematia, que por tal soberano es regida!

CRATES

De los cinco epigramas que le atribuye la *Antología* (cf. también el 265 de Posidipo), cuatro son del bien conocido filósofo cínico Crates de Tebas, prehelenístico (cf. el 307 de Calímaco). En 575 tenemos, como en el 437 de Teodóridas, un ataque a Euforión (cf. intr. a éste). Se ha supuesto que el autor pudiera ser (cf. intr. a Heródico) Crates de Malo, contemporáneo de Aristarco, pero Diógenes Laercio cita (IV 23) un epigramatista de tal nombre. En todo caso, el poema (cf. intr. gen.) no será muy posterior a la muerte de Euforión.

575 (XI 218)

Aparentemente (cf. intr.) se trata de crítica literaria, pero el nombre de Quérilo de Samos, del s. v, autor de un poema épico sobre Persia y puesto aquí en parangón con Antímaco, sobre el cual cf. el 341 de Calímaco, recuerda un término empleado para las partes pudendas femeninas; luego surge una palabra que no sólo significa *glosa,* vocablo desusado como los que aparecían en los textos de Euforión, sino también *lengua;* Filitas es nuestro epigramatista (cf. su intr.), pero en su onomástico se contiene por implicación el verbo *amar* o *besar:* y, aunque parece hablarse de devoción hacia Homero, el nombre de éste evoca también el del muslo.

Aunque Quérilo queda por bajo de Antímaco en mucho,
  Euforión siempre a Quérilo tenía en la boca
y escribía poemas con glosas y bien se sabía
  las cosas de Filitas, como homérico que era.

TIMNES

Su nombre parece ser cario; así se llamaba un hombre de aquel país en Heródoto (VII 98), que cita también a otro Timnes oriental sin duda (IV 76). Nada más sabemos de él; imita a Leónidas en 582 y a Asclepíades en 581 y escribe epitafios de animales (579-580) que recuerdan a los de Ánite. Ignoramos por qué elige Meleagro (776, 19) el álamo como su árbol simbólico.

576 (VI 151)

Mico, natural de Pelene (cf. el 259 de Posidipo), al retirarse del servicio ofrenda a Atenea Iliade (con esta advocación, relacionada con Ilión, cf. el 486 de Dioscórides, se le daba culto en varias ciudades y más especialmente en el templo de Troya en que sacrificaron Jerjes, cf. el 538 de Alceo, y Alejandro Magno como nos cuentan Heród. VII 43 y Plut. *Vita Alex.* 15) su trompeta (cf. el 452 de Hédilo; estos instrumentos solían considerarse procedentes de Tirsenia o Etruria), a la que pone en relación con Ares en graciosa metáfora y con la que se daba la señal del combate o se acompañaban, junto al altar ritual, ceremonias pacíficas.

He aquí la flauta pesada de Enialio que ofrenda
a Atenea Iliade Mico el peleneo,
obra tirsena en que el hombre sopló tantas veces
dando la señal de la paz y la guerra.

577 (VII 477)

Esta mujer, procedente de Egipto, fue sepultada en Eleuterna, ciudad de la costa N. de Creta.

No te aflija en exceso, Filénide, el no haber hallado
al borde del Nilo la tierra a ti debida

y que tenga Eleuterna tu tumba: común para todos
es el camino que por doquier lleva al Hades.

578 (VII 729)

El niño murió antes de cumplir los diez días provocando también la muerte de su madre, que podría haber tenido muchos otros.

No engendró bajo buenos auspicios Eveta, la esposa
de Tritón, o no habría muerto al parir la pobre.
Un solo niño llevóse hasta el Hades a muchos
y a ella sin llegar a la décima aurora.

579 (VII 199)

No sabemos de qué ave cantora se trata; sobre el alción, cf. el 405 de Mnasalces.

¡Ave que amaron las Gracias, oh, tú, cuyo canto
podía compararse con el de los alciones!
Te mataron posada en tu olivo; los mudos caminos
de la noche tus vuelos y dulce voz poseen.

580 (VII 211)

Los canes de Mélite (que puede ser Malta o una isla situada frente al Epiro) eran muy apreciados, pero generalmente se les cita como falderos y éste es un formidable perro guardián llamado *el toro*. Timnes repite casi textualmente el final de 579.

Dice esta piedra cubrir al muy fiel can de Eumelo,
veloz guardián de Mélite, que llevó en vida el nombre
de Tauro; pero hoy está muerto y tan solo los mudos
caminos de la noche su ladrido poseen.

581 (VII 433)

Era bien conocida la anécdota de la madre espartana que mató a su hijo cobarde, aunque aquí solamente se diga de él que transgridió las normas usuales al respecto. El epigrama puede ser imitación del 239 de Asclepíades y fue a su vez muy imitado en lo tardío. Está también recogido por Plutarco *(Mor.* 240 *f*-241 *a)*, pero con problemas textuales en virtud de

los cuales hay editores que abrevian nuestro poema a partir del principio de 5, con lo que quizá gane, pues en su estado actual resulta deshilvanado. Plutarco llama a la madre, con la forma dórica, Damatria y al joven Damatrio. La maldición de la primera es un poco complicada: que el Eurotas (cf. el 461 de Faeno), por odio a los cobardes, niegue sus aguas incluso a los tímidos animales (cf. el 537 de Alceo) que ninguna culpa tienen de serlo.

Por haber transgredido la ley a Demetrio su madre
—lacedemonio él, lacedemonia ella—
mató; y, asestándole el golpe con arma aguzada,
dijo, buena Lacena, con rechinar de dientes:
«Ve a la tiniebla, cobarde retoño; que Eurotas
por odio a ti aun para las tímidas ciervas
se seque; ve al Hades, espíritu vil, perro inútil;
vete, no es hijo mío nada indigno de Esparta».

582 (XVI 237)

Cf. el 167-168 de Leónidas, 384 de Teócrito y 525 de Nicarco: este Priapo (cf. el 449 de Hédilo), que habla desde su estatua, no respeta ni al venerable dios Crono (cf. el 542 de Alceo).

Ataco a quien sea, aun a Crono, que a nadie distingo
si se acerca a robar aquí en este huerto.
No está bien, se dirá, que hable así de unas yerbas o [de unas
calabazas. No está bien, pero lo digo.

AGIS

Nada conocemos de Agis (que no tiene por qué ser el poeta épico argivo o el escritor culinario así llamados, cf. el 456 de Hédilo) excepto un solo epigrama, afín en su temática y fraseología a Leónidas (cf. 88, 97 y 113).

583 (VI 152)

Un cazador y pajarero dedica a Apolo los instrumentos de su oficio: las estacas de la red (cf. el 479 de Riano y 552 de Alceo), las cañas para cazar aves (cf. el 398 de Mnasalces y 484 de Riano), la vara arrojadiza utilizada contra las liebres (cf. el 370 de Teócrito).

Estacas y alados bastones Midón te consagra,
Febo, con las cañas untadas de liga.
Modesto en su oficio, modesta la ofrenda; mil veces
podrá multiplicarla si más y más le ayudas.

QUEREMÓN

Nada sabemos de él, salvo que Meleagro (776, 51) le simboliza en el loto, nombre (cf. el 51 de Alceo) que puede aplicarse a varias plantas. Dos de los tres epigramas conservados (585-586) se refieren a un tema tópico en que le precede Damageto, y en general es muy helenística la celebración (cf. p. ej., el 445 de Nicandro y el 514 de Dioscórides) del heroísmo espartano.

584 (VII 469)

No sabemos cómo murió gloriosamente Eubulo: si fue en una batalla, no parece adecuada la alusión a su infelicidad.

Inferior en destino entre todos a Eubulo su padre
engendró, Atenágoras, mas superior en gloria.

585 (VII 720)

Sobre un muerto en la batalla citada por última vez en el 561 de Damageto: aquí se emplea el plural para el nombre de Tíreas. Puesto que los Espartanos la habían ocupado, este defensor, Clevas, llamado hijo de Etimocles en el texto, debe de ser lacedemonio.

Moriste tendiendo en defensa de Tíreas tu lanza,
¡oh, Clevas!, y apropiándote la tierra discutida.

586 (VII 721)

También sobre la batalla de Tíreas. No se sabe quiénes son las dos personas citadas, quizá dos Espartanos o un Espartano y un Argivo. Según Pausanias (II 20, 7), en el teatro de Argos había un grupo escultórico que representaba a Perilao, hijo de Alcenor, uno de los dos Argivos super-

vivientes (cf. el 515 de Dioscórides), matando a Otríadas. Quizás éste le hería a su vez y los dos moribundos componían la escena.

Eran iguales las tropas de Esparta y de Argos,
iguales nuestras armas, Tíreas el premio
de la lucha; a volver nos negamos a casa unos y otros
y a las aves dejamos anunciar nuestra muerte.

FANIAS

Los lemas de 587 y 591 le llaman Fenias, pero el nombre correcto aparece en Meleagro (776, 54), donde se cita una flor que tendría el color del lapislázuli y por ello habría recibido de él su denominación. En el de 594, donde hay atribución alternativa, se le llama gramático, ignoramos por qué, y en 591 emplea, para referirse a la aceituna, un vocablo latino, lo cual indica fecha tardía y contactos con Italia. Imita a Leónidas en 591 y a Alceo en 587.

587 (XII 31)

Pánfilo se va haciendo mayor, como otros muchachos en el 540-541 de Alceo; pronto dejará de ser el mozo deseado para sumarse a la normalidad del amor heterosexual o buscar él también compañeros más jóvenes. Debe, pues, aprovechar el tiempo. No está claro por qué se invoca a Temis, la diosa de la justicia.

Sí, por Temis lo juro y la taza de vino en que floto,
poco es el tiempo, Pánfilo, de amor que te queda.
Ya el vello en tu muslo y mejilla florece; ya es otra
locura amorosa la que va a poseerte.
Mas, si quedan en ti vagas huellas o chispas, no dudes
ni te abstengas; amiga la ocasión es de Eros.

588 (VI 294)

Un maestro retirado (cf. el 190 de Arato) dedica a Hermes los enseres de su oficio, entre ellos un bastón (cf. el 530 de Aristón) que tal vez servía de puntero o para castigos graves; varios utensilios para azotar a los alumnos ignorantes o rebeldes, entre ellos la caña o férula con que, hay que suponer que suavemente, se solía golpear las cabezas; un zapato grue-

so como el que veremos en 724 y que, deteriorado, ha quedado reducido a una poco peligrosa suela; y el gorrillo que le preservaba de las inclemencias del triste local.

El bastón que sus pasos guió, la correa, la siempre
preparada férula que la sien de los niños
golpeaba, la fusta aceitada y flexible, la suela
de sandalia, el bonete que su cabeza calva
cubría, Calón, impedido en sus miembros seniles,
a Hermes como instrumentos del magisterio ofrenda.

589 (VI 295)

Ofrenda de un escriba que, al obtener un modesto empleo en algo relacionado con los impuestos que la hará mejorar de vida, dedica a las Musas (cf. el 502 de Discórides) los instrumentos de su ocupación: cortaplumas, limpiaplumas (una esponja para las cañas, entre las que eran famosas las de Cnido, cf. el 274 de Heraclito, según Plin. *N. H.* XVI 157), regla (paralelamente a ella se deslizaba rodando un disco de plomo que con su borde marcaba el renglón sobre el que luego se escribía y que, puesto horizontalmente encima del papiro, lo alisaba), la tinta negra, la piedra pómez empleada para suprimir o allanar rugosidades, el compás cuyas dos patas se podían separar y que no sólo servía para hacer circunferencias, sino también para marcar puntos y señalar distancias en la página, el bloque de tinta en polvo coloreada.

La navaja que talla las plumas, la esponja que enjuga
las cañas de Cnido, la regla que encuadra
la página y marca el renglón como guía a la pesa
de alinear, el tintero con la piedra pómez
que alisa, el compás de tornillo y la roja pastilla
brillante a las Piérides ofrendó Acestondas
como enseres de mísero oficio cuando hubo obtenido
un mendrugo en el rico festín de la alcabala.

590 (VI 297)

Un labrador deformado por el trabajo ha hallado al cavar un tesoro, lo que le permite dejar su oficio y ofrendar a Atenea sus aperos; de ellos son particularmente oscuros la traba (quizás usada para animales) y soporte; todos los demás son útiles propios de un cavador.

Alcimo un gario mellado y un trozo de azada
sonora al que falta su mango de olivo;
la traba y soporte, la maza que aplasta terrones
en el campo, un pico de cavador mocho
y el rastrillo que barre con unas espuertas zurcidas
para acarrear tierra consagró en el atrio
de Atenea al hallar un tesoro; si tal no encontrara,
encorvados al Hades llegaran sus lomos.

591 (VI 299)

Humilde ofrenda (sobre el vino, cf. el 178 de Leónidas) a Hermes (cf. el 571 de Hermocreonte) y Afrodita (cf. el 366 de Teócrito) junto a algún santuario o santuarios situados cerca del mar: si vienen mejores tiempos, se ofrecerá algo más sustancioso (cf. el 120 de Leónidas, que igualmente aporta de momento uvas e higos, y también el 181 del mismo y nótese lo dicho en intr.).

Un racimo de espléndidas uvas te está destinado,
Hermes del camino, y un trozo de pingüe
galleta cocida y un higo maduro con una
aceituna y cortezas de queso de bola,
harina creteide, un montón de molidos garbanzos
y los dones de Baco que al yantar acompañen.
Que ello a Cipris complazca también, que es mi diosa, [y os digo
que he de sacrificar un cabrito en la playa.

592 (VI 304)

El poeta ha bajado a la orilla del mar y llama a un pescador que todavía se afana en las rocas para ver qué mercancía le ofrece. Las especies están traducidas en forma aproximada: uno de los peces fue citado en el 150 de Leónidas y lleva el mismo nombre del ave mencionada en el 484 de Riano. Sobre el retel, cf. el 420 de Hegesipo.

Pescador de la playa, desciende a la arena dejando
tu roca y mira; soy comprador que madruga.
Si cogió tu retel una boga o pajel o algún tordo
de mar o tal vez una dorada o sargo,

dirás que oportuno llegué, pues prefiero a la carne
pescados que sazonen mi seco mendrugo.
Mas si traes peces ricos en raspas, sardinas o arenques,
que te aprovechen: no es de piedra mi gaznate.

593 (VI 307)

Un barbero se pasó a la Filosofía (y precisamente a la epicúrea, caracterizada por el jardín, cf. el 27 de Menandro, porque el nombre de su fundador Epicuro recuerda en griego a la palabra *barbería)* dejando sus enseres, alguno deteriorado como las tijeras, pero luego no descolló, como esperaba, en la escuela, lo que le hubiera permitido ganarse la vida de otro modo, y tuvo que volver a su oficio. Lápita era una ciudad de Tesalia.

El lienzo que el pelo recoge, el espejo y el trozo
de fieltro en que sus chismes secaba, el lapitano
Eugates dejó con el peine de caña y tijeras
sin mango y los punzones para limpiar las uñas,
cuchillas, navaja y sillón y al jardín de Epicuro
saltó como hortelano desde su barbería.
Allí como el que oye llover escuchaba y se hubiera
muerto de hambre si no llega a volver a su arte.

594 (VII 537)

Como en el 25 de Perses, también aquí el lema piensa en Teófanes (cf. intr.) frente a Fanias. Lisis, en vez de sepultar a su padre, como es ley de vida, tuvo que preparar un sepulcro para su hijo. Al parecer éste había muerto fuera de casa y se esperaba su cadáver, pues se le hizo una verdadera sepultura, pero el muerto no llegó y el lugar se convirtió en cenotafio.

Vacío está el túmulo aquí preparado por Lisis
no en honor de su padre, sino cumpliendo el rito
con el nombre de un hijo a quien llora, mas nunca [llegaron
a los progenitores de Mantíteo sus restos.

ARTEMÓN

Los dos epigramas conservados están transmitidos en el lema a su nombre, pero también como posiblemente anónimos. En ambos aparece un tal Equedemo, del que en 596 se dice que es ateniense; y, efectivamente, en esta ciudad se daba aquel nombre.

595 (XII 124)

Equedemo se ha aparecido en sueños al poeta haciendo alternativamente gestos hostiles y amistosos y llevando en la mano una aljaba y un gallo. Aquélla evidentemente simboliza agresividad: éste quizás amistad. Ello profetiza un enamoramiento con todos sus típicos males: fuego que quema, agujas que punzan, abejas que pican. Pero el recién enamorado no ha podido menos de ponerse a la puerta de Equedemo para aprovechar el momento en que la entreabría a hurtadillas (probablemente con coquetería, porque sabía que el otro estaba al acecho) y besarle, aunque algo nervioso.

Cuando Equedemo a hurtadillas su puerta entreabría,
  a hurtadillas un beso di al mozo delicioso
con miedo, que en sueños le vi con aljaba en la mano
  y, tras darme un gallo, se marchó, sonrisas
alternando y visajes no amigos. ¡Con fuego y agujas
  y un enjambre de abejas a dar hemos venido!

596 (XII 55)

Comparación de Equedemo, respecto a su patria Atenas (cf. el 508 de Dioscórides), con Apolo, el hijo de Leto (cf. el 395 de Mnasalces), respecto a Delos, sobre la cual no se ve por qué habla de un cuello, pues es isla no grande (cf. el 378 de Teócrito) y sin penínsulas, ni de un oráculo, por-

que, si lo hubo allí (cf. el himno homérico III 81), no podía compararse en fama con el de Delfos. El Ática domina en amor como antaño en la guerra.

Tú, Letoida, posees el cuello marino de Delos,
gran hijo de Zeus que oráculos a todos
das, y Equedemo a Cecropia, para ella un segundo
Febo que su flor a Eros de hermosos rizos debe.
Y Atenas, su patria, que antaño en el mar dominara
y en la tierra, a la Hélade subyuga hoy con su encanto.

MOSCO

Probablemente el epigrama es del bucólico, natural de Siracusa, aunque viajó por otros países, amigo de Aristarco (cf. intr. a Crates) y cuya madurez puede situarse a mediados del s. II. Escribió idilios, de que sólo fragmentos se conservan; una especie de epigrama un tanto largo, *El amor fugitivo,* conservado en IX 440 y en los manuscritos de los bucólicos, y un poema titulado *Europa* y dedicado a la hermana de Cadmo (cf. el 443 de Teodóridas), heroína raptada por Zeus como toro, que se relaciona evidentemente con nuestro texto, alusivo quizás a una obra de arte.

597 (XVI 200)

Muy típico de la abundante literatura referente a Amor niño. No sabemos por qué está arando, abandonados sus atributos clásicos, los dardos y la antorcha que incendia a las almas (sobre la alforja, cf. el 370 de Teócrito), la tierra consagrada a Deo (cf. el 528 de Nicarco); pero, como buen labriego, necesita lluvia. Puesto que el Amor es omnipotente, si hay sequía convertirá a Zeus en toro, como antaño para conquistar a Europa, o más bien en buey al que pondrá a arar.

Dejando la antorcha y los dardos el pérfido Eros
tomó la aguijada, la alforja de su hombro
colgó y, tras uncir a su yugo las duras cervices
de los bueyes, la fértil gleba labró de Deo
y a Zeus dijo, mirando hacia arriba: «O me riegas los [campos
o te pongo a arar como a toro de Europa».

ANTÍPATRO

El primer problema que se plantea es el de la homonimia respecto a Antípatro el tesaloniceo, epigramatista más tardío (de hacia el nacimiento de Cristo) y mejor escritor: de los 195 epigramas referidos con dudas o no a Antípatro, solamente 46 se inscriben como del sidonio y 35 como del tesaloniceo, y en relación con el resto hay que deducir la paternidad o no declararse por ninguno de los dos. Aquí, aparte de otros atribuidos alternativamente al tesaloniceo (236 de Asclepíades) o a Antípatro sin más (48 de Ánite; 148-185 de Leónidas; 442 de Teodóridas; 905 de Meleagro), se recogen 598-642, dados en los códices al sidonio; 643-662, a Antípatro; y 663-668 que, aunque son considerados en la tradición como del tesaloniceo, parecen proceder del cálamo de su predecesor. En cuanto a fechas, 622 nos lleva a las cercanías del año 150; 656 y 665, a las del 146; y 639 pudiera conducirnos a fechas bastante más tardías, lo cual coincide con el testimonio de Cicerón *(De or.* III 194), según el cual Craso dice a Lutacio Cátulo, nacido hacia el 150, que conoció a Antípatro el sidonio. Todo esto supone que el poeta murió en los alrededores del 125, y ésta es fecha importante, pues resulta con ello uno de los últimos, si no el último, de los autores antologizados por Meleagro y así sus datos afectan a la fecha de composición de la antología de éste.

El 897 de Meleagro le atribuye noble familia y habla de Fenicia y Tiro en relación con él (en 776, 42 se le simboliza con una planta que crecía sólo en aquellas tierras y en Palestina), pero los autores latinos, los citados lemas y la inscripción a que corresponde el 639 sitúan su nacimiento en otra ciudad de aquel país, Sidón. Plinio (*N. H.* VII 172), Valerio Máximo (I 8, 16) y Cicerón (*De fato,* 5) cuentan una curiosa historia según la cual sucumbió siendo ya viejo, no como en el citado 897, a causa de una caída provocada por la ebriedad, sino ante el ataque de

una fiebre que le acometía anualmente el día de su cumpleaños; 658 quizá suponga, con el mencionado texto de Cicerón, residencia en Italia; 662 muestra relación con Egipto; y 628, en Cos, donde, por cierto, veremos que murió Meleagro.

Cicerón le describe como hombre ingenioso e improvisador, lo cual puede explicar la baja calidad de algunos de sus versos; y sus series de poemas con el mismo tema (610-614 sobre Anacreonte; 633-637 sobre la vaca de Mirón) indican también preciosismo y afán de variación posiblemente ideada de repente. Por lo demás, se trata de un autor erudito (muestran interés por la Literatura 605-606, 608-616, 655, 663, y por la Filosofía 631-632 y 664), frío (sus rebuscados enigmas, 625-629, son en general de sus peores creaciones), retórico, de lenguaje embrollado con muchos compuestos y palabras nuevas. Elude en general el tema amoroso y sus inscripciones sepulcrales son pocas y siempre ficticias. Nada original, toma sus asuntos, rara vez para mejorarlos, a Ánite (665), Leónidas (598, 618, 638, 642-643, 645; 649, que no interpreta bien; 657), Asclepíades (629, 655), Heraclito (650), Mnasalces (604), Teodóridas (647), Dioscórides (608-614), Aristón (624), Alceo (605; 661, último de la serie del milagro del león), Samio (644), Timnes (599-600); en 640, imitación de Nicarco, no sabemos si copia descaradamente el anónimo 729 o es copiado por éste. A veces, sin embargo, alcanza algún acierto poético, incluso en estas imitaciones, como en 638, o en otros versos presuntamente originales (601-602, 619, 623, 629, 652); y 620 y 658 ofrecen un cierto encanto sensual y muy atractivo.

598 (VI 14)

Imitación, por ejemplo, del 130 de Leónidas; vimos últimamente las redes en el 485 de Dioscórides y otro cepo distinto en el 134 de Leónidas. Sobre el retel, cf. el 592 de Fanias.

Tres hermanos a Pan los trebejos de su arte consagran:
Damis, las mallas para la bestia montañera;
Clitor, el retel de los peces, y Pigres, el cepo
irrompible que prende los cuellos de las aves.
Pues nunca, a la vuelta del aire o del mar o del monte,
llegó ninguno a casa con las redes vacías.

599 (VI 46)

Imitación del 576 de Timnes. Ferenico, al retirarse de sus funciones públicas, dedica a Atenea la salpinge bárbara, esto es, tirsénica, el instrumento que había estado al servicio de Enialio e Irene, la diosa de la paz, en este caso por intervención en ceremonias religiosas.

Aquella que intérprete fuera de Enialio y de Irene,
aquella que cantaba con bárbaros acentos,
la salpinge de bronce a Atenea ofrendó Ferenico
al decir adiós a batallas y altares.

600 (VI 159)

Pareja del anterior. Sobre el epíteto de Atenea, cf. el 551 de Alceo.

Yo, salpinge, que el grito cruel de la guerra entonaba
y en tiempos de paz canté dulces himnos,
quedo aquí, Ferenico, en silencio mi boca sonora,
como un don que consagras a la virgen Tritónide.

601 (VI 160)

Bello poemilla en que una tejedora e hilandera dedica a la diosa artesana Atenea los instrumentos del telar (lanzadera, que va y viene con rumor plañidero, como el canto de las golondrinas y el alción, cf. el 125 de Leónidas, 526 de Nicarco y 579 de Timnes, cuando Telesila trabaja con el alba) y del hilado (huso, cf. el 156 de Leónidas, cuya cabeza está reforzada por un peso para vencer la inercia en el movimiento de trenzado; rueca, cf. intr. a Erina; bobinas, cf. el 126 de Leónidas, a que se arrolla el hilo producido; cestillo con dos departamentos, uno para las bobinas en cuestión y otro para los copos vírgenes).

La lanzadera de Palas, alción del divino
telar que canta al alba como la golondrina,
y el huso de gruesa cabeza, que vibra incesante
y tuerce y ahíla veloz la rocada,
y también las bobinas y el cesto, auxiliar de la rueca,
que el hilo trabajado con los copos custodia,
Telesila, hacendoso retoño de Diocles el bueno,
consagró a la patrona de las hilanderas.

602 (VI 174)

La usual invitación al viandante para que contemple las ofrendas de tres muchachas, que dejan como exvotos los instrumentos del hilado y tejido en prenda de su consagración a una vida familiar y virtuosa. Cf. lo comentado sobre el epigrama anterior y, sobre la metáfora aplicada a la lanzadera, el 308 de Calímaco.

A Palas llevaron ofrendas tres niñas parejas
en edad que sabían tejer telas sutiles
al igual que la araña; un precioso cestillo aportóle
Demo; Arsínoe, la rueca, la artesana del hilo;
y Baquílide dio al ruiseñor del telar, lanzadera
que con arte separa las hebras de la urdimbre.
Pues todas prefieren vivir sin reproche de nadie
ganándose, extranjero, la vida con las manos.

603 (VI 206)

Cinco muchachas, llegadas a edad núbil, consagran a Citerea (cf. el 228 de Asclepíades y 251 de Posidipo) Urania (cf. el 498 de Dioscórides) los atributos de su adolescencia: Bitina, las sandalias; Filénide, una redecilla (cf. el 260 de Posidipo) teñida de rojo con púrpura marina (cf. el 40 de Anite); Anticlea, un abanico (cf. el citado epigrama de Dioscórides); Heraclea, una especie de chal transparente con que las muchachas, en la calle, se cubrían la cabeza y rostro; Aristotelea, en fin, cuyo nombre se nos da, no sabemos por qué, en perífrasis, una ajorca para el tobillo. Nótese la alusión a la araña como en 602.

Bitina, las obras graciosas de un buen zapatero,
estas sandalias que sus pies calentaban;
la red con las flores del mar espumoso teñida,
sujeción del pelo desbordante, Filénide;
su abanico, Anticlea; la bella Heraclea, el pañuelo
que cubre su cabeza, trabajo comparable
con la tela de araña; la sierpe que en oro se enrosca,
ornato de sus finos tobillos, la que el nombre
de Aristóteles lleva, su padre; son dones que ofrecen
estas niñas coetáneas a Urania Citeríade.

604 (VII 146)

Imitación del 407 de Mnasalces. El adjetivo *pelasgo* es aquí sinónimo de *aqueo* (cf. el 293 de Calímaco).

Yo, la afligida Virtud, en las costas reteas
gimo sentada al lado del sepulcro de Ayante,
sin cabello, harapienta, que el Fraude salió victorioso,
y no la virtud, del pleito pelasgo.
Las armas dirán de Aquileo: «Viril fortaleza
es lo que preferimos y no la labia astuta».

605 (VII 2)

Homenaje a Homero en relación (cf. el 544 de Alceo) con Ios y con su pretensión de poseer la tumba del poeta, llamado Meónida, antiguo apelativo de sentido oscuro (cf. el 257 de Posidipo), y Persuasión de los mortales, con el nombre de la diosa que personificaba el encanto poético (cf. el 216 de Asclepíades). La alusión al ceño de Zeus (cf. el 582 de Timnes) corresponde a los famosos versos (*Il.* I 528-529) en que el movimiento de sus cejas al asentir a la petición de Tétide hace temblar al Olimpo; Ayante (cf. 604) lucha valerosamente en defensa de las naves en el libro XIII de la *Ilíada;* y Aquileo (cf. *ibid.)* deja insepulto el cadáver de Héctor (cf. el 543 de Alceo, donde se encuentra la denominación dada aquí a Troya), en el XXIV, aunque Apolo le protege (18-21) para que no sea desfigurado por los animales, lo que hace raro que aquí se diga que los caballos de su antagonista le devoraron. El adjetivo referente a la ciudad de Fársalo (cf. el 58 de Teeteto) alude en general a Tesalia, la patria de Aquileo; su padre, Peleo, esposo de Tétide (cf. el 87 de Leónidas y el 544 de Alceo), murió fortuitamente en la exigua Icos al ser arrojado allí por una tempestad.

Persuasión de los hombres, gran voz y cabeza que emula
a las Musas cantando, viandante, éste es Homero,
a quien guarda el isleño peñasco de Ios; que en ella,
y no en otra ninguna, dejó al morir su soplo
sagrado que el ceño potente del Crónida supo
pintar y el Olimpo y a Ayante ante las naves
y de Héctor en tierra dardania los huesos roídos
por los potros farsalios que a Aquileo acompañan.
Y, si soy diminuto para hombre tan grande, enterrado
está en la exigua Icos el esposo de Tétide.

606 (VII 6)

El texto aparece también grabado, con cambios, en un doble hermes (cf. el 111 de Leónidas) que debía de ostentar, unidas por detrás, las cabezas de *Homero* y Menandro (cf. el 27 y su intr.) con epigramas dedicados a uno y otro por el dueño de la finca y el jardín cercanos a Roma, el escritor y sofista Eliano de Preneste. Probablemente tiene relación con Ios, como el anterior.

A Homero, el heraldo de heroica virtud, hermeneuta
de los dioses, segundo sol de los Helenos,
luz de las Musas, perenne garganta del mundo,
recubre, extranjero, la arena de esta costa.

607 (VII 8)

Epitafio de Orfeo (cf. el 560 de Damageto) con alusión a su madre y a Mnemósine, la madre de las Musas (cf. el 252 de Posidipo; la referencia a los dioses, que ni aun por serlo consiguen que su descendencia resulte inmortal, se puede aplicar a Calíope, esposa del mortal Eagro, aunque otros consideran a Apolo como padre de Orfeo).

Ya no irán las encinas tras ti embelesadas, Orfeo,
las piedras, las silvestres manadas de fieras;
ya no adormirás el rugido del viento, el granizo,
las ráfagas de nieve, la mar embravecida.
Has muerto y te lloran Caliope, tu madre, y las otras
hijas de Mnemósine. ¿Por qué gemimos todos
al morir nuestros hijos, si ni aun los mismísimos dioses
pueden apartar de los suyos el Hades?

608 (VII 14)

Epitafio de Safo: cf. el 502 de Dioscórides. La poetisa habría sido sin duda enterrada en Mitilene. Es ya un tópico considerarla como una décima Musa, y aquí se añade que hasta las nueve restantes (cf. también el 589 de Fanias) la reconocen como tal. Cf. 605 sobre la Persuasión poética y, en el 430 de Teodóridas, el tema de las Moiras, que hilan solidariamente un triple hilo para cada mortal (cf. 602) y que han sido poco generosas para con Safo.

A Safo custodias, eólide tierra, a la Musa
mortal a quien las Musas divinas reconocen,

criada por Cipris y Eros, que siempre trenzaba
con Persuasión guirnaldas perennes de las Piérides,
de la Hélade encanto y honor para ti. ¿Por qué, Moiras,
que torcéis el hilo triple con vuestros husos,
vida infinita no hilasteis a aquella que trajo
dones infinitos a las Heliconíades?

609 (IX 66)

Continúa el tema del anterior: sobre Mnemósine, cf. 607; sobre la décima Musa, el 502 de Dioscórides.

Asombrada Mnemósine queda al oír a la dulce
Safo. ¡Los hombres tienen una décima Musa!

610 (VII 23)

Nuevo epitafio (cf. el 503 de Dioscórides) de los consagrados a Anacreonte. Al principio el adjetivo se aplica a una variedad de yedra en que los frutos se reúnen en ramos o corimbos de cuatro en cuatro y de la que Teofrasto (*Hist. pl.* III 18, 6) anota que es uno de varios tipos de yedra blanca frente a la negra y la helicoidal (sobre el uso funerario, cf. el 362 de Simias).

En torno de ti, Anacreonte, florezca alba yedra
y las suaves flores de purpúreos prados;
broten fuentes de cándida leche; la tierra olorosa
de su seno derrame dulce mosto y, con ello,
tu ceniza y tus huesos contento reciban si puede
acaso algún placer llegar a los difuntos.

611 (VII 26)

El mismo tema: es elemento típico del género la libación (cf. el 116 de Leónidas), en que, después de beber un sorbo, el resto era arrojado al suelo; nótese también la exclamación orgiástica, sobre la cual cf. el 181 de Leónidas.

Al pasar, extranjero, delante del pobre sepulcro
de Anacreonte, ofrece, si aprendiste en mis libros,
libaciones de mosto a mi cuerpo; disfruten mis huesos
regados por el vino, para que yo, que el euhe

frenético siempre entoné del festín de Dioniso,
amante de los cantos que la embriaguez inspira,
ni aun muerto sin Baco me vea por estos parajes
a que vendrá algún día toda la raza humana.

612 (VII 27)

El lematista ha sido exageradamente positivo: *Todo este epigrama es admirable*. Sin embargo, aunque el tratamiento del manido «cliché» anacreóntico (cf. 611) no carece de cierto mórbido atractivo, el estilo resulta un tanto recargado y los versos 7-8 resultan de tan mal gusto si se piensa en una metáfora como en vestidos realmente empapados en vino. Sobre Megisteo, cf. el 115 de Leónidas; sobre Eurípile y Esmerdies, el 503 de Dioscórides; del último sabemos que, orgulloso de su rizosa y larga cabellera (los Cicones eran un pueblo de Tracia), provocó celos del tirano Polícrates de Samos, que, irritado por su preferencia hacia Anacreonte, mandó que le cortaran el pelo. El poeta (cf. intr. a Erina) era de Teos, ciudad de Asia Menor colonizada por Jonios (cf. el 224 de Asclepíades).

Con los dioses estés, de los Jones orgullo, Anacreonte,
gozando del amable banquete y de la lira;
cantes, con húmedos ojos y voz modulada,
sacudiendo la flor de tu brillante pelo,
frente a los rizos cicones de Esmerdies el trace,
con Megisteo o cerca de Eurípile, chorreando
dulce vino, empapada por Baco tu veste de modo
que mane néctar puro si se exprimen sus pliegues.
Pues toda tu vida fue, anciano, tan sólo una triple
libación a las Musas, a Dioniso y a Eros.

613 (VII 29)

Las *bellas fatigas* son los poemas eróticos de Anacreonte (cf. 612); en los dos últimos versos, Esmerdis es objeto de amorosa caza por todos los muchachos (y por algún hombre maduro, recuérdese a Polícrates), pero prefiere únicamente a Anacreonte en sus devaneos *tortuosos*, es decir, homosexuales, conflictivos y mal reputados. El instrumento musical es llamado con dos nombres más o menos sinónimos.

Ya, Anacreonte, cesaron tus bellas fatigas
y duerme entre los muertos tu cítara nocturna;

y también, primavera de amores, Esmerdies reposa,
para quien pulsabas las nectáreas cuerdas
de tu bárbito; y, siendo el erótico blanco de muchos
efebos, a ti solo lanzó tortuosos dardos.

614 (VII 30)

Final de esta monótona colección (cf. 613). Sobre la alusión metafórica al cisne de Teos, cf. 612 y 520 de Dioscórides; en el verso 2, la usual referencia (cf. el 535 de Alceo) a la fuerza del vino puro no usualmente bebido. Sobre la tumba de Anacreonte se han plantado (cf. el 546 de Alceo) parras alegóricas que, al ser agitadas por el viento, cantan en honor de Batilo (cf. el 503 de Dioscórides); y el sepulcro parece exhalar todavía el olor de las guirnaldas de yedra (cf. el 383 de Teócrito) utilizadas en los banquetes. Anacreonte arde aun en el frío Hades.

Aquí yace Anacreonte, aquí el cisne de Teos reposa
y su pasión frenética por los muchachos. Canta
aún añorante la parra al amable Batilo
y todavía a yedra la blanca piedra huele.
Ni aun el Hades tu amor apagó, porque todo tú ardes
en el Aqueronte con muy fogosa Cipris.

615 (VII 34)

Epitafio de Píndaro (cf. el 183 de Leónidas), cuya tumba se hallaba en Tebas, su ciudad natal. El poeta *(P.* III 90-92) había descrito a las Musas cantando en la boda del héroe Cadmo (procedente de Fenicia e inmigrado a Tebas, cf. intr. a Mosco) con Harmonía, y aquí parece decirse hiperbólicamente (sobre el instrumento musical, cf. 600) que, en aquella ocasión, las diosas (cf. 608), equiparadas aquí a dulces abejas, imitaron el estilo pindárico. Esto puede relacionarse con la leyenda según la cual (Paus. IX 23, 2) estos animales hicieron una vez un panal (cf. el 182 de Leónidas) en la boca de Píndaro dormido.

Al grave broncista de puras canciones, salpinge
de las Piérides, Píndaro, la tierra aquí recubre.
Si oyes sus himnos, dirás que inspirar al enjambre
de las Musas supieron en la boda de Cadmo.

616 (VII 745)

Epitafio del poeta Íbico (s. VI), probablemente sepultado en su ciudad natal, Regio, del S. de Italia, del cual se contaba (Plut. *Mor.* 509 *f)* que, atacado en una playa desierta por unos malhechores, juró que le vengaría una bandada de grullas que desde el aire presenciaba el crimen. Más tarde, sentados dos de los bandidos en el teatro de Corinto (cf. el 550 de Alceo y, sobre Sísifo, el 272 de Posidipo), pasaron por encima graznando unas grullas; uno de ellos comentó que se trataba de las vengadoras de Íbico, y así se descubrió la fechoría. En Homero *(Od.* III 267-271) se nos dice que Egisto, la futura víctima de Orestes (cf. el 333 de Calímaco), deseoso de lograr el amor de Clitemestra, mandó a una isla desierta, para que allí muriera de hambre, a un aedo o poeta cortesano a quien su esposo Agamenón, el rey de Micenas, había encargado de vigilarla. A las Euménides o Furias (de una de las cuales se ha hablado antes como Erinis) se las llama (cf. el 449 de Hédilo) *de negros peplos.*

Íbico, apenas llegado a la playa desierta
de una isla te mataron unos bandidos, pero
tú habías llamado a una nube de grullas, que al punto
acudieron, testigos de tu cruenta muerte;
y vano no fue tu clamor; justiciera la Erinis
en la tierra sisifia con el graznido de ellas
supo vengarte. ¿Por qué, codiciosa calaña
de los bandoleros, no teméis a los dioses?
Tampoco quien antes había matado a un aedo,
Egisto, escapó al ojo de las negras Euménides.

617 (VII 161)

Epitafio del famoso Aristómenes (cf. intr. a Riano), del que Pausanias (IV 16, 7; 24, 3; 32, 3) nos cuenta que su tumba estaba en Mesene (cf. el 569 de Damageto) y que ostentaba un águila, animal tradicionalmente consagrado a Zeus, llamado aquí Crónida (cf. 605), en el escudo; parece que también dicha ave podía verse esculpida sobre el sepulcro.

—¿Por qué, servidora del Crónida, te alzas terrible,
águila, en el sepulcro del grande Aristómenes?
—Anunciando a los hombres que, así como yo de las [aves
soy la mejor, también lo fue él de los muchachos.

Que al cobarde medrosas palomas custodien; nosotras
en el varón valiente nuestro gozo ponemos.

618 (VII 164)

Imitación del 154 de Leónidas recogido también en el mismo papiro. La misma utilización del tema continúa no sólo en el 671 de Amintas, sino también en VII 165, atribuido en el lema a Antípatro y, con más verosimilitud, al tardío Arquias.

—Di, mujer, tu familia, tu nombre, tu tierra. —Mi padre [dime
es Calíteles; Praxo me llamo; soy samia.
—¿Quién te erigió este sepulcro? —Teócrito, el hombre
que los sellos rompió de mi virginal cuerpo.
—¿Y cómo moriste? —En el trance del parto. —Mas
[dime
qué edad alcanzaste. —Dos veces once años.
—¿Sin prole? —No, amigo; he dejado en la infancia a
[mi hijo,
Calíteles, un niño de tres años sólo.
—Pues que canas dichoso a peinar llegue un día. —Y
[que el dulce
soplo de Fortuna rija tu vida entera.

619 (VII 172)

Epitafio de un hondero encargado de repeler con su arma a los pájaros nocivos para el campo que, atento a ellos, no se dio cuenta de que una serpiente le mordía. El texto habla de una víbora cuyo nombre la designa como productora de intensa sed (cf. el 200 de Asclepíades), pero en realidad parece que este animal, los efectos de cuya mordedura describen varios autores antiguos, es otro reptil más pequeño. Eran famosas las grullas de Bistonia, región de Tracia.

Yo, Alcímenes, siempre espanté al estornino y la grulla
bistonia, que a los cielos se lleva las semillas;
tendía los brazos trenzados de mi honda de cuero
y así rechazaba las bandadas de aves.
Mas hirió mi tobillo el reptil de la sed, inyectando
en mi carne la acerba bilis de sus quijadas,

y del sol me privó; no vi, pues, por mirar a los aires,
el daño que a mis pies contra mí venía.

620 (VII 218)

Epitafio de la famosa cortesana Laide, del s. v, cuya tumba se mostraba en Corinto (cf. 616) con la escultura de una leona, quizás alusiva a su nombre (Paus. II 2, 4), y cuyos encantos (Aten. 588 *c)* descubrió el pintor Apeles (cf. el 107 de Leónidas) junto a la fuente Pirene de aquella ciudad. Todo el poema logra expresar bastante bien imágenes de lujoso refinamiento. Pero al lado de esto hallamos una veta irónica: Laide tenía más pretendientes que en sus tiempos Hélena, hija de Tindáreo y esposa de Menelao (cf. el 299 de Calímaco), pero, por ser tan fácil conseguir su amor (cf., sobre el lecho, el 498 de Dioscórides), no tuvieron los Helenos que repetir la guerra de Troya por su culpa. Sobre la laceración ritual, cf. el 400 de Mnasalces; sobre Afrogenia, el 406 del mismo; la mirra es la exudación perfumada de un árbol.

Laide aquí está, que moró en la marina Corinto
y entre oros y púrpuras y amores a la dulce
Cipris venciera en regalo y molicie de vida.
Límpida como el agua blanca de Pirene,
mortal Citerea, a la cual más ilustres amantes
que a la novia Tindáride siguieron, deseando
sus Gracias poder cosechar y venal Afrodita.
A azafrán aromático su sepulcro huele;
todavía la mirra fragante sus huesos impregna
y dulce aliento exhala su brillante cabello.
Por ella Afrogenia arañó sus facciones hermosas
y Eros, sollozando, gimió tristemente.
Comunal hizo siempre su lecho y esclavo del lucro;
si no, segunda Hélena, la Hélade arruinara.

621 (VII 246)

Epitafio de los muertos en la batalla de Iso (en Cilicia, cf. intr. a Arato), que el año 333 abrió a Alejandro Magno (cf. el 261 de Posidipo) el camino de Sidón (cf. intr.). En realidad no fue el último combate de Darío III (cf. el 51 de Anite), que no murió hasta el 330, después de la batalla de Gaugámela.

A las puertas de Iso, en la orilla del mar intratable
cilicio, yacemos por obra de Alejandro
macedón muchos miles de Persas que antaño servimos
en la postrer empresa de Darío el monarca.

622 (VII 241)

Probablemente el joven rey, a consecuencia de una epidemia, murió en vida de sus padres. Su muerte coincidió con un eclipse de luna en que la diosa Selene (cf. el 114 de Leónidas) se ocultó como portento de males. Se trata de Ptolemeo Eupator, hijo de Ptolemeo VI Filometor, rey de Egipto (que nació hacia el 184 y reinó entre el 180 y el 145), a quien sus padres asociaron a la monarquía y tal vez concedieron la soberanía de Chipre poco antes de su muerte, a los dieciocho años, hacia el 150, año en cuyo mes de diciembre hubo un eclipse visible en aquellas regiones. Antípatro denota aquí su interés nacional por Fenicia, a la que llama *morada de Europa* con alusión a la heroína raptada por el toro (cf. el 597 de Mosco y 615). El ayo en cuestión sería tal vez un buen soldado, aunque también se ha supuesto que haya aquí una alusión a su nombre, que sería Andrómaco, algo así como *el viril en la lucha:* un personaje así llamado fue enviado a Roma por Filometor en el año 154. Al final, la doble alusión nocturna se refiere a la muerte y el Hades, que el muchacho no pisará. En cuanto a signos de luto, cf. el 547 de Alceo y 604.

Infinito por ti, Ptolemeo, fue el luto paterno
y sin cesar tu madre su cabellera hermosa
laceraba; gemía tu ayo y sus manos viriles
sobre su cabeza negro polvo esparcían;
Egipto la inmensa también se arrancaba el cabello;
dolíase la enorme morada de Europa
y la propia Selene, transida de pena, dejaba
los astros y las sendas del cielo. Pues la peste,
que entero el país asolara, impidió que tu mano
juvenil el cetro de tu estirpe empuñara.
Pero no pasarás de la noche a la noche, que tales
reyes no van al Hades, sino al divino Olimpo.

623 (VII 303)

El niño Cleodemo, con travesura infantil en que todos hemos incurrido, se entretenía en hacer equilibrios sobre la borda; un repentino soplo del viento Norte, que viene de Tracia y es bárbaro como los moradores de

aquel país (cf. el 548 de Alceo), le arrojó al mar, donde se ahogó. Ino, a pesar de su propia y triste historia (cf. el 443 de Teodóridas), no tuvo compasión de *él*.

Al pequeño Cleodemo, que aún se criaba con leche
y que por la borda de una nave andaba,
Bóreas, que no en vano es trace, lanzólo a las olas
y el mar extinguió la vida del niño.
Eres, Ino, una diosa cruel; no salvaste del Hades
amargo al que tenía la edad de Melicertes.

624 (VII 353)

Imitación del 152 de Leónidas (cf. también el 530 de Aristón y, sobre la charlatanería, el 311 de Calímaco).

Esta es la canosa Marónide, y hay en su tumba
una copa, que ves esculpida en la piedra;
pero ella, la amante del vino, la gran charlatana,
no llora por sus hijos ni su viudo indigente;
una sola es la cosa que aún bajo tierra la aflige,
que la copa báquica de Baco no esté llena.

625 (VII 423)

Adivinanza (cf. el 544 de Alceo) en que se interpretan los símbolos real o supuestamente grabados en una estela sepulcral. La esposa de Tímeas era charlatana (cf. el epigrama anterior), algo bebedora; natural de Creta, tierra de buenos arqueros; experta tejedora e hilandera (cf. 602). Empleaba, como tocado capilar, una diadema o cinta especial (cf. el 122 de Leónidas) a la manera de las mujeres de cierta edad; y debía de ser simpática a juzgar por la forma emotiva en que, al final, se dirige a su viudo.

La urraca, extranjero, hablará de la eterna cuentista
y habladora; la copa, de la que el vino amaba;
el arco nos dice que es cresa; la lana, hacendosa;
su diadema indica canas en las sienes.
Tal era Bítide, aquí en el sepulcro descrita
como esposa legítima de Tímeas y honesta.
—Adiós, pues, mi marido, y a aquellos que marchen al [Hades
concédeles la gracia de este mismo saludo.

626 (VII 424)

Otro acertijo con diálogo entre el poeta, a quien los emblemas de la tumba parecen poco acordes con la idea clásica de la mujer casada (laboriosa, callada, casera), y la propia difunta, para quien esculpió su viudo el enigma. El bozal se aplicaba al caballo para que no mordiese (sobre la brida, cf. el 227 de Asclepíades); la ciudad beocia de Tanagra, según Pausanias (IX 22, 4), era famosa por sus gallos y especialmente por los dedicados al reñidero (sobre el animal como despertador, cf. el 38 de Ánite; sobre este tipo de peleas, el 424 de Teodóridas); en el verso 6 se habla propiamente de los virotes o pies derechos del telar (cf., sobre este oficio, 625).

—Me pregunto por qué en tu sepulcro, Lisídice, esculpe
Agis tales símbolos en piedra grabados;
la brida, el bozal y el volátil que cría Tanagra
la de las buenas aves, guerrero impetuoso,
en nada convienen ni cuadran a honestas mujeres,
sino más bien las artes del telar y la rueca.
—Es que el gallo dirá que de noche a la lana acudía;
la brida, que auriga yo fui de mi casa;
y el equino bozal manifiesta que no era cotilla
ni habladora, mas llena de hermoso silencio.

627 (VII 425)

También en este enigma se pone en guardia el poeta contra posibles objeciones a la oscura simbología. Bitón, el viudo de Miro, ha mandado grabar en la estela una lechuza (emblema de Palas, con la que se la pone en relación como de ordinario; en alguna representación figurada hallamos a esta ave hilando, lo cual explica, cf. 626, que aquí se hable de Atenea como patrona de las labores del hogar y, más concretamente, de la lana); un arco (porque Miro llevaba la casa como intendente *bien tensa*, dice el original, cf. 625); una oca en recuerdo de la bien conocida leyenda romana de la salvación del Capitolio gracias a los graznidos de una bandada; un perro, símbolo de tierno amor a los cachorros; y la fusta (cf. el 588 de Fanias) con que el ama castiga a sus esclavas en forma moderada y equitativa.

No te asombres al ver en la tumba de Miro la fusta,
el arco, la lechuza, la oca de ojos zarcos,
el rápido can; dirá el arco que fui diligente
ama de casa; el perro, que protegí a mi prole.

Y la fusta no indica, extranjero, a la dueña opresora
ni altiva con las siervas, mas justa en el castigo.
El pato, a quien celo ponía en guardar su aposento;
la lechuza, a la activa servidora de Palas.
Tales son las labores que amaba, y por eso mi esposo
Bitón estos emblemas puso en mi sepultura.

628 (VII 426)

El emblema del león (sobre el epíteto, cf. el 133 de Leónidas y 261 de Posidipo) resulta de interpretación más fácil. En una inscripción honorífica de la isla de Cos (cf. intr.) aparece, en el s. II, Teleutias, hijo de Teodoro, y sabemos que en la familia se transmitían los nombres de abuelo a nieto.

—Dime, león, ¿de qué muerto custodias la tumba,
devorador de bueyes? ¿Quién mereció tu imagen?
—El que fue, como yo de las fieras, con mucho el más [bravo
de los hombres, Teleutias, el hijo de Teodoro.
No en vano está aquí mi señal denotando los bríos
de alguien que fue un león para sus rivales.

629 (VII 427)

Se trata de adivinar qué significan, en una tumba, nueve tabas en distintas posiciones (cf. el 464 de Glauco). Recuérdese el 106 de Leónidas y 555 de Alceo y anótese que el lance de la isla de Cos se puntuaba con seis. La jugada con cuatro tabas podía arrojar multitud de combinaciones, de entre las que aquí se mencionan «Alejandro» y «el efebo», pero conocemos también «Afrodita», «Estesícoro», «la vieja», «Darío», etc. La novena taba en este epigrama está arrojada ella sola con el valor mínimo. El poeta aventura dos interpretaciones: una más ambiciosa (Alejandro es el Magno, cf. 621, así como 622 sobre el cetro; el efebo, cf. el 482 de Riano, la juventud; el lance de Quíos, la nada; monarcas y jóvenes terminan por envejecer y morir) y otra más evidente. Los dos versos últimos no carecen de cierta melancólica belleza; la metáfora por la que el autor compara su idea al feliz tiro de un arco (sobre Creta en este contexto, cf. 625) se encuentra varias veces en Píndaro (cf. 615).

Veamos a quién el sepulcro recubre. Percibo
que no hay letras grabadas en la piedra; sólo

nueve tabas tiradas; entre ellas las cuatro primeras
el lance de Alejandro presentan; las siguientes,
la flor juvenil en sazón, el efebo, y hay otra
que más modestamente nos enseña el quío.
¿Acaso nos dicen que aquel que se jacta del cetro
y el que en edad florece van ambos a la nada?
Tal vez no; voy derecho mi dardo a lanzar hasta el [blanco
como si fuera un buen arquero creteo:
quío era el muerto; Alejandro, su nombre; y se hallaba
al morir en la edad que los efebos tienen.
¡Qué bien definido está el joven y el ciego destino
que al aire de las mudas tabas jugó su vida!

630 (VII 748)

Ampuloso epigrama inspirado por la contemplación de un edificio gigantesco sobre el que existen dudas: puede hallarse en la ciudad de Heraclea (había muchas con este nombre) o ser mausoleo de una poderosa señora llamada así (cf. el 201 de Asclepíades y 603). No faltan alusiones eruditas: el colosal sepulcro erigido en Nínive por Semíramis para su esposo Nino; los muros ciclópeos, por ejemplo, de las ciudadelas de Tirinto y Micenas (cf. 616); el intento de Oto y Efialtes (cf. el 534 de Alceo); y la expresión para referirse a un supuesto titán llamado Atoeo que estaría sepultado bajo el famoso monte Atos, de la Calcídica (cf. intr. a Fédimo y, sobre las Pléyades, el 391 de Mnasalces).

¿Qué tuerto ciclope este túmulo todo de piedra
erigió, de la asiria Semíramis digno?
¿Qué gigantes nacidos de Tierra lo alzaron, cercano
a las siete Cabrillas, erecto, inmutable,
igual al peñón de Atoeo, cual torre señera
que al anchuroso mundo con su masa abruma?
¡Feliz siempre el pueblo que tal construcción a las nubes
elevó en Heraclea sobre fuertes cimientos!

631 (VII 81)

Versos mnemotécnicos con los nombres de los famosos Siete Sabios, entre ellos Biante de Priene (cf. el 189 de Arato); Tales de Mileto, al que

no se ve claro por qué considera precisamente *baluarte de justicia* con especial distinción; Pítaco de Mitilene (cf. el 328 de Calímaco); Periandro, tirano de Corinto (cf. 620); Cleobulo de Lindo (cf. el 53 de Antágoras); y Solón de Atenas (cf. el 596 de Artemón).

Lindo fue quien a ti, Cleobulo, engendró entre los siete
sabios y también Mitilene a Pítaco;
a Periandro el sisifio país y Priene a Biante
como Mileto a Tales, baluarte de justicia,
y Esparta a Quilón y a Solón la cecrópide tierra;
custodios todos ellos de ciencia envidiable.

632 (Diόg. Laerc. VII 29)

De la biografía del filósofo estoico (cf. el 244 de Posidipo) Zenón de Citio, ciudad fenicia de la costa SO. de Chipre, cuya vida se desarrolló aproximadamente entre 332 y 262 y cuyo origen explica el interés del sidonio hacia él; su tumba estaba en el cementerio del Ceramico, en Atenas. Sobre Oto y Efialtes, cf. 630.

Éste es Zenón, grato a Citio, que obtuvo el Olimpo
sin poner jamás el Pelión sobre el Osa
ni emular los trabajos de Heracles; llegó a las estrellas
sólo por el camino de la pura templanza.

633 (IX 720)

Sobre la vaca de *Mirón*, cf. el 172 de Leónidas; sobre otra escultura similar, el 440 de Teodóridas.

Si Mirón no me hubiera ligado los pies a esta piedra,
yo estaría pastando junto con otras vacas.

634 (IX 721)

El mismo tema; basado en la posible anécdota real de un ternero que se acercó a olfatear la escultura.

¿Por qué, ternerillo, a mis flancos te acercas y muges?
El arte en mis ubres la leche ha olvidado.

635 (IX 722)

Un boyero (cf. el 466 de Glauco) ha silbado a la vaca creyéndola real.

Pasa, boyero, de largo y no silbes de lejos
a la vaca: sus ubres al ternero esperan.

636 (IX 723)

Las grapas de plomo que sujetan la escultura al pedestal son lo único que impide a la vaca unirse a sus congéneres reales.

El plomo y la piedra me apresan; si tal no ocurriese,
gracias a ti, Mirón, caña y loto paciera.

637 (IX 724)

Mirón ha alcanzado la perfección del héroe mítico Prometeo, que llegó a esculpir figuras animadas. Hay un eco del 390 de Erina.

Mugirá de seguro esta vaca; no fue Prometeo
el único escultor de figuras vivas.

638 (X 2)

Canto a la primavera, que permite a los navegantes griegos, siempre recelosos del invierno para estas actividades, lanzarse a la mar después de un período en que las anclas inactivas se enterraban en los fondos y sus cables se empapaban. Se trata de una lograda imitación del 169 de Leónidas; Priapo, hijo de Bromio (cf. el 181 del mismo), era, entre otras cosas (cf. el 582 de Timnes), una especie de divinidad protectora de los puertos.

Ya puede la nave briosa correr, que no hay viento
que la mar henchida rice de escalofríos;
ya en los aleros construye sus casas redondas
la golondrina y ríen las flores de los prados.
Enrollad, pues, los cables mojados, ¡oh, nautas!, las [anclas
halad que recubre la arena del puerto,
izad el robusto velamen; tal es mi designio;
soy Priapo, el de Bromio, que entre vosotros mora.

639 (Inscr. Del. 2549)

Epigrama que no conserva la *Antología,* quizá por su escaso valor literario, y que, aparecido en una inscripción de Delos, fue escrito para acompañar, junto con el 678 de Antístenes que ha sido útil para aclarar algunos extremos, a unas ofrendas hechas por el rico Filóstrato, de Ascalón, la ciudad de Palestina, banquero establecido en la isla, que hizo cuantiosos dones a los dioses y hombres de ella a fines del s. II (sabemos que su hijo Teófilo era efebo el año 93, lo que hace presumir una fecha muy tardía para este epigrama dentro de la vida de Antípatro): a Zeus, una caja de plata con departamentos diversos, cada cual con su orificio, para varios aromas rituales (cf. el 112 de Leónidas; el brillo del verso 4 se refiere al momento en que son quemados); a Ártemis (cf. el 441 de Teodóridas y 596 de Artemón), un ritón (cf. el 452 de Hédilo), también de plata, que representaba al monstruo Escila, terror de naves y tripulantes en el canto XII de la *Odisea* (y es posible que en su parte inferior tuviera dos bocas de perro como las del fantástico animal); a Apolo, ritones de oro, cuyo número aclara el 678 citado, dignos de contener néctar, la bebida divina; y a los Romanos, virtuales señores de la isla, y los Griegos, a quienes en 166 les había sido entregada por sus conquistadores (y a los que es inexacto calificar entonces de *fuertes* o, literalmente, *cuyo cetro es una lanza guerrera),* sendos pórticos para el paseo de los ciudadanos de uno y otro origen.

Cinco son las ofrendas que has hecho, Filóstrato insigne,
nacido en Palestina que los dioses protegen:
a Zeus el de inmenso poder, un sagrado incensario
en que la pingüe mirra con el incienso luce;
a la hija de Leto, una Escila voraz y raptora
de nautas y barcos, hecha también de plata;
a Febo el de espléndidos bucles, ritones en oro
dignos de contener el néctar divino;
y a los fuertes patronos de Delos también regalaste
dos pórticos por bellas columnas sustentados.
Bendito tú siempre, que exornas con lustre opulento
al linaje humano y al de los inmortales.

640 (VI 47)

Una viuda, al llegar a los cuarenta años y contemplar la vida de aburrida pobreza que la espera, decide abandonar las labores del telar (sobre el canto de la lanzadera, cf. 601) para consagrarse a la prostitución; esto es, reniega de Atenea despidiéndose de ella y consagrándose a Afrodita.

Aunque sus muchos años no resultan muy prometedores en la nueva profesión, Bito confía en que su buena voluntad prevalecerá. El epigrama tiene sus dos primeros versos iguales a los del anónimo 729: el más antiguo de los dos, cosa no fácil de definir, es imitación del 526 de Nicarco.

Bito a Atenea ofrendó la que canta y labora,
  la lanzadera, cifra de famélico oficio,
y díjole: «Salve, señora, y recíbela; viuda
  soy y, a las cuatro décadas llegada de mis años,
de tus dones reniego y me atengo a las obras de Cipris,
  pues creo que la edad puede menos que el temple».

641 (XVI 167)

Epigrama descriptivo de dos famosas esculturas de Praxíteles a las que se ensalza por la fogosidad con que el amor está en ellas representado: la Afrodita de Cnido (cf. el 589 de Fanias; el epíteto se explica por estar la ciudad situada en lo alto de un promontorio) y el Deseo de Tespias (cf. el 173 de Leónidas), al que aquí no se llama Eros. El poeta alaba la prudencia del escultor al destinar sus obras a dos lugares tan lejanos entre sí: la conflagración producida por ambas juntas habría sido tremenda.

Dirás, si en la pétrea Cnido contemplas a Cipris,
  que a las piedras mismas, siendo piedra, inflama;
y del dulce Deseo tespiada, que no ya a la roca,
  sino al frío diamante fuego llevar sabría.
Tales dioses Praxíteles puso en distintas regiones
  para que no se abrase todo en la doble hoguera.

642 (XVI 178)

Imitación del 107 de Leónidas ante la famosa Afrodita de Apeles (cf. 620).

Mira a Cipris recién emergida del seno marino
  de su madre, empeño del pincel de Apeles;
mira cómo, tomando en sus manos el pelo empapado
  por las aguas, enjuga la espuma de sus bucles.
Hera misma y la propia Atenea le dicen ahora:
  «Ya no rivalizamos contigo en hermosura».

643 (VI 111)

Epigrama en que se conmemora la captura de una cierva (parece licencia poética la atribución de cuernos a la hembra de este animal) en los alrededores del monte Fóloe, al que aquí se llama literalmente *criador de fieras*, fronterizo entre la Élide (cf. el 564 de Damageto) y Arcadia, y de los ríos Ladón y Erimanto (cf. el 466 de Glauco), que descienden, respectivamente, desde él al Peneo y Alfeo en dirección O. El cazador, que ha ofrendado los trofeos a Ártemis, no es al parecer Licormas, como dicen los manuscritos y el lema, sino Licortas, miembro de una distinguida familia (cf. el 547 de Alceo) de Megalópolis (aunque no está claro por qué aquí se le pone en conexión con Lasión, ciudad también arcadia situada en el valle del Ladón) de la que conocemos, con la usual alternación de dos nombres en la línea directa, a Teáridas, que visitó al espartano Cleómenes (Plut. *Vita Cleom.* 24) en 222 para salvar su ciudad; su hijo Licortas, famoso general de la Liga Aquea; los hijos de éste, Polibio y Teáridas, de los que el último tenía algún cargo en Megalópolis en el año 182 y fue a Roma (Pol. XXXII 7, 1 y XXXVIII 10, 1) como embajador en 158 y 147; y Filopemén, hijo del recién citado Teáridas y padre de otro Teáridas mencionado en una inscripción del 133. Este Licortas sería probablemente hermano de Filopemén. Hay un curioso problema en el v. 4: según parece, a juzgar por el 180 de Leónidas, del que este epigrama es imitación (cf. también el 479 de Riano), la cierva es muerta no con la punta propiamente dicha de la pica (cf. el 133 de Leónidas), sino con una contera o cuchilla en forma de rombo que serviría para clavar el arma en el suelo cuando no se la necesitara y quizá como proyectil desmontable y arrojadizo en casos de emergencia.

A una cierva que allá en las laderas del Fóloe bravío
  pastaba a las orillas del Ladón y Erimanto
hirió y con la rómbica punta cazó de su pica
  el hijo de Teáridas, Licortas el lasionio,
que arrancó de su frente la piel y la cuerna gemela
  y en exvoto a la virgen cazadora ofreciólas.

644 (VI 115)

Imitación del 573-574 de Samio. Filipo V emula a Heracles, aunque el poeta no ha reparado en que el héroe no mató al toro de Creta, sino solamente lo trajo al continente. Los Dardaneos eran un pueblo balcánico con el que Filipo tuvo dificultades; el epíteto *fulgúreo* puede ser recuerdo de Ptolemeo Cerauno, *el rayo* (cf. el 76 de Duris). Aunque el término aplicado al arma venatoria es distinto del empleado en el 643, nos hemos permitido unificar los tres.

Al toro que antaño mugió del Orbelo en las cimas,
  a la fiera que en vida Macedonia asolaba
y a los Dardaneos matóla el fulgúreo Filipo,
  golpeando su frente con pica venatoria,
y a ti, Heracles, ofrenda su piel poderosa y, con ella,
  sus cuernos, el baluarte de su cabeza enorme.
Tu linaje con ello denota; que es propio del nieto
  emular al abuelo con la muerte del toro.

645 (Pap. Ox. 662)

Imitación del 153 de Leónidas que figura en el mismo papiro. El cazador dedica a Pan y a las ninfas, compañeras de los silenos (cf. el 519 de Dioscórides), cabeza y cuello de un jabalí de piel muy gruesa (cf. el 480 de Riano).

A Pan, de las cumbres cornudo señor, y a las ninfas,
  que con los silenos se unen en los antros,
la cabeza invencible y, con ella, la piel, que ni el propio
  hierro horadar pudiera, de un jabalí salvaje
el hijo del fuerte Onesífanes, Glenis, ofrece
  y, en acción de gracias por su caza, exhibe.

646 (VI 118)

Dos hombres y una mujer, de los que no sabemos qué les unía entre sí, ni tampoco, por lo que toca a los varones, quién era, por ejemplo, el cazador, ofrendan los instrumentos de sus oficios: la lira (en el original se llama a Fila *la liroda* aunque luego se empleen los nombres citados en el 115 de Leónidas y 551 de Alceo); el arco, quizá de los llamados escíticos (cf. el 360 de Simias y 480 de Riano); las redes de caza (cf. 598), de las que se dice que son curvas y se componen de lienzos entretejidos o atados de un modo u otro.

La forminge y el arco y las redes complejas a Febo
  de parte de Polícrates y de Sosis y Fila.
Su arco de cuerno el flechero ofrendó; la tortuga,
  Fila, y el cazador, sus trenzadas artes.
Que obtengan, pues, uno el dominio del rápido dardo;
  la otra, excelencia lírica; mucha caza, el tercero.

647 (VI 223)

Puede ser de Antípatro el tesaloniceo. Se trata de una imitación del 427 de Teodóridas en la que son de notar, aparte del gran barroquismo de léxico y estilo, pormenores nuevos, como las medidas (ocho brazas, cf. el 574 de Samio, arrojarían para los restos del monstruo más de doce metros, lo cual denota gran hipérbole), las circunstancias distintas del hallazgo (las redes se mencionan por última vez en 598) y la mención de los dioses a quienes se ofrenda, Ino y Melicertes (cf. 623).

Este roto despojo, bañado en espuma y deshecho
por los arrecifes, de una escolopendra
de las aguas que mide ocho brazas, hallólo Hermonacte
cubierto por la arena de la ribera cuando
llena de peces su red desde el piélago halaba
dedicado a la pesca; y ofrenda a Ino con su hijo
Palemón el hallazgo, con ello un marino portento
a los dioses también marinos consagrando.

648 (VI 276)

Parece que Hipe, al irse a casar, cambia de peinado como era costumbre (cf. algo semejante en el 482 de Riano), se sujeta el pelo en un moño y se perfuma las sienes, que en adelante van a quedar al descubierto. Hablan las cintas o diademas que antes ceñían la melena (cf. 625) y que ahora son consagradas a Ártemis, a la cual, como diosa a la vez de la virginidad y de los partos, se pide que esta muchacha, que es aún muy niña, tanto que todavía juega con tabas (cf. 629), pueda concebir en la misma noche de bodas.

Ya ató su abundante cabello rizoso la virgen
Hipe, de Licomedes hija, y con perfume
sus sienes frotó, pues llegó la ocasión de sus bodas.
Tu favor virginal, Ártemis, imploramos
nosotras las cintas: que nupcias y prole concurran
juntas en esta niña, que aun gusta de las tabas.

649 (VI 287)

Imitación del 124 de Leónidas muy mal entendido. Aquí en el centro de la cenefa, verticalmente (pero en ese caso tendría que ser bastante ancha), aparece el Meandro (cf. el 180 del mismo), probablemente represen-

tado con realismo, y junto a él un coro de muchachas, todo ello bordado por Bitia; y, a cada lado del río, en los extremos de la cenefa, dos paisajes, uno más lejos del espectador, al lado del *antebrazo izquierdo* (orilla izquierda) del río, trabajado por Antianira, y otro más cerca, junto a *las corrientes derechas* (orilla derecha), labor de Bition.

Para ti, la bendita doncella, entre todas señora,
Ártemis, esta franja común las tres bordamos.
Bitia puso estas niñas que danzan en corro y las aguas
sinuosas del Meandro de vagabundo curso;
la rubia Antianira el dibujo trazó que se extiende
junto a la orilla izquierda del río y, por su parte,
una palma y espítama Bition ornó de la franja
que corre a lo largo del margen derecho.

650 (VII 464)

Imitación muy ampliada del 274 de Heraclito, aunque aquí no se dice claramente que los niños eran gemelos. El Cocito es otro río del infierno, a través del cual navega la barca de Caronte (cf. el 536 de Alceo). La difunta es rodeada por las mujeres de Cnido, colonia dórica, que habían muerto jóvenes. Sobre la Cer, cf. el 430 de Teodóridas.

Cuando, dejando el esquife infernal, en la orilla
del Cocito tu pie pusiste, Aretemíade,
llevando en tus brazos a un niño recién fallecido,
apiadadas de ti las lozanas Dórides
por tu Cer inquirían; y tú, con mejillas surcadas
por el llanto, les dabas esta infausta noticia:
«Parí, amigas, dos hijos; a Eufrón, mi marido, uno de [ellos
le dejó, y el otro lo traigo a los difuntos».

651 (VII 467)

Hay alusiones al parto, a la cremación del cadáver y a la efebía (cf. 629).

He aquí, Artemidoro, la voz de tu madre llorando
tu muerte a los doce años junto a tu sepultura:
«Vano fue mi dolor que ahora muere entre fuego y [ceniza,

vanos los trabajos de tu infeliz padre;
se acabó el deleitable placer de tenerte; te fuiste
al país de los muertos, de donde nadie vuelve,
sin haber alcanzado, hijo mío, la edad del efebo;
mudo polvo tan sólo con tu estela nos resta».

652 (VII 498)

Acerca de un valiente capitán de navío que sin duda saltó de la embarcación para anclarla desde tierra (cf. 638). Había varias ciudades llamadas Nisa y aquí no podemos saber de cuál se trataba. El viaje, en todo caso, se realizaba por el mar Jónico, quizá desde Italia, hacia el Peloponeso, llamado aquí según su poblador mítico, Pélope, hijo de Tántalo (cf. el 441 de Teodóridas). Irónicamente, el nauta proporciona a todos un buen refugio mientras él mismo no obtiene otro puerto que un tercer río infernal, el Olvido, Lete o Leteo.

A la tierra de Pélope un barco pequeño llevaba
Damis el niseo desde el piélago jonio;
la nave y la grey tripulante que en él le seguía
erraban dominadas por el viento y las olas;
salvólas indemnes el viejo, mas aun a la playa
no llegaba el ancla cuando él cayó muerto
en la gélida nieve. Ved cómo, después de haber dado
dulce abrigo a los otros, su puerto fue el de Lete.

653 (VII 711)

En las bodas (cf. el 502 de Dioscórides) actuaban dos personas portando una antorcha encendida en cada mano; parece que esto era función de las madres del novio y novia, pero en este caso, quizá por ser ella huérfana, las antorchas serían llevadas posiblemente por su suegro y suegra. La cama estaría cubierta por ropajes de color amarillo, considerado (cf. *el 6* de Faleco) como muy lujoso. Lo usual era también que las amigas de la novia llamaran a la puerta del tálamo (cf. el 35 de Ánite) fingiendo en broma querer entrar, pero ahora lo que han golpeado las muchachas son sus pechos (cf. el 487 de Dioscórides) en señal de luto. Esta Pítana, a diferencia de la del 514 de Dioscórides, parece ser una ciudad de Misia (*cf. el* 382 de *Teócrito*); sobre el río de ultratumba, cf. 652.

Ya estaba abierto en el áureo tálamo el lecho
de color de azafrán para la pitanátide

Clináreta y Demo y Nicipo, sus suegros, pensaban
una antorcha luciente de pino en cada mano
extendida tener; mas raptó una dolencia a la virgen
llevándosela al río de Lete y con pena
sus amigas, en vez de llamar a las puertas nupciales,
de Hades en honor golpeaban sus pechos.

654 (VII 209)

Sobre la diosa, cf. el 597 de Mosco.

Junto a la era yo alcé para ti, laboriosa
y activa hormiga, un túmulo de tierra sedienta
por que goces, aun muerta y yaciente en tu rústica [tumba,
del surco de Deo cargado de espigas.

655 (VII 713)

Este epigrama (cf. el 388-389 de Erina) probablemente fue concebido como prólogo de *La rueca* (cf., sobre la confusión del lema y otros pormenores, intr. a Erina y nótese el adjetivo *efímero);* es notable la modestia con que se expresa el poeta, más inspirado al final de esta obra que en la mayor parte de las de Antípatro (sobre el canto del cisne, cf. 614).

Fueron pocos los versos de Erina y no muchas sus odas,
mas del corto poema gustaron las Musas
y así su recuerdo perdura y no queda escondido
bajo el ala oscura de la negra noche
mientras a miles y miles de nuevos poetas
el olvido en montón, ¡oh, amigo!, nos consume.
Mejor es el cisne y su efímero canto que el grajo
llenando de graznidos las nubes del cielo.

656 (IX 151)

Elegía tras la toma de Corinto (cf. 631) por Lucio Mumio en 146, después de la última guerra contra la Liga Aquea y definitiva sumisión de la Hélade. Los versos son puestos en boca de las nereides, lógicamente veneradas (cf. el 544 de Alceo) en tan gran puerto comercial, que entonan el

lastimero canto del alción (cf. 601) en señal de luto. Hay una alusión a las grandes señoras de la ciudad.

¿Dónde está tu belleza sin par, tu corona de torres,
Corinto la dóride, tus tesoros de antaño,
los palacios, los templos divinos, las damas sisifias,
la gente innumerable que en tiempos te poblaba?
Ni rastro de ti resta ya, desgraciada, ni rastro;
todo lo arrebató la guerra y devorólo.
Las nereides tan sólo, las hijas de Océano, inmunes
quedamos para ser alciones de tus males.

657 (IX 323)

Imitación del 109 de Leónidas (cf. el 515 de Dioscórides). Enialio, al que Homero califica bien (cf. el 494 del mismo), se indigna ante la ofrenda de armas limpias.

¿Quién ofrendó tan lucientes escudos, las lanzas
sin mancha y estos cascos intactos, ofreciendo
un honor deshonroso a este dios que profana y ensucia?
¿No habrá quien tales armas de mi morada expulse?
A viviendas de gentes cobardes y henchidas de vino
cuadran, no a las salas del templo de Enialio.
Sean míos los rotos trofeos, la sangre y el polvo
de los muertos, pues Ares asesino me llaman.

658 (IX 567)

Descripción de la actriz Antidémide o Antiodémide, que por lo visto estaba especializada en pantomimas y danzas más o menos lúbricas de las que bailaban los lisiodos; aquí precisamente se cita a un tal Lisis que componía música para estas actuaciones y que debió de darles nombre. Antiodémide actuaría en banquetes y prodigaría en ocasiones sus caricias a los comensales (nótese la Embriaguez personificada como en el 236 de Asclepíades); su cuerpo sería notable por la flexibilidad de sus movimientos ondulantes, con brazos aparentemente deshuesados y carnes tiernas, oscilantes como el queso fresco en el molde de mimbre en que se dejaba que escurriera el suero. Obsérvense la metáfora inicial (la bailarina es como un pajarito de la diosa pafia, cf. el 451 de Hédilo) y a continuación, con referencia a la vida refinada que desde la infancia llevó, la alusión simultánea a lujosos cobertores de lana y a un nido revestido de pelusa

o plumas; la expresión *con ojos derretidos*, que es lo que realmente se lee en el verso 3; y otro pormenor ornitológico en el 4, cf. 656, aunque aquí el canto del alción no es lastimero. El poema es una despedida: la muchacha marcha a Italia, donde se supone que obtendrá un éxito. La lanza es designada por un tercer nombre (cf. el 109 de Leónidas).

Antiodémide, pollo de Cipris la pafia, que en suaves
plumajes de púrpura desde niña dormía,
la que más dulcemente que el sueño con lánguidos ojos
miraba, alción de Lisis, juguete deleitable
de Embriaguez con sus brazos flexibles, carente de hueso,
toda ella como el queso blando en la adobera,
a Italia marchó para hacer, con sus muelles encantos,
que se olvide Roma de guerras y lanzas.

659 (IX 603)

Descripción de una pintura o escultura (en este caso podría ser el grupo de las Tespíades, de Praxíteles, cf. 641, que Mumio, cf. 656, llevó a Roma y Luculo exhibió allí en el templo de la *Felicitas)* en que aparecen en actitud frenética y con hiperbólico despliegue de fuerzas cinco ménades, sacerdotisas de Dioniso, que con la invocación de Saotes o el Salvador recibía culto en Trecén (cf. el 476 de Riano), Argos y Epidauro, ciudades todas de la Argólide. El ciervo en cuestión debe de proceder de Arcadia, llamada también Licaonia; el tamboril y los crótalos (cf. el 520 de Dioscórides) eran típicos de cultos orgiásticos, pero más del de Cíbele (cf. el 554 de Alceo) que del dionisíaco, sobre cuyo grito cf. 611.

De Dioniso Saotes he aquí cinco siervas que inician
su misión de rápidas danzarinas; una
el cuerpo levanta de un fiero león; otra, un ciervo
licaonio de hermosos cuernos; la tercera
un pájaro de alas robustas; la cuarta sostiene
un tamboril, y un crótalo de bronce la quinta;
todas fuera de sí, poseída la mente extraviada
por el euhe del dios que las enloquece.

660 (VII 210)

Una especie de fábula con trasfondo mitológico: Hefesto (cf. el 411 de Páncrates) es padre de Erictonio, que, por una parte, es representado a

veces como serpiente, pero, por otra, resulta abuelo por su hijo Pandión, de Procne y Filomela (cf. el 410 de Pánfilo). El adjetivo del v. 4 hace resaltar la gran longitud del monstruo y con respecto a él se cita un oráculo que, en Heródoto (VI 77), habla de una serpiente de tres volutas.

Mientras tú, golondrina, a los pollos nacidos apenas
calentabas debajo de tus alas, al nido
una sierpe de cuatro volutas lanzóse y las crías
te robó; pero cuando, sin oir tus lamentos,
volvía derecha a matarte, cayó en los vapores
quemantes de una hoguera que en el hogar ardía.
Así pereció fracasada, y así es como Hefesto
protegió vengador a Erictonio y su raza.

661 (VI 219)

Larguísimo epigrama en que se trata el tema (cf. el 554, de Alceo) del milagro del león. Aquí, a diferencia de lo que sucede en los otros poemas, no hay ninguna alusión a ofrendas en acción de gracias por parte del Galo, a quien se considera eunuco y que está al servicio (cf. 659) de *la diosa terrible,* Cíbele (también se la llama Rea, cf. el 128 de Leónidas), que le inspira el típico estro o prurito orgiástico. Nótense el vestido femenino (probablemente con una túnica bordada, larga hasta los pies y provista de mangas) y el complicado arreglo capital (melena de bucles y moño no del usado por los hombres en ciertos pueblos o momentos, sino del empleado por las mujeres, que se sujeta con redecilla, cf. 603).

Por el estro agitado una vez de la diosa terrible;
dando al viento, frenético, sus cabellos; llevando
femenil atavío, cogido su pelo en un moño
bien trenzado y sujeto por fina redecilla,
en una caverna de un monte metióse un eunuco,
pues la nieve de Zeus helaba sus miembros,
y tras él un valiente león destructor de boyadas
que, volviendo a la cueva de noche y al hombre
contemplando y sintiendo en sus vastas narices el vaho
de las humanas carnes, se plantó en sus robustas
patas; rodaban sus ojos y horrible rugido
lanzó de su boca monstruosa; y el antro,
su cubil, resonaba en su torno y sus ecos mandaba
a las peñas boscosas que a las nubes subían.

Atónito el otro quedó ante el estruendo terrible;
quebróse el corazón ansioso en su pecho,
mas pudo su boca emitir un sonoro alarido
mientras su cabellera se agitaba vibrante
y, asido del gran tamboril, con su mano tañerlo,
el redondo instrumento de Rea la Olimpíade
que su vida salvó; porque el león, al que el ruido asus-[taba
inocuo, pero extraño, de aquella piel de toro,
escapó a toda prisa. Y al hombre enseñó la inventiva
necesidad el modo de escapar al Hades.

662 (XII 97)

Sátira dirigida contra un joven llamado Eupálamo, cuyo tronco es bello (cf. unas manos de rosa en el 478 de Riano), pero que tiene algún defecto en las piernas; o, como dice el epigrama, con alusiones a la epopeya homérica, es hermoso desde la cabeza hasta la cintura o, más exactamente, hasta las partes pudendas (el nombre de Meríones, héroe de la *Ilíada*, contiene un juego de palabras, cf. el 575 de Crates, con la palabra que significa *muslo;* en XII 147, de Estratón, se dice algo parecido respecto a un hombre, y en V 36, de Rufino, sobre varias mujeres); pero de cintura para abajo Eupálamo recuerda más bien a Podalirio, otro héroe y médico de Homero (Luciano, *Alex.* 11 y 59, habla de un tal Alejandro de Abonuticos *que tenía sangre de Podalirio* y que, *como hijo de Podalirio,* murió con el pie gangrenado; tal vez el onomástico se entendiera como *el de los pies pálidos o tumefactos),* y nada a la Aurora, llamada en Homero *de dedos de rosa* y *de brazos de rosa;* si su parte baja respondiera a la alta, se le podría comparar con Aquileo (cf. el 179 de Leónidas y 605), no sólo *veloz de pies,* sino también hermoso.

A Eros Eupálamo imita en su tinte rosado,
mas sólo hasta Meríones, el rey de los Cretes;
Podalirio se torna después y ya a Eos en nada
se parece; envidiosa fue la Naturaleza.
Si en él con la parte de arriba la baja cuadrase,
a Aquileo el Eácida superior sería.

663 (VII 409)

El lematista habla de Antípatro el tesaloniceo, pero lo más probable es que el epigrama sea del sidonio. Es un elogio de Antímaco, poco apre-

ciado, como vimos, por Calímaco (341) y celebrado, en cambio, por Asclepíades (224), Posidipo (252) y Crates (575). Se ha pensado que en el adjetivo del verso 3 puede haber polémica contra el primero, así como en el 5 cabría una alusión a los textos calimaqueos mencionados en 276. Antímaco es considerado como inferior a Homero (sobre el cetro, cf. 629), pero superior a todos los demás poetas, del mismo modo que Enosictón, el que conmueve la tierra, Posidón, está por debajo de Zeus, pero por encima de los otros dioses (sobre las Piérides, cf. 615).

El verso potente celebra de Antímaco el fuerte,
  digno del orgullo de los héroes de antaño,
de las Piérides hecho en el yunque, si tienes un fino
  oído, si en los graves acentos te complaces,
si buscas la senda vedada a los pasos del vulgo.
  Para Homero es el cetro de los himnos sin duda
y Zeus aventaja en verdad a Enosictón, que, aun carente
  de su talla, a los otros inmortales supera.
Así a Homero rendir pleitesía debió el Colofonio,
  pero a muchos autores de poemas precede.

664 (VII 413)

Elogio (atribuido en el lema al tesaloniceo, pero que parece atribuible al sidonio) de Hiparquia, esposa del filósofo cínico Crates (cf. el 143 de Leónidas e intr. al así llamado), que era tracia, de Maronea, y, enamorada de su marido, adoptó, con miras a la búsqueda de la sabiduría, la forma de vida austera y mendicante de los cínicos, llamados aquí, como tantas veces, perros porque admiraban el modo de vivir de este animal. Son rechazadas, pues, *las labores de las mujeres de vestiduras flotantes;* la especie de peplo (cf. 616) propio de burguesas y sujeto con broche, alfiler o fíbula (cf. el 444 de Teodoro); los calzados lujosos, hechos con materiales sólidos y provistos de suela espesa (y más concretamente, cf. el 588 de Fanias, la sandalia de origen oriental); las redecillas (cf. 603), etc. En cambio, Hiparquia prefiere los utensilios típicos del cínico (cf. el 138-139 de Leónidas): la alforja (cf. el 597 de Mosco), el bastón y la manta doble, que de día (cf. el 193 de Asclepíades) servía de abrigo, metida por la cabeza, y de noche formaba algo así como un saco de dormir. Tales hábitos recuerdan a los de Atalanta, heroína cazadora del Ménalo (cf. el 84 de Nicias), pero con la diferencia de que, llevando una y otra vidas duras, resulta más noble la de Hiparquia.

Yo, Hiparquia, prefiero a la muelle labor femenina
  la vida viril que los cínicos llevan;

no me agrada la túnica atada con fíbulas; odio
  las sandalias de suela gruesa y las redecillas
brillantes; me gustan la alforja y bastón del viajero
  y la manta que en tierra por la noche me cubre.
No me aventaja en verdad la menalia Atalanta,
  que el saber a la vida montaraz sobrepuja.

665 (VII 493)

Parecido al 656, con ecos del 50 de Anite. Aunque en el lema se da como de Antípatro el tesaloniceo, probablemente es del sidonio.

No abatió ningún mal a Boísca ni a Ródope, su hija,
  ni tampoco caímos bajo lanzas hostiles,
mas el Hades de grado, cuando Ares el fiero incendiaba
  Corinto, nuestra patria, con valor escogimos.
Matóme mi madre con hierro asesino y tampoco
  respetar la infeliz quiso su propia vida;
atada una cuerda a su cuello, colgóse; la muerte
  libre era más digna que la servidumbre.

666 (VI 109)

El lema habla de Antípatro sin precisar, pero cf. intr. general. Es la usual dedicación, por parte de un cazador que se retira, de pertrechos usados y no siempre identificables (cf. el 583 de Agis, 598 y 646). Los nombres de él y de su padre se encuentran en Arcadia, de la que Orcómeno (cf. el 573 de Samio) era antigua ciudad; el primero era del padre de Filopemén (cf. el 672 de Amintas y 744).

Este velo andrajoso y sobado y el cepo que forman
  tres cuerdas y las trampas montadas sobre nervios
y los lazos ya dados de sí con las jaulas deshechas;
  dos picudas estacas que el fuego ha aguzado;
de la encina el licor pegajoso; la caña que, untada
  con liga, en cazar se afana a las aves;
el cordón de tres hilos que cierra la bolsa escondida
  y la red que a las gárrulas grullas aprisiona
de Orcómeno un Arcade, Pan de los montes, te ofrenda,
  Craugis el cazador, hijo de Neolaidas.

667 (XVI 131)

Una vez más (cf. el 441 de Teodóridas) el tema de Níobe, puesta en relación (cf. 652) con su padre Tántalo; también éste, víctima de su locuacidad, fue condenado a temer perpetuamente la caída de una piedra, mientras que su hija quedó convertida en piedra también.

La Tantálide es ésta que en un solo vientre siete hijos
tuvo y siete hijas, víctimas de Febo y de Ártemis;
que a las vírgenes muerte la virgen envió y los varones
a manos de él murieron, catorce entre unos y otros.
Y ella, que tuvo una grey tan profusa y lucida
no alcanzó en la vejez de ninguno el sustento
ni, como es natural, a la madre llevaron los hijos
a enterrar, mas pudo llorarlos a todos.
Ruina fue de tu hija la lengua que a ti te perdiera;
ella en piedra trocóse, tú a la piedra temes.

668 (XVI 133)

El mismo tema, pero con descripción de una obra de arte, posiblemente escultórica, en que aparecía Níobe lamentándose frente a los cadáveres de sus hijos varones (sobre Leto, cf. 639) y al ver cómo van muriendo las hembras. Un grupo escultórico de los Nióbidas existía (Plin. *N. H.* XXXVI 28) en el templo de Apolo Sosiano de Roma, y bien conocidas son las esculturas hoy conservadas de idéntico tipo.

¿Por qué elevas, mujer, al Olimpo tu impúdica mano
mientras se desmelena tu cabellera impía?
Contempla las iras de Leto violentas, ¡oh, madre
de muchos!, deplora tu necia jactancia.
De tus hijas la una aquí cerca agoniza, la otra
sin aliento yace, presa de amargo sino.
Y aun con ello no acaba tu pena: también el en-[jambre
de tus hijos varones cae difunto por tierra.
¡Oh, tú, la que lloras el día en que al mundo viniste!
Piedra inerte serás que las penas consuman.

HERMODORO

En la lista de Meleagro (776, 43-44) se da el nombre de Hermodoro, que no cabe en el hexámetro, perifrásticamente junto a una alusión al nardo, puesto allí mismo en relación con Siria; y alternativamente se le atribuye IX 77, de Antípatro el tesaloniceo. Nada más sabemos de él: su único epigrama imita al sidonio.

669 (XVI 170)

La Afrodita de Praxíteles (cf. el 641 de Antípatro) es comparada (cf. el 631 del mismo) con una Atenea de Atenas, quizá la famosa Virgen de Fidias (cf. el 440 de Teodóridas). Ambas son hermosas, pero, al ver esta última, hay que pensar que Paris, en su célebre juicio (cf. el 642 de Antípatro), dio muestras de mal gusto al preferir a Afrodita.

«Ésta era la reina de dioses y de hombres», dirás si
ves a la Citerea cnidia, ¡oh, extranjero!
Mas, si en Cecropia contemplas a Palas armada,
exclamarás: «Pastor ciertamente era Paris».

NICÓMACO

Ignoramos todo de este autor, incluso la fecha en que pudo producirse el terremoto que devastó la ciudad de Platea, en Beocia, país en que, según Estrabón (IX 406), ocurrían mucho estos movimientos sísmicos.

670 (VII 299)

Ésta es... o ¿qué digo? Ésta fue la Platea que un sismo
llegado de repente derribó por completo.
De ella tan sólo unos pocos quedaron; los otros
nuestra querida patria por tumba recibimos.

AMINTAS

Nada se sabe de Amintas, sobre cuyo nombre cf. el 218 de Asclepíades, salvo que el 672 lo revela como posterior al año 188.

671 (Pap. Ox. 662)

Imitación del 618 de Antípatro en el mismo papiro y en versión abreviada.

—Dinos quién eres, mujer, y de quién has nacido
y dónde y cuál fue el mal que te llevó al sepulcro.
—Mi nombre, extranjero, fue Praxo; Calíteles era
quien me engendró y un parto fue causa de mi [muerte.
—¿Quién te erigió este sepulcro? —Teócrito, el hombre
con el que me casaron. —¿A qué edad llegaste?
—A tres veces siete años más uno. —¿Sin hijos moriste?
—Dejé en casa a Calíteles, que tenía tres años.

672 (Pap. Ox. 662)

Alusión a Filopemén, caudillo (cf. el 563-564 de Damageto) de la Liga Aquea (también megalopolita, cf. el 666 de Antípatro, pero que no es el citado en el 643 del mismo, sino un contemporáneo del primer Teáridas), que en el 188 invadió Laconia, derribó las murallas de Esparta y trató a los ciudadanos de este pueblo en forma durísima (cf. Tito Liv. XXXVIII 34 y Pol. XXII 10, 5). Los Lacedemonios se jactaban de que su capital (sobre el Eurotas, cf. el 581 de Timnes) no había sido tomada nunca (Plut. *Vita Ages.* 31), aunque después de la batalla de Leuctra prácticamente estuvo en manos de Epaminondas (cf. el 445 de Nicandro). Es probable que haya una laguna entre los versos 2 y 3.

Lacedemón, la que nunca tembló, la que al propio
  Ares infundía temor en los combates,
ha caído de bruces y yace indefensa, abatida
  por la lanza del gran Filopemén y treinta
mil Aqueos. La miran las aves con tristes lamentos;
  ya los bueyes sus campos arando no recorren;
y el humo que se alza en la orilla del límpido Eurotas
  hace llorar a la Hélade por su ciudad perdida.

POLÍSTRATO

Meleagro (776, 41) le pone, atribuyéndole como emblema la mejorana (cf. intr. a Riano), junto a Antípatro el sidonio y, en efecto, debieron de ser contemporáneos (cf. el 674 respecto al 656 y 665 del último).

673 (XII 91)

Los ojos del poeta, indiscretamente, han captado demasiados encantos, los de dos muchachos, poniendo en un aprieto el alma del amante. Ahora en castigo arden de amor impotente mientras el espíritu del escritor permanece frío; no bastan los dos ojos a dominarlo. Sobre la vida, cf. intr. a Damageto.

Doble es el Eros en que ardo y es mi alma una sola.
Ojos que demasiado miráis por todas partes,
visteis a Antioco el de gracias doradas cubierto,
la flor de los hermosos muchachos: ya os bastaba.
¿Por qué habéis mirado a Estasícrates, tierno y suave,
vástago de la Pafia de violas ceñida?
Quemaos, las llamas del todo os consuman, que, aun [siendo
dos vosotros, sois pocos para un alma sola.

674 (VII 297)

Con la destrucción de Corinto (cf. intr. y nótense las alusiones a la escarpada acrópolis que corona la ciudad y a la pertenencia de ésta, cf. el 672 de Amintas, a la Liga Aquea) los Itálicos, descendientes del troyano Eneas, se han vengado (el general romano es llamado aquí Leucio) de los Helenos, que incendiaron Troya y dieron muerte al rey Príamo (cf. el 543

de Alceo). El túmulo que cubre indiscriminadamente a las víctimas (Paus. VII 16, 8 cuenta que la mayor parte de los varones fueron muertos y las mujeres vendidas como esclavas con los niños) es una verdadera montaña.

El Acrocorinto, el aqueo baluarte y estrella
de la Hélade, y la doble ribera del Istmo
Lucio arrasó, y así un solo peñasco hoy recubre
en masa los huesos de los muertos en lucha;
y a aquellos que al fuego la casa de Príamo dieron
priváronles de ritos fúnebres los Enéadas.

ZENÓDOTO

El 675 está también en Diógenes Laercio (VII 30), que describe a su autor como un filósofo estoico, discípulo de Diógenes de Seleucia (cf. intr. a Heródico) o Babilonia, que sucedió a Zenón como escolarca, estaba en Roma el 156 y murió siendo anciano poco después; cabe al menos teóricamente la posibilidad de que sea obra del famoso filólogo (cf. intr. a Filitas). El 677, de la serie en que le precede Hegesipo, se atribuye en el lema a Zenódoto o a Riano; y nada indica que los tres epigramas procedan del mismo autor.

675 (VII 117)

Elogio de Zenón (cf. el 632 de Antípatro e intr.). Su origen no debe resultarle un demérito: Cadmo, héroe fenicio (cf. el 622 de Antípatro), fue el glorioso inventor del alfabeto, designado por Heródoto (V 58) como *signos fenicios*. En cambio, Zenón introdujo en la Filosofía valores positivos como la autarcía o capacidad para bastarse a sí mismo, el culto a la libertad, la intrepidez y, aunque no hemos podido reproducirlo en la versión, el culto a la Providencia divina.

Enseñaste el bastarse a sí mismo y la vana riqueza
despreciaste, Zenón, el de venerable
y canosa cabeza. Encontraste un viril ideario,
tu doctrina, madre de libertad indómita.
¿Qué importa tu patria fenicia? También de allí vino
Cadmo, a quien los libros se deben en la Hélade.

676 (XVI 14)

Cf. el 552 de Alceo.

¿Quién la imagen de Eros talló y en la fuente la puso
creyendo apagar con agua este fuego?

677 (VII 315)

El tema de Timón, con su espino, se encontró por última vez en el 421 de Hegesipo. Sobre el lema, cf. intr.

Rodéame, tierra infecunda, de hirsuta aladierna
y silvestres ramas de tortuoso espino;
que las aves vernales sus patas ligeras no posen
sobre mí, que mi cuerpo yazga tranquilo y solo.
Pues yo fui Timón, el misántropo, nunca querido
por mis conciudadanos ni tampoco en el Hades.

ANTÍSTENES

Nos es absolutamente desconocido este mediocre poeta de Pafo (cf. el 196 de Asclepíades).

678 (Inscr. Del. 2549)

Forma pareja con el 639 de Antípatro y nos entera de algunos pormenores en relación con Filóstrato: que los ritones dedicados a Apolo era dos y que estaban llenos de un perfume o se hallaban destinados a contenerlo; que su padre se llamaba como él; que ambos epigramas estaban en la basa de una estatua erigida en el ágora de los Itálicos de Delos, cerca del templo de Apolo; y que los oferentes eran ciudadanos de Hípata, población de Tesalia, agradecidos tal vez a alguna intervención de Filóstrato que puso fin a discordias civiles. El texto está dudoso en muchos lugares y sobre todo en el final del v. 9, que no traducimos. Sobre el modo en que se designa a Atenas, cf. el 669 de Hermodoro.

Porque a Febo ofrendó dos brillantes ritones de oro
con esencia de nardos y un incensario a Zeus
de bocas diversas y un vaso al retoño de Leto,
una Escila con dos fuentes que de ella manan;
porque un pórtico alzó para darlo a las gentes de Roma
y otro para que fuera de los hijos de Cécrope,
a Filóstrato, el hijo heredero del nombre paterno,
ciudadano eminente, los habitantes de Hípata
le erigieron al lado del templo de Febo suntuoso,
en el recinto ítalo de Delos la amable,
como un don para el dios, pues amó la justicia y por [ello
en su ciudad término puso a las querellas.

DIONISIO

Como el nombre era quizás el más común en la Hélade, es imposible saber si estos ocho epigramas son o no del llamado Dionisio de Cícico (cf. el 317 de Calímaco) en el lema del 679; el 680 habla de Dionisio el rodio, pero esto puede deberse al hecho de que el epigrama menciona a un nativo de aquella isla; el lematista considera el 682 como de Dionisio o anónimo; en el 683 es incluso posible que Dionisio no sea el nombre del poeta, sino del oferente (cf. el 188 de Damóstrato y 572 de Hermocreonte); el 685 parece estar inspirado en el 642 de Antípatro.

679 (VII 78)

Epitafio de Eratóstenes de Cirene, tercer director de la biblioteca de Alejandría (cf. el 508 de Dioscórides) entre Apolonio de Rodas (cf. su intr.) y Aristófanes de Bizancio, y conocido escritor y filólogo; sabemos que Ptolemeo Evérgetes le llamó de Atenas a Alejandría y aquí nos informamos de que estaba enterrado en Egipto, quizá cerca de Faros (cf. el 456 de Hédilo), que en su tiempo estaba ya unida al continente. Nos consta también que Eratóstenes murió (cf. intr. a Riano) contando más de ochenta años (aquí se habla igualmente de ancianidad) en el reino de Ptolemeo Epífanes (cf. intr. a Nicéneto). Una leyenda, rechazada aquí, contaba que el filólogo se dejó morir de hambre ante la disminución de su vista y capacidad de trabajo.

La suave vejez te abatió, no la ciega dolencia;
dormiste en el sueño que a todos se nos debe
tras haber, Eratóstenes, tanto estudiado; ni pudo
recibirte, hijo de Áglao, Cirene, tu nodriza,
en su suelo materno, mas yaces, amigo entre extraños,
en esta lengua de la costa de Proteo.

680 (VII 716)

Yaliso es ciudad de Rodas (cf. intr.). Los búhos, aves de mal agüero, que normalmente acogen con indiferencia las muertes, lloran aquí al gran poeta que murió joven. Sobre la topografía infernal, cf. el 653 de Antípatro.

Muy pronto y a toda Yaliso llenando de pena,
te hundiste en el amargo piélago de Lete
tras haber cosechado unos años poéticas flores.
Incluso los impávidos búhos, ¡oh, Fenócrito!,
en tu tumba lloraron, que no se dará un mejor vate
mientras pisen la tierra los hombres venideros.

681 (XII 108)

El nombre del muchacho, entre otras cosas, significa *puro;* esto proporciona ocasión para un juego de palabras. Si el amante atiende al poeta, sea para él puro (cf. el 614 de Antípatro) y dulce vino de Quíos (cf. el 629 de Antípatro); si le desdeña, tórnese vinagre al que acudan los mosquitos y moscas.

Si soy yo el amado, resultes igual al de Quíos
ser, Ácrato, o tal vez más dulce todavía;
mas, si otro prefieres a mí, te rodee una nube
de mosquitos nacidos en la ácida tinaja.

682 (VII 462)

Sobre el lema, cf. intr. Sátira era una Fenicia nacida en Tiro y muerta en Sidón (cf. intr. a Antípatro).

A Sátira en trance de parto llevósela el Hades;
polvo sidonio cúbrela, su patria Tiro llora.

683 (VI 3)

Ofrenda a Heracles de una maza (cf. el 296 de Calímaco). La ciudad de Traquine (cf. el 448 de Euforión) era tenida por fundación de dicho héroe y allí se decía que había muerto. Fóloe, además de ser nombre de un monte (cf. el 643 de Antípatro), lo es de una ciudad arcadia cercana a Olimpia, cuyos juegos había instaurado Heracles. El último verso de este epigrama aparece también en Pap. Berol. 9812 (cf. 684).

Heracles, que pisas la pétrea Traquine y el Eta
y el alto collado del frondoso Fóloe,
acepta esta maza que ofrenda Dionisio y que él mismo
de un acebuche verde con su hacha cortara.

684 (Pap. Berol. 9812)

Al último verso de 683 siguen en el papiro otros ocho en que parece que pueden identificarse, aunque con muchas restituciones, dos epigramas. Aunque no nos consta ni aun que sean helenísticos, existe una remota posibilidad de que haya que atribuir uno o los dos también a Dionisio. El primero contiene maravilladas reflexiones acerca de una obra de arte en que se representa (cf. el 569 de Damageto) a un luchador: la escultura no es grande, pero el mérito no se mide por el tamaño. Hay también una metáfora deportiva: este artista vence a los rivales como el atleta en cuestión.

¡Qué gran obra de arte! Pues todo lo bueno es ya grande.
¿Quién es el oferente, qué antiguo artista te hizo?
Venciste sin nunca caer. ¡Ea, pues, preguntemos
el nombre del maestro con el del atleta!

685 (Pap. Berol. 9812)

El segundo es un poema ecfrástico sobre la Afrodita de Apeles (cf. el 642 de Antípatro).

Ciertamente que Apeles ha visto emerger desde el seno
de su madre la mar a Afrodita desnuda:
hasta el pecho la vio, que otra cosa no está permitida,
y así la pintó, asombro del mortal que la mire.

686 (V 81)

Tú, que ofreces las rosas y tienes su gracia, ¿a quién [vendes?
¿A ti misma, las rosas o tal vez todo ello?

ANÓNIMOS ATRIBUIDOS A SIMONIDES

Y que deben de ser (cf. también el 232 de Asclepíades y 364 de Simias) helenísticos, no procedentes del famoso epigramatista antiguo, por unas razones u otras. Los cuatro últimos pertenecen a series en que pueden o no ser posteriores, respectivamente, a Antípatro (688-690) y Queremón (691).

687 (V 159)

Cf. el 67 de Nóside y 390 de Erina y, sobre los patrones de barcos mercantes, 517 de Dioscórides.

Bedion, flautista, y Pitíade, hetera una y otra,
a ti, Cipris, sus fajas y retratos ofrendan.
Vuestras bolsas sabrán, mercaderes y nautas, de dónde
vinieron estas fajas, de dónde estas pinturas.

688 (VI 217)

Última versión del milagro del león (cf. el 661 de Antípatro y nótese el 628 del mismo sobre el epíteto): aquí el Galo ofrenda sus vestidos femeninos y su cabellera (cf., por ejemplo, el 559 de Damageto).

Cuando, huyendo a la nieve invernal, buscó un Galo re-
[fugio
en una desierta cueva y de sus cabellos
el agua enjugaba, metióse un león asesino
de bueyes buscando su rastro en la caverna.
Él entonces el gran tamboril que tenía con mano
extendida golpeó y, al llenarse la gruta

de estruendo, no osó el montaraz animal el sagrado
  ruido afrontar y huyó por el monte frondoso
temiendo a aquel siervo castrado de Rea, quien estas
  ropas le ofrendó y estos rubios bucles.

689 (VII 24)

Un epígrama más, con los usuales tópicos, de los dedicados a Anacreonte (cf. por última vez el 614 de Antípatro; y también el 646 del mismo sobre el nombre del instrumento).

Viña que a todos encantas, la madre del vino,
  tú que crías la red de pámpanos tortuosos,
trepa a la estela del teyo Anacreonte y al simple
  túmulo que recubre su tumba y el amante
del vino y los ebrios festejos, quien noches enteras
  gustaba la tortuga de tañer con los mozos,
aun en tierra yacente el hermoso racimo colgado
  de las ramas floridas en su cabeza ostente
y báñenle siempre sus líquidas gotas, que menos
  dulces son que el aliento de sus suaves cantos.

690 (VII 25)

El mismo tema (cf. 689) con mención de los conocidos Esmerdies y Megisteo (cf. el 612-613 de Antípatro).

Esta tumba de Teos, su patria, recubre a Anacreonte,
  poeta al que inmortal las Musas hicieron,
el que supo adecuar a la dulce pasión de los mozos
  cantos olorosos a Amores y a Gracias
y sólo una cosa deplora en la casa de Lete,
  haber dejado aquí, llegado al Aqueronte,
no ya el sol, mas de Esmerdies el trace la gracia amo-
[rosa
  o a Megisteo, el más deleitable de todos.
Y no calla su dulce armonía; ni aun muerto en el Hades
  jamás aquella bárbito dejó que enmudeciera.

691 (VII 431)

Última versión (cf. el 585-586 de Queremón) del episodio de Tírea. Considerado en el lema como anónimo o de Simónides, es un epitafio colectivo de los Espartanos allí muertos contra los Ináquidas o Argivos (cf. el 446 de Nicandro). Aquí se nos aclara el contenido de la inscripción hecha por Otríadas con sangre en su escudo, pero en forma inadecuada, pues la ciudad no quedaba conquistada por los Lacedemonios: Plutarco (*Mor.* 306 *b)* dice que la verdadera inscripción era *Al Zeus de los trofeos* y un texto en Estobeo (III 7, 68) menciona *Los Lacedemonios contra los Argivos*. El epigrama prevé que algún Argivo, como Alcenor y Cromio, haya sobrevivido, pero será un cobarde fugitivo como Adrasto, rey de Argos, único jefe que se salvó de la expedición de los Siete contra Tebas (cf. el 535 de Alceo) por haber escapado. Sobre el lema, cf. el 515 de Dioscórides.

He aquí, patria Esparta, a trescientos que a Tírea en [torno
luchamos con el mismo número de Ináquidas
sin volver la cabeza, mas dando la vida en el punto
en que el pie apostamos al entrar en combate.
Y el escudo de Otriadas, cubierto de sangre valiente,
proclama: «Tírea es, Zeus, de los Lacedemonios».
Y si al hado escapó algún Argivo, será hijo de Adrasto:
para Esparta la muerte no es morir, mas la huída.

TRANSMITIDOS COMO ANÓNIMOS

Entre los muchos epigramas dados sin nombre de autor en la *Antología,* se recogen aquí 73 de carácter más o menos helenístico, 692-750 y 752-765, aunque, naturalmente, las fechas de casi todos ellos sean inciertos; a los cuales hay que añadir el 751, procedente de otra fuente; 766-770, editados (cf. intr. gen.) a partir de papiros; y 771-75, transmitidos por inscripciones. El 692-725, 730-731 y 762-765 son de carácter erótico; en 693-697 no está claro que se trate de amores pederásticos, mientras que 692 alude a relaciones de varios tipos, 698-725 son homosexuales en bloque y otros pocos, en cambio, se refieren a temas heterosexuales. Completan la serie los votivos 726-729, 732-734, 751 y 754; los sepulcrales 735-742, 760-761 y 768-775; y un grupo de diversos motivos. Algunos de ellos muestran huellas de imitación: en 694 y 697 se aprecian ecos de Asclepíades; en 696 y 700, de Posidipo; 695 tiene un cierto matiz calimaqueo. El tono literario en general es bueno: descuella especialmente 713, pero también resultan muy estimables 692-694, 699, 702, 706, 710-711, 715, 721, 723, 725 y 744.

692 (XII 90)

Al parecer la coqueta muchacha se asomaba de vez en cuando al atrio (cf. el 337 de Calímaco) para encandilar más al amante.

No amo más; tres batallas libré; me quemaba el encanto
  de una hetera y el de una muchacha y el de un mozo
y en todo sufrí. Me agoté suplicando a la hetera
  que la puerta hostil al indigente abriese;
de la niña en el pórtico insomne por siempre yacía
  sin darle más que algún deseable beso;

y ¿qué digo del fuego tercero? De aquél no conozco
más que tal cual mirada con esperanzas hueras.

693 (XII 89)

El poeta duda entre varios amores; sobre las flechas de Cipris, cf. el 234 de Asclepíades.

¿Por qué, Cipris, me lanzas tus dardos como único [blanco
de modo que los tengo clavados en mi alma?
Por un lado y por otro me incendian y arrastran, adónde
me incline no sé, me quemo todo entero.

694 (V 168)

Imitación del 280 de Calímaco.

Con llama y con nieve y, si quieres, con rayo me puedes
atacar y a abismos y mares arrojarme.
A aquel que en pasión se agotó y a quien Eros domara
ni el fuego de Zeus lanzado le aniquila.

695 (XII 104)

Que mi amor junto a mí permanezca tan sólo; abo-[rrezco,
Cipris, la pasión compartida con otros.

696 (XII 100)

El poeta (cf. el 249 de Posidipo) es aquí un erudito que siempre había obtenido éxitos profesionales, inspirado por las Musas, pero ahora está enamorado, moviéndose en terreno de que resulta ser inexperto y sufriendo mucho. Cipris, que padeció, por ejemplo, al morir Adonis (cf. el 502 de Dioscórides), debería compadecerse de él.

¿A qué puerto extranjero de Amores, oh, Cipris, me traes
sin piedad, tú que tienes experiencia de penas?

¿Quieres que sufra sin fin y que diga que al sabio
Cipris la única fue que le hirió entre las Musas?

697 (XII 115)

Imitación del 234 y otros de Asclepíades. El amante ha bebido no vino puro (cf. el 681 de Dionisio), sino locura pura; esta embriaguez amorosa (cf. el 282 de Calímaco) le hace invulnerable a amenazas y desdenes en su cortejo amoroso.

Pura locura he bebido y emprendo el camino
armado con beodas y locas ilusiones.
Voy al cortejo. ¿Qué importan los rayos y truenos?
Si caen, tendré en Eros coraza impenetrable.

698 (XII 155)

Fragmento mímico (cf. el 458 de Hédilo) difícil de entender. Parece que un esclavo ha sido enviado por un mozo a otro como mensajero amoroso. El requerido se indigna por la forma ruda en que le transmiten el recado; las cosas no están tan sencillas para él; antes de ir adonde sea ha de tener unas palabras con el invitante; lo que sí resulta previsible es cómo terminará el asunto.

—No vuelvas tal cosa a decirme. —¿Quién tiene la culpa?
Él me envió. —¿Lo repites otra vez? —Dijo: «Acude».
Ven, pues, y no tardes; te esperan. —A aquél yo primero
buscaré y luego iré; lo que sigue está claro.

699 (XII 145)

El amante no ha hallado en el amor pederástico la felicidad, cosa tan imposible como agotar el agua del mar o contar los granos de arena de la playa.

Dejad, amadores de mozos, el vacuo trabajo.
Cesad en vuestras penas, locos, que de esperanzas
imposibles vivís. Achicar en las costas libisas
todo el mar o contar los granos de arena
es tener afición a muchachos, si bien su hermosura
superficial a dioses y mortales atraiga.

Miradme a mí todos, que en vano mi empeño de ahora
en las secas riberas se quedó derramado.

700 (XII 99)

El tema es parecido al de 696: un sabio, que siempre se había afanado en el culto de las Musas, ha caído inexpertamente en una trampa pederástica (reaparece el tema cinegético que vimos en el 485 de Dioscórides y será frecuente en lo que sigue), aunque no por ello reprocha al inocente muchacho. El caso es que ahora aprecia ya lo que tiene el amor de ambivalencia agridulce (cf. el 244 de Posidipo).

De Eros la presa fui yo que ni en sueños había
aprendido en mi alma pederásticos ritos.
Fui cazado, mas no por malvada pasión, mas fue pura
mirada pudorosa lo que puso en mí brasas.
¡Adiós, gran penar por las Musas, que mi alma en el [fuego
está ya con su carga que es dolor y dulzura!

701 (XII 136)

Aunque el ruiseñor, cuyo nombre es femenino en griego, sea ave armoniosa (cf., p. ej., el 384 de Teócrito), su canto ahora al poeta, que quiere gozar de una tranquila noche de amor, le parece disonante graznido de grajo.

¿Por qué, ruiseñores ruidosos, venís a graznarme,
posados en las ramas, cuando siento la tibia
carne tierna de un mozo a mi lado? Aunque sea parlero
el femenino sexo, que calléis os suplico.

702 (XII 79)

El lema lo considera anónimo o de Meleagro: sobre el tema de la ceniza, cf. el 283 de Calimaco.

Cuando ya se entibiaba mi amor, diome Antípatro un [beso
y encendió nuevamente la fría ceniza
y así sin quererlo dos veces ardí en una sola
llama. ¡Huid, desdichados, no os queme si me acerco!

703 (XII 40)

Recuerda al 662 de Antipatro, también con mención de la rosa: Antífilo, el que habla, tiene conciencia de que el resto de su cuerpo, probablemente velludo (cf. el 587 de Fanias y, sobre el espino, el 677 de Zenódoto), no corresponde a la belleza de su cara, manos y pies: es como ciertas estatuas, parecidas a los *togati* romanos, que se hacían en madera sin trabajar poniéndoles miembros y cabeza de mármol y vistiéndolas para su exhibición. En cuanto a la prenda citada, su nombre es diminutivo del empleado, por ejemplo, en el 259 de Posidipo.

No me quites, amigo, la túnica; mírame al modo
de estatua de madera con miembros de bronce.
Hallarás, si en Antífilo buscas encantos desnudos,
un cáliz de rosa floreciendo entre espinos.

704 (XII 151)

Si viste a un muchacho que se halla en sazón deliciosa,
a Apolódoto habrás contemplado sin duda;
mas si, habiéndole visto, extranjero, no fuiste incen-
[diado
por su amor en llamas, eres o dios o piedra.

705 (XII 143)

Un muchacho, posiblemente en una palestra, dialoga en una especie de mimo (cf. 698) con la estatua de Hermes que la preside: el mozo ya está curado de su amor por el desdeñoso Apolófanes, pero el dios admira todavía su hermosura.

—Hermes, un mozo me hirió, pero ya estoy curado.
—También a mí, extranjero, me sucedió tal cosa:
Apolófanes me hace sufrir. —La palabra me quitas
de la boca: en idéntico fuego los dos caímos.

706 (XII 112)

Arcesilao ha logrado magnífica venganza del cruel Amor: le ha hecho que él también se enamore y lo pasea exhibiéndole como a un prisionero en un desfile triunfal.

¡Aplaudid, oh, muchachos! A Eros cazó Arcesilao
y con los rojos lazos de Cipris lo pasea.

707 (XII 140)

Por haber criticado el poeta a un mozo, Némesis, la diosa de la justa venganza, le ha condenado a amarle. Arquéstrato le ha herido como el rayo de Zeus. Ahora quedan dos caminos, suplicarle a él que le corresponda o a Némesis que le libere. El amante prefiere lo primero.

Cuando a Arquéstrato el bello miré, que lo fuera, por [Hermes,
negué, porque no era su aspecto muy hermoso.
Tal hablé y se echó encima la Némesis, llamas al punto
me incendiaron y el mozo fue Zeus con su rayo.
¿Le imploramos a él o a la diosa? El muchacho a mi [juicio
a la diosa aventaja; vaya a paseo Némesis.

708 (XII 61)

La belleza de Aribazo, mozo de nombre persa, es tal que su brillo amenaza con derretir la ciudad entera de Cnido, en que vive (cf. el 669 de Hermodoro).

Mira, Aribazo, no sea que fundas del todo
a Cnido; ya la piedra tu calor derrite.

709 (XII 62)

Sobre el mismo mozo.

¡Oh, madres persas, parís bellos hijos, muy bellos,
mas para mí Aribazo más hermoso es que nadie!

710 (XII 88)

Éumaco es un confidente a quien se describe una situación parecida a la de 693; la balanza fue citada en el 346 de Diotimo.

Doble es el Eros que mi alma atormenta y consume,
Éumaco, y son dos las locuras que me atan.

Por un lado mi cuerpo se inclina hacia Asandro y por [otro
a Télefo mis ojos miran vivamente.
Cortad, no os importe, mi ser, divididlo en balanza
escrupulosa y luego mis miembros sorteaos.

711 (XII 87)

Cf. el 666 de Antípatro.

Cruel Eros, que a amor femenil no me induces, mas [blandes
continuamente el rayo del ardor masculino,
y así peno sin fin, unas veces quemado en la llama
de Demón y otras veces contemplando a Ismeno.
Y no sólo a ellos miran, mas siempre me están impli- [cando
en mil redes de amores mis insensatos ojos.

712 (XII 69)

El amante teme que Zeus rapte a su amado como a Ganimedes (cf. el 542 de Alceo): si tal ocurre, es mejor morir que soportar a un dios tirano.

Mira de lejos, ¡oh, Zeus!, a Dexandro, mi amigo,
y con el Ganimedes conténtate de antaño.
Mas, si a la fuerza le raptas, será intolerable
tu reino: a vivir en él me resisto.

713 (XII 156)

Hermoso ejemplo de metáfora náutica en amor (cf. el 232 de Asclepíades).

Es igual, ¡oh, Diodoro!, mi amor que el viajar por va- [riable
mar en las borrascas de la primavera.
Unas veces me inundas de lluvia, otras veces en calma
te derramas, riendo tiernamente tus ojos.

Y yo, como un náufrago, a ciegas capeo las olas
y soy zarandeado por temporal ingente.
Enarbólame, pues, la señal de amistad o de encono
para que sepa yo por qué mares navego.

714 (V 142)

¿Quién adorna, a Dionisio las flores o él mismo es or- [nato
para ellas? Creo que luce menos su guirnalda.

715 (XII 107)

La maldición desea que el desdeñoso se afee y quede como las bayas de mirto, que, tras haber sido ornato y aperitivo en los banquetes, van a la basura cuando han perdido su sazón.

Si el hermoso Dionisio me atiende, consérvese hermoso
con vuestra ayuda, Gracias, para toda la vida;
mas si a otro prefiere y me deja, cual mirto pasado
le barran en montón con las migas secas.

716 (XII 67)

El águila que, como a Ganimedes (cf. 712), ha raptado, por lo visto, a Dionisio aparece aquí moviendo rápidamente sus alas, pues el peso del mozo es grande, y esforzándose para no hacerle daño con sus garras.

No veo al hermoso Dionisio. ¿Tal vez, oh, Zeus padre,
le raptaron los dioses como nuevo copero?
Águila, ¿cómo llevaste, agitando de prisa
tus alas, al mozo sin herirle tus garras?

717 (XII 66)

El epigrama no está claro. Al parecer, Doróteo ha abandonado al poeta: si el rival es Zeus, el amante desdeñado no podrá luchar; pero quizá se trate de algún hombre. Los Amores deben decir al escritor si el abandono es definitivo y, en tal caso, quién es el adversario. Por lo visto, la respuesta es optimista, lo que provoca un desafío algo fanfarrón dirigido al supuesto suplantador.

Amores, decid a quién ame el muchacho. Si es cierto
que a un dios, para él sea: yo con Zeus no combato.
Mas si a humanos, ¡oh, Amores!, está reservado, de-
[cidme
de quién fue Doróteo y a quién se entrega ahora.
Claramente lo indican; me alegro; retírate entonces,
no te tiente también en vano a ti lo bello.

718 (XII 130)

Alusión a las usuales inscripciones parietales (cf. el 338 de Calímaco) en que los mozos eran celebrados: cf., en cambio, la corteza del álamo usada como material escriptorio en el 466 de Glauco.

Digo «hermoso y hermoso» y repito y diré en adelante
qué hermoso a la vista, qué grato es Dosíteo.
No he escrito la frase en ninguna pared ni en encinas
ni álamos: mi amor en el alma está impreso.
Ni creáis a quien tal cosa niegue, pues juro que miente:
yo solo soy quien sabe la verdad del caso.

719 (XII 111)

El amante puede ser comparado con Eros en cuanto a hermosura e incluso velocidad; lo único de que carece Eubio son los típicos arco y flechas.

Eros tiene alas, mas tú pies veloces, e iguales
en belleza sois, Eubio: sólo el arco nos falta.

720 (XII 152)

Heraclito es de Magnesia del Meandro (cf. el 49 de Anite) o de la del Sípilo (cf. el 441 de Teodóridas), situadas ambas en Asia Menor y con una u otra de las cuales se relacionaba la piedra imán, dotada de propiedades magnéticas.

Heraclito el magnete, mi amor, al metal con la piedra
no atrae, sino a mi alma con su sola hermosura.

721 (XII 123)

Se trata de unos lemniscos, especie de cintas de lana con que se ceñían la cabeza y miembros de los atletas victoriosos (cf. el 459 de Hédilo y, sobre el pugilato, el 550 de Alceo). El amor hizo que la sangre supiera a mirra perfumada (cf. el 620 de Antípatro).

Coroné a Menecarmo el de Anticles, que había vencido
en el pugilato, con diez dulces diademas
y tres veces su cuerpo besé todo lleno de sangre
y me supo mejor que la propia mirra.

722 (XII 160)

No conocemos el nombre de su amado ingrato: Nicandro puede ser un confidente. El poeta ha sufrido ya otras veces, dominado por el amor como un potro por su jinete (cf. el 119 de Leónidas y 626 de Antípatro), pero esta traición es ya excesiva. La diosa Adrastea, que viene a ser la Némesis de 707, debe realizar la venganza merecida por el mozo haciendo, por ejemplo, que éste sea desdeñado a su vez.

Con valor mis entrañas soportan las ásperas bridas
y la sujeción del penoso bocado,
pues Eros no es hoy la primera ocasión en que asalta,
Nicandro, mas mil veces la pasión conocimos;
pero haz, Adrastea, la amarga entre todas las diosas,
que expíe con tu Némesis su perversa conducta.

723 (XII 39)

Cf. 703.

Apagóse Nicandro, al que igual a los dioses en tiempos
juzgábamos; voló la flor de su figura
y ni un resto de gracia hay en él. No seáis demasiado
altivos, muchachos; luego viene el vello.

724 (XII 96)

Como en el 662 de Antípatro, Pirro tiene un defecto físico, probablemente alguna deformación de la planta del pie muy visible en la huella que deja la sandalia. Su amante le regala un calzado de suela gruesa y

claveteada (cf. el 664 de Antípatro) con el que puede disimular. El dicho procede de la *Ilíada* (IV 320).

No en vano circula entre humanos aquello que dice
que no a todos otorgan los dioses tener todo,
pues tu cuerpo es perfecto, a tus ojos se asoma patente
el pudor y en tu pecho reluce la gracia
que a los mozos conquista; y, en cambio, a tus pies les [negaron
los mismos encantos. Pero, pues queda oculto
en esta sandalia el diseño del pie, amigo Pirro,
te encantará lucirte de tan bella manera.

725 (XII 116)

Aunque todo hace prever calamidades, el amante, que manda por delante al esclavo para que ponga, en señal de vasallaje amoroso, la guirnalda en la puerta de Temisón, se decide a marchar él también cuando se le pase un poco la embriaguez: la belleza del mozo, aun a falta de candiles (cf. el 208 de Asclepíades), iluminará su peligroso camino.

Me iré de cortejo, que estoy totalmente bebido;
ten, chico, esta guirnalda que mis lágrimas riegan.
No he de extraviarme en el largo camino; aunque oscura
se presenta la noche, Temisón es gran faro.

726 (V 205)

La hechicera Nico, de Larisa (cf. el 432 de Teodóridas), ofrenda a Afrodita un instrumento mágico que capta voluntades, la rueda, bien conocida por el idilio II de Teócrito, a la que, tensando y relajando las cuerdas que pasan por dos agujeros, se hace girar vertiginosamente en direcciones alternativamente opuestas. En este caso es un objeto lujoso (sobre las amatistas, cf. el 236 de Asclepíades) y ceñido por cintas de lana roja que no sabemos para qué servían.

La rueda de Nico, que sabe traer por los mares
a un hombre y sacar de su alcoba a las niñas,
ofrendada a ti, Cipris, está, su precioso instrumento
incrustado en traslúcidas amatistas, ornado
con oro, ligado por suave, purpúrea lana,
regalo que te hace la maga larisea.

727 (V 200)

La joven Alexo, como recuerdo de una noche de amor, ofrenda a Priapo (cf. el 638 de Antípatro) las guirnaldas perfumadas (sobre el azafrán y mirra como aromas, cf. el 620 de Antípatro y 721) de su cabeza (sobre la yedra, cf. el 614 del mismo) y la cinta que ceñía sus pechos (cf. el 450 de Hédilo).

Las oscuras guirnaldas de yedra aun olientes a mirra
 y a azafrán con las cintas del pecho de Alexo
aquí están para Priapo, el de dulce y lasciva mirada,
 como ofrenda en recuerdo de la sagrada fiesta.

728 (V 201)

Exvoto similar: sobre el instrumento, cf. 690.

Pues en vela Leóntide estuvo hasta el orto del bello
 lucero del alba con Estenio el áureo
gozando, ahora a Cipris ofrenda la bárbito que ella
 tocó con las Musas en aquella noche.

729 (VI 48)

Cf. el 640 de Antípatro. Una vez más, como en el juicio de Paris (cf. el 669 de Hermodoro), la diosa del Amor, Afrodita, ha derrotado a la de las artes útiles, Atenea.

Bito a Atenea ofrendó la que canta y labora,
 la lanzadera, cifra de famélico oficio,
mujer que aversión concibió a la labor de la lana
 y el penoso trabajo de las tejedoras
y dijo a la diosa: «Me acojo a las obras de Cipris
dando, como Paris, contra ti mi voto».

730 (VI 283)

Situación inversa. Una hetera, cuya edad no le permite seguir ejerciendo su oficio (los dioses, cf. 707 y 722, castigan la vanidad humana con el paso de los años), se ha convertido (cf. el 1 de Filitas) en tejedora (cf. 729 y, sobre los listones, el 125 de Leónidas). Atenea derrota a Afrodita.

La que antaño jactóse de amores brillantes sin miedo
a la terrible Némesis de los dioses, ahora
aprieta la tela a jornal con los pobres listones.
A Cipris, aunque tarde, derrotó Atenea.

731 (VI 284)

El amante ha regalado a su amada, que no es hetera, una prenda, cuyo nombre aparece aquí por primera vez y está emparentado con otros de su indumentaria, lo cual evitará (cf. el 626-627 de Antípatro) la necesidad de hilar. Este cesto debe de ser más grande que los del 601-602 de Antípatro, pues cabe en él la rueca.

A hurtadillas Filenion dormía abrazada a Agamedes
y con ello un manto gris se estaba haciendo.
Cipris fue tejedora ella misma; que quede inactivo
el cesto en que hilo y rueca guardan las mujeres.

732 (VI 280)

Ofrenda de juguetes (sobre la pelota, cf. el 464 de Glauco) y vestiduras infantiles (sobre la red, cf. el 664 de Antípatro) por parte de una novia para la diosa de la virginidad, Artemis (cf. el 678 de Antípatro), venerada como Limnátide en Limnas, ciudad sita entre Laconia y Mesenia, y otros lugares. Hay un juego de palabras con una que se aplica a la niña, a la diosa virgen y a las muñecas.

Timáreta al ir a casarse la amable pelota
ofrendó, el tamboril y la red de su pelo
y también, como cuadra de virgen a virgen, muñecas
con sus ropas para la Ártemis Limnátide.
Ahora tú extiende, Letoa, tu mano y protege
devotamente a la devota Timáreta.

733 (VI 51)

Otro texto relacionado (cf. el 688 y lo citado allí) con el culto frigio a Rea-Cíbele. Sobre el Díndimo, cf. el 322 de Calímaco; son bien conocidos los elementos rituales (leones, frenesí orgiástico, ruido de tímpanos o címbalos, emasculación de los iniciados, cabelleras largas). Se habla también de una doble flauta (cf. el 543 de Alceo), uno de cuyos tubos, el izquierdo, estaba curvado y podía formarse, como aquí, con un trozo de

cuerno; y también de cuchillos que pueden estar relacionados con la castración ritual, con sacrificios o con heridas inferidas por unos a otros Galos o devotos en los momentos de éxtasis. Los objetos citados y la melena recién cortada son ofrendados por un eunuco que se retira, deseoso de paz.

Rea, mi madre, que crías los frigios leones,
cuyo monte Díndimo pisa tanto iniciado,
a ti, renunciando del bronce al delirio y al ruido,
el eunuco Alexis de su éxtasis ofrenda
los estímulos, címbalo agudo y clamor de las graves
flautas que encorva el cuerno sinuoso de un novillo,
tamboriles sonoros, cuchillos de sangre manchados
y los rubios cabellos que antaño sacudía.
Benigna, señora, al que fuera frenético mozo
acoge y haz que, hoy viejo, cese en su ardor de en-
[tonces.

734 (VI 45)

El labrador ha sorprendido a un erizo empleando un procedimiento peculiar para robar, que consiste en rodar sobre los racimos de uvas puestos a secar para luego salir corriendo con los granos ensartados en las púas de su lomo; le ha dado muerte y lo consagra al dios de las uvas y el vino (cf. el 638 de Antípatro).

A este erizo de cuerpo cubierto de espinas agudas,
ladrón de uvas, pirata de la dulce pasera,
acechóle Comaulo cuando, hecho una bola, atacaba
los racimos y vivo lo consagró a Bromio.

735 (VII 228)

Es ley de vida que mueran antes los padres que los hijos.

Para sí y su mujer y sus hijos alzó este sepulcro
Androción y aun no soy de ninguno la tumba.
Ojalá mucho tiempo así espere y, si no hay más remedio,
reciba en mí primeros a los que serlo deban.

736 (VII 737)

Aquí yo, infeliz, sufrí muerte violenta por obra
de piratas y yazgo sin que nadie me llore.

737 (VII 474)

Tal vez una catástrofe (cf. el 58 de Teeteto) ha causado la muerte de todos los hijos de Nicandro y Lisídice, cuyos nombres no se dan aquí: hoy ya están consagrados al dios de los muertos.

De Nicandro los hijos aquí yacen todos; un solo
día aniquiló el sacro linaje de Lisídice.

738 (VII 483)

Sobre Perséfone, cf. el 423 de Aristódico.

¿Por qué así la vida en la infancia quitaste a Calescro,
Hades inflexible que súplicas no escuchas?
Es ahora el niño sin duda un juguete en la casa
de Perséfone, pero la suya está de luto.

739 (VII 482)

A los cuatro años (cf. el 424 de Teodóridas) se cortaba el pelo por primera vez a los niños y se les afiliaba a una fratria: la expresión astronómica es inadecuada.

Aun no habían cortado tus rizos; no había la luna
terminado en su curso mensual los tres años
cuando ya en tu luctuoso sepelio y en torno a tus restos
tu padre Periclito con tu madre Nicáside
gemían sin pausa; y allá en el ignoto Aqueronte
te harás mayor, Cleódico, pero sin volver nunca.

740 (VII 298)

Nicis parece ser nombre de varón: sobre el tema catastrófico, cf. 737.

Siempre es terrible llorar a una novia difunta
o a un novio, pero si los dos han muerto, como
cuando en la noche de boda acalló el himeneo
de Éupolis y la honesta Licenion la alcoba
al hundirse, no hay nada que iguale al dolor con que
[Nicis
llora por su hijo y Éudico por su hija difunta.

741 (VII 717)

Quizás el lugar de la muerte se hallaba vecino a una fuente consagrada a las náyades (cf. el 84 de Nicias y 188 de Damóstrato; sobre las trampas, el 666 de Antípatro; sobre la caza de liebres, el 583 de Agis).

Náyades, pastos lozanos, decid a la abeja,
cuando la primavera venga, que el anciano
Leucipo murió en una noche de invierno tendiendo
trampas a las liebres de veloces patas
y ya no le es dado cuidar sus enjambres; los valles
pastoriles añoran al aquí sepultado.

742 (VII 494)

El lema considera el poema como anónimo o de un tal Atenodoro que nos es perfectamente desconocido. La inscripción, de una tumba cercana a la costa, se dirige a Nereo, el mítico padre de las nereides (cf. el 656 de Antípatro; sobre las redes, el 647 de Antípatro; sobre el arpón, el 150 de Leónidas).

En la mar murió Sódamo el crete, que amaba las redes
y estas aguas, Nereo, para él familiares;
fue arponero a quien nadie igualó, mas la mar en in-
[vierno
a unos pescadores no distingue de otros.

743 (VII 714)

Elogio de Íbico y de Regio, lugar de su sepelio: si el 616 de Antípatro indicara que el lírico murió en Corinto, resultaría posible que en la ciudad itálica se exhibiera un cenotafio. Sobre la yedra en el sepulcro, cf. el 610 de Antípatro; las cañas tal vez se citen porque con ellas se hacían

flautas; *el agua trinacia* es el estrecho hoy denominado de Messina, que separa Italia, a la que no se ve claro por qué se aplica este adjetivo, de Sicilia, llamada antiguamente Trinacria o Trinacia por su forma más o menos triangular.

A Regio, que está junto al agua trinacia y domina
desde lo alto la Italia cenagosa celebro
porque a Íbico, amante de liras y mozos, debajo
de un álamo frondoso sepultó, terminada
su vida de goces, y puso en su tumba abundante
yedra y un plantel de cañas blanquecinas.

744 (VII 723)

Parece que hay cita de Óleno, pequeña ciudad de la Acaya; el humo en cuestión podría referirse a los acontecimientos citados en el 672 de Amintas. Nótese la alusión a la desaparición de árboles y ganados y cf. el 674 de Polístrato.

Lacedemón, la invencible que nadie pisara,
del Eurotas alzarse ves devastada el humo
olenio; las aves, caídos sus nidos por tierra,
gimen y ya el lobo no acecha a los rebaños.

745 (IX 317)

Parece la descripción, grosera por cierto, de alguna pintura cuyos tres personajes hablan. Hermafrodito, divinidad homosexual nacida de Hermes, a quien invoca, y Afrodita, se burla de un dios calvo que, quizá por estar bajo un peral, recibe frutas maduras en su cabeza; su interlocutor, al parecer Priapo (cf. 727), que jura por Pan, se jacta con palabras tomadas evidentemente a Teócrito (*Id.* V 41); el cabrero desempeña un papel secundario y únicamente interviene al principio del verso 5.

—Yo saludo a este dios parlanchín cuya calva molondra
recibe, cabrero, las peras que caen.
—A ése yo penetréle tres veces, cabrero, y, al verme,
los cabrones iban a montar a las cabras.
—¿De verdad, Hermafrodito, fue así? —No, por Her-
[mes, cabrero.
—Sí, por Pan, cabrero, y encima me reía.

746 (IX 325)

Habla (cf. el 428 de Teodóridas) una concha que lleva grabada una imagen de Eros: nótese la guirnalda como tocado divino.

Antes yo me oculté en una roca que el ponto bañaba,
por una fronda de algas marítimas cubierta,
y Eros hoy duerme amable en mi seno, el más tierno [ministro
de su madre Cipris, la de bella guirnalda.

747 (XII 103)

Parece más bien expresión de sentimientos prehelenísticos conocidos gracias a Teognis y otros autores.

Sé a quienes me aman amar y también a quien me hace
daño odiar; de ambas cosas tengo yo experiencia.

748 (V 135)

Sobre una jarra que contiene vino aportado a escote por los comensales. Es bella, tiene una sola asa, cuello de pico alzado; boca estrecha, lo cual, al salir el líquido, provoca un borboteo semejante a la risa. Su único defecto es que, cuando el bebedor está gozoso, por haber ingerido todo el vino, ella, vacía, queda sobria y falta así contra la ley convivial de alegría común.

Tú, redonda, torneada, que sólo una oreja posees
y largo y alto cuello y hablas con boca estrecha,
sirviente de Baco feliz, Citerea y las Musas,
la que con risa dulce gobiernas tiernamente
el banquete, ¿por qué quedas sobria al estar yo beodo
o al revés? Faltas contra la ley de los festines.

749 (VI 171)

Sobre el célebre Coloso de Rodas, una de las maravillas del mundo antiguo, que (cf. Plin. *N. H.* XXXIV 41 y Pol. V 88, 1) erigieron los Rodios (XVI 82, no recogido aquí, se lo atribuye a Cares el lindio), para conmemorar el levantamiento del asedio por parte de Demetrio Poliorcetes (que vivió entre el 323 y el 286, hijo de Antígono Monoftalmo, cf. el 288 de Ca-

límaco, y padre de Antígono Gonatas, cf. intr. a Antágoras) el 304 (una operación anfibia, lo que explica la alusión a mar y tierra; Enio es la diosa de la guerra, de nombre afín al de Enialio, cf. el 77 de Nicias), con restos en parte del material abandonado por el enemigo. La estatua, que no plantaba un pie en cada una de las dos embocaduras del puerto como es opinión vulgar, estaba consagrada al dios Helio (cf. el 327 de Calímaco), patrono de Rodas, y la inscripción se hallaría sin duda en la basa de mármol blanco. Como la estatua debió de ser terminada hacia el 292 y quedó destruida por un terremoto hacia el 225, tenemos términos *ante quem* y *post quem* para este poema. El final, con alusión al carácter racial de la isla (Tlepólemo, hijo de Heracles y natural de la argiva Tirinte, se estableció en ella), resulta exagerado, pues Rodas nunca se distinguió en hazañas terrestres.

Para ti este broncíneo Coloso al Olimpo elevaron,
Helio, los habitantes de Rodas la dóride
cuando, habiendo acallado las furias de Enio, a su pa-
[tria
honraban con despojos que dejó el enemigo.
Y no sólo en el mar encendieron, también en la tierra,
esta luz magnífica de libertad no hollada,
pues es tradición en la raza nacida de Heracles
el ser a la vez dueños de uno y de otra.

750 (IX 520)

Epitafio ficticio del epigramatista Alceo en que se supone que éste ha sido sometido a un terrible empalamiento por medio de rábanos a que eran castigados los adúlteros y otros delincuentes sexuales. Se ha pensado que es obra de Filipo V (cf. el 537 de Alceo y su intr.), pero desorienta un poco la alusión no a nada político, sino a mala conducta privada.

Ésta es la tumba de Alceo, al que dio muerte un hijo
de la tierra, el rábano, que al vicioso castiga.

751 (Paus. I 13,2)

Sobre otros escudos como aquellos a los que hace referencia el 179 de Leónidas, pero ofrendados en el templo de Zeus de Dodona, en el Epiro.

Éstos la tierra dorada del Asia asolaron,
éstos a la Hélade servidumbre traían.

Pero apóyanse ya en los pilares del templo de Zeus,
lastimoso botín del macedonio orgullo.

752 (XI 442)

Elogio del tirano Pisístrato, a quien los Atenienses, puestos bajo el patrocinio del héroe mítico Erecteo, derrocaron dos veces (evidentemente no tres, como aquí se dice, pues murió en el poder) entre los años 565 y 527 y que pasaba por haber sido el primer compilador de los poemas homéricos. Ello, según el epigramatista, tendría importancia porque, si es cierta la leyenda de que los Atenienses colonizaron Esmirna (cf. sin embargo el 288 de Calimaco) y puesto que ésta era una de las ciudades que se disputaban la cuna del poeta (cf. el 555 de Alceo), éste resultaría ser conciudadano de Pisístrato.

Tres veces tirano yo fui; las tres veces el pueblo
de Erecteo me trajo, que expulsó otras tantas
a Pisístrato, el gran orador, quien juntó los poemas
de Homero, que hasta entonces se cantaban dispersos.
Porque un áureo Ateniense era aquél si es verdad que [nosotros
fuimos quienes de Esmirna nuestra colonia hicimos.

753 (VII 306)

Habla la madre del gran Temístocles (cf. el 49 de Anite), del que se sabía que era de origen tracio por la línea materna; en efecto, el nombre de ella lleva consigo evidentes resonancias bárbaras.

Fui traísa, mi nombre era Habrótonon, pero me jacto
de que di a los Helenos al insigne Temístocles.

754 (VI 344)

Ofrenda de los combatientes de Tespias (cf. el 659 de Antípatro) que, acompañando a Alejandro (cf. el 629 del mismo) en su expedición asiática, vengaron la muerte de setecientos compatriotas suyos en las Termópilas (cf. el 461 de Faeno).

A éstos Tespias la grande envió al Asia bárbara armados
por que en ella vengaran a sus progenitores;
y un artístico trípode erigen a Zeus el Tonante
tras destruir las ciudades persas con Alejandro.

755 (VII 245)

Se encuentra también en una inscripción del Olimpieo de Atenas y se refiere a los que cayeron en la batalla de Queronea, dada el 388 por los Helenos como un último intento frustrado de evitar la sumisión a Alejandro.

¡Oh, dios que las cosas humanas ves todas, oh, Tiempo,
mensajero ante el mundo sé de nuestro destino!
Cuéntale que hemos muerto en la ilustre llanura beocia
intentando salvar a la Hélade sagrada.

756 (VII 10)

A la muerte de Orfeo (cf. el 607 de Antípatro), despedazado por las mujeres tracias (llamadas aquí según una parte de este país, cf. el 619 de Antípatro), de los que se decía, con relación a un verdadero uso de tatuajes en los brazos, que, arrepentidas de su fechoría, solían (cf. el 620 de Antípatro) ensangrentárselos con agujas (otro signo ritual de luto, en el 622 de Antípatro). El uso funerario de la ceniza y las largas cabelleras de los Tracios son hechos bien conocidos; sobre las Piérides, cf. el 663 de Antípatro; nótense el apelativo de Apolo, que no es seguro que haya que conectar (cf. el 88 de Leónidas y 463 de Filóxeno) con la Licia, y la alusión al instrumento citado en el 646 de Antípatro.

La muerte de Orfeo el de Eagro y Caliope sin cuento
deploraron las rubias Bistónides; sus brazos
lacerados llenaban de sangre y la negra ceniza
del luto recubría sus cabelleras tracias.
Y al llanto también de Liceo, el de bella forminge,
seguían las lágrimas de las Musas Piérides
que al poeta lloraban; e incluso gemían las piedras
y encinas que él antaño con su lira hechizara.

757 (IX 189)

Exhorta el epigramatista a las Lesbias, compatriotas de Safo (cf. el 609 de Antípatro), a que marchen al templo de Hera (que en efecto existía en la isla, cf. los frs. 129-130 L.-P. de Alceo de Mitilene) para danzar en él al son de un himno a la diosa compuesto por la poetisa (conservamos un resto del mismo en el fr. 17 L.-P.), que dirigirá personalmente el coro. Safo les parecerá un trasunto de Calíope (cf. 756). Tal vez el autor se haya inspirado aquí en una obra plástica; en todo caso es curioso que Hera lleve el epíteto usual de Atenea.

Nuestros pies muellemente danzando en el templo pe-
[netren,
¡oh, Lésbides!, de Hera, la de los glaucos ojos,
por que allí un bello coro forméis en honor de la diosa;
Safo os dirigirá pulsando su áurea lira.
¡Dichosas vosotras, que oír de la propia Caliope
el dulce himno creeréis en la gozosa danza!

758 (VII 12)

Sobre Erina y su muerte prematura; cf. el 655 de Antípatro, con su alusión al cisne, y, entre otras cosas, intr. a la misma y nótese (cf. el 608 de Antipatro y 731) la alusión a la rueca y las Moiras en relación con el poema escrito por ella. Sobre las Piérides, cf. 756.

Apenas salida a la luz con tu canto de cines,
tu dulce cosecha de himnos primaverales,
la Moira y el hilo fatal de su rueca arrojaron
tu vida al Aqueronte, vasto mar de los muertos.
Mas proclama la bella labor de tus versos, Erina,
que no moriste, sino con las Piérides danzas.

759 (IX 190)

Casi todos los datos para interpretar pormenores de este poema sobre Erina (la confusión de patrias; la extensión de *La rueca,* puesta otra vez, cf. 758, en relación con una supuesta actitud laboriosa y de piedad filial y a la que, cf. 731, se añade el telar; la muerte temprana; sus dos tipos de versos) pueden hallarse en intr. a la misma. Sobre Safo, cf. 757.

Lesbio es este panal y de Erina; pequeño, mas dulce,
porque de miel las Musas lo llenaron todo.
Son trescientos los versos y a Homero aun así se equi-
[paran
los de esta muchacha de diecinueve años
que nunca dejaba su rueca y telar por respeto
a su madre y en prenda de servicio a las Musas.
Y, aunque Safo en su lírica a Erina aventaja, mejores
de Erina los hexámetros que los de Safo fueron.

760 (VII 179)

Es difícil sustraerse a la malévola idea de que el dueño de este esclavo utilizó la inscripción como propaganda propia para obtener mejor servicio en lo futuro. Cf. el 51 de Ánite y 512 de Dioscórides.

Aunque esté bajo tierra, señor, te soy fiel como antaño,
porque no me he olvidado de tu benevolencia
ni de cómo tres veces del mal con salud me sacaste
y ahora en este sepulcro, para mí suficiente,
me pusiste anunciando que Manes me llamo y soy persa.
Por el bien que me has hecho tendrás siervos me-
[jores.

761 (VII 544)

Sobre los lugares geográficos, cf. el 466 de Glauco y 565 de Damageto y agréguese que Taumacia es otro lugar de la Ftiótide.

Si a Ftía la rica en viñedos llegares o acaso
a la vieja Taumacia, diles, extranjero,
que al cruzar la desierta espesura malea llegaste
a esta tumba en que el hijo de Lampón yace, Derxias,
al que a traición atacaron, que no cara a cara,
cuando iba hacia Esparta la excelsa, unos ladrones.

762 (V 101)

Lacónico diálogo entre la servidora que sigue a su señora y un pretendiente no muy generoso.

—Te saludo, muchacha. —Y yo a ti. —¿Quién es ésa?
[—¿Te importa?
Tengo mis razones. —Pues es nuestra dueña.
—¿Hay esperanzas? —¿Qué quieres? —Pasar una noche.
—¿Qué ofreces? —Oro. —Bien. —Esta suma. —Im-
[posible.

763 (V 83)

Sueño apasionante de un día estival.

¡Si yo fuera viento y llegaras a casa y tu pecho
descubrieras por recibir mi soplo!

764 (V 84)

¡Si yo fuera rosa purpúrea y tú con tus manos
me albergaras cerca de tu níveo pecho!

765 (V 91)

Te envío un perfume y con ello al perfume complazco,
no a ti, porque tú puedes perfumar el perfume.

766 (Pap. Berol. 270)

El fragmento puede ser muy temprano: en todo caso se reflejan en él rasgos auténticos o imitados del espíritu de la sociedad convivial arcaica. Es una alocución del jefe de mesa o presidente del banquete en que incita a observar cierto equilibrio entre las bromas propias de la ocasión y la parte en que se cantarán escolios u otras canciones o se pronunciarán discursos conducentes a la mejora de los comensales.

¡Salud, coetáneos míos, salud, comensales!
Bueno es mi principio y el fin será bueno.
Si tal es el fin que hasta aquí a los amigos nos trajo,
debemos divertirnos y jugar con decoro
y que unos con otros disfruten diciendo simplezas
y chistes de aquellos que risa provoquen.
Pero luego lo serio se imponga y oigamos por turno
al que hable; pues es ésa virtud de los banquetes.
Y al jefe de mesa atendamos; tal es la conducta
que a los hombres de pro buena fama aporta.

767 (Pap. Cair. 65445)

Epigrama mutilado, pero que se reconstruye bien, del mismo papiro citado en el 273 de Posidipo. Es un elogio de Ptolemeo IV Filopator, cuyos datos biográficos pueden verse en el 559 de Damageto, incluido su triunfo de Rafia que aquí se menciona al fin. Nótese también cómo, respecto a su padre y a Berenice, se alude al apelativo Evérgetes. Pero además Ptolemeo tenía pretensiones literarias: escribió una tragedia llamada

Adonis (cf. 696) y dedicó un templo a Homero (El. *Var. hist.* XIII 22), de cuya consagración parece tratar el poema.

¡Ptolemeo bendito, que a Homero este templo consagra
por causa de un sueño que vino a inspirarle,
al que antaño con mente inmortal escribió la «Odisea»
y la «Ilíada», cantos imperecederos!
¡Dichosos también los que sois bienhechores de todos,
padres del mejor rey con la lanza y las Musas!

768 (Pap. Hamb. 312)

Epitafio fragmentario y un tanto pomposo de Fílico, natural de la isla de Cercira, situada en el mar Jónico, poeta trágico (cf. el 508 de Dioscórides) de los pertenecientes a la Pléyade (sobre la yedra, cf. 743), autor de un himno a Deméter del que un papiro nos ha transmitido un fragmento, personaje importante que, según la descripción de Calíxeno recogida en Ateneo (198 *b*), tomó parte como sacerdote de Dioniso en la gran procesión (cf. intr. a Teócrito) organizada en Alejandría por Ptolemeo Filadelfo. Aquí se compara al poeta, fallecido en la ancianidad, con Demódoco, que en la *Odisea* aparece como aedo muy respetado por el pueblo mítico de los Feaces, y se le considera incluso descendiente de Alcínoo, rey de los mismos y famoso por su amable trato y espíritu convivial.

Vete, viajero feliz, vete, Fílico, en busca
del bello país de los bienaventurados,
coronado de yedra, cantando sonoros poemas,
peregrina a las islas de los seres felices
dichoso también, pues alegre a los años llegaste
de Alcínoo el feace, que bien vivir sabía.
De la sangre de Alcínoo procedes...
... de Demódoco...

769 (Pap. Cair. 59532)

Epitafio que se hallaba en la ciudad de Arsínoe, del Egipto central (llamada así según alguna de las reinas, cf. el 76 de Duris), puesto por Zenón, el bien conocido agente de Apolonio, asesor financiero del segundo y tercer Ptolemeo, en honor de su joven perro de raza india, muerto por defenderle ante un jabalí (hay una alusión al mítico de Calidón al que mató Meleagro, hijo de Eneo, cf. el 268 de Posidipo y 645 de Antípatro).

Esta tumba proclama que en ella Taurón se halla [muerto,
el indo, pero vio antes a Hades quien le matara.
Con aspecto feroz se criaba invencible en el fértil
llano de Arsínoe como recuerdo de la bestia
calidonia; erizábase toda la crin en su cuello
cual si lanzas fueran; su hocico espumeaba;
cayó sobre el perro valiente y hendióle en seguida
el pecho, mas también su cuello puso en tierra,
pues Taurón agarróle del fuerte tendón melenudo
y no soltó sus dientes hasta mandarle al Hades.
Así, aun inexperto, a Zenón proteger en la caza
supo y su gratitud merece en esta tumba.

770 (Pap. Cair. 59532)

El mismo origen y circunstancias.

Un can aquí yace bajo este sepulcro,
Taurón, que atacar supo a un asesino.
Con un jabalí se enfrentó en combate;
el otro, tremendo, sacó su quijada,
que blanca espumeaba, y le desgarró el pecho.
Pero él en su lomo erizado los dos
pies plantó y mordióle en pleno pecho y le hizo
rodar; así al Hades mandó al criminal
muriendo él como es uso entre los Indos.
A Zenón salvó, el cazador, su dueño;
leve sea el polvo que le cubre ahora.

771 (Inscr. Gr. IX^1 163)

Epitafio para un ciudadano de Elatea (cf. el 272 de Posidipo) a quien parecen haberse dedicado grandes honras fúnebres y que ha muerto en su juventud.

Mucho tu insigne ciudad, Elatea, con bellas
palabras lamenta tu fin, Damotimo.

Tu alma una grave dolencia abatió y pereciste
en la flor de tu edad intachable y sobria.
Incesantes las lágrimas corren de Dexo, tu madre,
que gime privada de su hijo tan querido.

772 (Inscr. Tesp.)

Para un flautista de Tespias (cf. 754) que solía actuar en competiciones musicales relacionadas con el culto de Dioniso (designado con invocación que alude al euhe, cf. el 659 de Antípatro) y que, probablemente en viaje profesional, naufragó. Su madre solía ir a la nave a despedirle en tales ocasiones.

Contigo por última vez a la nave funesta,
¡oh, Capión!, fue Dorco, tu mísera madre,
pero ver ya no pudo el regreso de su hijo querido,
marchitado en flor por el oleaje fiero
y que en fiestas y danzas corales tañó con frecuencia
con su dulce caña para Evio el divino.

773 (Inscr. Gr. IX[1] 658)

Este pétreo sepulcro, extranjero, a Eutidamo recubre,
[que fue en tiempos
el primero de Ítaca, la por el mar bañada,
en el consejo y proezas de Ares y a Tímeas, su hijo,
dejó su patrimonio con gloria inmarcesible.

774 (Inscr. Gr. XII[5] 679)

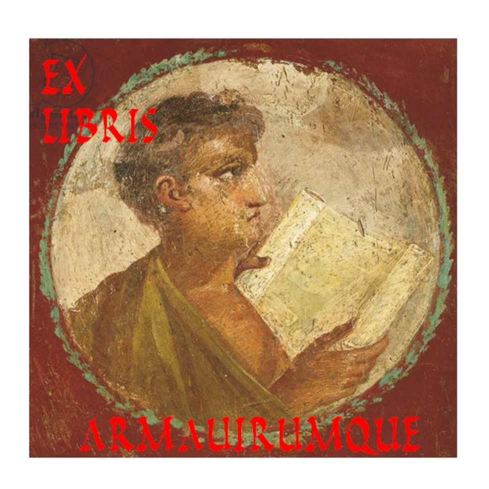
De la isla de Siros, una de las del mar Egeo.

Aquí a un sacerdote excelente y piadoso esta tierra
cubre, a Clitofonte, que fue hijo de Erasístenes,
y encima del túmulo su hija esta estela ha erigido
cuya inscripción noble su fama acreciente.

775 (Inscr. Esm.)

Epitafio de una simpática niña de Esmirna (cf. 752) cuyo padre debía de ser atleta o militar. Nótese el conocido tópico *sit tibi terra leuis.*

Con tu pícara charla a tus padres pendientes tenías
de las balbucientes palabras de tu boca,
pero Hades cruel del regazo materno arrancóte
cuando tenías dos años, dulce Nicópolis.
Salúdote, niña; que leve la tierra tu cuerpo,
retoño del fuerte Sarapión, recubra.



MELEAGRO

Poseemos un buen número de testimonios biográficos sobre él, entre ellos el epigrama tardío VII 416, poco interesante; el prólogo (776) y epílogo (904) de *La guirnalda*, dedicados a Diocles de Magnesia, que al parecer fue autor de una obra sobre filósofos utilizada por Diógenes Laercio (en los versos 55-56 del primero de ellos, el poeta se adscribe el modesto alhelí); y cuatro epigramas autobiográficos, de los que los tres primeros (777-779) son autoepitafios (el género lo hemos hallado ya en el 177 de Leónidas y 304 de Calímaco) y el otro (780) una adivinanza propuesta ante la tumba del propio escritor, quien se simboliza en el héroe Meleagro (en 873 hay un juego etimológico con su propio nombre).

Al parecer los tres epitafios corresponden a tres épocas distintas: cuando se escribió el primero, Meleagro no tenía relación con Cos; cuando el segundo, todavía cifraba su mayor orgullo no en los epigramas, sino en su obra en prosa.

Los datos que de ellos se desprenden, aparte del nombre de su padre Eucrates, son: nacimiento en Gádara, al E. del Jordán, sita en la cuenca del hoy río Yarmuk un poco al S. de éste y cerca del punto en que se une al Jordán aguas abajo del lago de Genesaret (en la primera mitad del s. III había nacido en ella Menipo; Antíoco IV Epífanes, cuyo reino se sitúa entre el 175 y el 164, debió de favorecer en ella un cierto cultivo de las Humanidades helénicas; en el 98 fue incorporada al reino judío por las fuerzas resistentes macabeas de Alejandro Janeo, lo cual no debió de gustar a Meleagro, poco amigo de lo hebreo según 801; quizás el poeta pudiera conocer aún con alegría la reconquista de Pompeyo en el 64-63 y la entrada de la ciudad entre las federadas de la Decápolis); formación juvenil en la misma Gádara, a la que exalta como capital de la cultura (posiblemente predominaran en esta etapa de su vida los amores pederásticos,

de que, tras la indecisión de 793, se despediría en 784 y 869), con influencia de la obra de Menipo y de sus sátiras de corte cínico, que habría imitado Meleagro en *Las Gracias* (Ateneo en 502 *c* le llama cínico y se refiere a una obra desconocida llamada *El banquete*, así como, en 157 *b*, a la citada por Meleagro; en 878 puede haber alusión al cinismo y, en todo caso, reflejan una vida de estudio y erudición no sólo este poema, sino también 794); pasó luego a la gran ciudad fenicia de Tiro (901 sería una despedida a la vida pastoril y rústica; esta época de su biografía puede ser que corresponda a una etapa de amores heterosexuales, pero recuérdese cómo habla de Tiro en 779, 853, 875 y 897; allí habría conocido a Antípatro el sidonio, que en Tiro vivía según este último poema); vejez en Cos, isla con que se relacionan 841 y probablemente 840 y 842-843; en 779 se refleja bien el ambiente de cosmopolitismo, no sólo lingüístico, en que el escritor se movió a lo largo de su vida.

En cuanto a fechas, una nota marginal del lematista dice que floreció en la época de Seleuco VI Epífanes Nicator, cuyo reinado sólo abarcó el año 96-95; y, en efecto, apunta a tiempos tardíos la alusión a Roma en 852 (no parece que tengan valor las objeciones basadas en el hecho de que la mención de Ptolemeo Filadelfo en 778 ya no sería entendida, o en el de que Tiro entonces ya no era isla, como dice en 853, sino península, todo lo cual llevaría a Meleagro a época más antigua). Su vida habría de ser, pues, situada quizás entre el 140 ó 130 y el 70 ó 60; cabe extraer conclusiones también en relación con la presencia en la antología de Antípatro el sidonio (cf. intr. a éste) o la ausencia de su paisano Filodemo de Gádara, nacido hacia el 110, a quien se atribuyen alternativamente los epigramas 816 y 844.

Por lo que toca a su poesía (no es seguro ni mucho menos que sean de él 182, 234 ni 702), aparte del mérito contraído como crítico literario por la preservación de tanta joya, resulta ser uno de los más señalados epigramatistas de *La guirnalda*. No es original en la mayor parte de su obra, ni podía serlo dada su fecha: a cada momento le vemos copiando o dejándose influenciar por Leónidas (896), Asclepíades (803, 812, 817, 826, 835, 839, 857), Posidipo (785, 791, 794, 799), Calímaco (785, 792, 798, 804, 817, 822, 856, 898-899), Erina (898), Pánfilo (788), Teodóridas (896), Faeno (787), Riano (851, 860), Dioscórides (844, 907), Mosco (812), Antípatro (790, 812, 895, 897-898, 903), Polístrato (891) y otros; pero su interés radica precisamente en el modo inteligente, gracioso y atrevido en que innova sobre sus modelos o, no rara vez, los mejora.

En el campo concreto de la poesía amorosa, es muy discutida la sinceridad de sus expresiones. Evidentemente, muchos de los onomásticos están tomados a otros epigramatistas, lo que excluye que los nombres de sus amados y amadas sean reales; puede tratarse, es cierto, de seudónimos, pero, sin que quepa afirmar que, por ejemplo, los caracteres de Zenófila (804-815), Heliodora (799 y 816-831) y Miísco (874-884), tan consecuentemente trazados a lo largo de muchos epigramas, puedan engarzarse más o menos en verdaderas aventuras, en general la impresión que extraemos es que el poeta diluye, reparte, amplifica o dramatiza una innegable experiencia erótica. Todo ello con gran elegancia, sobriedad y habilidad suma para cultivar una multitud de estilos tradicionales afrontando valientemente el tópico y sirviéndose de él en forma a la vez lapidaria y colorista. Así cuando aborda los viejos géneros del enigma (780, 897), el epitafio (898-900 y 905, que puede ser de uno u otro Antípatro), el propémptico (841), el pequeño poema animalístico (787-788, 808-809, 825, 840, 877, 893), el mimo (794, 830, 846-847), la écfrasis (807, 810, 849, 903), la sátira vindicativa (835, 845, 865), siempre en forma nueva y llamativa, incluso ante el tópico ya un poco manido del Amor juguetón, a que vuelve una y otra vez en 781-783, 790-791, 812-813, 829, 842-843, 881, 894, el dudoso 906, sin que su maestría en el tema le incapacite para expresar verdadera pasión (785, 789, 816, 839, 848, 861-862, 868), lucha interna en el monólogo con el alma (792, 796-797), celos ardientes (801, 826-827, 836) y la eterna contienda incruenta del amor físico (802-803, 850, 852, 889-892). Gran poeta Meleagro, capaz de caer en embarullado preciosismo o chato pedestrismo cuando su Musa le abandona (820, 885-887, 891), pero también de escribir con inspiración bellísimos versos (806, 821, 831, 854, 866-867, 890).

776 (IV 1)

Es el poema inicial de la colección de poetas helenísticos llamada *La guirnalda* precisamente por la forma metafórica en que el recopilador, con gran esfuerzo y no total éxito (en parte por las dificultades de buscar un vegetal distinto y significativo para cada escritor, lo que hace que, por ejemplo, la vid o parra aparezca tres veces, como puede verse en intr. a Pánfilo y Hegesipo; en parte también porque sus conocimientos botánicos quizá no eran grandes, como consecuencia de lo cual la supuesta corona habría de ser una imposible colección de hojas, tallos y flores propias de épocas del año muy distintas; y no menos por las dificultades métricas que le obligan a emplear perífrasis para referirse a Dioscórides en los versos 24-25 o a Hermodoro en 43-44 y a llamar a Asclepíades en el 46

con el sobrenombre que le dan Teócrito y Hédilo), presenta no a todos los autores de quienes recoge versos, sino solamente a 47 más él mismo; pero con la particularidad de que, aparte de incluir, como es natural, nombres de poetas antiguos que en esta colección helenística no pueden figurar (de Safo o atribuidos a ella hay tres en la *Antología;* de Simónides o supuestamente de él aparecen muchos, entre ellos cinco helenísticos aquí recogidos; de Baquílides, al que se aplica una expresión que recuerda a 759, dos genuinos y uno espurio; de Anacreonte, muchos; de Arquíloco, algunos; de Platón, varios), nos cita a varios escritores cuyas obras de este tipo no nos han llegado: Melanípides (n. *ca.* 520), que probablemente escribió epigramas; un tal Eufemo del que nada se sabe; Pártenis, que puede ser una mujer Parténide, desconocido en uno u otro caso; y Policlito, con el que ocurre lo mismo. Sobre el destinatario de la colección, cf. intr. Observemos, entre tantas cosas como podrían anotarse y otras que se hallarán en las introducciones a los diversos epigramatistas, que en el verso 7 el vegetal se concibe como impregnado por el poeta a quien simboliza; lo ignoramos todo de la planta del 20, cuyo nombre parece indicar que nace al borde del mar; en el 33-34 se alude a los muchos géneros en que descolló Baquílides; en el 35-36, Anacreonte no es relacionado con ninguna flor concreta y se pone de relieve su escasa dedicación a los géneros elegíaco y epigramático; en el 37-38, Arquíloco aparece caracterizado con su legendaria mordacidad; en el 40, las habas son citadas por el color pardo o rosa oscuro de sus flores; el 47 puede referirse al crisantemo o flor de oro, que es nombre empleado para muchas especies; y, finalmente, en el 55 hemos preferido una variante al texto de los códices, que habría que traducir como *que han escrito recientemente,* lo cual no es cierto de autores como Safo y otros.

¿A quién, Musa amada, esta varia gavilla dedicas?
 ¿Quién hizo esta guirnalda de poéticos himnos?
La tejió Meleagro y a Diocles, el bien envidiable,
 consagró este recuerdo grato de sus labores.
En ella incluyó muchos lirios de Mero con muchos
 de Ánite y algunas de las rosas de Safo;
cortó de la vid de Simónides verdes sarmientos,
 narcisos empapados del claro Melanípides
y con ellos el iris de Nóside muy perfumado,
 la cera en cuyas tablas Eros ablandó, y puso
al lado el sampsico oloroso de Riano y los dulces
 pétalos virginales del azafrán de Erina
y el jacinto de Alceo, locuaz para el docto poeta,
 y las hojas oscuras del laurel de Samio;

de la yedra de Leónidas trajo robustos corimbos,
del pino de Mnasalces punzantes agujas
y podó de la parra de Pánfilo el pámpano curvo
por unirlo a los vástagos del nogal de Páncrates
con el álamo hojoso de Timnes, la menta lozana
de Nicias, el amótrofo marino de Eufemo.
Y allí a Damageto agregó, la morada viola,
y el mirto de Calímaco, lleno de miel amarga,
y a Euforión, la colleja, juntó el musical ciclamino
del vate que a los hijos de Zeus tiene en su nombre.
También a Hegesipo, el racimo que embriaga, con ellos
enlazó y el junco de Perses bienoliente
y a Diotimo, la dulce manzana que brota en las ramas,
y a Menécrates, tierna flor de los granados,
y a Nicéneto, vara de mirra, y unió el terebinto
de Faeno y el bronco piruétano de Simias.
Y después cosechó un puñadito, en los prados preciosos,
del apio floreciente que es Pártenis y trajo
de la mies de Baquílides unas trigueñas espigas,
hermosas reliquias del panal de sus Musas.
Y allí está Anacreonte, flor mélica suave cual néctar,
pero más bien estéril en la vena elegíaca,
y unas gotas apenas del mar arquiloquio, en que crece
la flor del espino de encorvadas hojas,
y recientes renuevos de olivo, que es grato a Alejandro,
como a Policlito las purpúreas habas,
y la joven alheña fenicia de Antípatro con la
mejorana, que es flor del cantar de Polístrato.
E igualmente añadió el nardo sirio de espinas agudas,
poeta cuyo nombre simboliza al don de Hermes;
Posidipo con Hédilo, plantas silvestres, se unía
a la flor de Sicélidas, que del viento nace;
un áureo brote también de Platón el divino
puso, que en todo el mundo por su virtud brilla,

y con ellos a Arato, el experto en estrellas, cortando
primiciales tallos de altísima palma,
mezcló y combinó a Queremón y su loto frondoso
con la llama de Fédimo y Antágoras, el ágil
buftalmio, y el verde tomillo, que el vino adereza,
de Teodóridas junto con el ciano de Fanias
y otros muchos pimpollos recién recogidos y, entre ellos,
alhelíes vernales de la Musa propia.
Mis amigos reciban la ofrenda de dulce guirnalda
común para iniciados del culto de las Musas.

777 (VII 417)

Epitafio autobiográfico con cita de su padre; del nacimiento en Gádara y de su traslado, en la madurez, a Tiro (sobre la metáfora, cf. el 679 de Dionisio), la gran ciudad comercial fenicia y luego siria (aunque en el verso 2 el poeta habla impropiamente de los Asirios cuando pone a Atenas como modelo de ciudades cultas), que fue isla y más tarde península. Meleagro pone de relieve, con cierta exageración, la importancia cultural de Gádara, en que había nacido Menipo (cf. intr.) y en que más tarde se crió el epigramatista Filodemo; y, defendiéndose del prejuicio que podría llevar a despreciar estas culturas provincianas, alega el principio cosmopolita, también cínico, de la igualdad de los hombres sin distinción de nacionalidades, aludiendo al mito genealógico de Hesíodo (*Th.* 116 ss.), que pone el Caos en la ascendencia común de los humanos. Es de notar también el «cliché» del anciano un poco chocho y demasiado hablador.

La isla de Tiro me crió, fue mi tierra materna
el Ática de Asiria, Gádara, y nací de Éucrates
yo, Meleagro, a quien dieron antaño las Musas
el poder cultivar las Gracias menipeas.
Siro soy. ¿Qué te asombra, extranjero, si el mundo es
[la patria
en que todos vivimos, paridos por el Caos?
Cuando puse en mi tumba esta lauda mi edad era grande
y el que a la vejez llega del Hades no anda lejos.
Saluda, viajero, a este anciano locuaz y que puedas
también tú alcanzar mis años charlatanes.

778 (VII 418)

Cf. el poema anterior e intr. a Meleagro y Teócrito, la última de las cuales aclara, en relación con Ptolemeo Filadelfo, la expresión del verso 3, a la que se ha querido dar valor cronológico. Los Méropes eran un pueblo mítico de Cos.

Gádara, ilustre ciudad, fue ante todo mi patria;
la sagrada Tiro me acogió y me hizo hombre;
Cos, la nodriza de Zeus, me cuidó siendo viejo
y tomó entre los Méropes como hijo adoptivo;
y las Musas su raro favor me otorgaron honrando
a Meleagro el de Éucrates con Gracias menipeas.

779 (VII 419)

Epigrama compuesto por el propio poeta ya anciano para su tumba. En él hallamos las regiones sucesivas en que se desarrolló su vida; a Tiro la llama literalmente *la de los divinos muchachos*, con connotación pederástica; sobre los Méropes, cf. 778. Nótese, en aquella encrucijada de pueblos y culturas, la alusión a las tres lenguas en que el viandante puede saludarle: siríaco, fenicio (los manuscritos dan *naidios*, pero Plauto, *Poen.* 1141, transcribe una salutación cartaginesa *auonesilli*, lo que ha provocado la conjetura que aquí hallamos) y griego, con el imperativo equivalente a *mantente sano* o cosa parecida. En el verso 4 puede haber una alusión a *Las Gracias* (cf. intr.); sobre el calificativo de Eros, cf. 700.

Pasa despacio, extranjero; el anciano aquí duerme
entre gentes piadosas con el sueño de todos.
Meleagro, el de Éucrates, supo mezclar con las Musas
y las Gracias alegres el Eros agridulce.
Gádara y Tiro divinas le hicieron un hombre
y Cos entre los Méropes su vejez cuidaba.
Di, si eres Siro, *salam*, o si Fénice, *audonis*,
o bien *salud* si Heleno: lo mismo significan.

780 (VII 421)

Como tema de la adivinanza (cf. el 629 de Antípatro) se propone una figura con alas que empuña un venablo de dos filos (el arma será similar a las designadas con otros nombres en el 444 de Teodoro y 574 de Samio) y viste piel de jabalí. El espectador finge dudar: Eros tiene alas, pero no

es emblema adecuado para un sepulcro; el Tiempo (cf. 755) también, pero no es joven, como este personaje. Las alas deben de representar la poesía, las *palabras aladas* de Homero. El venablo y la piel de jabalí indican a un cazador, Meleagro, el héroe mítico; luego el aquí enterrado es el poeta Meleagro (cf. 769). El hecho de que el arma, don de Ártemis (cf. 732), tenga dos filos alude a sus dos tipos de obras, *Las Gracias,* en que, por otra parte, se aúnan los elementos serio y cómico, y los epigramas, en que alternan dos versos, hexámetro y pentámetro. Al final, el poeta se autoelogia por el mérito de reunir en una sola carrera artística la poesía amorosa y la miscelánea del libro puesto bajo el patrocinio de las Gracias.

¿Por qué, ser alado, un venablo y el cuero elegiste
  de un jabalí? ¿Quién eres? ¿A qué difunto indicas?
Eros no he de llamarte: ¿qué harías metido entre muer-
[tos?
  La atrevida pasión no sabe de gemidos.
No se trata tampoco del Tiempo de rápida marcha:
  aquél es ya viejísimo y están en flor tus miembros.
Pero sí, fue poeta, yo creo, el que está bajo tierra
  y tú, figura alada, su nombre nos dices.
Tiene dos filos el don de Letoa que blandes,
  uno que es serio y cómico y el otro en que hay
[amores.
¡Ah, sí! Es Meleagro, del hijo de Eneo tocayo,
  el simbolizado por esta cacería.
Mi saludo reciba quien supo en un solo talento
  armonizar la Musa de Eros y las Gracias.

781 (V 176)

¡Terrible, terrible Eros es! Pero ¿a qué andar diciendo,
  entre mil gemidos, que es Eros terrible?
Ríe el niño con ello y así, cuanto más se le injuria,
  más goza y se crece con mis vituperios.
Un enigma es, ¡oh, Cipris!, que tú, la nacida del glauco
  oleaje del mar, fuego hayas parido.

782 (V 179)

Inversión del tópico: el niño, cazador sempiterno, ha sido capturado. Amenazas del captor; risa desvergonzada del dios, porque la captura es

contraproducente: Eros en el corazón es como un lince al acecho de las cabras. Victoria cadmea llamaban en la Antigüedad (cf. el 675 de Zenódoto) a lo que, a partir del gran Pirro (cf. el 179 de Leónidas), se denominó luego una victoria pírrica. Pueden notarse, como elementos típicos del género, el juramento (es el primero de los quince epigramas en que, si no nos equivocamos, recurre Meleagro al tópico), en este caso por Cipris (cf. el 176 de Leónidas y nótese el hecho, cf. el 646 de Antípatro, de que el epíteto étnico se transfiere del arco a la aljaba); lo que aquí llamamos sandalias (cf. el 240 de Fédimo y 262 de Posidipo); y una serie de genios amorosos personificados, los Deseos.

Todas tus armas te voy a quemar, sí, por Cipris,
tu arco, Eros, y los dardos y la escítica aljaba.
Quemaré... ¿Por qué arrugas tu chata nariz y te burlas
con sardónica risa que habrá de pesarte?
Voy a cortarte esas alas veloces que inspiran
pasión, y a tus pies pondré trabas de bronce.
Pero va a ser quizá una victoria cadmea el uncirte
a mi alma como a un lince cerca del aprisco.
Vete, pues, me venciste; recoge tus leves sandalias
y hacia otros emprende tu rápido vuelo.

783 (V 180)

Complicada y bella genealogía de Eros, al que ya Platón (*Conv.* 173 *b*) no era capaz de encontrar progenitores conocidos. Carece, en efecto, de padre (el texto añade *y de abuelo paterno*); su madre es Afrodita, esposa de Hefesto y amante adúltera de Ares (cf. el 187 de Leónidas y 660 de Antípatro), duplicidad que explica los dardos inflamados y autoriza incluso al poeta a calificar a Eros (cf. el 657 de Antípatro) con un duro epíteto. Afrodita, a su vez, nació de la Mar personificada, cuyos coléricos bramidos se dejan oír cuando, en la tempestad, sufre los latigazos del viento; esto explica la risa del joven dios.

¿Qué tiene de extraño que dardos ardientes arroje
Eros el asesino con amarga risa?
¿No nació de la esposa de Hefesto, la amada de Ares
que se daba en común a la espada y el fuego?
¿Y madre no fue de su madre la Mar que rebrama
cuando el viento la azota? Porque padre no tiene.
Así el fuego en su alma se mezcla con la ira del ponto
y las armas de Ares que la sangre mancha.

784 (V 208)

El poeta, dentro de un tópico general, compara el amor pederástico con el normal y reprueba el primero a causa del papel pasivo que uno de los amantes desempeña, frente a lo cual cita un conocido refrán que encontramos (cf. el 381 de Teócrito) en Epicarmo (fr. 348 Ol.) y que ensalza la cooperación entre humanos *(una mano lava a la otra: da algo si quieres recibir).*

No me gusta el amor masculino: ¿qué goce hay, Amores,
cuando uno se propone recibir sin dar nada?
«La mano a la mano...» Una bella mujer en el lecho
me espere y no el varón con su insípido abrazo.

785 (V 212)

Apasionado canto sobre los dulces tormentos infligidos por una turbamulta de alados Amores que no saben dejar en paz al amante. Hay ecos del 246 de Posidipo y 285 de Calímaco; el filtro amoroso es tópico en la colección.

Siempre de Eros los ecos invaden mi oído, y mis ojos
a la Pasión ofrendan dulces lágrimas mudas;
ni la noche ni el día me aplacan; marcaron los filtros
en mi corazón una impronta muy clara.
¿Por qué, si posaros supisteis, alados Amores,
en mí, sois incapaces hoy de alzar el vuelo?

786 (VI 162)

Consagración de un candil, tópico casi imprescindible para Meleagro (cf. el juramento del 201 de Asclepíades) en cierto tipo de poemas en que la magia de la noche erótica dedicada al culto de Cipris envuelve al místico grupo de los cofrades de Eros.

Su candil, compañero de juegos, te ofrenda Meleagro
como iniciado, Cipris, en tus fiestas nocturnas.

787 (VII 195)

El poeta, en vena agreste, pide al saltamontes (cf. el 462 de Faeno) que, con su melodía monótona, le incite al sueño y libere de penas amorosas.

La *descripción del mecanismo fisiológico* es más aceptable que en el 359 de Simias: los élitros (cf. el 47 de Anite) son en realidad una modalidad de alas anteriores. La afirmación de que el saltamontes se alimenta de *rocío, como* la cigarra en el epigrama siguiente, es una leyenda bien conocida.

Tú, saltamontes, la Musa campestre y sonora
que mi pasión consuelas, que acompañas mi sueño,
humilde rival de la lira, nostálgico un aire
táñeme, frotando tus locuaces alas
con tus patas, y calme mi angustia, que insomne me [tiene,
ese tu hilo melódico que hace olvidar a Eros.
Si me ayudas, mañana temprano he de hacerte un regalo
de verde cebolleta con gotas de rocío.

788 (VII 196)

Poema en que se funden el elemento musical; el amoroso, presente al final, y la descripción tópica de la cigarra (cf. el 409 de Pánfilo y el epigrama anterior, también sobre el rocío; el 80 de Nicias, sobre el supuesto canto; el 571 de Hermocreonte, sobre la sombra del plátano).

Cigarra locuaz, que cultivas la rústica Musa,
embriagada de líquidas gotas de rocío,
y tañes, posada en la punta de un tallo, la lira
con tus patas dentadas y tu tostado cuerpo,
canta, amiga, algo nuevo que guste a las ninfas silvestres,
a los sones de Pan tus notas acompañen
y yo de Eros me salve y el sueño me rinda a la sombra
del plátano umbroso tendido al mediodía.

789 (V 57)

Deliciosa advertencia. En griego la misma palabra significa a la vez *mariposa o falena* y *alma:* la mariposa gira en torno al amor atraída por él, pero, si los tormentos del amante son excesivos, si el fuego quema demasiado, el alma escapará a la tentación.

La falena que en torno a ti gira, si tanto la quemas,
se te escapará, Eros; también ella tiene alas.

790 (XII 47)

Hay ya precedentes antiguos del tema (cf. el 648 de Antípatro): en Anacreonte (fr. 53 P.), las locuras y escándalos son tabas de Eros, es decir, ciegos instrumentos del caprichoso azar dictado por un niño; en Apol. *Arg.* III 114-118, el desvergonzado hijo de Afrodita juega con Ganimedes (cf. 716) usando tabas de oro. Aquí el niño, que aún no sabe hablar, se divierte ya, madrugando mucho, en el regazo de su madre; pero lo peor es que se está jugando a la taba el alma del pobre poeta.

Eros jugaba aun muy niño en la falda materna
y era mi alma la puesta del lance de sus tabas.

791 (XII 48)

El amante, atormentado por Eros, se rebela contra él en altanero desafío. Nada tiene que temer aquel en cuya alma, que tanto ha sufrido, no queda sino ceniza incombustible (cf. 702). Se combinan los temas de la lucha en la palestra (cf. el 353 de Diotimo, 684 de Dionisio y 705) y el consabido de los dardos incendiarios. El epigrama es imitación del 248 de Posidipo con un eco directo de Teognis (98).

Heme aquí; salta ya a mi garganta, demonio salvaje;
yo sabré resistirte por muy fiero que seas.
Conozco también esos ígneos dardos que lanzas,
mas no me incendiarás, pues ya todo es ceniza.

792 (XII 80)

Monólogo con el alma (cf. el 208 de Asclepiades y 673 de Polístrato), tema tradicional a lo largo de las Literaturas clásicas y modernas. El amante ha conseguido escapar a Eros; sus heridas las va cerrando el tiempo; el fuego de antaño es ya ceniza (cf. 791), pero debajo late aún un rescoldo (recuerdo del 283 de Calímaco); si el poeta se expone ahora a caer en manos de su verdugo, será tratado como los esclavos cuando han pretendido huir de sus dueños (idea tomada al 278 de Calímaco).

Infeliz corazón, ¿por qué vuelves a abrir en tu entraña
las heridas de Eros que ya iban a cerrarse?
¡No, no! ¡No, por Zeus, no, por Zeus, insensato, no [avives
ese rescoldo ardiente cubierto de ceniza!
Si de Eros en manos cayeres tu mal olvidando,
como a siervo escapado te castigará luego.

793 (XII 86)

El poeta duda entre el amor heterosexual y el pederástico para terminar decidiéndose por éste. Cf. 722.

Cipris me incendia con llamas de amor femenino
y las bridas de Eros a los hombres me llevan.
¿A quién sigo? ¿A la madre o al hijo? Ella misma lo [dice:
«Este niño atrevido se sale con la suya».

794 (XII 117)

Epigrama mímico (cf. 705) en que al parecer un hombre bastante bebido, a juzgar por la machaconería e incoherencia de su lenguaje (cf. 697), dialoga con su conciencia; junto a él, un esclavo que recibe órdenes, pero no habla. El monologante es por lo visto un erudito (nótese su cita de un pasaje de la *Ilíada*, XIV 292-360, en que Zeus siente deseos de Hera), que, como en el 244 de Posidipo (cf. también 700), se ha aburrido ya de la penosa vida filosófica y, con frase muy parecida a la de César ante el Rubicón transmitida por Plutarco *(Vita Caes.* XXXII 8), lanza a los vientos su prudencia, pide la imprescindible antorcha (cf. 725) y se dispone a cortejar con mejores o peores modos a una mujer.

—La suerte está echada; trae luz; entraré. —¡Qué vergüenza!
¿Qué vas a hacer, borracho? —Quiero cortejarla,
cortejarla. —¿Qué piensas? —¿Y qué ha de pensar el [amante?
Enciéndeme en seguida. —¿Dónde está tu prudencia?
—¡Abajo las sabias vigilias! Tan sólo una cosa
sé, y es que Eros domeña la voluntad de Zeus.

795 (XII 119)

El amante se ha acercado al vino como suplicante ritual, para que el dios Baco, por quien se jura al principio, le libre del amor, y lo que ha hecho el vino es inspirarle nueva audacia. El poeta se resigna, pero no sin hacer reproches a la divinidad: Baco, nacido del rayo de Zeus (cf. el 543 de Alceo y, sobre la brida, 793), es natural que guste del fuego amoroso, pero es ilógico que quien prohíbe que se revelen sus misterios sagrados excite ahora al bebedor para que, imprudente (cf. el tema de la verdad en el 210 de Asclepíades), descubra sus propios secretos a los demás.

¡Sí, yo acepto, por ti, las audacias que en mí has ins-
[pirado!
¡Oh, Baco, condúceme con tu brida divina!
Naciste en las llamas y de Eros fomentas el fuego
y a mí, que te imploraba, vuelves a encadenarme.
Eres falso y traidor: tus misterios secretos mantienes
y quieres ahora revelar los míos.

796 (XII 132 *a*)

Monólogo del amante con su alma (cf. 792); ya muchas veces, en su lucha interior, la había advertido del peligro con que revoloteaba demasiado cerca del fuego amoroso. Ahora, la imprudencia está consumada; el pájaro espiritual ha caído en la liga y red del cazador (cf. el 666 de Antípatro). En una pintura pompeyana, tres amorcillos torturan a Psique: uno la sujeta, otro la quema, otro le da de beber algo. Así aquí el cruel Amor finge aliviar el tormento, pero los líquidos recibidos por el alma son muy poco apropiados para apagar su sed: mirra (cf. 727 y 776, 29), combustible para el fuego en que arde, y sus propias lágrimas calientes y saladas. Sobre el juramento por Cipris, cf. 782.

¿No te dije, alma mía, «Caerás, te lo digo por Cipris,
si en vuelo tantas veces a la liga te acercas»?
¿No te lo dije? La red te atrapó. ¿Por qué luchas
por desasirte en vano? Te ha atado Eros las alas
y al fuego te puso y con mirra bañó tu desmayo
y te da de beber lágrimas calientes.

797 (XII 132 *b*)

Nuevo monólogo; el alma es atormentada por Amor, que, insensible a sus sufrimientos, paga con ingratitud los desvelos con que el amante le ha criado y, concediéndole de vez en cuando un refrigerio para prolongar el suplicio, le atormenta sutilmente con nieve fría y, al mismo tiempo, la miel ardiente, amarga y voraz del deseo.

Corazón torturado, tan pronto en la llama te quemas
como cobras alientos en refrigerio breve.
¿Por qué lloras? ¿Acaso, cuando a Eros tu seno alber-
[gaba,
no viste que criabas a un duro enemigo?

¿Lo ignorabas? Recibe ahora el pago de tantos trabajos,
fuego y nieve fría que juntos te bañan.
Pues tú lo quisiste, recibe el castigo y soporta
el verte por tus culpas tostado en miel ardiente.

798 (V 197)

Rendición incondicional ante el amor en una alegre comitiva de cortesanas: Ilíade (cuyo raro onomástico es posible que haya que cambiar por Isíade o Helíade), Demo, Timo... Temas eróticos varios: el juramento; el candil (cf. 786), que, encendido toda la noche, está insomne como el poeta, a quien la piel de Demo, perfumada con mirra, quita el sueño; el del alma que muere por falta de aliento (cf. el 278 de Calímaco), etc.

Por el rizo amoroso de Timo de hermosa melena,
por la piel perfumada de Demo la inquietante;
por las dulces caricias de Iliade y el siempre despierto
candil que ha presenciado tanto amoroso rito,
es ya corto en mi labio el aliento que tú me dejaste,
Eros, mas, si quieres, perderé el que me queda.

799 (V 198)

Eros ha perseguido tanto al poeta, le ha acosado tanto con los encantos de infinitas mujeres, que ahora Meleagro está ya tranquilo: su enemigo se ha quedado sin proyectiles. El tema, con uso inmoderado aquí del tópico del juramento, estaba ya en el 248 de Posidipo; entre las amadas, con la famosa Heliodora, hallamos a Demarion, que es tal vez la misma Demo de 798 y otros cantos (así como a Timo se la encuentra otras veces con el también diminutivo Timarion); el verso 1 del original no alude al pie, sino, fetichistamente, a la sandalia de la hermosa; en el 2 puede haber una obscenidad; en el 3, Anticlea es designada con el epíteto homérico *la de ojos de vaca* con alusión a la mirada triste y húmeda de una ternera joven.

No, por el rizo de Timo y el pie de Heliodora
y el atrio de Demarion bañado en perfumes;
por el dulce mirar de Anticlea y su tierna sonrisa,
por las frescas guirnaldas que Dorótea teje;
en tu aljaba no hay dardos ocultos, pues todas tus [flechas
están, Eros, ya dentro de mí clavadas.

800 (V 156)

Bella metáfora náutica (cf. 713). Los ojos de la muchacha son de un color impreciso, que los poetas atribuyen a la aurora, a la luna... Aquí se tratará probablemente de un gris azulado que recuerda al mar en calma y a la diosa Bonanza (cf. el 288 de Calímaco): luego vendrán las tormentas.

La amorosa Asclepiade y sus ojos azules en calma
a todos nos persuaden a navegar con ella.

801 (V 160)

El amante, desdeñado y lleno de celos, lamenta más su derrota por haber sido un judío quien le desbancó: las gentes de cultura clásica sienten gran desprecio hacia los ritos incomprensibles de otras religiones. Aquí, como se ve, causa horror el tedio y frialdad del día festivo de los Hebreos; Meleagro no se explica cómo a Demo le han llegado los nostálgicos aires del sábado; a no ser que la prohibición de encender fuego convierta en un aliciente más la larga estancia en el lecho.

Demo de blancas mejillas, un hombre disfruta
teniéndote con él y mi corazón gime.
Te ha llegado el deseo del sábado, y yo no me admiro:
hasta en los fríos sábados late Eros caliente.

802 (V 172)

Tópico de la noche de amor demasiado corta: cf. los ruiseñores de 701. Aquí la censurada es la propia Aurora (cf. el 662 de Antípatro), que ha sorprendido a Meleagro junto a la tibia piel de Demo. El lucero de la mañana (cf. el 290 de Calímaco) sabe ya lo que es retirarse en ocasiones similares, pues, al aparecer en casa de Alcmena (cf. el 570 de Damageto), tuvo que enfrentarse con el amante Zeus, que, deseoso de una larga unión erótica (la triple noche de que era tradición que había nacido el colosal Heracles), le obligó a desandar lo andado para convertirse otra vez e inmediatamente en lucero vespertino.

¿Por qué, cruel Eos, tan pronto a mi lecho viniste
cuando el cuerpo de Demo su calor iba a darme?
¡Ojalá que, invirtiendo tu curso, trajeras la noche
y no la dulce luz, para mí tan amarga!
Una vez te enfrentaste con Zeus en la casa de Alcmena:
ya sabes, pues, lo que es tener que retirarte.

803 (V 173)

El reverso de la medalla, incluso con paralelos exactos. Ahora es otro el que duerme con Demo (cf. lo dicho en el 193 de Asclepíades; el nombre de prenda es el mismo de 731); y, lógicamente, el crepúsculo matutino se demora demasiado.

¿Por qué, madrugada cruel, tan despacio caminas
cuando otro se calienta con el manto de Demo?
Una noche la tuve en mis brazos, y entonces corriste
a inundarme en luz burlona de mis males.

804 (V 139)

Zenófila es una de las dos mujeres a quienes más parece haber amado el poeta; sobre la péctide, cf. el 526 de Nicarco; el juramento por Pan, divino músico pastoril, es eco del 283 de Calímaco.

Por el árcade Pan, ¡oh, Zenófila!, dulce es el canto
que vibra en tu péctide; dulce es tu melodía.
¿Adónde huiré? Por doquier los Amores me asedian
y ni un solo momento respirar me permiten.
Sí, de pasión me llenó tu belleza, y tu Musa,
y tu Gracia y... ¿Qué digo? Todo es fuego y yo ardo.

805 (V 140)

El simbolismo es un poco complicado. Cada una de las tres Gracias ha otorgado un don a la muchacha: dotes musicales, representadas por las Musas (sobre la péctide, cf. 804); palabra fácil, inspirada por el Verbo y la Persuasión (cf. el 608 de Antípatro); atractivo amoroso. Eros utiliza la belleza como instrumento al igual que un auriga maneja sus caballos; en 793, Eros lo es de la pasión deleitable; en 795, por el contrario, la metáfora es distinta y Baco gobierna al poeta como un auriga a sus animales, del mismo modo que, en el fr. 15 P. de Anacreonte, una muchacha rige el alma de quien le quiere. Todo ello ha hecho a Zenófila reina de los Amores: sobre el cetro, cf. el 663 de Antípatro.

Las Musas de péctide dulce y el Verbo de sabia
persuasión con Eros, de la belleza auriga,
te dieron, Zenófila, el cetro plural del deseo
y las tres Gracias tres gracias te otorgaron.

806 (V 144)

Muy hermoso poema. El tópico de que el hermoso o la hermosa eclipsan a las flores mismas aparece en 714; sobre Persuasión, cf. 805. Al final, los alegres prados agitan sus cabelleras movidas por la brisa (cf. el 362 de Simias) como si riesen de las exageraciones del amante, obligado a protestar muy en serio.

Ya el alhelí floreció, floreció ya el narciso
amador de la lluvia con los lirios silvestres.
Y también está abierta, cual flor sazonada entre flores,
rosa de Persuasión, la amorosa Zenófila.
¿Por qué locamente, praderas, se ríen las yerbas?
¡Si es que la niña huele mejor que mil guirnaldas!

807 (V 149)

Alguien ha traído un retrato (cf. 687) de la charlatana Zenófila, cuya elocuencia conocemos por 805.

¿Quién a mi gárrula amiga Zenófila pinta?
¿Quién a una de las tres Gracias viene a ofrecerme?
¡Ah, por cierto, agradables trabajos han sido los suyos,
pues graciosamente me trae la propia Gracia!

808 (V 151)

Toque de pintoresco exotismo en la tórrida noche oriental en que la muchacha es amenazada por los mosquitos; celos del poeta al ver que se acercan a ella como amantes afortunados. La cólera se remonta en hiperbólicos tonos homéricos y esquileos. Bien lograda, la parodia.

Mosquitos de agudo cantar que chupáis, atrevidos,
la humana sangre, alados monstruos de la noche,
que un instante, os suplico, Zenófila duerma su sueño
tranquilo: mi carne devorad entre tanto.
Mas ¿por qué hablar en vano dejando que fieras crueles
gocen la tibieza de su piel suave?
Os vuelvo a advertir, bestias malas, cejad en la audacia
o sabréis lo que pueden mis manos celosas.

809 (V 152)

El mosquito (cf. 808) debe servir de mediador para el celoso poeta. La idea de hacer desempeñar este oficio a un animal parece inspirada por Filóxeno (cf. intr. a su homónimo), que presenta a Polifemo (cf. el 530 de Aristón) enviando (fr. 9 P.) delfines a Galatea, o Teócrito (*Id.* VIII 51-52), en que el nuncio amoroso es un macho cabrío. Los motivos homéricos son empleados con humor; el tema del rival afortunado está tomado a broma; y el imaginarse al mosquito premiado con piel de león (cf. el 133 de Leónidas) y maza (cf. el 683 de Dionisio), atributos de Heracles, es francamente gracioso. Nótese el usual tópico del insomnio.

Vuela, mosquito, a Zenófila y, rápido nuncio,
rozando su oreja susurra este mensaje:
«Insomne te espera ¡y tú duermes, de amor olvidada!»
¡Vuela ya, vuela, músico! Pero háblale bajito,
no despiertes a aquel que comparte su lecho y con ello
renueves en él tormentos celosos.
Si traes, mosquito, a mi niña, la piel he de darte
de un león y una maza que en tu mano lleves.

810 (V 171)

Combinación de dos motivos eróticos: la habladora Zenófila (cf. 807), al beber, besa la la taza, lo que provoca los celos de Meleagro; éste añora un beso en que, aspirada por su amada, el alma del amante fuera bebida a través de los labios juntos. Es curioso saber que en el museo de Berlín existe o existió un vaso con la inscripción *soy de Zenófila.*

Dulcemente se goza la taza rozada un momento
por la boca locuaz de Zenófila amante.
¡Feliz ella! ¡Ojalá que, poniendo en los míos tus labios,
sin respirar entera mi alma te bebieses!

811 (V 174)

La amada duerme, visitada por el Sueño, apuesto mancebo a quien Calímaco (*Hymn.* IV 234) presentó con alas y a quien Hera (*Il.* XIV 231-291, cf. 794) convenció para que durmiera a Zeus. Meleagro siente lógicos celos. Es tópico que viene de Homero el llamar flor a una niña hermosa.

¿Duermes, Zenófila, mórbida flor? ¡Si pudiera
penetrar en tus párpados sin las alas del Sueño

e impedir que ni aun él, que embelesa los ojos de Zeus,
te visitara, y ser único dueño tuyo!

812 (V 177)

Parodia de un pregón en que, con términos administrativos, se comunica el extravío de algo: en este caso, Eros, escapado del lecho en que favorecía las empresas de Meleagro, que resulta peligroso por sus ardides (cf. 796). Al final, un golpe de efecto: el travieso arrapiezo se ha refugiado en los ojos de Zenófila. Hay un papiro del año 145 que contiene un paralelo curioso y en que el dueño procede de una ciudad de Caria (*A Aristógenes, hijo de Crisipo, alabandeo..., se la ha escapado de Alejandría un esclavo, cuyo nombre es Hermón, llamado también Nilo, sirio, de Bambica en cuanto a origen, como de dieciocho años, de mediano tamaño, imberbe, con buenas piernas... sobre su cuerpo una clámide y un cinturón. El que lo traiga, recibirá...*), pero hay también ecos del 214 de Asclepíades y 624-625 de Antípatro y, por otra parte, el tema recuerda a *El amor fugitivo* de Mosco (cf. intr. a éste y 792). No podemos tocar aquí la cuestión de los progenitores de Eros, tan debatida (cf. 783).

A Eros pregono, un malvado; muy poco, muy poco
tiempo hace desde que se voló de mi lecho.
Es un niño de dulce llorar, charlatán, temerario,
chato, risueño, alado, portador de aljaba.
No sé quién le engendró, pues ni el Éter ni Tierra por [padres
de ese aborto se tienen, ni Océano tampoco.
Por doquier es odioso y a todos. Tened, pues, cuidado,
no vaya hoy a tender redes a vuestras almas.
¡Pero míralo aquí en su guarida! Te veo, flechero,
por mucho que te oculte Zenófila en sus ojos.

813 (V 178)

Nueva parodia, esta vez de un pregonero que, en la plaza, intenta vender esclavos ensalzando sus cualidades personales, que esta vez, por cierto, no son buenas, y animando a los posibles compradores. El tema lo hallamos en la Anacreóntica XI, y continúa (cf. 812) el influjo de Mosco. Amor no respeta ni aun a su madre Afrodita, a quien ha hecho enamorarse sucesivamente de personajes míticos bien conocidos, como Ares (cf. 783), Adonis (cf. 696) y Anquises, el padre de Eneas (cf. el 674 de Polístrato). Como en tantas ocasiones, sorpresa al final, pues el poeta se deja convencer por el irresistible niño (*admirable sarcasmo sobre Eros,* dice el

lema). En el verso 7 subyace la idea de un mercader que, si lo comprara, se lo llevaría muy lejos por el mar.

¡Que lo vendan ahora que aun duerme en el seno ma-
[terno!
¡Que lo vendan! ¿A qué criar tal desvergüenza?
Nació chato y alado; desgarran sus uñas punzantes
y a reír rompe a veces en medio de sus lloros.
Y es también testarudo, y locuaz, y de aguda mirada,
y salvaje, y rebelde para su madre incluso.
Un monstruo, en fin. ¡Que lo vendan! Si algún traficante
quiere comprar un niño, que se acerque a tomarlo.
¡Pero mira! ¡Si implora llorando! Pues ya no te vendo;
al lado de Zenófila puedes quedar tranquilo.

814 (V 195)

Poema bastante banal y un poco confuso por lo que toca a simbología. Naturalmente, en el penúltimo verso (cf. 784) se alude a habilidades eróticas.

Una triple guirnalda, el emblema de triple hermosura,
con destino a Zenófila tejieron las tres Gracias:
una puso pasión en su piel, otra encanto en sus formas,
la tercera en su boca la dulce elocuencia.
Tres veces feliz quien recibe de Cipris el lecho,
dulce belleza de Eros y de Persuasión labia.

815 (V 196)

Cf. el anterior.

Dio Eros encanto a Zenófila; y Cipris, los filtros
que en el lecho subyugan; y las Gracias, gracias.

816 (V 24)

Aunque el lema habla de Filodemo, el nombre de Heliodora, que aquí aparece por vez primera, parece ser indicio de pertenencia a Meleagro.

El poeta está indeciso; después de las pasadas tormentas amorosas, habría que apartarse de la muchacha, pero el alma, al tiempo que avisa al amante (cf. 797), sigue queriéndola.

Mi alma me advierte que escape al amor de Heliodora,
pues el llanto y los celos de antaño conoce.
Me lo dice la impúdica y luego me estorba en la huida:
es verdad que amonesta, pero amonesta amando.

817 (V 136)

Melancólica escena simposíaca: su amada ha dejado a Meleagro. Mezcla de varios tópicos: el copero escanciará el nombre mismo de la muchacha para templar con ella el vino puro (cf. 697); el amante se ataviará con una guirnalda (cf. el 383 de Teócrito), pero no de flores frescas, como es la costumbre, sino de las marchitas de ayer para hacer, así adornado en honor de Heliodora, el triste brindis (cf. el 279 de Calímaco). Una rosa de la guirnalda (cf. el 287 del mismo), que fue su cómplice en lides amorosas, llora ahora, mustia, con gruesas y pesadas lágrimas del perfume en que está bañada. El tema del llanto vegetal está en el 204 de Asclepíades.

Escancia y repite una vez y otra vez: «A Heliodora».
Dilo y con el vino mezcla su dulce nombre.
Y a mí una marchita guirnalda bañada en perfume
ponme en la cabeza como recuerdo suyo.
Mira llorando a la rosa que vio mis amores,
que ella está en otros brazos y ya no en los míos.

818 (V 137)

Otro desarrollo del mismo tema. El copero debe templar el vino puro, demasiado fuerte y viril (cf. 817), con el nombre de su amada, que lo es todo: Persuasión, Cipris, Gracia, diosa...

Escancia en honor de Heliodora, que es Cipris y, a un [tiempo,
Persuasión y Gracia de dulce elocuencia.
Es la única diosa en quien creo; su nombre entrañable
quiero beber disuelto con mi vino no aguado.

819 (V 141)

El poeta jura una vez más, ahora por Amor, que tanto le atormenta. Sobre el apelativo de Apolo, cf. el 596 de Artemón.

Sí, por Eros, la voz de Heliodora a la lira
que el Letoida tañe prefiero en mis oídos.

820 (V 143)

La niña se pone la guirnalda. A las pocas horas, las flores, envidiosas de su belleza, se marchitan. Y ya no es entonces la guirnalda quien adorna a Heliodora, sino Heliodora a la guirnalda. Es dudosa la prioridad entre este epigrama y 714, que desarrolla el mismo tema; y tenemos similitud notable respecto a 806.

La guirnalda se mustia en la sien de Heliodora, mas ella
como guirnalda brilla de su guirnalda ajada.

821 (V 147)

En la guirnalda descuella la rosa, eterna cómplice del rito erótico, con el alhelí, el narciso y los lirios, que estaban en 806.

Trenzaré el alhelí, trenzaré el delicado narciso
con el mirto y también con los lirios rientes;
y el suave azafrán trenzaré, y el jacinto encarnado
trenzaré con las rosas que a los amantes gustan
por que, puesta en su sien, mi guirnalda recubra con [flores
el pelo de Heliodora, la de olorosos bucles.

822 (V 148)

Afín a 805 y 807, con eco del 289 de Calímaco. La elocuente Heliodora será algún día famosa gracias a los versos de su amante.

Un día vendrá en que Heliodora de hermosa palabra
en renombre a las Gracias con su gracia venza.

823 (V 155)

Eros, metido a escultor, ha modelado una bella estatua de la elocuente Heliodora en el propio corazón del poeta (cf. el 494 de Dioscórides).

Dentro de mi alma a Heliodora de bella facundia,
vida de mi vida, modeló Eros mismo.

824 (V 157)

Siempre fue el suave arañazo elemento excitante del jugueteo amoroso; pero las uñas de Heliodora, llena de Eros, alcanzan, aunque ella no lo quiera, el corazón mismo de su cantor.

Penetrantes supiste criar de Heliodora las uñas,
Eros, que al corazón llegan sus arañazos.

825 (V 163)

Una abeja audaz ha rozado, o quizá picado (cf. el 595 de Artemón), la piel de Heliodora llamando así la atención acerca del dolor que también la muchacha, con el aguijón de su amor dulce y amargo a la vez, está causando a quien la quiere. Pero ello no es noticia nueva para el poeta. La abeja merece, no obstante, agradecimiento por la buena voluntad con que su mensaje intenta ayudar a los enamorados. Sobre el calificativo de Eros, cf. 779.

¿Por qué, abeja que liba entre flores, la piel de Heliodora
tocaste, abandonando los cálices vernales?
¿Por decir que también ella sabe clavar en el alma
el aguijón de Eros siempre dulce y amargo?
Si tal, como creo, es tu intento, ya puedes volverte,
amiga del amante, que ha tiempo lo sabemos.

826 (V 165)

A Meleagro, abandonado por Heliodora, le obsesiona la posibilidad de un confortable encuentro erótico con otro hombre (cf. 803 y, sobre el cobertor, el 259 de Posidipo). Si así es, queda todavía la apelación solemne a la Noche (madre divina en muchas genealogías, invocada también en el 205 de Asclepíades) y al ritual candil (cf. 798 y la represalia del 201 de Asclepíades): ojalá se apodere del rival, como del Endimión a quien Zeus

castigó por haber querido seducir a Hera, un invencible sueño que le reduzca a impotencia.

Sólo una cosa a la madre de todos los dioses,
Noche amiga y augusta compañera, suplico:
si a algún hombre envuelto en su manto calienta Helio-
[dora,
robándole el sueño con su tibia carne,
que se apague el candil y que aquél, derrumbado en su
[seno,
cual segundo Endimión permanezca inerte.

827 (V 166)

Muy notable poema *(admirable, lleno de amor,* como el lema dice) en que se mezclan añoranzas y suspicacias. Es posible que la amada lejana viva sus noches echando de menos los momentos pasados (y Meleagro se alegra de que quede rescoldo bajo la ceniza, cf. 792); o puede ser que haya encontrado consuelo. Si es así, el fiel candil, como en el epigrama anterior, se negará a alumbrar.

¡Oh, Noche y pasión de Heliodora que insomne me tiene,
tenebrosos crepúsculos con lágrimas y goces!
¿Queda acaso un rescoldo de amor o el recuerdo de un
[beso
cuya imagen entibie la ceniza fría?
¿Habrá llanto en su cama tal vez, o el abrazo amoroso
dado contra sus pechos a mi espectro huidizo?
¿O quizá un nuevo amor? Pues jamás, mi candil, luz les
[prestes,
mas sé guardián de aquella que te entregara antaño.

828 (V 214)

La idea de que en el amor hay mucho de azaroso juego es típica y antigua; y el recurso estilístico a algo tan juvenil y grácil como la pelota (cf. 732) está muy logrado aquí. Recuérdese el fr. 13 P. de Anacreonte: el Amor utiliza la pelota él mismo como medio de lograr que el viejo poeta se decida a jugar con la niña de sandalias de colores. Aquí, el Amor criado en el pecho de Meleagro juega con Heliodora lanzándole el corazón

aún palpitante de su amador. Pero ella tiene que devolverlo, como hace un verdadero jugador con la pelota: si no, si lo tira al suelo queriendo o no, el epigramatista apuntará falta contra ella según la ley del local en que se juega (cf. 705).

Jugador de pelota, Heliodora, es el Eros que desde
el pecho palpitante mi corazón te arroja.
Entra, pues, en su juego y, si acaso caer lo dejares,
no admitirá esa falta la ley de la palestra.

829 (V 215)

Los lugares comunes, en este epigrama que el lema califica de patético, se acumulan ganando gracia, en vez de perderla, con la diestra combinación: el juramento, el insomnio, las flechas de Eros, el epitafio sepulcral. El último es tema que viene del Ps. Teócrito *(Id.* XXIII 47-48: *A éste el Amor le mató. Forastero, no pases / sin pararte y decir: «Cruel era su amigo»).* Cf. intr. al 266 de Posidipo.

Eros, te ruego, esta insomne pasión de Heliodora,
en gracia a mi Musa suplicante, adormece.
Si no, por el arco que en mí solamente se ensaña
y que siempre me inunda con dardos alados,
inscripción sepulcral dejaré, si me matas, que diga:
«Un crimen de Eros tienes ante ti, forastero».

830 (XII 147)

Un bien logrado mimo (cf. 794): falsa alarma, presagio quizá de futuros disgustos más serios. Heliodora parece haber desaparecido. Meleagro, desolado, corre en busca de ella con un siervo. Pero, afortunadamente, se oye muy pronto la puerta. El poeta, tranquilizado, se dirige a su propio corazón en monólogo traído de Homero y de la lírica arcaica (Arquíloco, Íbico, Teognis, Píndaro) a través de Filitas y Calímaco.

¡Raptada! ¿Quién fue el forajido que a tanto se atreve?
¿Quién osó declarar al propio Eros la guerra?
¡Enciende en seguida la antorcha! ¿Qué suena? ¡Helio-
[dora!
Ya puedes, corazón, volver de nuevo al pecho.

831 (VII 476)

Epitafio de Heliodora que gustó mucho al lematista *(todo el epigrama es admirable y está lleno de sentimiento)* y sobre cuyo valor estético se discute: a algunos les parece magnífico de tono y expresión, pero otros lo tildan de frío y amanerado, con su insistencia final en el tema que hemos visto en 775 y sus alusiones a Hades, el río infernal y la diosa Tierra. En el verso 8 hay una palabra que nos indica que la muerte se ha producido a edad temprana.

Que el don de mis lágrimas llegue allá abajo, Heliodora;
reliquias de mi amor, desciendan hasta el Hades.
Son lágrimas tristes que ofrendo al sepulcro doliente,
nostálgicos recuerdos de lo que fue un cariño.
Con dolor, en un vano homenaje a Aqueronte, solloza
Meleagro por ti, querida entre los muertos.
¡Ay! ¿Adónde se fue aquella flor para mí deleitable?
Hades se la llevó manchándola de polvo.
¡Oh, Tierra, la madre de todos, a ti te suplico
que acoja dulcemente tu regazo a mi amada!

832 (V 192)

Parodia fina y audaz. La fraseología propia de un epitafio es aplicada a una cortesana de buen tipo: un monumento no precisamente sepulcral. De su nombre se debería suprimir la *tau* para poner, en vez de ella, la *ji*, letra doble (¿tal vez llamada así aquí por constar de dos trazos?) que, según la tradición, inventó Epicarmo de Siracusa (cf. 784): con ello tendríamos *la de las hermosas caderas.*

Si ves a Calistion desnuda, dirás, forastero:
«Mira la letra doble de los Siracosios».

833 (V 187)

Mensaje dado a la esclava Dórcade (cuyo nombre, alusivo a su rapidez en tales menesteres, significa *gacela,* cf. el 212 de Asclepíades y 581 de Timnes) para que se lo transmita a Licénide, que demuestra no amar ya a Meleagro. En cada verso hay una expresiva metáfora: la primera, no traducida aquí, alude a oro no legítimo, sino *derretido encima* de objetos dorados o chapados. En la segunda entra en juego la alfarería (cf. el 469 de Nicéneto): era un amor ficticio, ingeniosamente moldeado para que pareciera otra cosa; *de plástico,* quizá nos atreviéramos a decir hoy.

Di a Licénide, Dórcade: «Viose que no amas de veras:
el amor que es ficticio lo descubre el tiempo».

834 (V 96)

Bonito ejemplo de versos correlativos: el poeta juega hábilmente con las parejas *beso/ojos, liga/fuego* (cf. 796), *tocar/mirar, encadenar/incendiar,* que se pueden estructurar en la forma en que el poema las presenta *(liga/beso,* etc.) o, en una agrupación superior y en cruz con la figura llamada quiasmo, uniendo *tocar con el beso encadenando como liga* a *mirar con los ojos incendiando como el fuego.* Todo muy artificial, pero hermoso. Sobre Timarion, cf. 799.

Como liga es tu beso y son fuego, Timarion, tus ojos;
incendias cuando miras; si tocas, encadenas.

835 (V 204)

El vicio y los azares han maltratado a lo que fue antaño un pequeño y esbelto barco que navegó airosamente por muchos mares y hoy es un viejo pontón desfondado. El remo de Cipris, el ajetreo erótico, no mantiene ya en forma a Timarion; su espina dorsal se encorva como la verga transversal que vemos en la nave del famoso vaso dionisíaco de Execias, etcétera. ¿Habrá algún hombre tan desesperado que confíe sus travesías a esta achacosa embarcación? Pues, si en tiempos fue una potente galera de veinte remeros, hoy, perdida la primera parte del adjetivo, se ha quedado (cf. el 232 de Asclepíades) en ataúd. ¡No vaya a convertirse, para su último amante, en la verdadera barca de Caronte que le lleve a surcar (el adjetivo, como en el 156 de Leónidas) la laguna infernal! La metáfora *(mujer joven/navío nuevo, cortesana vieja/barco averiado)* es ya antigua: en Alceo de Mitilene (fr. 73 L.-P.) se amplía a una tercera pareja *(Estado floreciente/Estado abocado a naufragar).* A Meleagro (cf. también 800) se le va un poco la mano en los pormenores, pero el final le redime en parte.

No puede ya el remo de Cipris hacer que navegue
el casco de Timarion, que fue elegante esquife;
languidece su espalda cual verga en el mástil, y como
desmadejados cables son sus cabellos blancos;
sus pechos ajados son velas que penden ociosas
y el trajín ha surcado su vientre de arrugas.
Por doquier se desfonda el bajel, y se anega la cala
y tiemblan las rodillas que el mar zarandea.

¡Infeliz quien en vida atraviese, embarcado en la ruina
de esta vetusta nave, la laguna Aquerusia!

836 (XII 109)

Cf. 825 sobre la ambivalencia del amor.

En la llama del tierno Diodoro prendíanse todos
y ahora le han cazado Timarion la amorosa
y de Eros el dardo agridulce. Es un nuevo prodigio
el que veo: fuego por fuego devorado.

837 (XII 113)

También, a pesar de sus alas, cautivo, Timarion,
ha quedado en el éter de tus ojos Eros.

838 (V 154)

El nombre de la mujer (cf. el 218 de Asclepíades) provoca un juego de palabras intraducible. Cipris, como en la pintura de Apeles (cf. el 685 de Dionisio), nace de las aguas (cf. el 108 de Leónidas). Por ella jura el poeta como en 796.

Sí, por Cipris que nada en los mares azules,
su belleza hace a Trífera también deliciosa.

839 (V 190)

En el 234 de Asclepíades se halla el tema del amante a quien no asusta el mal tiempo cuando de visitar a su amada se trate; en el propio Meleagro (835), el de la dulce travesía erótica; el nauta, después de haber evitado la amenaza de Caribdis, teme, sin dominio sobre los timones (en la Antigüedad se utilizaban dos), caer en los dominios de Escila, el otro componente (cf. el 678 de Antístenes) de la monstruosa pareja mítica. El adjetivo empleado al final ha hecho sospechar que aquí también el poeta está navegando con Trífera, cuyo apropiado nombre se vio en 838.

¡Ola de Eros amarga, soplar de los celos que nunca
descansan y azaroso mar del galanteo!
¿Adónde, perdido el timón, mi alma arrastras? ¿Acaso
voy a ver otra vez a la atractiva Escila?

840 (VII 207)

Epigrama satírico. Sin duda Fanion, la amiga del poeta, cuyo nombre es el diminutivo que designa a una pequeña antorcha, resulta demasiado dada a excesos gastronómicos; ahora una liebre criada por ella ha muerto de un atracón. Meleagro expresa su admonición en frases pomposas, tomadas en parte a poetas anteriores, como si la liebre fuera una jovencita muerta en lo mejor de su edad.

A mí, la de rápidos pies, a la liebre orejuda
que de niña robaron al pecho de su madre,
Fanion la dulce criaba en su seno y mimaba
dejándome comer primaverales flores
sin nostalgia de casa; mas heme aquí muerta por culpa
de un copioso festín que engordó mi sangre.
Y mi cuerpo enterró junto al lecho, de modo que siempre
contemple ella entre sueños mi tumba cercana.

841 (XII 53)

El poeta está, no sabemos por qué causa, viajando por el Helesponto (llamado así, mar de Hele, cf. el 443 de Teodóridas, por la heroína, hija del rey beocio Atamante y de Néfele, que le dio el nombre al caer en él); su amada Fanion le espera en Cos (cf. 779). Pero el amante va a retrasarse. Parece que es imposible volver por el camino más corto, que es el marítimo; Meleagro tiene que dar un rodeo por Asia Menor hasta embarcarse en algún lugar cercano a Halicarnaso (cf. intr. a Heraclito). La bella estará impaciente; y el epigramatista le manda un mensaje propémptico (cf. el 74 de Nóside y 495 de Dioscórides) con unas naves mercantes (cf. 687) que, bien cargadas de trigo, regresan de Crimea fecundadas en el cóncavo regazo de sus velas, como rápidas yeguas, por el viento Bóreas. Si transmiten el encargo a la muchacha que contempla las azules aguas (aunque el término cromático es indeciso), tendrán las albricias del Zeus señor de los vientos favorables, que seguirá inspirando (cf. el 343 de Calímaco) las caricias boreales (cf. el 623 de Antípatro) para acelerar la travesía.

Naves cargadas de bienes que el piélago de Hele
dejáis con el hermoso Bóreas en vuestro seno,
si a Fanion, pasando por Cos, contempláis en la playa
mirando el azul de las aguas, decidle:

«A ti, mi amorosa mujer, la añoranza me lleva,
pero no como nauta, mas como caminante».
Si esta buena noticia le dais, mensajeras, el viento
favorable de Zeus soplará en las velas.

842 (XII 82)

El epigrama se basa en el nombre de Fanion (cf. 840). El poeta se ha escondido para huir de Amor; pero al listo diosecillo no se le engaña. Encuentra en las cenizas de la pasada historia amorosa un rescoldo todavía vivo (cf. 827); aplica a él la antorcha (cf. el 229 de Asclepíades); descubre a la nueva luz el paradero del escarmentado amante y ni siquiera cree necesario utilizar sus armas tradicionales, arco y dardos, sino que con sus delicados dedos inflama a Meleagro en lo que es ya enorme fogata.

A Eros quise escapar y, prendida una mínima antorcha
en mi propia ceniza, descubrió el escondite
y, sin arco ni flechas, usando de dos dedos solos,
tomó una chispa al fuego para que en él yo ardiera.
Y así me consumen las llamas, ¡oh, Fanion, que, siendo
pequeña, en mi espíritu tan gran hoguera enciendes!

843 (XII 83)

El mismo tema en forma mucho menos lograda.

Eros a herirme con dardos no vino ni mi alma
a incendiar como antaño con lámpara encendida,
mas trajo una antorcha olorosa a Pasiones y a Cipris
y tocó levemente mis ojos con su llama;
y derritióme su luz y se vio a la pequeña
Fanion como un gran fuego que en mi corazón arde.

844 (V 8)

Mezcla de diversos tópicos y un elemento original en cuanto a Meleagro: al parecer es una mujer la que dirige reproches a su amado. Hay una cierta inconsecuencia (cf. el 201 de Asclepíades) en el hecho de que el candil, apostrofado por el poeta como en 827, que va a ver al hombre con otras no es el mismo que luce en el cuarto de la abandonada (cf. el 490 de Dioscórides sobre los juramentos y 826 sobre la Noche). El lema duda entre nuestro autor y Filodemo.

Noche sagrada y candil, como solos testigos
  de nuestros juramentos los dos os tomamos;
él quererme juró, yo que nunca dejarle podría;
  vosotros custodiáis el común testimonio.
Pero ahora sostiene que todo fue escrito en el agua,
  ¡oh, candil!, y le ves en los brazos de otras.

845 (V 175)

El poeta se encuentra a una de sus amadas (posiblemente la llamada Demo o Demarion si algo vale la alusión aquí a un fuerte perfume en relación con 798-799) en medio de la mayor degradación. Meleagro se encoleriza ante los inequívocos signos de orgía (aromas, guirnaldas, embriaguez, instrumentos musicales). Inútil será que la infiel jure: mejor es que continúe en el festín donde suenan los crótalos (cf. el 659 de Antípatro) acompañados de palmas y los acordes de la péctide (cf. 805).

Ya lo sé. ¿Para qué juramentos si a ti te denuncian
  el impúdico rizo bañado aun en perfume
y los ojos que veo cargados de insomnio y las flores
  que en forma de guirnalda decoran tus cabellos
y el desorden lascivo del pelo recién despeinado
  y el temblor de tus piernas que entorpece el vino?
Vete ya, mujer pública, vete: los crótalos suenan
  y te llama la péctide que al festín acompaña.

846 (V 182)

El poeta se dirige a Dórcade, a la sierva-gacela a la que conocemos por 833, lo que hace suponer que la destinataria del mensaje es Licénide. Ha habido, según parece, serios problemas entre amada y amante. Éste, en un verdadero dilema, se ve y se desea para confiar a la esclava un encargo coherente: las palabras se le traban, las ideas se le hacen un ovillo, y con todo ello queda compuesto un delicioso mimo (*erótico y lleno de locura*, anota el lematista; cf. 830) en cuyo final surge una ingeniosa sorpresa.

¡Díselo, Dórcade! ¡Vamos! ¡Dos veces, tres veces
  cuéntaselo todo, Dórcade! ¡Corriendo!
¡Vuela, no tardes! ¡Aguárdate, Dórcade, un poco!
  ¿Te marchas y no esperas que esté entero el mensaje?

Añade a lo que antes te dije... no, no... yo deliro...
no le digas nada... pero sí... dile todo...
Cuéntale todo; mas, oye, ¿por qué te he mandado
si, ya ves, yo también estoy yendo contigo?

847 (V 184)

Otra escena mímica un tanto grandilocuente y no muy lograda: se acentúa el tema de los celos y la perplejidad del amante engañado. Sobre los juramentos falsos, cf. 845.

No me invoques ya más a los dioses; no, no, no me en-[gañas;
nada de juramentos, yo lo sé, lo sé todo.
¿Y tú en vano jurabas mil veces que sola dormías?
¡Oh, impúdica, que aun sigues hoy diciendo que sola!
¿Y el famoso Cleón? Y aunque no... ¿Para qué te ame-[nazo?
¡Vete, vete en seguida, pobre animal lascivo?
Pero no, no he de darte ese gusto, que tú lo que quieres
es volver a su lado; queda, pues, prisionera.

848 (V 191)

Poema *lleno de celos y de locura*, según el lematista, cantado a la puerta cerrada de la amada esquiva; al final, una parodia de epigrama votivo; entre una cosa y otra, los consabidos temas de los astros testigos del amor, las flores ajadas, el candil al que se hacen confidencias... (cf. 844, también sobre la invocación a la Noche). Hay asimismo, en el verso 2, un instrumento desconocido que puede ser el plectro con que se pulsa la cítara, o tal vez la flauta. Sobre Selene, cf. el 622 de Antípatro.

¡Oh, estrellas y Noche y Selene, que das al amante
tu luz, y tú, instrumento seguidor de mis fiestas!
¿Voy acaso a encontrar a la impúdica insomne en su [lecho,
cantando sus desdichas al candil que la alumbra?
¿O tendrá compañero? En su umbral clavaré una guir-[nalda
marchita de mis lágrimas que diga suplicante:

«He aquí los despojos de amor que dedica Meleagro,
iniciado en tus ritos, a ti, Cipris divina».

849 (IX 16)

El poeta contempla una estatuilla en que se desarrolla el tema apotropaico del dios que lanza a la vez tres dardos dirigidos respectivamente contra el hambre, la peste y la guerra. Meleagro, obsesionado siempre con el tema erótico, piensa que se trata de Amor empeñado en hacerle sufrir triplemente. Sobre las Horas, cf. el 475 de Riano.

Hay tres Gracias y tres son las Horas, amables doncellas,
y tres son las pasiones que me vuelven loco.
¿Será que dispara tres dardos queriendo, al herirme,
que no sufra uno solo, sino tres corazones?

850 (XII 114)

Nuevas quejas ante la brevedad de una noche amorosa. El lucero de la mañana (cf. 802) ha acudido puntual; la clandestinidad de la cita exige que la amada se retire al amanecer; ojalá se comporte con idéntica puntualidad el mismo planeta, convertido en lucero vespertino, que, al anochecer, devolverá la muchacha a los brazos de su amado.

¡Adiós, portador de la aurora! ¡Que pronto me traigas,
lucero vespertino, la mujer que te llevas!

851 (XII 94)

Imitación del 477 de Riano; versos correlativos en que el poeta alaba lo más sobresaliente de cuatro mozos. Meleagro autoriza a Filocles para que goce de las cualidades de cada uno, pero respetando a Miísco, su favorito; si así no lo hace, quedará sometido a una maldición.

De Diodoro precioso es el pecho, el mirar de Heraclito,
la labia de Dión, las caderas de Ulíades;
abraza, Filocles, de aquél la figura, al segundo
mira, habla con el otro, con el cuarto haz el resto;
no me opongo, mas quédete siempre lo hermoso vedado
si en Miísco tus ojos con lascivia pusieres.

852 (XII 95)

La animada escena es lo que los Romanos llamaban *lanx satura* o plato combinado con distintos manjares apetitosos. Sobre la clámide, cf. 812.

Si te ayudan Pasión, Persuasión la olorosa y las Gracias
que trenzan, Filocles, guirnaldas floridas,
en tus brazos descanse Diodoro y Doróteo te mire
dulcemente; a tus pies Calícrates repose;
que entibie tu miembro certero Dión con su mano
y lo enhieste, y Ulíades descapúllelo y suaves
besos Filón te prodigue y Terón te susurre;
toques bajo su clámide la tetilla de Eudemo.
Si tal suerte, ¡oh, dichoso!, los dioses te dan, ¡vaya plato
romano de muchachos que vas a combinarte!

853 (XII 256)

Elogio de los muchachos de Tiro (cf. intr.) simbolizados como flores (sobre el alhelí, la rosa y el lirio, cf. 821) en una guirnalda que teje Eros para Cipris. Alusión a los certámenes de Olimpia, cuyo premio era una corona de hojas de olivo. Sobre el pelo rubio de Terón, cf. el 653 de Antípatro.

Para ti fértil mies de muchachos cosecha, Afrodita,
con sus manos Eros, deleitable guirnalda,
y en ella entreteje a Diodoro, suavísimo lirio,
y con él a Asclepíades, dulce alhelí, coloca
y a Heraclito, la rosa entre espinas, añade y al lado
pone a Dión, que brota cual flor de los viñedos,
y a Terón, cuyo pelo reluce con áureo brillo
de azafrán, y a la mata de serpol que es Ulíades
y a Miísco entrelaza también, floreciente retoño
de olivo, hermosa rama que al vencedor corona.
Feliz Tiro, sagrada entre todas las islas, pues tiene
Cipris en ella un huerto de mancebos floridos.

854 (XII 127)

Acaba de terminar la siega. Aquí los dardos amorosos proceden del mozo mismo: quizás hay una transición hacia esta modalidad del tema en el 613 de Antípatro. La metáfora vegetal para la cabellera, en 806.

Vi un mediodía pasar por los campos a Alexis;
la mies veraniega ya había perdido
sus cabellos; heríanme a un tiempo los rayos solares
y los dardos de Eros en los ojos del mozo.
Al sol en seguida la noche apagó, pero el sueño
más y más me encendía con su imagen hermosa
y, siendo remedio de males en otros, grababa
en mi alma su belleza con trazos de fuego.

855 (XII 164)

Dulce es mezclar el licor de la abeja con vino,
dulce el amar a un mozo siendo uno también bello.
Tal es para Alexis Cleobúlo el de suave melena,
hidromiel inmortal que Cipris le escancia.

856 (XII 52)

El joven Andrágato viaja de Tiro a Rodas, donde le esperan tal vez otros amores pederásticos, dado el epíteto del verso 6. Meleagro queda en Fenicia y se dirige a sus compañeros en amor desdichado. El Noto, generalmente tan deseado para este tipo de viajes, es funesto (cf. el 9 de Faleco) en este caso. Hay una imitación del 278 de Calímaco en el verso 2.

El Noto propicio a los nautas, ¡oh, tristes amantes!,
se me ha llevado a Andrágato, la mitad de mi alma.
¡Tres veces felices las naves, las olas del ponto,
dichosísimo el viento que al muchacho se lleva!
¡Si yo fuera delfín y él montado en mis hombros mar-
[chara
a visitar Rodas, la de los dulces mozos!

857 (XII 54)

Imitación del 230 de Asclepiades.

Niega de Eros la madre ser Cipris si a Antioco con-
[templa,
entre los muchachos un Eros segundo.
Honrad, pues, a este dios que nació, pues el mozo sin
[duda
ha resultado ser mejor Eros que Eros.

858 (XII 78)

Desarrollo del anterior. El sombrero lo vimos en el 444 de Teodoro; la clámide, allí y en 852. El poema aparece en el Pap. Berol. 10571, pero con el nombre de Antígenes (cf. el 215 de Asclepíades) para el muchacho.

Si Eros con clámide fuera vestido y, sin alas
ni dardos ni aljaba, sombrero llevase,
por el tierno muchacho lo juro, sería Antioco
Eros y, en cambio, Eros Antioco sería.

859 (XII 133)

Sobre Ganimedes, cf. 790; sobre las mieles eróticas, el 211 de Asclepíades.

Sediento en verano a un efebo de piel delicada
besé y dije, aplacada mi sed abrasadora:
«¿Tú, padre Zeus, también bebes nectáreos besos?
¿Te escancia Ganimedes el vino con sus labios?
Pues besando yo al mozo que a todos supera en be-
[lleza,
Antíoco, la miel de su alma he bebido».

860 (XII 122)

Imitación del 478 de Riano.

Al bello Aristágoras, Gracias, de frente mirasteis
y vuestras tiernas manos abrazaron su cuerpo,

pues sus formas incendian y es dulce y discreta su labia
y, aunque calle, dicen ternezas sus ojos.
¡Que se aleje de mí! Mas ¿por qué, si, cual Zeus del [Olimpo,
sabe el mozo lanzar a lo lejos sus rayos?

861 (XII 81)

El poeta pide auxilio a las demás víctimas de la pederastia. Las mieles acerbas recuerdan el adjetivo del 836 y el juicio literario de 776, 22.

Tristes almas que, víctimas de Eros, ardéis en el fuego
que encienden los efebos y sus mieles acerbas,
agua fría, os imploro, de prisa, agua fría, de nieve
recién derretida verted sobre mi alma.
Pues osé contemplar a Dionisio. ¡Apagad, compañeros
de esclavitud, las llamas que mis entrañas lamen!

862 (XII 126)

Sobre la miel ardiente, cf. 797.

Ya mi alma comienza a sufrir; la tocó con sus leves
arañazos Eros, apasionado y loco,
y dijo sonriendo: «Otra vez sufrirás dulce herida
en ardientes mieles, triste amante, tostado».
Desde entonces al ver a Diofanto, la flor de los mozos,
no consigo escapar ni tampoco quedarme.

863 (XII 128)

Dión eclipsa a héroes pastoriles y amigos de la música (cf. el 519 de Dioscórides) como Dafnis (cf. el 466 de Glauco), amigo de Pan (sobre cuyo epíteto, cf. el 528 de Nicarco; y acerca de cuya siringa, cf. el 553 de Alceo) o Jacinto (nótese que su planta es la de Apolo, cf. el 547 del mismo y su intr.). Sobre el cetro, cf. 805.

Pastoriles siringas, ya no celebréis en los montes
a Dafnis en honor de Pan el caprino;

ni tú, lira cantora de Febo, a Jacinto adornado
con virginal laurel desde hoy ya festejes.
Hubo un tiempo en que Dafnis amable o Jacinto te fuera,
mas ahora Dión tiene de la pasión el cetro.

864 (XII 76)

Parecido al 858; sobre el juramento por Eros, cf. 819.

Si en Eros no viéramos alas y aljaba con arco
y dardos portadores de Pasión y fuego,
nadie, lo juro por él, en lo externo podría
saber quién es Zoilo ni quién Eros mismo.

865 (XII 33)

Mezcla intencionada de lo erótico y lo sepulcral. Heraclito es como si hubiera muerto, pues sus encantos se han marchitado. La piel demasiado dura y velluda del mozo (cf. 723) desanima a cualquiera. Esto debe servir de advertencia al otro joven orgulloso: sobre Némesis, cf. 730.

Hermoso Heraclito fue en vida, mas ya un parapeto
aguarda a todo aquel que por detrás le asalte.
Así tú, Polixénides, guarda tus gestos altivos:
también a los culos Némesis alcanza.

866 (XII 63)

Parodia de las leyendas de los escudos de los héroes épicos.

Aun callado proclama Heraclito en sus ojos un reto:
«Incendiaré los propios ígneos rayos de Zeus».
Y he aquí lo que, en cambio, Diodoro en su espíritu dice:
«Derrito hasta las piedras con mi cuerpo tibio».
¡Pobre de aquel que la luz de los ojos del uno
soporte y el dulce fuego y pasión del otro!

867 (XII 72)

Cf. 692 y, sobre el tema de la cera, el 197 de Asclepíades.

Ya viene la suave alborada, mas Damis el triste,
insomne en el umbral, pierde el poco aliento
que le resta; a Heraclito miró y, a la luz de sus ojos,
quedó como la cera puesta sobre carbones.
Despiértate, mísero Damis; también yo padezco
las heridas de Eros; lloraré con tu llanto.

868 (XII 158)

El poeta, en tierra extraña, se resignaría a que su amor con Teocles no pase de la limpia amistad a que últimamente está reducida; pero, como el mozo desdeña aun esto, la invoca como a un dios e insinúa la posibilidad del suicidio. Hay una metáfora hípica: el dios le domó con un bocado irrompible.

Inerme, Teocles, me puso ante ti la divina
diosa de las Pasiones, y Eros voluptuoso
me domó en tierra extraña con lazos que nunca se
[rompen.
Sólo a obtener aspiro tu amistad constante,
mas tú a quien te quiere rechazas, y no te cautivan
ni el tiempo ni las pruebas de conjunta templanza.
¡Piedad, oh, señor, compasión, pues mi dios te hizo el
[hado!
En ti están los confines de mi vida y mi muerte.

869 (XII 41)

Renuncia a la homosexualidad: el escritor ya no irá proclamando sus aficiones con grafitos (cf. 718); los mozos van envejeciendo y afeándose; tales costumbres resultan sólo aptas para gentes muy ordinarias. La imagen de la vitalidad de una antorcha recuerda el 104 de Leónidas; sobre los cabreros, cf. el 466 de Glauco.

Ya no escribo «Es hermoso Terón» ni a Apolódoto
[alabo,
que entonces era antorcha y ahora un rescoldo tibio.

Prefiero el amor femenil; de cabreros es propio
el lascivo abrazo de hirsutos gañanes.

870 (XII 60)

Si miro a Terón, veo todo; mas, si a él no contemplo,
aunque esté viendo todo, lo que veo no es nada.

871 (XII 141)

Meleagro monologa: en tiempos dudó de los encantos de Terón, pero ahora está enamorado y sufre el castigo de Némesis (cf. 865).

Cosas dijiste, alma audaz, que ni un dios osaría,
por Cipris: ¡incluso que Terón no era hermoso!
¿Que Terón no era hermoso? ¿Y afrontas tú solo sin [miedo
el fuego de Zeus que el relámpago empuña?
Pues bien, ya lo ves, al locuaz de otro tiempo hizo ahora
la vengativa Némesis ejemplo de insensatos.

872 (XII 74)

Aquí Cleobulo es un amigo, no un amado como en 855. Sobre la embriaguez amorosa, cf. 794.

Si algo me pasa, Cleobulo, pues ya herido yazgo
por el fuego de un mozo, mis mortales cenizas,
te lo ruego, a la tierra confía empapadas en vino
y en la urna inscribe: «Don de Eros para el Hades».

873 (XII 165)

Cleobulo, otra vez un amante, es blanco; Sópolis, de color de miel; en el nombre de Meleagro se encuentra con buena voluntad un compuesto de las palabras griegas que significan *negro* y *blanco*. Nótese la metáfora procedente del hilado y tejido (cf. 758).

Blanca es la tez de Cleobulo y, en cambio, morena
resulta la de Sópolis, otra flor de Cipris.

Por eso me sigue el amor de los mozos, pues dicen
que Eros me tejió con hilo blanco y negro.

874 (XII 23)

Eros triunfador dedica, como un despojo de caza exhibido orgullosamente, el cadáver del antiguo Meleagro morigerado en el atrio del templo de un dios, su amado Miísco. Sobre la puerta cerrada, cf. 867.

Me cazaron, a mí que con tanta frecuencia reía
antaño en los cortejos de mis pobres amigos.
Ahora el Eros alado en tu puerta, Miísco, ofrendóme
poniendo una inscripción: «Despojos de Templanza».

875 (XII 59)

Sobre los muchachos de Tiro, cf. 853.

Son finos, por Eros, los mozos que Tiro produce,
mas Miísco eclípsales como el sol a los astros.

876 (XII 65)

Sobre Ganimedes, cf. 859.

Si Zeus todavía es aquel que raptó a Ganimedes
para tenerlo como copero de su néctar,
también habré yo de ocultar al hermoso Miísco
en mi alma, no le abrace de pronto con sus alas.

877 (XII 70)

El mismo tema graciosamente tratado. No ya las águilas, hasta las moscas asustan a Meleagro, pero Zeus, héroe de tantas aventuras amorosas, es comprensivo.

Incluso delante de Zeus me pondré si él quisiere,
Miísco, hacer de ti copero de su néctar.
Mas él mismo me dijo mil veces: «¿Por qué tienes [miedo?
No te daré celos; quien padeció es piadoso».

Tal prometió, pero a mí hasta el volar de una mosca
me hace temer que Zeus embustero resulte.

878 (XII 101)

El erudito vencido por el amor (cf. 794) con una referencia más a las célebres aventuras de Zeus.

A mí, que a Pasión en mi pecho era inmune, Miísco,
hiriéndome sus ojos, me dijo estas palabras:
«Al valiente cacé. Mira cómo mis pies pisotean
el arrogante orgullo de tu ciencia gloriosa».
Mas yo cobré aliento y repuse: «¿Te extraña, querido?
También Eros a Zeus del propio Olimpo trajo».

879 (XII 106)

Sólo una cosa mis ojos amantes ya saben,
que es mirar a Miísco, ser ciegos para el resto
y en todo pintarme a este mozo. ¿Será que me adulan
mis ojos contemplando lo que el alma les pide?

880 (XII 110)

Resplandece tu dulce belleza; llamean tus ojos;
¿es que Eros atacar te deja con el rayo?
¡Salve, Miísco, la luz y pasión de los hombres!
¡Que brilles en la tierra como una amada antorcha!

881 (XII 144)

Amor cabizbajo; las alas de sus talones (cf. 782) replegadas; sus armas, ociosas.

¿Por qué, engañador, te lamentas? ¿Por qué el arco fiero
y los dardos depones y no alzas las alas?
¿Es que te queman los ojos del bravo Miísco?
¡Al fin te has dado cuenta de lo que antes hacías!

882 (XII 154)

El nombre de Miísco significa *ratoncito:* sobre la mezcla final, cf. 861.

Suave es el mozo y su nombre, Miísco, me es dulce
y grato: ¿qué pretexto tengo para no amarle?
Es bello, por Cipris, muy bello; mas sabe, si quiere,
atormentar Eros mezclando miel y acíbar.

883 (XII 159)

Metáfora marina (cf. 839 y, sobre las estachas, el 169 de Leónidas).

A ti las estachas, Miísco, ligué de mi vida;
a ti los alientos que a mi corazón restan.
Sí, muchacho, por ti y por tus ojos que a un sordo le [hablaran,
por ti y por la gracia con que el ceño frunces,
si nublada tu vista me ofreces, tormenta hallo en ella;
si alegre es tu mirada, primavera florida.

884 (XII 167)

Sigue el mismo tema; sobre Eros, cf. 882.

Borrascoso es el viento y a ti me conduce, Miísco,
la rauda comitiva de Eros agridulce;
se alza la bronca Pasión en sus olas henchidas;
abre tu puerta al nauta de los mares de Cipris.

885 (XII 56)

Complicado juego de palabras y conceptos con el famoso Eros de Praxíteles (cf. el 669 de Hermodoro); ahora Eros, por su parte, se ha esculpido a sí mismo (cf. 823) en el alma de un muchacho de Cos, isla de los Méropes (cf. 779), que se llama precisamente Praxíteles, nuevo Eros que es dios y mozo a un tiempo. Sobre Paros y su mármol, cf. el 273 de Posidipo y 501 de Dioscórides; sobre el cetro, 863.

En mármol de Paros Praxíteles hizo la imagen
de Eros, hijo de Cipris; y ahora es el propio Eros,

el más bello dios, quien se pone a esculpir una viva
estatua cincelando su figura en Praxíteles
por que así haya en la tierra y el aire quien rija los [filtros
y el cetro de Pasión para dioses y hombres.
Bendita ciudad de los Méropes, porque criaste
al nuevo Eros divino, príncipe de los mozos.

886 (XII 57)

Variación sobre el anterior menos lograda y *más* verbosa. Así como Praxíteles el escultor hizo un Eros de piedra, el nuevo Praxíteles ha esculpido un Eros en el alma de Meleagro.

Si el antiguo Praxíteles una exquisita figura
esculpió, sorda imagen e inerte en su belleza,
cincelando la roca, el actual con sus mágicas artes
plasmó en mi corazón un vivo Eros perverso
y, llamándose igual que el de antaño, supérale en obras,
porque en almas y mentes, que no en piedra trabaja.
Pues bien, que propicio modele mi espíritu y funde
en él un santuario para el divino Eros.

887 (XII 68)

Tema de Ganimedes (cf. 876). El poeta al principio se irrita ante la idea de que le arrebaten al amado, pero termina por resignarse. El verso 6 es de un barroquismo insufrible en cuanto a construcción y metáfora; el 9-10, equívocos: si Zeus quiere, Meleagro podrá entrever algo del Olimpo; si Caridemo quiere, su amante podrá gozar algo de él.

Al gentil Caridemo no quiero, pues va su mirada
a Zeus cual si estuviese ya escanciándole el néctar.
No le quiero: ¿por qué he de tener al señor de los dioses
como rival en busca de triunfos amorosos?
Bastárame tan sólo con que él de la tierra al Olimpo
mis lágrimas se lleve, pediluvio y memoria
de mi amor, y con dulce señal de sus húmedos ojos
me deje arrebatarle tal cual furtivo beso.

Lo demás para Zeus, como es justo; tal vez, si él qui-
[siera,
podré yo también gustar de su ambrosía.

888 (XII 49)

Tema del vino puro (cf. 818): Dioniso (cf. 734) hará olvidar al amante la contrariedad.

Bebe, amante infeliz, sin mezclar y la erótica llama
te apagará Bromio, que hace olvidar los males.
Bebe sin mezcla y apura la copa repleta
de vino y de tu alma la odiosa pena expulsa.

889 (XII 84)

El autor, que acaba de desembarcar de una travesía en que ha arrostrado peligros reales, se topa metafóricamente (cf. 884) con nuevos riesgos, esta vez amorosos. El pormenor no está muy claro: parece que Amor le engaña fingiendo que quiere guiarle y alumbrarle con una antorcha (cf. el 597 de Mosco) cuya luz dibuja los rasgos de un muchacho; pero, cuando Meleagro se acerca a besar esa cara, encuentra sólo el aire.

Socorredme, que apenas, amigos, el pie en la ribera,
recién desembarcado, de poner acababa,
cuando Eros violento tiró ya de mí iluminando
mi ruta con la antorcha de un hermoso mancebo;
yo le seguí paso a paso y besé con dulzura
la imagen delicada que diseñaba el aire.
¿Tendré, pues, escapado a las olas amargas, que verme
cruzando el mar aún más amargo de Cipris?

890 (XII 85)

El mismo tema con variaciones. La escena es un banquete. El recién llegado, salvado de los peligros del mar, se ve en los riesgos del amor. Normalmente acude como suplicante a Zeus Hospitalario (cf. el 565 de Damageto) el extranjero que sufre tribulación; aquí es Amor Hospitalario a quien se pide auxilio.

¡Bebedores, salvad al que pudo escapar a las olas
de la mar y al pirata y hoy en tierra perece!

Cuando apenas mis pies en la plaza pusiera, dejando
la nave, con violencia me arrastró Eros a un punto
en que había un muchacho y, tan pronto le vi, tras sus
[huellas
mis pasos por sí solos velozmente marcharon.
Y ahora es fuego, no vino, el licor que enajena mi mente;
auxiliadme, pues, un poco, forasteros,
socorred, socorred a este amigo que muere y, en nombre
de Eros Hospitalario, vuestra amistad invoca.

891 (XII 92)

Preciosista y confuso, necesita de exégesis. Los ojos del poeta traicionan a su alma, que quiere paz; buscan mozos y, para obtenerlos, usan de la liga como los cazadores (cf. 834); así el orden natural de las cosas se ha invertido, porque la usual víctima del Amor ahora le ataca como un infeliz cordero a un lobo, como una inofensiva corneja a un escorpión (estos animales figuraban en un dicho popular con aplicación a los débiles e imprudentes), como la ceniza al fuego (pues éste dormía en ella y, al ser reavivado, la terminará de consumir; cf. 842). En el verso 5, el poeta parece resignado; pero entonces, abruptamente, son los ojos quienes acuden a él llorando, con lo cual demuestran su inestabilidad, pues han cambiado de bando a la menor súplica. Ahora el poeta, enamorado en el fondo, no acepta la defección y, con una metáfora culinaria inelegante, les desea que sufran por su pecado. Hay un eco del 673 de Polístrato.

¡Ojos, traidores del alma, que, siempre a la caza
de mozos, os untáis con la liga de Cipris!
A Eros de nuevo atacasteis, corderos al lobo,
al escorpión cornejas, ceniza al fuego oculto.
Haced vuestro gusto. ¿Por qué me vertéis tierno llanto
y, en cuanto se os implora, desertáis en seguida?
Ahora en belleza tostaos, que os cuezan y ahúmen,
que Eros es excelente cocinero del alma.

892 (XII 125)

Sobre las dos prendas, cf. 826 y 858.

Vino Eros trayéndome en un dulce ensueño nocturno
bajo mi manto un mozo de dieciocho años

sonriente, vestido de clámide, y yo, con mi pecho
junto al suyo, vivía de falsas esperanzas.
Aun hoy me conforta el recuerdo nostálgico y siempre
quieren cazar mis sueños aquel fantasma alado.
Alma infeliz, cesa ya de buscar en tus noches
el iluso calor de una vana belleza.

893 (XII 137)

Quejas a un gallo (cf. el 626 de Antípatro y el 802) que pone fin demasiado pronto a la noche amorosa. El estilo es un tanto pomposo, con muchos compuestos. En el verso 5 se jura *por el crepúsculo profundo*, lo que indica que el gallo cantó muy pronto.

Pregonero del alba, cruel mensajero maldito
que junto al lecho bates tus alas y orgulloso
ahora das la sonora señal de que ya queda poca
noche para el amor y mi pena escarneces,
¿así pagas a quien te crió? Por la aurora te juro
que no entonarás más esta canción amarga.

894 (XII 157)

Ultimo ejemplo de metáfora náutica (cf. 890 y, sobre el timón, 839; el tema de Eros piloto recuerda a 805): al final hay un juego de palabras, pues el adjetivo significa *formado por gentes de todos los países*, pero se refiere también al mar de Panfilia, región del S. de Asia Menor, cuyas tempestades eran proverbiales.

Cipris fletó mi bajel y Eros es quien pilota
rozando con sus manos el timón de mi alma;
y navego, pues sopla Pasión borrascosa y violenta,
por un mar de mozos de todos los países.

895 (VI 163)

El mismo tema del 657 de Antípatro: es una sátira —habla Enialio— de un tipo de ofrendas fanfarronas y refinadas. Hay muchas expresiones homéricas; la cornisa es el lugar del templo en que se depositaban los exvotos; es notable oximoro el del verso 2; el 3 se refiere a que ninguno de los cascos ha perdido la cimera en los combates; para la lanza, cuya denominación aquí unificamos (cf. el 394 de Mnasalces y 658 de Antípatro),

se emplea aquí un cuarto término, el aplicado a actividades cinegéticas en el 644 de Antípatro.

¿Quién de los hombres dejó en mi cornisa esta ofrenda,
honor vergonzosísimo, no deleite de Enialio?
Ningún casco mocho, ni lanza quebrada, ni escudo
manchado de sangre se me dio, sino sólo
metales brillantes, no heridos del hierro, más dignos
de un coro teatral que de las batallas.
Que decoren alcobas nupciales; gotee la sangre
humana de las armas en el marcial recinto.

896 (VII 79)

Poema lleno de dificultades en cuanto a texto y reparto de frases entre interlocutores; además carece de la finura e ingenio propios de otras obras de Meleagro. Parece como si a la tumba de Heraclito (cf. el 439 de Teodóridas) se acercara un caminante para dialogar con él. El sabio se jacta de sus conocimientos; el viandante le reprocha su falta de patriotismo; Heraclito se justifica alegando la cruda franqueza con que dio buenos consejos a todos, incluso a sus padres, a lo que el pasajero contesta con reproches que recuerdan a los hechos a Hiponacte en el 142 de Leónidas; y el diálogo termina ásperamente.

—Soy Heraclito, viajero, y el único sabio.
—Sí, pero la patria vale más que la ciencia.
—Incluso a mis padres ladré como a gentes hostiles.
—¡Qué manera de honrar a los de tu familia!
—¿Te vas ya de aquí? —No seas rudo. —Pues cosas [peores
oirás. —Adiós. —A mi ciudad no vuelvas.

897 (VII 428)

Ultima adivinanza (cf. 780) en que el autor invita al lector a ir acercándose a la solución (sobre las carreras, cf. el 540 de Alceo). El adjetivo del verso 1 caracteriza a un gallo de pelea (cf. 893 y, sobre el cetro, 885); el del 2 más bien indica un color tornasolado o variopinto; la taba (cf. 790) se ofrece en el lance de Quíos (cf. el 629 de Antipatro), pero, como ésta es jugada mala y el vino de allí (cf. el 681 de Dionisio) era bueno, la alusión puede entenderse como una caída funesta provocada por vino de calidad (cf. el 530 de Aristón): para entender los versos 13-14 hay que tener en cuenta que son parecidos los nombres de la palmera y de Fenicia,

patria del poeta, que nació en Sidón (cf. intr.), pero probablemente vivió en Tiro, famosa, como se ve en el 14, por la hermosura de sus muchachos; el gallo del 15 es símbolo de la intensa vida amorosa de este animal y del canto en que descuella un escritor, y en el 16 se nos recuerda que Antipatro tenía fama de versátil y buen improvisador; el 17 nos lleva a los reyes oradores de Homero, con cetros en las manos, y, en fin, en el 20 hallamos ya el nombre del escritor, única inscripción de la lápida.

¿Qué simboliza ese gallo espantable que porta,
oh, estela, un cetro bajo su ala rojiza y alza
en su pata una rama triunfal? Y una taba caída
en el borde mismo del pedestal figura.
¿Ocultas acaso a algún rey vencedor de un combate?
¿Qué significa entonces ese juguete al lado?
Y, además, el modesto sepulcro conviene a un pobre [hombre
despertado de noche por el canto del ave.
Pero no, porque el cetro lo estorba: tal vez en tu seno
tengas a un corredor que triunfó en la carrera.
Mas tampoco lo entiendo: ¿qué tiene que ver con la taba
un atleta veloz? Ahora sí que lo acierto.
La palmera es señal de victoria y la patria gloriosa
de los Fénices muestra, Tiro rica en muchachos;
el gallo denota a un canoro poeta, el primero
en lo de Cipris, vario cantor de las Musas;
de elocuencia es el cetro un emblema, y el lance de taba
indica que aquel hombre murió estando beodo.
Aquí están los signos; el nombre lo canta la piedra:
Antípatro, nacido de poderosos padres.

898 (VII 182)

Bello epitafio dedicado a una novia muerta el día de su boda. Los tópicos están hábilmente entrelazados: se hace notar la influencia del 306 de Calímaco, 389 de Erina y 653 de Antípatro. Entre los pormenores de la ceremonia merecen mención las jubilosas bromas de los asistentes, que fingen querer entrar en la cámara nupcial. Sobre Himeneo, cf. el 502 de Dioscórides; sobre las flautas de loto, intr. a Queremón.

No hubo boda, mas fiesta de nupcias con Hades el día
en que soltó Clearista su virginal cintura.
Por la tarde en el atrio sonaban las flautas de loto
y las puertas del tálamo se llenaban de ruido;
mas al alba gritaron su luto, callóse Himeneo
y en canción lastimera se trocaron sus sones.
Las mismas antorchas que al lecho su llama prestaban
mostraron el camino de abajo a la muerta.

899 (VII 461)

Un clásico tópico (cf. 831) con eco del 321 de Calímaco: Esígenes pudo haber sido un niño o un hombre modesto, nada cargante.

Salve, Tierra, la madre de todos, y acoge ligera
a Esígenes, que en vida no te fue pesado.

900 (VII 468)

La clámide (cf. 892) la empezaban a llevar los jóvenes al llegar (cf. el 651 de Antípatro) a la efebía, precisamente a la edad de Caríxeno, cuya madre, al vestirle así, ha querido revestir el sepelio del máximo decoro. El muchacho no llegó a casarse, con lo que el treno suplantó al himeneo como canto triunfal; y la crianza, parto y otros sacrificios de sus progenitores no tuvieron la usual compensación del apoyo del hijo en la vejez. Sobre la Moira, cf. 758.

Cual ofrenda tristísima al Hades tu madre te puso
a los dieciocho años la clámide, Caríxeno,
e incluso las piedras habrían gemido al ver cómo
los amigos llorando tu cadáver llevaban.
No hubo, pues, himeneo, mas treno en la voz de tus [padres:
¡ay, ay, pechos privados de su recompensa
y vanos dolores! Pues, virgen cruel, Moira estéril,
escupiste a los vientos el familiar cariño
y dejaste a los deudos nostalgia, a los padres el llanto
y a los desconocidos compasión al saberlo.

901 (VII 535)

Para una estatua de Pan (cf. el 553 de Alceo) situada en una ciudad. Sobre Dafnis, cf. 863; sobre los cabreros, 869; sobre las patas del dios, el 525 de Nicarco.

Ya no quiero yo, Pan, con las cabras vivir, ni tampoco
pisarán mis pies de cabrón las montañas.
¿Qué añorante dulzura hay ya en ellas? Pues ha muerto
[Dafnis,
Dafnis, que derretía mi corazón con fuego.
En esta ciudad viviré; que a la caza de fieras
otro se apreste: a Pan ya no agrada lo de antes.

902 (IX 331)

Epigrama etiológico en que se explica la razón de que los griegos mezclen el vino (cf. 888). Al morir Sémele (cf. 795) fulminada por el rayo de Zeus, éste recogió al nonato Dioniso, su hijo, y lo mantuvo durante tres meses cosido en uno de sus muslos. Nació el niño en medio de las brasas de un incendio producido por otro rayo; y la ninfa Dirce, símbolo del agua de las fuentes, hija del río Aqueloo (cf. el 279 de Calímaco), le recogió cuando se revolcaba entre las llamas y le lavó salvándole así. Dicha mezcla sella, pues, la amistad de los dos líquidos (sobre Bromio, cf. 888) y evita los peligros del vino puro.

Las ninfas lavaron a Baco que, al fuego escapado,
entre las cenizas aún se revolcaba.
Y así es Bromio su amigo; si no les permites mezclarse,
te encontrarás con llamas que queman todavía.

903 (XVI 134)

Aquí habla, dentro del tema de Níobe (cf. el 668 de Antípatro), una especie de mensajero de tragedia que viene a contar a la hija de Tántalo que sus hijos varones han muerto y a continuación finge contemplar una pintura en que las muchachas, a punto de sucumbir (en número de siete, de acuerdo con la versión común que elevaba a catorce el total de los Nióbidas), se muestran en posturas diversas (en cambio, el último de los citados epigramas de Antípatro parece presentar muertos a los muchachos). El pelo suelto (cf. el 547 de Alceo, con alusión a una diadema como la mencionada por el 648 de Antípatro) es componente ritual del luto.

Escucha, Tantálide Niobe, mi voz, mensajera
de desdichas; recibe mi anuncio de dolores.
Suelta la cinta a tu pelo, ¡ay de ti!, que pariste
varones para el arco doloroso de Febo.
Murieron tus hijos. Mas ¿qué es lo que veo? ¡Llegando
también a las muchachas está la ola de sangre!
La rodilla materna ésta abraza y aquélla se oculta
en tu regazo; hay una por tierra y a tu pecho
otra se acoge; ésta mira asombrada las flechas,
otra se ovilla ante ellas y otra la luz aun busca.
Y a la madre, que en tiempos hablaba con lengua in-
[solente,
ahora el miedo ha tornado las carnes en piedra.

904 (XII 257)

Era el epigrama final de *La guirnalda*. Sobre Diocles, cf. intr. y 776. Lo que aquí llamamos colofón es la corneja o signo serpentiforme que se solía poner al final de los papiros (cf. el 361 de Simias). Nótese al principio la metáfora deportiva, sobre la cual cf. el 463 de Filóxeno y 897.

Yo, colofón, que proclamo la meta postrera,
guardián fidelísimo de la página escrita,
anuncio que el rollo en que están reunidas las obras
de todos los poetas en un solo libro
terminó Meleagro, guirnalda inmortal para Diocles
trenzada con las flores que a las Musas agradan.
Y yo, retorcido y sinuoso cual sierpe, presido
en mi trono las lindes de la sabiduría.

905 (VII 470)

Hay dudas en cuanto a atribución a Meleagro o Antípatro. Es un hermoso diálogo con un muerto. En el verso 2 se trata de un demo del Ática. La expresión de los versos 3-4 corresponde en globo (cf. el 517 de Dioscórides) a todos los oficios o profesiones en contraposición con la Filosofía; el 6 se basa en el hecho de que, según se cuenta, los de la isla de Ceos (cf. el 288 de Calímaco), llegados a viejos, tenían la costumbre de beber filosóficamente la cicuta, como sin duda ha hecho Filaulo.

—Di, por favor, quiénes sois tú y tu padre. —Filaulo,
el hijo de Eucrátidas. —¿Cuál es tu patria? —Tría.
—¿De qué clase de vida gustaste? —No amé ni la esteva
ni las naves, y el trato con los sabios buscaba.
—¿Te mató la vejez, o algún mal? —Llegué al Hades
[por propia
voluntad tras beber en la copa de Ceos.
—¿Viejo ya? —Sí, por cierto. —Ligera te acoja la tierra,
pues fue tu vida acorde con la sabiduría.

906 (XVI 213)

La idea es bonita. El poeta, ante la acometida del terrible arco (cf. 782), está dispuesto incluso a refugiarse bajo tierra, pero luego recuerda que hasta el tétrico Hades amó a Perséfone. Según el lema es de Estratón o de Meleagro.

Pues llevas, ¡oh, Eros!, al hombro esas alas veloces
y tu escítico arco con dardos puntiagudos,
buscaré bajo tierra un asilo. Mas ¿qué, si ni aun Hades,
soberano de todo, pudo esquivar tu envite?

907 (VII 352)

Según el lema, es anónima o de Meleagro esta imitación del 501 de Dioscórides con cosas extrañas, entre ellas el juramento por la mano derecha de Hades y el lecho de Perséfone. La alusión a las Piérides (cf. 758) está, por el contrario, en su punto.

Por la mano derecha del dios de los muertos juramos
y por el negro lecho de su inefable esposa
que vírgenes somos aquí y en la tierra, aunque muchas
vergüenzas de nosotras contaba el amargo
Arquíloco usando del bello sonar de los versos
para polemizar contra las mujeres.
¿Por qué el yambo ultrajante para estas muchachas
[quisisteis
inspirar, oh, Piérides, complaciendo a un impío?

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE

Págs.